

Stefan Zweig

Sueños olvidados y otros relatos

Tabla de Contenido

SUEÑOS OLVIDADOS

LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

HISTORIA EN LA PENUMBRA

ANGUSTIA

LA COLECCIÓN INVISIBLE

CONFUSIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

MENDEL, EL DE LOS LIBROS

SUEÑOS OLVIDADOS

La villa se hallaba muy cerca del mar.

En los paseos silenciosos y umbríos de los pinos alentaba la fuerza saturada del aire salado del mar y una ligera y constante brisa jugueteaba entre los naranjos y hacía caer aquí y allá delicadamente una flor de ricos colores. La lejanía, luminosa de sol, las colinas, sobre las que destacaban diminutas casas como perlas blancas, un faro a varias millas, que se erguía como una vela, todo relumbraba con contornos precisos y bien definidos y se incrustaba como un mosaico brillante en el azul profundo del éter. El mar, en el que de vez en cuando caían lejos, muy lejos, las chispas blancas de las velas rutilantes de barcos solitarios, lamía con el movimiento de sus olas la terraza escalonada sobre la que se levantaba la villa, que se volvía hacia el verde de un amplio y sombreado jardín y se perdía allí en un parque vetusto y silencioso como un cuento.

Desde la casa que se estaba en el pesado calor de la mañana conducía un estrecho camino de grava como una línea blanca hacia el fresco mirador bajo el que las olas rompían con fiero y constante bramido y lanzaban aquí y allá refulgentes átomos de agua pulverizados, que en la cegadora luz del sol se revestían del fulgor del arco iris como diamantes. Allí las flechas luminosas del sol se quebraban en los plumeros de los pinos, que formaban un grupo nutrido como si charlaran amigablemente, o chocaban con un parasol japonés de gran diámetro adornado con alegres figuras de colores fuertes y desagradables.

En la sombra de este parasol una figura femenina ocupaba un confortable sillón de paja, acomodando con placer sus bellas formas al tejido maleable. Su mano fina, sin anillo, colgaba distraída y jugueteaba con insistencia suave y apacible con el pelo sedoso y brillante de un perro, mientras que la otra sostenía un libro sobre el que los ojos oscuros, de negras pestañas, en los que parecía asomar una sonrisa, concentraban toda su atención. Eran unos ojos grandes, inquietos, cuya belleza se veía realzada por un brillo mate y velado. El poderoso y atractivo efecto, que ejercía el rostro oval y bien cortado, no era natural y total, sino que se basaba en un refinado predominio de detalles bellos individuales, realizados con cuidadosa e intuitiva coquetería. La anárquica confusión aparente de los perfumados y sedosos rizos era la trabajosa construcción de una artista, y también la leve sonrisa, que danzaba alrededor de los labios durante la lectura y descubría el esmalte blanco y lustroso de los dientes, era el resultado de años de ensayos ante el espejo, que ya se había convertido en una costumbre fija e inamovible.

Un leve crujido en la arena.

La dama levanta los ojos sin cambiar de postura, como un gato, que tumbado en los cálidos y cegadores raudales de luz del sol entreabre perezoso los ojos fosforescentes para recibir al visitante.

Los pasos se acercan apresuradamente y un criado de librea se inclina ante ella para presentarle una pequeña tarjeta de visita y luego apartarse un poco, en actitud de espera.

Ella lee el nombre con esa expresión de sorpresa en el rostro, que solemos tener cuando en la calle nos saluda un desconocido en los términos más familiares. Durante un instante aparecen pequeñas arrugas grabadas encima de las cejas perfiladas y negras, que indican la reflexión intensa, y de pronto el rostro se ilumina con un alegre resplandor, los ojos lanzan chispas regocijadas al recordar días de juventud ya lejanos, por completo olvidados, cuyas imágenes risueñas ha despertado en ella el nombre. Siluetas y sueños

adquieren de nuevo formas concretas y se vuelven diáfanas como la realidad.

—Ah, claro —recuerda de pronto la dama, volviéndose hacia el criado—, el caballero desea verme, naturalmente.

El criado se alejó con pasos discretos y devotos. Durante un minuto reinó el silencio, únicamente el incansable viento cantaba en las copas de los árboles, vencidas por el pesado oro de mediodía.

Y entonces, pasos elásticos, que resonaron enérgicos en el camino de grava, una sombra alargada, que se acercó hasta sus pies y una figura alta de hombre se materializó ante ella, que se había levantado impulsivamente de su mullido sillón.

Primero se encontraron sus ojos. Él recorrió con una rápida mirada la elegancia de la figura femenina, cuya sonrisa levemente irónica se encendió también en sus ojos.

—Es muy amable por su parte acordarse todavía de mí —dijo ella alargándole su fina y bien cuidada mano nacarada, que él rozó respetuosamente con los labios.

—Mi querida amiga, quiero ser sincero con usted, ya que éste es un reencuentro tras muchos años y, como temo, también para muchos años. Mi visita se debe más bien a una casualidad, el nombre del propietario de ese palacete cuya magnífica situación me ha incitado a interesarme por él, me recordó su propiedad. Y así estoy aquí en calidad de arrepentido.

—No por ello menos bienvenido, porque tampoco yo podía recordar, en un primer momento, su existencia, a pesar de que una vez fue bastante importante para mí.

Ahora ambos sonrieron. El dulce y leve perfume del primer amor de juventud semisecreto había renacido en ellos con toda su dulzura embriagadora, como un sueño, que al despertar nos provoca una mueca de desdén, aunque deseáramos soñarlo o vivirlo una vez más. El bello sueño de la insinuación, que sólo desea y no se atreve a exigir, que sólo promete y no da.

Siguieron conversando. Sus voces tenían un tono de cordialidad, de una tierna confianza, como sólo la puede otorgar un secreto casi desvanecido. Con palabras reposadas, en las que una risa alegre lanzaba de vez en cuando sus perlas redondas, hablaron de cosas pasadas, de poesías olvidadas, flores marchitadas, cintas perdidas o destruidas, pequeños signos de amor, que habían intercambiado en la pequeña ciudad en la que habían pasado su juventud. Las viejas historias que, como leyendas remotas, despertaban en sus corazones campanas hacía años enmudecidas y cubiertas de polvo, se llenaron lenta, muy lentamente, de una solemnidad dolorida y cansada, el epílogo de su amor de juventud muerto confería a su diálogo una gravedad profunda, casi triste.

Y la voz de él, de timbre oscuro y melódico, vibró suavemente cuando relató:

—Allá en América recibí la noticia de su compromiso, cuando sin duda ya se había llevado a cabo el matrimonio.

Ella no respondió nada. Sus pensamientos se hallaban diez años atrás.

Durante unos largos minutos se hizo un espeso silencio entre ellos.

Y entonces ella preguntó en voz muy baja, casi sin voz:

—¿Qué pensó usted de mí, entonces?

Él alzó los ojos sorprendido.

—Puedo decírselo sin circunloquios, ya que mañana parto hacia mi nuevo lugar de residencia. No se ofenda, pero no viví momentos llenos de decisiones confusas y hostiles, porque la vida ya había reducido la colorida fogata del amor a una tenue llama de simpatía. Simplemente, no la comprendí; la compadecí.

Una ligera sombra color púrpura voló sobre las mejillas de la dama y el brillo de sus

ojos se intensificó al exclamar alterada:

—¡Compadecerme! ¡No sabría por qué!

—Porque pensé en su futuro marido, ese hombre de dinero, indolente, siempre dispuesto a adquirir más (no, no me contradiga, no pretendo en absoluto ofender a su marido, al que siempre he respetado) y porque pensé en usted, la muchacha como yo la dejé. Porque era incapaz de admitir que usted, la solitaria, la ideal, que no tenía más que ironía displicente para la vida cotidiana, pudiera convertirse en la respetable mujer de un hombre corriente.

—¿Y por qué habría de haberme casado con él si las cosas eran como usted dice?

—No estaba seguro de estar en lo cierto. Quizá él tenía cualidades secretas que escapan a una mirada superficial y sólo empiezan a brillar en el trato íntimo. Ésta fue para mí la solución simple del enigma, porque había algo que no podía ni quería creer.

—¿Qué?

—Que usted le hubiera escogido por su título de conde y sus millones. Ésa era para mí la única imposibilidad.

Fue como si ella no hubiera oído las últimas palabras, pues bajo la protección de los dedos, que en la luz del sol irradiaban un rosa sangre oscuro como una concha de púrpura, miró hacia la lejanía, hasta el horizonte velado donde el cielo sumergía su vestido azul pálido en la oscura magnificencia de las olas.

También él estaba perdido en consideraciones profundas y había casi olvidado las últimas palabras cuando ella, apartándose de él, dijo, apenas perceptiblemente:

—Y sin embargo, así ha sido.

Él miró asombrado, casi asustado, hacia ella que, con parsimonia estudiada y a todas luces artificial, había tomado de nuevo asiento en su sillón y que con serena tristeza continuó hablando monótonamente y sin apenas mover los labios:

—Nadie me entendió entonces, cuando todavía era la niña pequeña de tímidas palabras infantiles, tampoco usted, que tan cerca estaba de mí. Quizá tampoco yo misma. Aún hoy pienso a menudo en ello y no me comprendo, pues ¿qué saben las mujeres de sus almas crédulas de adolescentes, cuyos sueños son como delicadas pequeñas flores blancas, que se lleva el primer aliento de la realidad? Y yo no era como las otras muchachas, que soñaban con héroes de arrojada masculinidad y vigorosa juventud, que convertirían su deseo incierto en brillante felicidad, su callada intuición en sublime conocimiento y las liberarían de la angustia vaga, oscura, imposible de definir, pero por ello no menos atormentadora, que echa su sombra sobre sus días de adolescencia y se vuelve cada vez más negra, más amenazante y más opresora. Nunca conocí esos sentimientos; mi alma bogaba a bordo de otras barcas de sueños hacia la secreta fronda del futuro que se escondía tras las nieblas envolventes de los días venideros. Mis sueños eran míos. Soñaba siempre que era una princesa, como las que aparecen en los viejos libros de cuentos, que juegan con deslumbrantes piedras preciosas de irisados colores, cuyas manos se sumergen en el resplandor dorado de tesoros fabulosos y cuyos recargados vestidos tienen un valor inestimable.

»Soñaba con el lujo y la riqueza porque los amo. ¡Qué placer cuando podía acariciar con mis manos la seda temblorosa, de melodía casi inaudible; cuando mis dedos reposaban como dormidos en el blando y ensoñado plumón de un pesado terciopelo! Era feliz cuando podía llevar como una cadena joyas en las delicadas falanges de mis dedos temblorosos de alegría, cuando gemas blancas relucían en la densa masa de mis cabellos como aljófar, mi máxima ambición era descansar en los asientos muelles de un coche elegante. Entonces

estaba loca por la belleza artificial que me hacía despreciar mi vida real. Me odiaba a mí misma cuando llevaba mis vestidos de diario, modesta y sencilla como una monja, y permanecía días enteros sin salir de casa, porque me avergonzaba de mí en mi vulgaridad, me escondía en mi estrecha y fea habitación, yo, cuyo sueño más bello era vivir sola junto al inmenso mar, en una mansión lujosa y al mismo tiempo exquisita, con pérgolas sombreadas y verdes, en las que la bajeza del día de trabajo no asoma sus sucias garras, donde reina la paz plena... casi como aquí. Porque lo que mis sueños desearon lo ha hecho realidad mi marido, y por eso, porque era capaz de hacerlo, es mi marido.

La dama guarda silencio y su rostro arde con la belleza de una bacante. El brillo de sus ojos es ahora profundo y peligroso, y el rubor de sus mejillas adquiere una intensidad llameante.

Reina un completo silencio.

Sólo allá abajo el canto rítmico y monótono de las relucientes olas, que se arrojan contra los peldaños de la terraza como contra un pecho amado.

Entonces él dice en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¿Y el amor?

Ella le ha oído. Una ligera sonrisa asoma a sus labios.

—¿Posee usted aún hoy todos sus ideales, *todos* aquellos que llevó consigo al lejano mundo? ¿Los ha conservado todos, indemnes, o se le han muerto algunos, marchitados? ¿O quizá se los han arrancado del pecho por la fuerza y los han tirado al barro, donde han perecido destrozados por los miles de ruedas cuyos carruajes persiguen el objetivo de la vida? ¿O no ha perdido ninguno?

Él inclina la cabeza entristecido y calla.

Y de pronto lleva la mano de la dama a sus labios, la besa en silencio. Luego dice con voz cordial:

—¡Adiós!

Ella le responde con vehemencia y sinceridad. No se siente avergonzada por haber revelado a un hombre, ajeno a ella durante años, su secreto más profundo y haberle desvelado su alma. Con una sonrisa le sigue con la mirada y piensa en las palabras que ha dicho sobre el amor, y el pasado se interpone nuevamente con pasos sigilosos, inaudibles, entre ella y el presente. Y de repente piensa que *aquel hombre* podría haber guiado su vida, y los pensamientos dan color a esta insólita idea.

Y despacio, muy despacio, sin que ella se dé cuenta, la sonrisa se apaga sobre sus soñadores labios...

LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

A Franz Carl Ginzkey de todo corazón

Un día, cuando el diligente y apuesto camarero François se inclinó sobre el hombro de la bella condesa polaca Ostrovska, sucedió algo extraño. Sólo duró un segundo y no fue un estremecimiento o un sobresalto, un temblor o una emoción. Y, sin embargo, fue uno de esos segundos que abarcan miles de horas y de días llenos de júbilo y tormento, como el vigor vehemente de los grandes y fragorosos robles con todas sus ramas que se mecen y sus copas que se inclinan está contenido en un solo granito de semilla. En ese segundo no sucedió nada visible. François, el dúctil camarero del gran hotel de la Riviera se inclinó aún más, para presentar con mayor comodidad la fuente al cuchillo indeciso de la condesa. Pero su rostro descansó ese momento a pocos centímetros de las ondas dulcemente rizadas y perfumadas de su cabeza, y cuando instintivamente alzó la mirada devota, sus ojos turbados vieron la suave y luminosa línea blanca con la que su cuello surgía de esa marea oscura y se perdía en el vestido rojo oscuro abullonado. Una llamarada color púrpura le invadió. Y el cuchillo vibró suavemente en la fuente, presa de un imperceptible temblor. Aunque en ese segundo François intuyó todas las graves consecuencias de este repentino hechizo, dominó hábilmente su agitación y siguió sirviendo con el entusiasmo reservado y un poco galante de un *garçon* de buen gusto. Alargó la fuente con movimiento medido al acompañante habitual de la condesa, un aristócrata maduro dotado de una imperturbable elegancia, que relataba cosas indiferentes con entonación refinadamente acentuada y en un francés cristalino. Luego se apartó de la mesa sin alterar su mirada o su gesto.

Estos minutos fueron el comienzo de un estado de ensueño muy extraño y ferviente, de un sentimiento tan impetuoso y exaltado que apenas le corresponde el término grave y noble de amor. Era ese amor, de fidelidad canina y desprovisto de deseos, que los seres humanos generalmente no experimentan en la flor de su vida, que sólo sienten las personas muy jóvenes o muy ancianas. Un amor sin reflexión, que sólo sueña y no piensa. Olvidó por completo ese injusto y, sin embargo, inalterable desprecio que incluso personas inteligentes y circunspectas manifiestan hacia seres humanos que visten el frac de camarero; no especuló sobre posibilidades y casualidades, sino que alimentó en su sangre esa extraña inclinación hasta que su profundidad escapó a toda burla y crítica. Su ternura no era la de las miradas secretamente alusivas y al acecho, la temeridad de los gestos atrevidos que de repente se desata, la pasión sin sentido de labios sedientos y manos temblorosas; era una aplicación silenciosa, un prevalecer de aquellos pequeños servicios que son tanto más excelsos y sagrados en su modestia cuanto que permanecen a sabiendas ocultos. Después de la cena alisaba las arrugas del mantel delante de la silla de la condesa con dedos tan tiernos y dulces como quien acaricia las manos queridas y plácidas de una mujer; colocaba las cosas en su proximidad con simetría devota, como si las dispusiera para una fiesta. Con el mayor cuidado llevaba las copas que habían tocado sus labios a su estrecha y poco aireada buhardilla y de noche las dejaba relucir a la luz perlada de la luna como si fueran joyas preciosas. Constantemente era, desde cualquier rincón, el secreto observador de sus movimientos y actividades. Bebía sus palabras como quien paladea lascivamente un vino dulce y de perfume embriagador, y recogía las palabras y las órdenes ávido como los niños la rápida pelota en el juego. Así su alma embelesada introdujo en su pobre e indiferente

vida un brillo cambiante y opulento. Nunca se le ocurrió la sabia necesidad de trasponer todo el episodio a las palabras frías y destructivas de la realidad de que el miserable camarero François amaba a una condesa exótica y eternamente inalcanzable. Porque él no la sentía como realidad, sino como algo excelso, muy lejano, que bastaba con su reflejo de la vida. Amaba el imperioso orgullo de sus órdenes, el ángulo dominante de sus cejas negras que casi se tocaban, el pliegue indómito alrededor de la boca fina, la gracia segura de sus gestos. La sumisión le parecía a François algo natural y sentía como dicha la proximidad humillante del servicio modesto, porque gracias a ella podía entrar tan a menudo en el círculo seductor que rodeaba a su amada.

Así despertó de repente en la vida de un hombre sencillo un sueño, como una flor de jardín noble y cuidadosamente criada, que florece en una carretera donde el polvo de los caminantes ahoga todos los brotes. Era el vértigo de un ser sencillo, un sueño embrujador y narcótico en medio de una vida fría y monótona. Y los sueños de seres como él son como barcas sin timón, que van a la deriva presas de una voluptuosidad fluctuante sobre aguas silenciosas y espejeantes, hasta que de pronto su quilla choca con una sacudida seca en una orilla desconocida.

La realidad, sin embargo, es más fuerte y sólida que todos los sueños. Una noche el corpulento portero procedente del Waadtland le dijo a François al pasar: «La Ostrovska se marcha mañana con el tren de las ocho». Y luego añadió otros nombres sin importancia que él apenas escuchó. Porque esas palabras se habían transformado en su cerebro en un confuso remolino tumultuoso. Varias veces se pasó los dedos mecánicamente por la frente afligida, como si quisiera apartar un sedimento pesado, que allí reposaba y obnubilaba la razón. Dio unos pasos titubeantes. Inseguro y atemorizado cruzó delante de un alto espejo de marco dorado, del que le salió al encuentro un rostro mortalmente pálido y extraño. Los pensamientos no acudían a su mente, estaban por así decir aprisionados tras un muro oscuro y nebuloso. Casi inconsciente, descendió agarrándose a la balaustrada la amplia escalera hacia el jardín sumido en sombras, en el que los altos pinos se erguían solitarios como pensamientos sombríos. Su silueta intranquila dio unos inciertos pasos más, como el vuelo bajo y tambaleante de un ave nocturna enorme y oscura, y por fin se dejó caer en un banco apoyando la cabeza en su frío respaldo. El silencio era absoluto. A su espalda, entre los arbustos redondeados, relucía el mar. Luces suaves y trémulas chispeaban sobre su superficie, y en el silencio se perdía la monótona cantinela murmurante de lejanos rompientes.

Y de pronto todo estaba claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que François casi sonrió. Todo había acabado, sencillamente. La condesa Ostrovska se marcha a casa y el camarero François queda atrás en su puesto. ¿Acaso era tan raro? ¿No se marchaban al cabo de dos, tres o cuatro semanas todos los extranjeros que venían? Qué tontería no haberlo pensado antes. Porque todo estaba tan claro como para reír o llorar. Y sus pensamientos bullían y bullían. Mañana por la noche, con el tren de las ocho con dirección a Varsovia. A Varsovia... horas y horas a través de bosques y valles, a través de colinas y montañas, a través de estepas y ríos y dinámicas ciudades. ¡Varsovia! ¡Qué lejos quedaba! No podía siquiera imaginar, aunque sí sentir en lo más profundo, esa palabra orgullosa y amenazadora, dura y lejana: Varsovia. Y él...

Durante un segundo aleteó una pequeña y fantástica esperanza. Podía seguirla. Y buscar empleo allí como criado, escribiente, cochero, esclavo; estar allí en la calle como mendigo, todo menos estar tan horriblemente lejos; al menos respirar el aliento de la misma ciudad, verla quizá pasar, ver su sombra, al menos, su vestido y su cabello negro. Ya

surgían precipitadas visiones. Pero el momento era duro e implacable. François vio lo inalcanzable desnudo y claro. Calculó: cien o doscientos francos ahorrados, en el mejor de los casos. No bastaban ni para la mitad del camino. Y entonces ¿qué? Como a través de un velo desgarrado vio de pronto su vida, presintió lo pobre, miserable y fea que indefectiblemente sería de ahora en adelante. Años vacíos ejerciendo su profesión de camarero, torturado por un insensato deseo, esa ridiculez iba a ser su futuro. Le recorrió un escalofrío. Y de pronto todas las cadenas de pensamientos confluyeron arrebatadas e imparables. Había únicamente una posibilidad.

Las copas de los árboles se mecían en una brisa apenas perceptible. La noche oscura y negra se alzaba amenazadora ante él. Entonces se alzó seguro y sereno del banco y se dirigió por la grava crujiente hacia el gran edificio que dormía en blanco silencio. Debajo de una de sus ventanas hizo un alto. Estaba ciega y sin un signo brillante de luz en el que se hubiera podido encender el deseo soñador. Ahora su sangre circulaba con latidos tranquilos, y se alejó como alguien al que ya nada confunde y engaña. En su cuarto se echó sin agitación alguna sobre la cama y durmió con un sueño denso y sin imágenes hasta la señal matutina del despertar.

Al día siguiente su comportamiento se ciñó por completo a los límites de la deliberación meticulosamente definida y de la calma forzada. Con fría indiferencia cumplió con sus obligaciones, y sus gestos tenían una seguridad tan absoluta y tan despreocupada, que nadie hubiera imaginado detrás de la máscara falaz la amarga decisión. Poco antes de la hora de la cena, acudió con sus pequeños ahorros a la floristería más selecta y compró flores exquisitas que en su espléndido colorido le sugerían palabras: tulipanes del color del oro fogoso, que eran como la pasión; crisantemos blancos de amplia corola, como sueños luminosos y exóticos; finas orquídeas, las imágenes estilizadas del deseo, y unas soberbias rosas embriagadoras. Y luego compró un valioso jarrón de cristal con destellos opalescentes. Los pocos francos que aún le quedaban se los regaló al pasar, con un gesto rápido y distraído, a un niño que pedía limosna. Luego volvió al hotel. Con solemnidad melancólica colocó el jarrón con las flores delante del cubierto de la condesa, que dispuso por última vez con voluptuoso y minucioso esmero.

Llegó el momento de la cena. François sirvió la mesa como siempre: reservado, silencioso y competente, sin alzar los ojos. Sólo al final envolvió la silueta cimbreada y orgullosa de la condesa con una mirada infinita, que ella no percibió. Nunca le había parecido tan bella como en esta mirada última y libre de todo deseo. Luego se apartó con serenidad de la mesa, sin gesto alguno de despedida, y abandonó la sala. Como un huésped ante el que se inclinan los criados, atravesó los pasillos y descendió la elegante escalera de recepción hasta la calle: era evidente que en ese momento dejaba atrás su pasado. Delante del hotel se detuvo un segundo, indeciso; entonces empezó a caminar, bordeando iluminadas villas y amplios jardines, siempre adelante como un paseante ensimismado, sin saber adonde se dirigía.

Así vagó inciertamente hasta el anochecer en un estado de enajenación ensoñada. Ya no pensaba más en las cosas. Ni en las pasadas ni en las inevitables. Ya no le daba vueltas a la idea de la muerte, como sin duda en los últimos momentos el suicida circunspecto sopesa en la mano el brillante y amenazador revólver de profundo ojo y lo vuelve a dejar en la mesa. Hacía tiempo que se había sentenciado a sí mismo.

Por su mente sólo pasaban imágenes en raudo vuelo, como golondrinas de viaje. Primero, los días de la juventud hasta aquella fatal hora de clase cuando una estúpida aventura le propulsó violentamente desde la perspectiva de un futuro prometedor a la

confusión del mundo. Luego los viajes incesantes, las dificultades por el sueldo, los proyectos, una y otra vez fracasados, hasta que la gran oleada negra, que llamamos el destino, quebró su orgullo y le dejó abandonado en un puesto indigno. Muchos recuerdos multicolores pasaron revoloteando por su mente. Por fin relució el suave reflejo de los últimos días en sus sueños despiertos; y de nuevo abrieron violentamente la oscura puerta de la realidad que debía traspasar. Recordó que deseaba morir en ese mismo día.

Durante un rato recapacitó sobre los muchos caminos que conducen a la muerte, y comparó su respectiva amargura y su definitiva prontitud. Hasta que le traspasó un pensamiento. En su sombría cavilación se le ocurrió un funesto símbolo: así como la condesa había arrasado inconsciente y destructivamente su vida, así debía arrollar también su cuerpo. Ella misma lo llevaría a cabo. Ella misma consumiría su obra. Y ahora sus pensamientos se aceleraron con increíble seguridad. En algo menos de una hora, a las ocho, salía el *express* que la llevaba a su encuentro. Se arrojaría debajo de sus ruedas, se dejaría destrozado por la misma fuerza arrebatadora que le arrancaba a la mujer de sus sueños. Se desangraría debajo de sus pies. Los pensamientos galopaban y se perseguían jubilosos. François ya conocía el lugar. Más arriba, al borde del bosque, donde las copas frondosas de los árboles oscurecían la última vista sobre la cercana bahía. Miró el reloj: los segundos y los latidos de su sangre casi marcaban el mismo ritmo. Era hora de ponerse en camino. Y ahora, de repente, sus pasos cansinos se volvieron elásticos y decididos, con ese ritmo duro y precipitado que el sueño mata en su avance. Agitado se precipitó en el esplendoroso crepúsculo del anochecer meridional hacia el lugar en el que, entre lejanas colinas cubiertas de bosque, el cielo aparecía incrustado como una línea color púrpura. Y corrió hasta llegar a las vías del tren, que relucían como dos líneas plateadas y le mostraban el camino. Le condujeron por una ruta sinuosa hacia la altura, a través de perfumados y profundos valles, cuyos velos de niebla atenuaban plateados la luz cansina de la luna; le condujeron ascendiendo a las colinas, desde las que se veía lo lejos que el mar vasto y nocturno refulgía con sus brillantes luces costeras. Y le mostraron por fin el profundo bosque mecido por el inquieto viento, que sumergió las vías en las sombras que se cernían.

Ya era tarde cuando François llegó con respiración entrecortada a la ladera oscura del bosque. Los árboles lo rodeaban lúgubres y negros. Sólo arriba, entre las copas transparentes asomaba la luz temblorosa y pálida de la luna entre las ramas, que se quejaban cuando la ligera brisa de la noche las tomaba en sus brazos. De vez en cuando resonaban extrañas llamadas de lejanos pájaros nocturnos en el apretado silencio. Los pensamientos se le paralizaron por completo en esa aprensiva soledad. François sólo esperaba, esperaba y miraba fijamente si allá abajo, en la curva de la primera serpentina ascendente, asomaba la luz roja del tren. De vez en cuando consultaba nervioso el reloj y contaba los segundos. Luego volvía a prestar atención al lejano grito del tren. Pero era imaginación suya. El silencio era total. El tiempo parecía haberse congelado.

Por fin brilló allá abajo la luz. En ese segundo François sintió una sacudida en el corazón, aunque no hubiera podido decir si de temor o de alegría. Con un movimiento impetuoso se tiró sobre las vías. Al principio sólo sintió un instante el agradable frío de los raíles de hierro en su sien. Luego aguzó el oído. El tren aún estaba lejos. Podía tardar algunos minutos. Ahora no se oía nada excepto el susurro de los árboles en el viento. Los pensamientos saltaban confusos. Y de pronto uno que permaneció, clavado como una dolorosa flecha en su corazón: que él moría por ella y que ella nunca lo sabría. Que ni la más pequeña ola de su vida encrespada había tocado la de ella. Que ella nunca sabría que una vida ajena había venerado la suya y se había destrozado contra ella.

Apenas perceptible y muy lejano se oía jadear por el aire casi quieto el golpeteo rítmico de la máquina que remontaba la pendiente. Pero el pensamiento seguía quemando con igual fuerza y atormentaba los últimos minutos del moribundo. El tren se aproximaba más y más con su estrépito metálico. Y entonces François abrió una vez más los ojos. Sobre él se extendía un cielo mudo de un azul casi negro y las copas intranquilas de unos árboles. Y sobre el bosque resplandecía una estrella blanca. Una estrella solitaria sobre el bosque... Los raíles empezaron a vibrar suavemente y a zumbar bajo su cabeza. Pero el pensamiento ardía como fuego en su corazón y en la mirada que abarcaba toda la intensidad y la desesperación de su amor. Todo el deseo y esta última dolorosa pregunta se volcaron en la estrella blanca y reluciente, que miraba benignamente sobre él. El tren se aproximaba más y más. Y el moribundo envolvió una vez más con una última e inefable mirada la estrella sobre el bosque. Luego cerró los ojos. Los raíles temblaron y vibraron, la marcha estrepitosa del presuroso tren se acercaba más y más y el bosque resonaba como grandes y martilleantes campanas. La tierra pareció tambalearse. Aún un aturdidor chirrido, un estruendo arremolinado, luego un estridente pitido, el grito de animal asustado del silbato del tren y la queja disonante de un freno inútil.

La bella condesa Ostrovska ocupaba en el tren un compartimiento reservado. Desde el inicio del viaje leía una novela francesa, mecida suavemente por el balanceo del vagón. El aire del estrecho habitáculo era sofocante y estaba cargado del denso perfume de muchas flores a punto de marchitarse. En las magníficas cestas de despedida los racimos de lilas blancas ya dejaban caer la cabeza, cansinas como frutas excesivamente maduras, las flores colgaban flácidas de sus tallos, y los cálices pesados y dilatados de las rosas parecían consumirse en la nube caliente de los aromas embriagadores. Un atosigante bochorno calentaba las pesadas oleadas de perfume, suspendidas perezosas incluso en la presteza acelerada del tren.

De pronto, la condesa dejó caer el libro con dedos fatigados. Ni ella misma sabía por qué. Una sensación misteriosa la invadió. Sintió una presión sorda y dolorosa. Un dolor repentino, inexplicable y angustioso se apoderó de su corazón. Creyó que iba a asfixiarse en el vaho turbador y cálido de las flores. Y ese aterrador dolor no cedía, sentía cada vibración de las ruedas veloces, la ciega marcha hacia adelante la martirizaba indeciblemente. La asaltó un deseo fulminante de parar el impulso acelerado del tren, de detenerlo ante el oscuro dolor hacia el que se precipitaba. Nunca en su vida había sentido su corazón atenazado por algo tan horrible, invisible y cruel como en esos segundos de dolor inconcebible y miedo inexplicable. Y esa sensación se hizo más y más acuciante, y más apretada la presión alrededor de su garganta. Como una plegaria surgió en ella el deseo de que el tren parara.

Ahí, de repente, un estridente silbato, el grito salvaje de aviso del tren y el quejido de los frenos con su lamentable chirrido. Y el ritmo ralentizado de las ruedas aladas, más y más lento, luego un tartamudeo mecánico y un golpe brusco.

Con dificultad se acercó a la ventanilla para aspirar a bocanadas el aire fresco. El cristal descendió ruidosamente. Afuera siluetas negras, corriendo... Palabras al vuelo de múltiples voces: un suicida... Bajo las ruedas... Muerto... En pleno campo...

La condesa se estremece. Instintivamente su mirada se alza hacia el cielo alto y silencioso y hacia los árboles negros mecidos por el viento. Y sobre ellos una estrella solitaria sobre el bosque. La condesa siente su mirada como una lágrima refulgente. La contempla y de pronto siente una tristeza como nunca la ha sentido. Una tristeza llena de fuego y deseo, como nunca existió en su vida...

El tren reanuda lentamente su marcha. La condesa se reclina en la esquina de su butaca y lágrimas silenciosas se deslizan por sus mejillas. La angustia sorda ha desaparecido, ya sólo siente un profundo y extraño dolor, cuyo origen busca explicarse en vano. Un dolor como el que tienen los niños asustados, cuando despiertan en la noche oscura e impenetrable y sienten que están por completo solos...

HISTORIA EN LA PENUMBRA

¿Acaso el viento ha vuelto a soplar lluvia sobre la ciudad, y por eso ha oscurecido tan de repente en nuestra habitación? No. El aire está claro como el cristal y tranquilo como pocas veces en estos días de verano, pero se ha hecho tarde y no nos hemos dado cuenta. Sólo las ventanas de las buhardillas de enfrente sonríen todavía con brillo tenue, y el cielo encima del tejado ya lleva un halo de humo dorado. Dentro de una hora será de noche. Dentro de una hora maravillosa, porque nada es más bello que este color, que marchita poco a poco y se ensombrece, y luego en la habitación la oscuridad, que brota del suelo hasta que por fin las olas negras rebasan las paredes y nos arrastran consigo hacia sus tinieblas. Cuando estamos así, el uno frente al otro, y nos miramos sin palabras, parece en esta hora como si el rostro familiar se volviera en las sombras más viejo y más extraño y más lejano, como si no lo hubiéramos visto nunca así y apareciera a través de un gran espacio y muchos años. Pero tú ahora, según dices, no quieres el silencio, porque en él se oye con demasiada congoja cómo el reloj rompe el tiempo en mil pedazos y la respiración se vuelve audible como la de un enfermo. Me pides que te cuente algo. Muy bien. Pero no de mí, porque nuestra vida en estas ciudades interminables es pobre en experiencias, o así nos parece, porque aún no sabemos lo que verdaderamente nos pertenece. Voy a contarte una historia en esta hora, que en el fondo sólo ama el silencio, y me gustaría que tuviera algo de esta luz cálida, blanda y fluida del anochecer, que flota delante de nuestras ventanas, velándolas.

No sé cómo esta historia llegó a mí. Recuerdo que estaba aquí sentado una tarde a primera hora, leyendo un libro, y que lo dejé caer perdido en divagaciones, quizá sumido en un ligero sueño. Y de pronto vi unos personajes deslizándose a lo largo de las paredes, y pude escuchar sus palabras y ver sus vidas. Pero, cuando quise seguirlos con la mirada mientras se alejaban, me desperté solo. A mis pies se hallaba el libro. Al recogerlo y buscar en él los personajes ya no encontré la historia; como si hubiera caído de las páginas a mis manos, o quizá nunca estuvo en ellas. A lo mejor la había soñado o leído en una de esas nubes multicolores que llegaron hoy a nuestra ciudad de lejanos países y se llevaron la lluvia que nos ha deprimido tanto tiempo. ¿O la había escuchado en aquella vieja e ingenua canción que un organillero interpretaba melancólico bajo mi ventana, o me la ha contado alguien hace años? No lo sé. Historias así llegan a menudo hasta mí, y yo dejo correr distraídamente sus hechos entre mis dedos, sin retenerlos, así como acariciamos al pasar las espigas y las flores de alto tallo sin arrancarlas. Yo las sueño desde una imagen brusca y colorida hasta un final más suave, pero no las toco. Hoy quieres una historia mía, y yo te la voy a contar en esta hora en la que la penumbra nos hace desear ver relucir ante nuestros ojos, hartos de grisalla, cosas multicolores y movidas.

¿Cómo empezar? Siento que debo rescatar de la oscuridad un instante, una imagen, una figura, porque así comienzan en mí estos extraños sueños. Ahora recuerdo. Veo un esbelto muchacho, que desciende la escalera de anchos peldaños de un castillo. Es de noche y una noche de poca y pálida luz de luna, pero yo capto como en un espejo iluminado cada contorno de su cuerpo elástico, y veo sus rasgos con gran precisión. Es extremadamente bello. Su cabello negro peinado a la manera infantil cae liso sobre la frente casi demasiado alta, y las manos, que extiende en la oscuridad para palpar el calor del aire caldeado por el sol, son muy delicadas y nobles. Su paso vacila. Abstraído, desciende hacia el inmenso

jardín con muchos árboles redondos que se mecen en la brisa y en el que un solo y amplio paseo brilla como un puente blanco.

No sé cuándo sucede todo esto, si ayer o hace cincuenta años, y no sé dónde, aunque creo que debe de ser en Inglaterra o en Escocia, porque sólo allí he visto castillos tan altos, con grandes sillares, que desde la distancia amenazan agrestes como fortificaciones pero que a los ojos amigos se inclinan sobre jardines claros y floridos. Sí, ahora lo sé con toda seguridad: es allá arriba, en Escocia, porque sólo allí los veranos son tan resplandecientes que el cielo brilla lechoso como un ópalo y los campos nunca oscurecen, todo parece estar iluminado suavemente desde dentro y sólo las sombras, como grandes pájaros negros, descienden sobre las superficies claras. Es en Escocia, ¡oh sí!, ahora lo sé sin ninguna duda, y si me esforzara un poco encontraría el nombre de ese castillo condal y también el del muchacho, porque ya se desprende rápidamente la corteza oscura del sueño y lo siento todo con tanta precisión como si en vez de un recuerdo fuera una vivencia. El muchacho se halla pasando el verano en casa de su hermana casada y, siguiendo la amigable costumbre inglesa, no es el único invitado; al anochecer se reúnen varios amigos cazadores y sus esposas, además unas cuantas muchachas, esbeltas y bellas, cuya alegría y juventud juega en medio de risas, nunca ruidosas, con el eco de los viejos muros. Durante el día los caballos trotan de aquí para allá, los perros aparecen en grupos y allá, en el río, relumbran dos o tres barcas: una actividad sin premura concede al día un agradable ritmo rápido.

Pero ahora es de noche, la cena ha acabado. Los caballeros fuman y juegan en la sala; hasta medianoche se proyectan desde las ventanas iluminadas conos de luz de contornos imprecisos sobre el parque, a veces se oye una carcajada bienhumorada. Las damas generalmente ya se han retirado a sus habitaciones, quizá una o dos aún charlan en el porche. Y así el muchacho está completamente solo esa noche. Con los caballeros aún no puede estar, o sólo durante un rato, y ante las mujeres se siente tímido, porque a menudo, cuando abre la puerta, ellas bajan la voz y él nota que hablan de cosas que no debe oír. Además, no le gusta su compañía, le hacen preguntas *como* si fuera un niño y escuchan distraídas sus respuestas, lo utilizan para mil pequeños favores y le dan las gracias como a un chico educado. Por eso había querido ir a la cama y había ya subido la vetusta escalera; pero su habitación estaba demasiado cargada, saturada de un calor sofocante e inmóvil. Alguien había olvidado cerrar de día las ventanas y el sol había campado por sus respetos: había incendiado la mesa y abrasado la cama, había descansado pesadamente sobre las paredes y su aliento caluroso aún vibraba en las esquinas y las cortinas. Además, era tan pronto todavía... Fuera, la noche de verano brillaba como una vela blanca, tan plácida, tan quieta, tan libre de deseos... Y entonces el muchacho decide descender nuevamente la escalera hasta el jardín sobre cuyo perímetro oscuro el cielo se cierne como una aureola y donde le recibe persuasivo un perfume pleno, exhalado por muchas flores invisibles. El muchacho siente una extraña agitación. En el sentimiento confuso de sus quince años no sabría decir por qué, pero los labios le tiemblan como si deseara balbucear algo en la noche o alzar las manos o cerrar los ojos durante largo rato, como si existiera algo misterioso e íntimo entre él y esta noche plácida de verano que exigiera palabras o una señal de reconocimiento.

El muchacho abandona lentamente el amplio y abierto paseo y entra en un estrecho camino lateral, donde los árboles parecen abrazarse allá arriba con sus copas iluminadas por rayos plateados, mientras que abajo reina la oscuridad densa de la noche. Sólo ese indescriptible rumor del silencio en un jardín, ese vibrar sonoro, como si cayera una blanda

lluvia sobre el césped o las hierbas se frotaran susurrando afinadamente las unas contra las otras, recibe al paseante ensimismado en dulce e inconcebible melancolía. De vez en cuando roza ligeramente un árbol o se para, para prestar oído a un murmullo huidizo; el sombrero le oprime la frente y se lo quita para sentir en las sienes desnudas, donde palpita su sangre, la mano del adormilado viento.

De pronto, al penetrar aún más en la oscuridad, sucede algo insólito. A su espalda cruje suavemente la grava. Y cuando se vuelve alarmado no ve más que el vaporoso destello de una silueta alta y blanca que se le acerca y ya está a su lado, y sobrecogido se siente estrechado con fuerza pero sin violencia entre unos brazos femeninos. Un cuerpo cálido y blando se aprieta contra el suyo, una mano pasa veloz y estremecida por su pelo y echa hacia atrás su cabeza: tambaleándose siente contra su boca un fruto extraño, abierto, labios temblorosos, que succionan los suyos. Tan cerca está ese rostro del suyo que no puede ver sus rasgos. Y tampoco se atreve a ello, pues un estremecimiento le invade el cuerpo como un dolor y le obliga a cerrar los ojos y a entregarse sin voluntad a esos labios ardientes como si fuera una presa; indecisos, inseguros como una pregunta, sus brazos rodean la figura extraña, y con repentina vehemencia el muchacho atrae hacia sí el cuerpo desconocido. Sus manos recorren ávidamente las blandas líneas, descansan y continúan impacientes, cada vez más febriles y exaltadas. Ahora, más insistente y ya volcado sobre él, como una deliciosa carga, todo el peso del cuerpo reposa sobre su pecho que se rinde. Siente que como si naufragara y se desintegrara bajo esta jadeante presión y las rodillas le flaquean. No piensa en nada, ni cómo esa mujer ha llegado hasta él, ni cuál es su nombre; sólo bebe con los ojos cerrados el deseo de estos labios ajenos, húmedos y perfumados, hasta estar embriagado, sin voluntad, enajenado a la deriva hacia una inmensa excitación. Le parece como si de repente hubieran caído estrellas a su alrededor, tan fuerte es el centelleo delante de sus ojos, y como chispas vibra y arde todo lo que toca. Y él no sabe cuánto tiempo dura todo esto, si son horas las que lleva encadenado tan dulcemente, o son segundos: siente que todo arde en el sentimiento del sensual combate y que corre sin freno hacia un maravilloso vértigo.

Repentinamente se rompe la cadena incandescente. Bruscamente, casi con furia, la opresión abandona su acosado pecho, la figura desconocida se pone en pie, y ya vuela luminoso y veloz un rayo blanco de luz a lo largo de los árboles y desaparece, antes de que él pueda alzar las manos y retenerle.

¿Quién era la desconocida? ¿Cuánto había durado aquello? Desasosegado, aturdido se apoyó en un árbol. Poco a poco la reflexión fría volvió a circular entre las sienes febriles: su vida le pareció haber avanzado de repente miles de horas. Lo que había soñado confusamente sobre las mujeres, ¿era de pronto realidad? ¿O sólo era un sueño? Se tanteó el cuerpo, se pasó la mano por el pelo. Sí, sus sienes palpitantes están húmedas, húmedas y frescas del rocío de la hierba en la que se habían precipitado. Y ahora todo pasa como un relámpago ante sus ojos, de nuevo siente arder los labios, respira el extraño y chispeante perfume de la voluptuosidad de aquel vestido e intenta evocar las palabras. Pero no recuerda ninguna.

Y ahora se da cuenta, asustado, de que la desconocida no ha dicho nada, ni siquiera su nombre; que él no conoce más que sus suspiros desbordantes y el desafío, el sollozo contenido de la voluptuosidad; que conoce el perfume de su cabello revuelto, la presión cálida de sus pechos, el esmalte liso de su piel; sabe que su figura, su aliento, toda su palpitante sensibilidad le han pertenecido y que, sin embargo, ignora quién es esa mujer que le ha asaltado en la oscuridad con su amor. Que ha de buscar balbuceando un nombre para

expresar su sorpresa y su dicha.

Y entonces lo insólito que acaba de vivir con una mujer le parece pobre, muy pobre e insignificante, comparado con el misterio deslumbrante que le mira con ojos insinuantes desde la oscuridad. ¿Quién es esa mujer? Rápidamente repasa todas las posibilidades, convoca ante sus ojos las imágenes de todas las mujeres que habitan en el castillo; recuerda cada momento memorable, extrae de su memoria cada conversación con ellas, cada sonrisa de las cinco o seis mujeres que pudieran estar involucradas en el enigma. La joven condesa E., que tan a menudo contesta mal a su caduco marido, quizá, o la joven esposa de su tío, que tiene unos ojos tan extrañamente dulces, y al mismo tiempo tan irisados, o —se estremeció ante la idea— una de las tres hermanas, sus primas, que son tan parecidas entre sí con su manera distinguida, altanera y brusca. Imposible... todas ellas eran personas comedidas y sensatas. En los últimos años se había sentido más de una vez como un desterrado

o un enfermo, desde que secretos ardores le torturaban y se introducían inquietantes en sus sueños, ¿cómo había envidiado a todos los que se hallaban tan libres de vértigo y de deseo, o al menos lo parecían, asustado por el despertar de la pasión como por una enfermedad! ¿Y ahora...? Pero ¿quién, quién entre todas estas mujeres sería capaz de simular con tal perfección?

Poco a poco insistente la pregunta fue disolviendo la embriaguez en su sangre. Ya es tarde, las luces en la sala de juego están apagadas, sólo él está todavía despierto en el castillo, él... y quizá esa otra persona desconocida. Mansamente le invade el cansancio. ¿Para qué cavilar más? Una mirada, un destello entre los párpados, un apretón de manos secreto le revelará mañana todo. Ensimismado sube la escalera, ensimismado como la ha descendido, pero tan infinitamente diferente... Su sangre aún está ligeramente alborotada y la habitación caldeada le parece ahora más clara y fresca.

Cuando despierta a la mañana siguiente, los caballos ya piafan y resoplan abajo, oye voces y risas y su nombre entre ellas. Salta de la cama rápidamente —el desayuno ya ha pasado—, se viste a toda prisa y corre escaleras abajo donde los otros le reciben con alegría. «Dormilón», le recibe risueña la condesa E. y la risa brilla en sus ojos claros. Una mirada ávida abarca su rostro; no, ella no puede haber sido, su risa es demasiado despreocupada. «¿Has tenido sueños dulces?», se burla la joven dama, pero a él le parece demasiado frágil su delicado cuerpo. Intranquila, su pregunta vuela de rostro en rostro, pero en ninguno le espera un reflejo cómplice.

Y todos cabalgan hacia el paisaje. El muchacho presta atención a cada voz, escruta con la mirada cada línea, cada curva de los cuerpos femeninos a caballo; examina cada gesto y cómo levantan los brazos. A mediodía en la mesa se acerca durante la conversación, para captar el perfume de los labios o la fragancia densa del cabello, pero nada, absolutamente nada, le da una clave, una leve pista que sus acalorados pensamientos pudieran perseguir. El día se alarga interminable hasta el anochecer. Cuando pretende leer un libro, las líneas desbordan la página y conducen, de pronto, al jardín, y de nuevo es de noche y él se siente cautivado por los brazos de la desconocida. Entonces deja con manos temblorosas el libro y decide acercarse al estanque. Y de pronto se halla, él mismo sorprendido y atemorizado, en el camino de grava, en el conocido lugar. Por la noche durante la cena está febril, sus manos inciertas van de un lado para otro, como perseguidas, sus ojos se esconden desconcertados bajo los párpados. Cuando los demás se levantan de sus sillas, por fin, él se siente aliviado, y ya huye de la habitación hacia el parque, y empieza a pasear por el camino blanco que parece fluctuar bajo sus pasos como una niebla

lechosa, arriba y abajo y otra vez arriba y abajo, cien, mil veces. ¿Están ya encendidas las luces de la sala? Sí, por fin las han encendido y por fin relucen desde el primer piso algunas ventanas ciegas. Las damas se han retirado. Ya sólo es cuestión de minutos, si ella ha decidido venir a la cita, pero ahora cada minuto se llena hasta estallar de roja impaciencia. Y de nuevo pasea de arriba abajo, entre escalofríos como tironeado por misteriosos hilos.

Y ahí, de pronto, la silueta blanca desciende la escalera, apresurada, demasiado apresurada para que él pueda reconocerla. Parece un rayo de luna o un velo perdido flotando entre los árboles, empujado por el raudo viento y ahora, ahora se lanza a sus brazos que se cierran ávidos como garras alrededor de este turbulento cuerpo, que palpita alborotado por la rápida carrera. Como ayer, no es más que un momento y esa oleada cálida golpea inesperadamente contra su pecho y él cree desvanecerse ante ese dulce ímpetu, deseoso de fundirse, perderse en un negro placer. Pero

bruscamente el éxtasis se atenúa, y él retiene su ardor. ¡No, no debe perderse en esta maravillosa voluptuosidad, ni entregarse a esos labios voraces sin antes saber qué nombre lleva ese cuerpo que se aprieta contra el suyo con tanta fuerza que ese alocado corazón extraño parece latir en su propio cuerpo! El muchacho aparta la cabeza ante el beso de la desconocida para verle la cara: pero las sombras descienden y se mezclan con el cabello oscuro en la luz incierta. La espesura de los árboles es demasiado densa y demasiado pálida la luz de la luna envuelta en ligeras nubes. Sólo ve relucir los ojos, como piedras ardientes, incrustadas profundamente en el mármol nacarado.

Él querría oír una palabra, una esquirla arrancada de su voz.

—¿Quién eres, dime, quién eres? —pregunta.

Pero la boca suave y húmeda sólo tiene besos, no palabras. Entonces él intenta arrebatarse una palabra, un grito de dolor, le oprime el brazo a la desconocida, clava sus uñas profundamente en su carne, pero sólo escucha el jadeo de su propio pecho afanado, siente el aliento acalorado y el sofoco de los labios obstinadamente mudos, que se quejan suavemente, sin que él sepa si de dolor o de placer. Y eso le enloquece, no poder dominar esa voluntad obstinada, que esta mujer de la oscuridad le avasalle sin revelarse a él, que él posea un poder ilimitado sobre su ávido cuerpo pero no sea el dueño de su nombre. La furia le invade; y él intenta liberarse de los abrazos de la desconocida, pero ella, al notar el desfallecimiento de sus brazos y su intranquilidad, acaricia aplacadora e incitante su cabello con mano excitada. Y entonces él siente, al paso de los dedos, cómo algo

roza con leve sonido su frente, metal, un medallón, una moneda que cuelga suelta de la pulsera que ella lleva. De repente se le ocurre una idea. Como presa de la más desmedida pasión sujeta la mano de ella y aprieta la moneda con fuerza contra su propio brazo desnudo hasta que su superficie se graba en su piel. Ahora está seguro de poseer una señal, y ahora que ésta arde en su cuerpo se entrega sin freno a la pasión contenida. Violentamente se aprieta contra el cuerpo femenino, bebe la voluptuosidad de sus labios precipitándose en las ascuas misteriosamente placenteras de un abrazo sin palabras.

Y cuando ella, de repente, se pone en pie y huye, como ayer, él no trata de retenerla, porque la curiosidad por la señal le quema en la sangre. El muchacho corre a su habitación, aviva al máximo la llama cansina de la lámpara e investiga anhelante la marca que la moneda ha grabado en su brazo.

No está ya muy clara, el cerco completo ya se ha desvanecido, pero una esquina aún está impresa cortante y roja, inconfundible en su precisión. La moneda está tallada formando ángulos, tiene ocho lados y un tamaño medio, como el de un penique más o menos, aunque con más relieve, porque aquí el rastro que corresponde al saliente es aún

profundo. La marca quema como fuego; ahora que la contempla con tanta ansiedad, le duele de pronto como una herida y sólo cuando sumerge la mano en agua fría desaparece el doloroso ardor. El medallón, pues, tiene ocho lados: ahora se siente completamente seguro. En su mirada brilla el triunfo. Mañana sabrá todo. A la mañana siguiente es uno de los primeros en la mesa del desayuno.

De las damas sólo están presentes una señorita de cierta edad, su hermana y la condesa E. Todas parecen de excelente humor; su conversación va y viene sin prestarle mayor atención. Tanto mejor puede él observar. Su mirada se posa inmediatamente sobre la delicada muñeca de la condesa: no lleva pulsera. Aliviado entabla una conversación con ella, mientras sus ojos nerviosos se dirigen constantemente hacia la puerta. Ahora entran juntas en el comedor las tres hermanas, sus primas. La intranquilidad vuelve a apoderarse de él. Escondido, impreciso bajo las mangas percibe el adorno de sus brazos, pero ellas toman asiento demasiado deprisa, justo en frente a él: Kitty, la del pelo color castaño, Margot, la rubia, y Elizabeth, cuyo pelo es tan claro que brilla como plata en la oscuridad y fluye dorado al sol. Como siempre, las tres se muestran frías, calladas y distantes, paralizadas en la dignidad que él tanto odia en ellas, porque no son mucho mayores que él y aún hace pocos años eran sus compañeras de juegos. Todavía falta la joven esposa de su tío.

El corazón del muchacho late impaciente ahora que siente cercana la solución y de pronto casi le resulta querido el tormento recóndito del enigma. Pero su mirada es curiosa, veloz recorre los bordes de la mesa sobre cuya blancura luminosa las manos de las mujeres reposan tranquilas o navegan despacio como barcos en una bahía de luz. Él sólo ve las manos y le parecen, de repente, como seres independientes, como personajes en un escenario, cada una un mundo y un alma. ¿Por qué la sangre late con esa fuerza contra su sien? Las tres primas llevan pulseras, constata aterrado, y la idea de que podría ser una de esas orgullosas mujeres, tan impecables desde fuera y que él ha conocido

siempre, incluso en los días de la niñez, como encerradas obstinadamente en sí mismas, le aturde. ¿Cuál de ellas podría ser? ¿Kitty, a la que conoce menos, porque es la mayor; la inasequible Margot o la pequeña Elizabeth? No se atreve a decidirse por una de ellas. En su fuero interno desea que no sea ninguna de ellas o prefiere no saber nada. Pero ya le empuja el deseo a aclararlo.

—¿Me podrías servir otra taza de té, Kitty?

Su voz suena como si tuviera arena en la garganta. Alarga su taza y ahora ella tiene que levantar el brazo y extenderlo por encima de la mesa hasta él. En ese momento... ve balancearse un medallón de la pulsera de su prima; durante un segundo su mano se queda paralizada, pero no, es una piedra verde con un cerco redondo, que produce un ligero tintineo contra la porcelana. Su mirada acaricia agradecida como un beso el pelo castaño de Kitty.

Durante un instante recupera el aliento.

—¿Puedo pedirte un poco de azúcar, Margot?

Una mano fina al otro lado de la mesa despierta, se estira, rodea un azucarero de plata y lo atrae hacia sí. Y entonces él —su mano tiembla levemente— ve allí, donde la muñeca desaparece en la manga, una vieja moneda de plata colgando de un aro finamente tejido, una moneda tallada con ocho lados, con bordes pronunciados, del tamaño de un penique, sin duda un recuerdo de familia. Pero de ocho lados, con bordes pronunciados que la noche anterior quemaron en su carne. Su mano no es por ello más firme, por dos veces falla con las pinzas del azúcar, por fin consigue dejar caer un terrón en el té, que olvida beber.

¡Margot! El nombre quema en sus labios, una exclamación de la más absoluta sorpresa; pero el muchacho aprieta los dientes y calla. Ahora la oye hablar —y su voz le parece tan extraña como si declamara desde una tribuna— fría, calculada, bromeando levemente y con una respiración tan tranquila que casi le da miedo pensar en la terrible mentira que es su vida. ¿De verdad es la misma mujer cuya respiración jadeante él ha refrenado ayer, cuyos labios húmedos él ha bebido, la misma que por la noche se ha echado sobre él como una fiera? No puede dejar de mirar fijamente esos labios. Sí, el engreimiento, la reserva, sólo podían refugiarse en estos labios, pero ¿por qué le había revelado a él su fuego?

Su mirada se sumerge profundamente en el rostro de Margot, como si lo viera por primera vez. Y por primera vez siente, lleno de júbilo, estremecido de dicha y casi a punto de sollozar, lo bella que es en esta arrogancia, lo atractiva que es en su secreto. Con voluptuosidad su mirada dibuja la línea curva de sus cejas que culminan bruscamente en un ángulo agudo, se graba insistentemente en la fría cornalina de sus ojos de color gris verdoso, besa la pálida y transparente piel de sus mejillas, redondea los ahora tensos labios para un suave beso, vaga por el pelo claro y rodea en un rápido descenso apasionadamente toda su silueta. Nunca hasta ese segundo la ha conocido. Al levantarse de la mesa sus rodillas tiemblan. Se siente emborrachado por la presencia de su prima como si hubiera bebido un pesado vino.

Pero ya le llama abajo su hermana. Los caballos están dispuestos para el paseo matutino, danzan nerviosos y muerden impacientes el freno. Rápidamente los jinetes suben uno tras otro a su montura y en alegre cabalgata salen por

la ancha avenida del jardín. Primero a trote ligero, cuyo perezoso ritmo homogéneo no parece al muchacho corresponder al latido vertiginoso de su sangre. Pero ya detrás de la puerta del jardín los jinetes dan rienda suelta a los caballos, dejan la carretera y se lanzan a la derecha y a la izquierda por las praderas que aún están cubiertas por el leve vapor de la mañana. Debe de haber caído mucho rocío por la noche, porque bajo el velo de la neblina centellean inquietas chispas y el aire está maravillosamente refrescado como por una vecina cascada. El grupo compacto pronto se dispersa, la cadena se rompe en eslabones multicolores, algunos jinetes ya han desaparecido en el bosque entre las colinas.

Margot es una de las que van en cabeza. Ama el empuje indómito, el choque apasionado con el viento que tira de su cabello, la sensación indescriptible de avanzar volando a pleno galope. Detrás de ella cabalga el muchacho: ve el gallardo cuerpo erguido de su prima, formando una bella línea gracias al movimiento violento, ve a veces su rostro, ligeramente ruborizado, el brillo de sus ojos, y ahora, cuando la ve desplegar sus fuerzas con tanto apasionamiento, la reconoce por fin. Desesperado siente su impetuoso amor, su deseo. Le invade un ansia descontrolada de abrazarla ya mismo, de arrebatlarla del caballo y estrecharla entre sus brazos, de beber otra vez de sus indómitos labios y recibir en su pecho los fuertes latidos de su agitado corazón. Un fustazo en la grupa de su caballo y ya salta éste hacia adelante con un relincho. Ahora se halla a la altura de Margot, su rodilla casi roza la suya, los estribos se tocan con un leve sonido metálico. Es el momento de decírselo, es el momento.

—Margot —balbucea.

Ella vuelve la cabeza, las perfiladas cejas se arquean.

—¿Qué quieres, Bob?

Lo dice con toda tranquilidad. Y sus ojos están completamente fríos e indiferentes. Un escalofrío recorre al muchacho hasta las rodillas. ¿Qué había querido decirle? Ya no lo

recuerda. Balbucea algo sobre volver atrás.

—¿Estás cansado? —pregunta ella con cierta sorna, o eso le parece a él.

—No, pero los demás están muy rezagados —consigue decir con un esfuerzo. Siente que va a hacer algo insensato, extender locamente sus brazos hacia ella, romper a llorar o pegarle con la fusta, que tiembla como electrizada en su mano. Con un tirón de las bridas hace girar a su caballo que se encabrita. Ella sigue galopando hacia adelante, erguida, orgullosa, inasequible.

Los otros dan pronto alcance al muchacho. La conversación revolotea animada a su alrededor, pero las palabras y las risas pasan zumbando sin sentido junto a sus oídos como el ruido duro de los cascos de los caballos. Le mortifica no haber tenido el valor de hablarle a su prima de su amor y de obligarla a confesar el suyo, y el deseo de vencerla crece y crece fiero, como un cielo rojo cae ante sus ojos sobre el paisaje. ¿Por qué no la ha desairado con su burla, como ella a él con su obstinación? Sin darse cuenta espolea al caballo y ahora, en la acalorada carrera, empieza a sentirse mejor. Pero ya los otros le llaman para volver. El sol ha ascendido detrás de la loma y está en su cenit. Desde los campos llega flotando un perfume blando y espeso, los colores se han vuelto estridentes y queman como oro derretido en los ojos. El calor y la pesadez se ciernen sobre el paisaje, los caballos sudorosos trotan adormilados y jadean envueltos en una nube de vapor. Lentamente la comitiva se reagrupa, la animación es más laxa, las conversaciones más parcas.

También Margot aparece de nuevo. Su caballo está cubierto de espuma, copos blancos tiemblan en su vestido, y el moño redondo que le recoge el pelo amenaza con deshacerse, así de sueltas lleva las horquillas. El muchacho mira fascinado la trenza rubia, y la idea de que pudiera deshacerse de pronto y caer en manojos desordenados y ondulantes le vuelve loco de excitación. Ya brilla al final de la carretera la puerta abombada del jardín y detrás de ella el ancho paseo hasta el castillo. Cautelosamente se adelanta a los demás, llega el primero, salta del caballo, entrega las riendas al criado que acude servicial y espera a la comitiva. Margot se acerca lentamente, el cuerpo flácido echado hacia atrás, cansada como después de un exceso amoroso. Este aspecto tendría, pensó, después de aplacar su pasión, así estaría ayer y anteayer por la noche. El recuerdo le excita de nuevo. Se lanza al encuentro de su prima y sin aliento la ayuda a bajar del caballo. Sujetando el estribo su mano rodea febril la delicada articulación de su pie.

—Margot —suplica murmurando. Ella no responde siquiera con una mirada y al descender toma sin inmutarse la mano que él le ofrece.

—Margot, qué hermosa eres —balbucea insistente.

Ella le mira asombrada, sus cejas se recortan de nuevo muy altas en la frente.

—¡Creo que has bebido, Bob! ¿Qué tonterías dices?

Pero él, furioso por su fingimiento, ciego de pasión, oprime furiosamente la mano que aún sostiene, como si quisiera clavarla en su pecho. Roja de ira, Margot le da un fuerte empujón, haciéndole tambalear, y se aleja con pasos veloces. Todo ha pasado tan deprisa, tan convulsivamente deprisa, que nadie se ha dado cuenta del percance y él mismo cree haber tenido un espantoso sueño.

Tan pálido, tan alterado está durante todo el día, que la condesa rubia le acaricia el pelo al pasar y le pregunta si está enfermo. Tan furioso está que aparta con un puntapié a un perro que se le acerca ladrando, y tan poco acertado está en el juego que las muchachas se ríen de él. La idea de que ella quizá no acuda a la cita por la noche envenena su sangre, le vuelve agresivo y desagradable. Todos están reunidos alrededor del té en el jardín; Margot se halla enfrente de él, pero ni le mira. Atraídos magnéticamente, sus ojos vagan

constantemente al encuentro de los suyos, pero éstos dormitan como piedra gris y no responden. Le invade una gran amargura al pensar que ella juega con él. Y cuando ella se aparta bruscamente de él, aprieta el puño y siente que podría maltratarla con toda tranquilidad.

—¿Qué te ocurre, Bob?, estás muy pálido —dice de pronto una voz. Es la pequeña Elizabeth, la hermana de Margot. En sus ojos brilla una luz cálida y dulce, pero él no lo advierte. Se siente descubierto y contesta furioso:

—¡Dejadme en paz, de una vez, con vuestras malditas preguntas curiosas!

Y ya se arrepiente de haberlo hecho. Porque Elizabeth se pone muy pálida, se aparta y dice con lágrimas en la voz: —Desde luego, eres verdaderamente raro.

Todos le miran reprobadores, casi amenazantes, y él mismo comprende que ha sido incorrecto. Pero antes de que pueda disculparse, una voz dura, reluciente y cortante como un cuchillo, la voz de Margot, le llega por encima de la mesa:

—Encuentro que Bob es muy maleducado para su edad. Hacemos mal en tratarle como a un caballero o simplemente como adulto.

Lo dice Margot, Margot que ayer mismo le regaló sus labios. Bob siente que todo da vueltas, que una niebla oscurece sus ojos. La exasperación se apodera de él.

—¡Tú, precisamente tú, has de decirlo! —dice en un tono realmente desafiante. A su espalda el sillón cae al suelo debido al violento movimiento con el que se levanta, pero no se vuelve.

Y sin embargo, aun pareciéndole una insensatez, llegada la noche baja de nuevo al jardín y pide a Dios que ella acuda a la cita. Quizá todo no había sido más que disimulo y terquedad; no, no le preguntaría nada, no la atormentaría más, con tal de que viniera, con tal de que pudiera sentir otra vez en su boca la exigencia enconada de esos labios blandos y húmedos, que sellaba todas las preguntas. Las horas parecen haberse dormido; la noche, como un animal perezoso e inmóvil, se extiende a los pies del castillo: el tiempo se hace tremendamente largo. El leve susurro de la hierba a su alrededor le parece animado de voces burlonas, las ramas son como manos socarronas que se mueven silenciosas y juegan con las sombras y el ligero resplandor de la luz. Todos los sonidos son confusos y extraños, y picotean más dolorosamente que el silencio. Una vez ladra allá lejos en el campo un perro, y luego cruza el cielo un cometa y cae en algún lugar detrás del castillo. La noche parece volverse más y más clara, la sombra de los árboles sobre el camino parece más y más oscura, y más confuso ese imperceptible sonido. Entonces, nubes pasajeras envuelven el cielo en una oscuridad cansina y melancólica. La soledad se cierne dolorosa sobre el febril corazón.

El muchacho pasea de arriba abajo. Cada vez más deprisa y con más agitación. A veces golpea enfurecido un árbol o deshace la corteza entre los dedos, con tanta rabia que los hace sangrar. No, ella no vendrá, lo sabía, pero no quiere admitirlo, porque entonces no vendrá ya nunca más. Es el momento más amargo de su vida. Y es aún tan apasionadamente joven que se echa con brusquedad en el musgo húmedo, clava las manos en la tierra, mientras las lágrimas le corren por las mejillas, llorando amargamente como nunca ha llorado de niño y nunca será capaz de volver a llorar.

De pronto le despierta de su desesperación un leve crujido en el bosque. Y cuando se levanta de un salto y extiende las manos ciegas, titubeantes se encuentra —y es maravilloso este golpe brusco y cálido contra su pecho— de nuevo entre los brazos de ese cuerpo con el que tanto ha soñado. Un sollozo se escapa de su garganta, todo su ser está inmerso en un extraordinario éxtasis, y él atrae ese cuerpo excelso y pleno hacia sí con

tanta fuerza que de los otros labios silenciosos se escapa un gemido. Y cuando él la siente gemir bajo su fuerza, sabe por primera vez que es dueño de ella y no como ayer y anteayer el juguete de su capricho; le asalta el deseo de torturarla por la tortura que él ha padecido durante cientos de horas, de castigarla por su terquedad, por esas palabras despreciativas de esta noche ante los demás, por el juego de mentiras que es su vida. El odio está tan indisolublemente unido a su ardiente amor por ella, que este abrazo es más un combate que una expresión de ternura. Aprisiona con tanta violencia las finas muñecas de la muchacha que su cuerpo jadeante se retuerce, y luego la atrae hacia sí tan duramente que ella no puede moverse y gime sordamente sin parar, no sabe él si de placer o de dolor. Pero no puede arrancarle ni una palabra. Ahora que presiona aspirando los labios de ella con los suyos, para acallar también ese gemido sordo, siente una humedad cálida sobre ellos, sangre, sangre que corre, tan aferrados están sus dientes en esos labios. Y así la atormenta hasta que de pronto siente huir su propia fuerza y la oleada caliente del placer brota en su interior y ahora jadean los dos, pecho contra pecho. Las llamas han invadido la noche, las estrellas parecen danzar delante de sus ojos, todo se vuelve borroso, los pensamientos giran enloquecidos, y todo sólo tiene un nombre: Margot. Ahogadamente, desde la profundidad de su alma, en el desbordamiento más ardiente, pronuncia por fin esa palabra, júbilo y desesperación, anhelo, odio, rabia y amor al mismo tiempo, un único grito que condensa el sufrimiento de tres días: Margot, Margot, y en esas dos sílabas vibra para él la música del universo.

El cuerpo de ella se tensa como bajo un golpe. De repente amaina la fiereza del abrazo, un breve y fuerte estremecimiento, un sollozo, un lamento escapa de la garganta, y de nuevo fuego en los movimientos pero ahora para liberarse como de un contacto odioso. Él intenta retenerla, sorprendido, pero ella lucha con él, que siente al acercarse al rostro de ella lágrimas de furia correr por sus mejillas y el cuerpo esbelto tensado como una serpiente. Y de pronto ella le aparta con un empujón irritado y huye. El fulgor de su vestido reluce blanco entre los árboles y ya se extingue en la oscuridad.

Y de nuevo se encuentra solo, asustado y confundido, como la primera vez que el calor y la pasión escaparon repentinamente de sus brazos. Ante sus ojos las estrellas tienen un brillo húmedo y la sangre clava desde dentro chispas puntiagudas en su frente. ¿Qué le acaba de suceder? A tientas se adentra a lo largo de la fila de árboles, que se pierde en el jardín, hacia donde brinca un pequeño surtidor y allí deja que el agua le lama la mano, agua blanca, plateada, que le susurra palabras al oído y brilla mágica en el resplandor de la luna que despierta entre las nubes. Y entonces, al recobrar la claridad de la mirada, de manera milagrosa, como si el viento templado la hubiera hecho descender de los árboles, le invade una inmensa tristeza. Como lágrimas calientes brota la emoción de su pecho, y ahora comprende con más fuerza, con más claridad que durante los segundos del abrazo convulsivo, lo mucho que ama a Margot. Todo lo que hasta este momento ha ocurrido, queda olvidado, la embriaguez, el escalofrío y la obsesión de poseerla y la furia del secreto negado: el amor le envuelve dulce, añorante y pleno, casi exento de deseo, un amor sin embargo indomable.

¿Por qué la había atormentado así? ¿Acaso no le había dado muchísimo en estas tres noches, no había pasado su vida de una penumbra tristonera a una luz reluciente y peligrosa desde que ella le había enseñado la ternura y la conmoción excitante del amor? ¡Y la había dejado con lágrimas y enfurecida! Un deseo irresistible y dulce de reconciliación brota en él, de una palabra afable y tranquila, un anhelo de tenerla serenamente entre los brazos, sin deseo, y decirle lo agradecido que se siente. Sí, irá a buscarla, todo humildad, y le explicará

con qué pureza la ama y que nunca dirá su nombre, ni pretenderá forzar una respuesta negada.

El agua murmura plateada y él tiene que pensar en las lágrimas de su amada. Quizá está ahora completamente sola en su habitación, reflexiona, y sólo la noche susurrante, que oye a todos pero no consuela a ninguno, la escucha. Este estar al mismo tiempo cerca y lejos de ella, sin ver el fulgor de su pelo, sin oír una velada palabra de su voz, y sin embargo estar unidos, alma con alma, le resulta un tormento insoportable. El deseo de estar cerca de ella es irresistible, aunque sea para estar echado como un perro delante de su puerta o pasar la noche como un mendigo bajo su ventana.

Al salir despacio y cabizbajo de la oscuridad de los árboles ve aún luz en la ventana de su amada en el primer piso. Es un brillo cansino, cuyo fulgor amarillo apenas ilumina las hojas del generoso arce que quiere acercar sus ramas y golpear en la ventana como si fueran manos y que se estira y vuelve a retirarse en el suave viento, un observador gigantesco y oscuro delante del cristal pequeño y reluciente. El pensamiento de que Margot vela detrás de ese cristal reluciente, que quizá llora todavía o piensa en él, conmueve tanto al muchacho que tiene que apoyarse en el árbol para no desfallecer.

Fascinado mira hacia arriba. Las blancas cortinas se asoman desde la oscuridad jugando intranquilas con la corriente de aire, parecen unas veces de un color dorado profundo en los rayos interiores de la cálida lámpara, otras veces plateadas cuando al moverse tocan la luz de la luna, que gotea y vibra entre las hojas redondas. Y el cristal entornado espejea ese fluir dinámico de sombras y luces como un tejido transparente de reflejos luminosos. Pero al muchacho febril que con ojos ardientes mira fijamente hacia arriba desde la oscuridad de las sombras, le parece que están grabados oscuros signos de lo sucedido en la superficie refulgente. El fluir de las sombras, el brillar plateado, que como delicado humo flota sobre el cristal, estas percepciones fugaces son convertidas por su fantasía en imágenes convulsivas. Ve a Margot, esbelta y bella; su pelo, su indómito pelo rubio suelto, pasear por la habitación con la misma inquietud en la sangre que a él le agita, la ve febril en el calor de su pasión, sollozando de rabia. Como a través de un cristal ve tras las altas paredes el menor de sus movimientos, el temblor de sus manos, cómo se deja caer en un sillón y su mirada silenciosa y desesperada clavada en el cielo blanco de estrellas. Incluso por un momento, en el que se ilumina fugazmente el cristal, cree ver su rostro que se asoma temeroso al jardín adormecido para buscarle. Y entonces le avasalla su pasión desmedida y con voz queda pero insistente grita desde abajo su nombre: ¡Margot!... ¡Margot!

¿No era eso un velo, blanco y rápido, pasando delante de la superficie espejeante? Está seguro de haberlo visto. Aguza el oído. Pero nada se mueve. A su espalda el suave aliento de los árboles adormecidos y el sedoso crujir entre las hierbas crece animado por el viento perezoso, se aleja y vuelve a intensificarse, una oleada cálida que se pierde en el silencio. La noche respira tranquila, y la ventana calla, un marco plateado alrededor de un cuadro oscurecido. Quizá ella no le ha oído. ¿O no quiere ya oírle? El brillo tembloroso alrededor de la ventana le desconcierta. Con fuerza su corazón expulsa con sus latidos el deseo de su pecho contra la corteza del árbol, que parece vibrar ante tan impetuosa pasión. Él sólo sabe que ha de verla ahora, hablarle ahora, aunque para ello tenga que gritar su nombre hasta que acuda la gente y otros se despierten de su sueño. Siente que debe suceder algo, lo más insensato le parece deseable; como en el sueño, todas las cosas son fáciles y asequibles. Ahora, cuando su mirada se dirige con urgencia hacia la ventana, descubre el árbol inclinado que extiende su rama como un indicador y su mano coge el tronco con gran

excitación. De pronto ha comprendido que ha de subir allá arriba —el tronco es, sin duda, ancho, pero al tacto es blando y flexible— y llamarla desde allí, a un palmo de su ventana; y allí, cerca de ella, le hablará y no bajará hasta que no le haya perdonado. No lo piensa ni un segundo, sólo ve la ventana que le atrae reluciendo suavemente y siente el árbol a su lado, fornido y dispuesto a sostenerle. Unos cuantos movimientos rápidos, un impulso hacia lo alto y ya sus manos se aferran a una rama y tiran enérgicamente del cuerpo. Y ahora cuelga arriba, casi arriba del todo entre el follaje, que tiembla asustado bajo su peso. Hasta las últimas hojas se prolonga este rumor escalofriante y ondulante, y la rama que avanza se apoya más en la ventana, como si quisiera avisar a la desprevenida. El muchacho divisa ya el blanco techo de la habitación y en su centro el cerco luminoso de la lámpara, de resplandor dorado. Y sabe, temblando de nerviosismo, que en el momento siguiente va a ver a su amada llorando o sollozando en silencio, o en el deseo desnudo de su cuerpo. Sus brazos desfallecen, pero se rehace. Despacio, se desliza por la rama que está dirigida hacia la ventana, las rodillas le sangran ligeramente, la mano se ha despellejado, pero él sigue trepando y se halla casi en la cercana claridad de la ventana. Un gran ramo de hojas le cierra la vista, la tan anhelada última vista, y cuando quiere levantar la mano para apartarlo y el rayo de luz cae directamente sobre él, cuando se adelanta trepidante... su cuerpo se tambalea, pierde el equilibrio y cae estrepitosamente al suelo.

Un golpe mitigado como de una fruta pesada resuena sobre la hierba. Arriba, una figura se asoma a la ventana con mirada alarmada, pero la oscuridad está inmóvil y callada como un estanque que se ha tragado a alguien que ha caído en sus aguas. Pronto se apaga la luz y el jardín vuelve a respirar misteriosamente con incierta luminosidad sobre las silenciosas sombras.

Al cabo de unos minutos el muchacho despierta de su desvanecimiento. Su mirada alelada se dirige un instante hacia lo alto, donde un cielo pálido con unas pocas estrellas aisladas le contempla fríamente. Pero entonces siente un dolor fulminante y terrible en el pie derecho, un dolor que casi le hace gritar al primer movimiento indeciso que intenta. Ahora recuerda lo que ha ocurrido. Y sabe que no debe permanecer ahí, debajo de la ventana de Margot; que no debe pedir ayuda a nadie, ni gritar, ni hacer ruido. De su frente caen gotas de sangre, debe de haberse golpeado en la hierba contra una piedra o un madero, pero las quita con la mano, lo suficiente para que no le caigan en los ojos. Y entonces intenta alejarse arrastrándose, con el peso del cuerpo ladeado hacia la izquierda y con las manos clavadas profundamente en la tierra. Cada vez que la pierna rota roza algo o simplemente cambia de posición; el dolor es tan agudo que teme volver a desvanecerse. Pero lentamente avanza, casi media hora necesita hasta la escalera, y ya siente que sus brazos flaquean. Sobre su frente se mezcla el sudor frío con la sangre que gotea tenazmente: aún le queda por superar el último y peor obstáculo: la escalera por la que asciende dificultosamente, muy despacio y entre terribles dolores. Al llegar arriba y rodear con manos temblorosas la barandilla su respiración es casi un estertor. Aún se arrastra unos pasos hasta la puerta de la sala de juegos, donde oye voces y ve luces. Agarrándose al picaporte logra ponerse en pie y, de repente, como si le empujaran, cae con la puerta que cede en la sala brillantemente iluminada.

Su aspecto debe de ser horrible, así como entra, con la cara cubierta de sangre, sucio de tierra y desplomándose inmediatamente al suelo como un saco, pues los caballeros se levantan de un salto, las sillas caen con estrépito, todos acuden en su ayuda. Con cuidado le llevan al sofá. Aún puede balbucear que ha caído por la escalera cuando se dirigía al parque y ya descenden espirales negras ante sus ojos, fluctúan y le envuelven por completo, sus

sentidos se nublan, ya no sabe dónde está.

Un caballo es ensillado y alguien va en busca de un médico. El castillo alarmado se anima fantasmal: luces temblorosas se encienden como luciérnagas en los pasillos, voces susurran preguntas a través de puertas entreabiertas, los criados aparecen tímidos y semidormidos, y por fin suben entre todos al muchacho desmayado a su habitación.

El médico constata la fractura de la pierna y tranquiliza a todos de que no hay peligro. El accidentado únicamente deberá permanecer inmóvil y vendado durante un tiempo. Cuando se lo dicen al muchacho, éste sonríe melancólico. No le importa demasiado. Porque es agradable estar así tumbado, mucho tiempo a solas, sin ruido ni gente, en una habitación soleada, de techos altos, a la que los árboles se acercan con el fragor de sus copas, cuando se desea soñar con una muchacha a la que se ama. Es dulce reflexionar con calma sobre las cosas, soñar delicados sueños sobre la amada, estar libre de todos los asuntos y de todas las obligaciones, a solas con esas delicadas imágenes soñadas, que se acercan a la cama cuando uno cierra los párpados por un instante. El amor quizá no posee momentos más bellos y recogidos que estos sueños pálidos de duermevela.

El dolor es todavía fuerte en los primeros días. Pero está mezclado con una extraña sensación de placer. La idea de que sufre por Margot, por su amada, le proporciona al muchacho un sentimiento romántico y casi exaltado de su propio ser. Le hubiera gustado tener una herida, piensa, roja de sangre por toda la cara, para llevarla siempre y abiertamente como un caballero los colores de su dama; o hubiera sido bonito no haber recobrado el sentido y haberse quedado muerto al pie de la ventana de la amada. Y sigue soñando que ella despierta por la mañana porque bajo su ventana hay voces que gritan y escandalizan, que se asoma curiosa y le ve, a él, descalabrado y muerto por ella. Y ve cómo ella se desmaya con un grito, oye ese grito estridente en sus oídos, ve entonces la desesperación, el pesar de ella, la ve durante toda una destrozada vida caminar vestida de negro y sombría, un ligero temblor alrededor de los labios cuando la gente le pregunta por su dolor.

Así el muchacho sueña días y días, primero sólo en la oscuridad, luego también con ojos abiertos, pronto se acostumbra a la rememoración entrañable de la imagen querida. Ninguna hora es demasiado clara o bulliciosa para que esa imagen venga a visitarle como sombra luminosa deslizándose sobre las paredes, o para que su voz no se desprenda del goteo de las hojas y del crujir de la arena en la cegadora luz del sol. Durante horas conversa así con Margot o sueña que está de viaje con ella en maravillosas expediciones. Pero a veces despierta desasosegado de estos ensueños. ¿De verdad ella llevaría luto por él? ¿Le recordaría siquiera?

Indudablemente: ella viene de vez en cuando a visitar al enfermo. A menudo, cuando está hablando con ella en pensamientos y su imagen luminosa parece estar delante de él, se abre la puerta y ella entra en la habitación, alta y bella, pero muy diferente al ser de sus sueños. Porque esa visitante no es dulce y tampoco se inclina agitada para besar su frente como la Margot de los sueños, sino que se sienta junto a su lecho, pregunta cómo le va, si tiene dolores, y le cuenta cuatro minucias variopintas. Él está siempre tan atemorizado y confundido por su presencia, que ni se atreve a mirarla; a menudo cierra los párpados, para oír mejor su voz, para absorber ávidamente el tono de sus palabras, esa música peculiar, que aún vibra horas después a su alrededor. Contesta turbado a las preguntas que ella le hace, porque ama demasiado el silencio en el que oye sólo su respiración, y así siente en lo más profundo el estar a solas con ella en el espacio, en el universo. Y cuando ella se levanta y se dirige a la puerta, él se endereza penosamente, a

pesar del dolor, para grabar en su corazón una vez más todas las líneas de su figura en movimiento, verla viva, antes de desaparecer otra vez en la realidad incierta de sus sueños.

Margot viene a visitarle casi a diario. Pero ¿no vienen también Kitty y Elizabeth, la pequeña Elizabeth, que siempre le mira acongojada y pregunta con voz dulce e inquieta si no se siente ya mejor? ¿Acaso no entra su hermana a verle cada día, y las otras damas, no son todas igualmente amables con él? ¿No permanecen a su lado y le cuentan minucias variopintas? Se quedan incluso demasiado tiempo, porque le ahuyentan con su presencia los sentidos ensoñados, los despiertan de su paz contemplativa y los incitan a conversaciones insulsas y a frases tontas. Querría que no viniera ninguna de ellas, que sólo viniera Margot, una hora solamente o unos minutos, y que él se quedara de nuevo a solas, para soñar con ella, sin ser molestado, sin interrupciones, contento, como llevado por leves nubes, abstraído por completo en las consoladoras imágenes de su amor.

Por eso, a veces, cuando oye una mano en el picaporte cierra los párpados y simula dormir. Entonces los visitantes salen otra vez de puntillas, él oye cómo el picaporte se cierra indeciso y sabe que ya puede arrojararse de nuevo a las aguas tibias de sus sueños para que le lleven mansamente hacia las lejanías más seductoras.

Y un día le sucede lo siguiente: Margot ya había estado a su lado, aunque sólo brevemente, pero le había traído el pleno perfume del jardín en su cabello, el florecer espeso del jazmín y el relumbre blanquecino del sol de agosto en sus ojos. Sabía, pues, que no podía esperar otra visita de ella en ese día. La tarde sería larga y radiante, resplandeciente en dulce ensoñación, porque nadie la molestará: todos han salido de excursión a caballo. Y cuando la puerta se entreabre tímidamente, cierra con fuerza los ojos y se hace el dormido. Pero la persona que ha entrado —lo percibe perfectamente en la respiración contenida de la habitación— no se retira sino que cierra sigilosamente la puerta para no despertarle. Y ahora se acerca a él con pasos cautelosos que apenas rozan el suelo. Oye el murmullo de un vestido y cómo ella toma asiento junto a su diván. Y ardiendo como la púrpura siente a través de los ojos cerrados la mirada de ella vagar por su rostro.

Su corazón empieza a latir inquieto. ¿Es Margot? Seguramente. Lo presiente, pero es un placer dulce, violento, excitante, un placer secreto y voluptuoso no abrir ahora los ojos e intuir la simplemente a su lado. ¿Qué hará ella? Los minutos le parecen interminables. Ella le contempla fijamente, observa su sueño, y eso cosquillea como electricidad a través de sus poros, esa conciencia irritante y, sin embargo, también embriagadora de estar expuesto sin defensas, ciegamente a su contemplación, saber que si él abriera ahora de repente los ojos envolverían en su ternura, bruscamente, como un manto, el rostro asustado de Margot. Pero el muchacho no se mueve, retiene la respiración, que se vuelve intranquila y agitada en el pecho oprimido, y espera y espera.

Nada sucede. Únicamente tiene la sensación de que ella se inclina más sobre él, de que siente más cerca de su rostro ese suave perfume, ese perfume húmedo y ligero de lilas, que conoce de sus labios. Y ahora —como una oleada caliente la sangre se desparrama desde allí por todo su cuerpo— ella ha posado la mano en el lecho y roza por encima de la manta su brazo, con caricias tranquilas, muy cuidadosas, que él siente magnéticamente y a las que la sangre obedece frenética. La sensación de esta discreta ternura es maravillosa, al mismo tiempo que embriagadora y provocativa.

La mano de ella sigue acariciando despacio, casi rítmicamente su brazo. Entonces él mira a hurtadillas a través de los párpados entornados en esa dirección. Primero ve un velo de púrpura, una nube de luz intranquila, después percibe la manta de dibujos oscuros que está extendida sobre su cuerpo, y ahora, como si viniera de muy lejos, la mano que le

acaricia; la ve muy, muy vaga, como un relucir blanco y fino que se acerca como una nube de luz y vuelve a alejarse. Y ahora reconoce claramente los dedos, blancos y tersos como la porcelana, ve cómo avanzan ligeramente curvados y luego se retiran, jugueteando, llenos de vivacidad interior. Se acercan como antenas y se retiran otra vez, y él siente en ese momento que la mano es algo independiente y animado, como un gato, que se arrima zalamero a un vestido, como un gatito blanco que se acerca a nosotros con uñas enfundadas ronroneando enamorado y no le hubiera asombrado que sus ojos hubieran empezado a centellear. Y en efecto: ¿no brilla en este blanco acercamiento una mirada fulgurante? No: sólo es el brillo del metal, el relucir del oro. Pero ahora cuando la mano vuelve a avanzar lo ve claramente: es el medallón, que cuelga tembloroso de la pulsera, el misterioso y delator medallón, de ocho lados y del tamaño de un penique. Es la mano de Margot la que acaricia su brazo, y despierta en él el deseo de llevar a sus labios esa mano blanca, sin anillos, desnuda y besarla. Entonces oye la respiración de ella, siente el rostro de Margot muy cerca del suyo, y no puede ya mantener cerrados los párpados por más tiempo, y radiante de felicidad dirige la mirada sobre el cercano rostro, que sobresaltado se aparta rápidamente.

Y ahí, cuando las sombras del rostro inclinado se disipan y la claridad invade los rasgos encendidos, el muchacho reconoce —y como bajo un golpe se estremecen sus miembros— a Elizabeth, la hermana de Margot, la joven y extraña Elizabeth. ¿Era todo un sueño? No, sus ojos se clavan asombrados en el rostro ahora cubierto de rubor, que aparta tímidamente la mirada: es Elizabeth. De pronto el muchacho comprende el terrible error, su mirada desciende hasta la mano de ella y, en efecto, el medallón está allí.

Delante de sus ojos empiezan a girar velos. Siente lo mismo que entonces cuando se desvaneció, pero aprieta los dientes, no quiere perder el sentido. Como un relámpago pasa todo ante sus ojos, condensado en un segundo: el asombro, la arrogancia de Margot, la sonrisa de Elizabeth, que le conmovía como una silenciosa mano; no, no era posible el error.

Sólo tiene una única y leve esperanza. Busca con los ojos el medallón, quizá Margot se lo ha regalado, hoy mismo o ayer o hace unos días.

Pero ya le habla Elizabeth. Sus febriles cavilaciones deben de haber desencajado su rostro pues ella le pregunta asustada:

—¿Tienes dolores, Bob?

Qué parecidas son sus voces, piensa él. Y contesta atolondrado:

—Sí, sí... es decir, no... ¡estoy bastante bien!

Cae de nuevo el silencio. Como una oleada caliente vuelve el mismo pensamiento una y otra vez: quizá se lo ha regalado Margot. Él sabe que eso no puede ser verdad, pero tiene que preguntárselo a ella.

—¿Qué medallón llevas ahí?

—Oh, es una moneda de una república americana, no sé de cuál. El tío Robert nos la trajo una vez.

—¿Nos la trajo?

Retiene la respiración. Ahora ella tiene que decirlo.

—A Margot y a mí. Kitty no la quiso, No sé por qué.

El muchacho siente que algo húmedo inunda sus ojos. Con cuidado vuelve la cabeza hacia un lado para que Elizabeth no vea la lágrima que ya debe de estar muy cerca de los párpados porque no puede retenerla y ahora cae despacio, muy despacio por su mejilla. Quiere decir algo, pero teme que su voz se quiebre ante el empuje creciente del sollozo. Ambos callan, observándose mutuamente con temor. Por fin Elizabeth se pone en pie.

—Me voy, Bob. Que te mejores.

El cierra los ojos, y la puerta se cierra con un leve crujido.

Como una bandada de palomas espantadas alzan ahora el vuelo los pensamientos. Acaba de comprender lo terrible del malentendido, le invaden la vergüenza y el fastidio que le provoca su desatino, pero al mismo tiempo también un dolor desenfrenado. Ahora se da cuenta de que ha perdido para siempre a Margot, aunque siente que la ama irremediamente, quizá sin esa desesperada añoranza de lo imposible. Y Elizabeth..., furioso aparta de sí su imagen, pues toda su entrega y el ardor ahora mitigado de su pasión no significan para él lo que significa una sonrisa de Margot o su mano si se dignara alguna vez tocarle ligeramente. Si Elizabeth se hubiera mostrado a él en su día, la habría amado, porque en aquel momento su pasión aún era infantil, pero ahora el nombre de Margot se le ha grabado a fuego en miles de sueños con demasiada profundidad para que pudiera borrarlo de su vida.

El muchacho siente cómo la oscuridad aumenta ante sus ojos, cómo la reflexión constante se disuelve en lágrimas. En vano se esfuerza como en todos los días de su enfermedad, durante las largas horas solitarias, por conjurar la imagen de Margot ante sus ojos: siempre se asocia a ella, como una sombra, Elizabeth, con sus profundos ojos anhelantes, y entonces todo se vuelve confuso, y él se ve obligado a cavilar otra vez penosamente sobre las cosas y cómo han sucedido. Y entonces siente vergüenza al pensar cómo estuvo bajo la ventana de Margot, llamándola por su nombre, y también siente compasión con la callada y rubia Elizabeth, para la que nunca ha tenido una palabra o una mirada en todos estos días, en los que su agradecimiento debía haber irradiado como un fuego.

A la mañana siguiente, Margot se acerca a su lecho un momento. El muchacho se estremece ante su proximidad y no se atreve a mirarle a los ojos. ¿Qué le está diciendo? Apenas la oye, el zumbido desordenado en sus sienes es más fuerte que la voz de ella. Sólo cuando ella le deja rodea otra vez anhelante con su mirada toda su silueta. Comprende que ella nunca le ha amado.

Por la tarde viene a verle Elizabeth. Sus manos, que rozan de vez en cuando las de él, tienen una suave familiaridad, y su voz es muy queda. Habla con un cierto miedo de cosas indiferentes, como si temiera delatarse si hablara de sí o de él. Él no sabe bien lo que siente por ella. Unas veces siente compasión, otras agradecimiento por el amor que le dedica, pero no podría decirle nada. Apenas se atreve a mirarla por temor a mentir.

Ahora ella viene todos los días a verle y se queda más tiempo. Es como si, desde aquel momento en que el secreto entre ellos empezó a clarificarse, se hubiera esfumado también la inseguridad. Pero no se atreven a hablar sobre ello, sobre esas horas en la oscuridad del jardín.

Un día Elizabeth está sentada como siempre junto a su sillón. Fuera luce el sol, un reflejo verde de las copas agitadas de los árboles tiembla en las paredes. El pelo de ella parece en estos momentos puro fuego, como nubes ardiendo, su piel es pálida y transparente, todo su ser es luminoso, leve. Desde los cojines, sobre los que cae una sombra, el muchacho ve su rostro sonriendo cercano y al mismo tiempo lo ve tan lejos, porque brilla bajo la luz que ya no le alcanza a él. Ante esta visión olvida todo lo sucedido. Y cuando ella se inclina hacia él, y sus ojos se vuelven más profundos y se concentran en el interior en espirales, él la rodea con su brazo por la cintura y atrae su cabeza y besa su boca fina y húmeda. Ella tiembla, pero no se resiste, sólo le pasa la mano por el pelo con gesto leve y triste. Y dice entonces tenuemente, con tristeza tierna en la voz:

—Tú amas a Margot.

El muchacho siente hasta lo más profundo de su corazón el tono entregado, la desesperación sin resistencia, siente hasta su alma el nombre que tanto le conmueve. Pero no se atreve a mentir en ese instante. Y guarda silencio.

Ella le besa una vez más los labios, ligeramente, casi como una hermana, luego abandona la habitación sin una palabra.

Ésa es la única vez que hablan de ello. Al cabo de unos días bajan al convaleciente al jardín, donde las primeras hojas amarillas se persiguen en los senderos y el anochecer temprano presagia la melancolía del otoño. Y, al cabo de unos días más, el muchacho puede caminar ya sólo, aunque con dificultad, por última vez en este año bajo el enramado de los árboles, que ahora hablan más alto y más enfadados en el viento que los sacude que entonces, en aquellas tres suaves noches de verano. Nostálgico el muchacho pasea hasta aquel lugar. Siente como si allí se elevara invisible un oscuro muro, detrás del cual se hallara, lejana, disuelta en la penumbra, su infancia y ante sus ojos se extendiera otro mundo, extraño y peligroso.

Al anochecer se despidió de todos, sumergió su mirada una vez más en el rostro de Margot como si tuviera que beberlo para toda la vida, dio intranquilo su mano a Elizabeth, que la apretó con calidez, pasó casi sin mirar a Kitty, a los amigos y a su hermana, tan rebotante estaba su alma de la emoción de amar a una y sentirse amado por la otra. Estaba muy pálido y sobre su rostro había un cierto rasgo amargo, que ya no le hacía parecer un chico. Por primera vez tenía el aspecto de un hombre.

Y sin embargo, cuando los caballos arrancaron y vio que Margot se apartaba indiferente para dirigirse a la escalera, y que de pronto un brillo húmedo inundaba los ojos de Elizabeth que tuvo que cogerse a la barandilla, la plenitud de la nueva vivencia le avasalló de tal modo que se entregó a sus lágrimas con el desconsuelo de un niño.

El castillo brillaba cada vez más lejos, el jardín oscuro parecía cada vez más pequeño en el polvo que levantaba el carruaje, el paisaje se impuso y por fin todo lo que había vivido se volvió invisible detrás de su mirada y ya sólo acuciante recuerdo. Dos horas de viaje le condujeron hasta la cercana estación. Y a la mañana siguiente estaba en Londres.

Pasaron unos años y dejó de ser un muchacho. Pero aquella primera vivencia había florecido con demasiada violencia en él para poder marchitarse alguna vez. Margot y Elizabeth se casaron, pero él no quiso volver a verlas, porque los recuerdos de aquellas horas le asaltaban a veces con tanta fuerza apasionada que toda su posterior vida le parecía sólo sueño y apariencia comparada con la realidad de ese recuerdo. Se había convertido en uno de esos seres humanos que ya no encuentran una relación con el amor hacia las mujeres; pues él, que en un instante de su vida había reunido con tal plenitud ambos sentimientos, el de amar y el de ser amado, no sentía ya ningún empuje para buscar lo que tan pronto había caído entre sus manos temblorosas y temerosamente aquiescentes de muchacho. Ha viajado por muchos países, como uno de esos ingleses correctos y reservados, que muchos creen insensibles porque están tan callados y porque su mirada pasa de largo fríamente ante los rostros de las mujeres y sus sonrisas. Porque ¿quién piensa que llevan en su interior las imágenes sobre las que descansa constantemente su mirada, mezcladas con su sangre, que arde siempre en ellas como una llama eterna delante de la imagen de la Virgen? Y ahora sé también cómo llegó esta historia hasta mí. En el libro que estaba leyendo esta tarde había una tarjeta que me envió un amigo de Canadá. Es un joven inglés, al que conocí durante un viaje, con el que conversé a menudo en largos atardeceres y en cuyas palabras brillaba a veces, misteriosamente como lejanas estatuas, el recuerdo de

dos mujeres, que estaban unidas para siempre con un determinado momento de su juventud. Hace tiempo, mucho tiempo que hablé con él, y sin duda había olvidado ya las conversaciones de entonces. Pero hoy, cuando recibí la tarjeta, despertó el recuerdo nostálgico mezclado con algunas de mis propias vivencias y tuve la sensación de haber leído la historia de mi amigo en el libro que se me cayó de las manos o de haberla encontrado en un sueño.

Pero ¡qué oscura se ha puesto la habitación, y qué lejos estás de mí en esta profunda penumbra! Sólo veo un fulgor delicado donde intuyo tu rostro, y no sé si sonríes o si estás triste. ¿Sonríes porque invento historias insólitas para personas que he conocido sólo superficialmente, porque sueño para ellas destinos completos y luego las dejo retornar tranquilamente a su vida y su mundo? ¿O acaso estás triste por ese muchacho, que pasó ante el amor y en una hora perdió para siempre el camino del jardín de este dulce sueño? ¿Ves?, yo no quería que esta historia fuera melancólica y sombría, pretendía únicamente hablarte de un joven al que de pronto rindió el amor, el propio y el de otra mujer. Pero las historias que se cuentan al anochecer toman todas el sendero silencioso de la añoranza. La penumbra desciende sobre ellas con sus velos, toda la tristeza que reposa en la noche se abomba sin estrellas sobre ella, la oscuridad se filtra en su sangre y todas las palabras luminosas y coloridas que la sostienen adquieren un sonido tan saturado y cargado como si procedieran de la vida de uno mismo.

ANGUSTIA

Cuando Irene bajó la escalera del piso de su amante se sintió de pronto invadida por esa angustia inexplicable. Una peonza negra giró de repente ante sus ojos, las rodillas se le helaron con espantosa rigidez y precipitadamente tuvo que sujetarse a la barandilla para no caer bruscamente hacia adelante. No era la primera vez que se atrevía a hacer esta peligrosa visita, ni le resultaba desconocido este repentino vértigo; siempre, a pesar de todas las defensas internas, sufría en el momento de volver a casa estos extraños ataques de angustia insensata y ridícula. El camino a la cita era indudablemente más fácil. Solía hacer parar el coche en la esquina, corría apresuradamente y sin levantar la vista los pocos pasos hasta el portal y luego subía a toda prisa la escalera, consciente de que él la esperaba ya detrás de la puerta que se abría rápidamente, y esta primera angustia, en la que también ardía impaciencia, se disolvía caliente en el abrazo de bienvenida. Pero luego, cuando quería volver a casa, surgía como un escalofrío ese otro misterioso miedo, mezclado ahora con el espasmo de la culpa y esa fantasía estúpida de que toda mirada extraña en la calle podía descubrir en su rostro de dónde venía y responder con sonrisa insinuante a su turbación. Los últimos minutos en compañía de su amante ya estaban envenenados por la inquietud creciente de ese presentimiento; dispuesta a marcharse, sus manos temblaban de prisa nerviosa, distraída escuchaba sus palabras y rechazaba intranquila las últimas manifestaciones de su pasión; todo en ella deseaba escapar, de la casa de su amante, de la aventura, para refugiarse de nuevo en su sosegado mundo burgués. Apenas se atrevía a mirarse en el espejo, por miedo al recelo en la propia mirada, y sin embargo era necesario comprobar si algo en su vestido delataba por su desorden la pasión de la hora pasada. Entonces venían esas últimas palabras, inútilmente tranquilizadoras, que ella apenas oía debido a su agitación, y ese segundo al acecho detrás de la puerta protectora, para ver si alguien subía o bajaba por la escalera. Pero fuera ya estaba la angustia, impaciente por apoderarse de ella, y le alteraba tan imperiosamente el latido del corazón que descendía ya sin aliento los pocos peldaños hasta que sentía que le fallaban las fuerzas hasta ahora sostenidas por los nervios.

Durante un minuto permanecía así con los ojos cerrados y respiraba ávidamente la fresca tenue de la escalera. Entonces, en uno de los pisos de arriba se cerraba una puerta, atemorizada se sobreponía y bajaba apresuradamente los peldaños mientras que sus manos apretaban automáticamente el tupido velo alrededor del rostro. Ahora se enfrentaba a ese último y terrible momento, el pavor de salir a la calle del portal extraño y quizá topar con la pregunta directa de algún conocido de paso por allí, curioso por saber de dónde venía, y caer en la confusión y el peligro de una mentira. Irene agachó la cabeza como un saltador al tomar carrerilla y con decisión corrió hacia el portal entreabierto.

Entonces chocó violentamente con una mujer que entraba en ese momento.

—Perdón —dijo azarada e intentó pasar rápidamente delante de ella. Pero la mujer le cerró ostensiblemente el camino y la miró indignada y, al mismo tiempo, con soma evidente.

—¡Vaya, la he pescado! —gritó tan tranquila con voz vulgar—. ¡Naturalmente una mujer decente, más o menos! De las que no se contentan con un hombre, su abundante dinero y todo lo demás, sino que encima le quitan a una pobre chica su novio...

—Por Dios... qué dice usted... se equivoca... —murmuró Irene e hizo un torpe

intento para escapar, pero la mujer interpuso su cuerpo en la puerta y le espetó con voz estridente:

—No, no me equivoco... yo la conozco a usted... viene de casa de Eduard, mi novio... Por fin la he pillado, ahora sé por qué últimamente tiene tan poco tiempo para mí... ¡Es por usted... pelandusca!

—¡Por todos los santos! —la interrumpió Irene con voz apagada—. No chille usted así. —Y maquinalmente entró de nuevo en el portal. La mujer la contempló sarcástica. Ese miedo descontrolado, esa evidente indefensión parecían gustarle, porque con una sonrisa impertinente y burlona estudió ahora a su víctima. Su voz se distendió de puro bienestar grosero, se volvió casi confianzuda.

—Así son estas señoras casadas, tan distinguidas, tan elegantes, cuando salen a robarle a una los hombres. Con velo, claro, con velo, para después poder pasar por mujeres decentes...

—¿Qué... quiere usted de mí?... No la conozco en absoluto... Tengo que irme...

—Tiene que irse, claro... con el señor marido... al salón calentito, a jugar a la gran dama y a dejarse desvestir por la doncella... Pero lo que nos pueda suceder a nosotras, si nos morimos de hambre, no le interesa a una dama distinguida... A las que son como yo, estas mujeres decentes nos roban hasta lo último...

Irene reaccionó y, siguiendo un vago impulso, introdujo la mano en el monedero y sacó lo que encontró en billetes.

—Ahí tiene... pero ahora déjeme marchar... No volveré más... Se lo juro.

La mujer cogió el dinero con una mirada hostil.

—Golfá —murmuró.

Irene se estremeció al oír la palabra, pero vio que la otra dejaba libre la puerta y salió disparada a la calle, aturdida y sin aliento como un suicida que se tira desde una torre. Vio pasar rostros como máscaras desfiguradas mientras huía, y con la mirada ya nublada se abrió camino dificultosamente hasta un taxi que esperaba en la esquina. Se tiró como una masa sobre el asiento, luego todo se volvió rígido e inmóvil en su interior, y cuando el chófer por fin intrigado preguntó a su singular cliente adonde quería ir, ella le miró durante un momento con ojos vacuos, hasta que su mente aturdida comprendió por fin sus palabras.

—A la Estación del Sur —balbució apresuradamente y, asaltada repentinamente por la idea de que aquella mujer pudiera seguirla, añadió—: ¡Deprisa, vaya deprisa!

Durante el trayecto comprendió lo profundamente que la había afectado ese encuentro. Se frotó las manos, que, rígidas y frías como objetos muertos, colgaban a lo largo de su cuerpo, y de pronto empezó a temblar convulsivamente. En la garganta le subió algo amargo, sintió ganas de vomitar y también una ira irracional y sorda que como un espasmo amenazaba con arrancar y sacar a la luz lo más hondo de su pecho. Hubiera querido gritar o dar golpes con los puños, para liberarse del horror de ese recuerdo, clavado como un anzuelo en su cerebro, esa cara brutal con su risa sarcástica, ese vaho de ordinariez, que flotaba en el mal aliento de la plebeya, esa boca desvergonzada que llena de odio se había acercado a su rostro para escupirle las soeces palabras, y el puño alzado, enrojecido, con el que la había amenazado. La sensación de ansiedad se agudizó, ascendió en su garganta, y además, el coche que rodaba a toda velocidad daba bandazos a un lado y a otro; iba a decirle al chófer que fuera más despacio cuando se dio cuenta de que no tendría quizá suficiente dinero para pagar, ya que había dado a la chantajista todos los billetes que llevaba. Alocada, dio la señal de parar y para nueva sorpresa del conductor se bajó precipitadamente. Por fortuna, el resto del dinero que le quedaba era suficiente. Pero se

encontró perdida en un barrio desconocido, en un ir y venir de gente con prisa, que le hacían físicamente daño con cada palabra, con cada mirada. Sus rodillas estaban como reblandecidas a causa del miedo y propulsaban con desgana sus pasos hacia adelante, pero tenía que volver a casa, y reuniendo todas sus energías fue haciéndose camino de calleja en calleja con un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera andando por un lodazal o por nieve hasta las rodillas. Por fin llegó a su casa y con premura nerviosa, que reprimió inmediatamente para no llamar la atención con su agitación, subió la escalera.

Cuando la doncella le quitó el abrigo, e Irene oyó en el cuarto de al lado a su hijo pequeño jugar con su hermana menor y su mirada calmada se posó en cosas conocidas, propiedades y seguridad, recobró de nuevo una apariencia de confianza, mientras que la alteración aún le movía subterránea y dolorosamente el pecho acongojado. Se quitó el velo, compuso el rostro con la voluntad férrea de parecer candorosa y entró en el comedor donde su marido leía el periódico en la mesa ya puesta para la cena.

—Tarde, tarde llegas, querida Irene —la saludó con suave reproche, levantándose para besarla en la mejilla, lo que en ella automáticamente despertó una penosa sensación de vergüenza.

Se sentaron a la mesa y con voz indiferente, casi sin levantar los ojos del periódico, él preguntó:

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Estuve... en casa de... de Amelia... tenía que hacer unos recados y... la acompañé —redondeó la frase, furiosa por la imprudencia de haber mentido tan mal. En general solía tener preparada una mentira bien pensada de antemano y resistente a todas las posibilidades de examen, pero hoy la angustia la había hecho olvidar sus precauciones y obligado a esta improvisación tan torpe. ¿Y si a su marido se le ocurría, pensó, como en la comedia que habían visto recientemente en el teatro, llamar por teléfono e indagar...?

—¿Qué te pasa? Pareces tan nerviosa... ¿Por qué no te quitas el sombrero? —preguntó su marido.

Irene se estremeció, sintiéndose de nuevo presa de su turbación, se levantó precipitadamente y fue a su habitación a quitarse el sombrero, en el espejo estuvo contemplando sus ojos inquietos hasta que su mirada le pareció otra vez segura y firme. Entonces volvió al comedor.

La doncella trajo la cena, y la velada se desarrolló como cualquier otra velada, quizá un poco más lacónica y menos jovial que otras veces, una velada con una conversación pobre, fatigada, y con frecuentes interrupciones. Los pensamientos de Irene rehacían constantemente el camino y se encogían espantados cada vez que llegaban a aquel minuto, a la horrible proximidad de la chantajista; entonces alzaba los ojos, para sentirse resguardada, rozaba tiernamente con la mirada cada objeto de su entorno familiar, cada uno ocupando en las habitaciones su lugar por recuerdo y significación, y una cierta calma volvía a confortarla. Y el reloj de pared, midiendo apaciblemente con su paso de acero el silencio, devolvía a su corazón algo de su ritmo regular y seguro en su despreocupación.

A la mañana siguiente, cuando su marido se marchó a su despacho y los niños salieron de paseo, y ella se quedó por fin a solas consigo misma, aquel encuentro contemplado y analizado a la luz clara de la mañana perdió mucho de su amenaza. Irene recordó que su velo era muy tupido y que por ello la mujer difícilmente podía haber captado con exactitud sus rasgos y reconocerlos. Con calma sopesó las medidas a tomar. En ningún caso volvería a visitar a su amante en su piso; y así quedaba sin duda eliminada la posibilidad más inmediata de un nuevo enfrentamiento. Quedaba pues únicamente el

peligro de un encuentro fortuito con esa persona, peligro improbable, por otro lado, ya que al haber tomado ella un taxi no podía haberla seguido. Su nombre y su domicilio le eran desconocidos y no era de temer que la reconociera con seguridad dada la imagen imprecisa que de ella tenía. Pero también para ese extremo Irene tenía una solución. Llegado el caso, ella, ya liberada del miedo, mantendría simplemente la compostura, lo negaría todo, alegaría fríamente una equivocación, y como era imposible demostrar aquella visita, si no era en el lugar y el momento mismos, acusaría a la mujer de chantaje. No en vano Irene era la esposa de uno de los más prestigiosos abogados de la ciudad, sabía perfectamente por las conversaciones de su marido con los colegas de oficio que los chantajes sólo podían ser controlados con prontitud y la máxima presencia de ánimo, ya que cada dilación, cada amago de inquietud por parte del perseguido sólo acrecentaba la superioridad de su contrincante.

La primera medida fue una breve carta a su amante, comunicándole que al día siguiente no podía acudir a la hora acordada, ni tampoco en los días sucesivos. Al releer la misiva, en la que por primera vez disimuló su letra, le pareció un poco fría en su tono, y ya se disponía a sustituir las palabras poco cariñosas por otras más íntimas cuando el recuerdo del encuentro del día anterior le reveló de pronto un rencor subconsciente, culpable de la frialdad de sus líneas. Su orgullo estaba lacerado por aquel enojoso descubrimiento de haber sustituido en el favor de su amante a una predecesora tan baja e indigna, y examinando con un sentimiento menos complaciente las palabras, celebró vengativa la frialdad con la que en ellas situaba su hipotética aparición en la esfera de su capricho benévolo.

Había conocido a ese joven, un pianista de cierto renombre en un círculo aún restringido, durante una velada circunstancial y se había convertido pronto, sin quererlo realmente y casi sin saber cómo, en su amante. Nada en su sangre había clamado por la suya, nada sensual y aun menos algo espiritual había unido su cuerpo al suyo: se había entregado a él sin necesitarle o desearle verdaderamente, por una cierta pereza, de resistir a la voluntad de él, y por una cierta curiosidad intranquila. Nada en ella, ni su sangre completamente satisfecha por su dicha matrimonial, ni ese sentimiento tan frecuente en las mujeres que creen sus intereses espirituales en peligro de atrofiarse, habían convertido en una necesidad ese amante. Irene era completamente feliz en su comfortable existencia, resguardada y sólidamente burguesa, al lado de un marido acomodado e intelectualmente superior, y de dos hijos. Pero hay una placidez de la atmósfera que provoca la sensualidad tanto como el bochorno o la tormenta, una templanza de la felicidad que es más excitante que la desgracia y para muchas mujeres, precisamente por su ausencia de deseo, tan pernicioso como la insatisfacción permanente debida a la falta de esperanza. La saciedad no excita menos que el hambre, y la protección, la seguridad de su vida despertaban su curiosidad de aventura. Su existencia carecía por completo de resistencias. A su alrededor todo era muelle, por doquier se extendía la previsión, la urbanidad, el amor templado y el respeto doméstico, y sin percatarse de que esta moderación de la existencia nunca depende de cosas externas sino que es siempre reflejo de una falta de relación interna, Irene sentía defraudadas por esta molición sus expectativas de la vida real.

Sus latentes sueños adolescentes del gran amor y del éxtasis del sentimiento, adormilados por la afectuosa tranquilidad de los primeros años de matrimonio y el encanto lúdico de la maternidad joven, empezaron a despertar ahora cuando se aproximaba a la treintena, y como todas las mujeres se adjudicaba íntimamente la capacidad de una gran pasión, sin añadir a la voluntad de vivirla el valor, que paga la aventura con su verdadero

precio: el peligro. Cuando en ese momento de una satisfacción que Irene misma era incapaz de incrementar se le acercó un joven con su deseo fuerte y directo y, rodeado del romanticismo del arte, entró en su mundo burgués, en el que normalmente los hombres celebraban respetuosamente con bromas inocuas y pequeñas coqueterías a la «dama hermosa» sin jamás desear seriamente a la mujer, ella se sintió provocada en lo más íntimo por primera vez desde sus días de adolescente. En la personalidad del joven quizá no le atrajo más que una cierta melancolía, que ensombrecía su rostro demasiado interesante de una manera artificiosa, y que, sin que ella llegara a comprenderlo, era tan aprendida como la técnica de su arte y aquella sombría introspección de la que extraía un *impromptu* (bien estudiado con antelación). En esa tristeza, ella, que se sentía rodeada de personas saciadas y burguesas, vio un indicio de ese mundo superior que multicolor le salía al encuentro en los libros y se animaba románticamente en las obras de teatro, y espontáneamente se asomó por encima del borde de sus sentimientos cotidianos para contemplarlo. Un cumplido expresado en el arrebato del momento quizá con más calor que el conveniente, obligó al músico a alzar los ojos desde el piano hacia la mujer, y ya esta primera mirada fue apropiadora. Ella se turbó y, al mismo tiempo, sintió la voluptuosidad del miedo: una conversación en la que todo parecía iluminado y abrasado por llamas subterráneas atrajo y sedujo tanto su curiosidad ya despierta que no eludió un reencuentro en un concierto público. Se vieron luego varias veces, y pronto ya no por casualidad. La satisfacción de saber que ella, que hasta ahora había tenido en poco su propia opinión musical y que, con razón, negaba a su sentimiento artístico cualquier valor, significaba para él, un verdadero artista, mucho como consejera comprensiva, como él le aseguró repetidamente, la llevó pocas semanas después a aceptar irreflexivamente su invitación, para tocar en su casa para ella, y solamente para ella, su obra más reciente; una proposición que en su intención quizá no era del todo sincera, pero que desembocó en besos y por fin en la entrega sorprendida de la mujer. Su primer sentimiento fue sobresalto ante este insospechado giro hacia lo sensual, el misterio que rodeaba esta relación quedó roto bruscamente, y el sentimiento de culpabilidad por este indeseado adulterio fue calmado sólo en parte por la exaltante vanidad de haber negado, por primera vez, el mundo burgués en el que vivía por una decisión propia, como ella creía. Así su vanidad transformó en orgullo violento el escalofrío ante la propia maldad, que la había atemorizado en los primeros días. Pero estas misteriosas emociones sólo tuvieron su plena tensión en los primeros momentos. El instinto de Irene se rebelaba subterráneamente contra este hombre, sobre todo contra lo que era nuevo en él, lo diferente que, en realidad, había atraído su curiosidad. La extravagancia de su vestimenta, la bohemia de su modo de vida, lo desordenado de su existencia económica, que oscilaba constantemente entre el dispendio y la escasez, resultaban antipáticas a su mentalidad burguesa; como la mayoría de las mujeres, deseaba al artista muy romántico desde lejos, pero muy comedido en el trato personal, una fiera rutilante, pero detrás de las rejas de la moral burguesa. La pasión que ella admiraba en sus interpretaciones musicales, la inquietaba cuando estaba físicamente cerca de él, en el fondo le disgustaban esos abrazos súbitos e imperiosos, cuya desconsideración voluntariosa comparaba, sin proponérselo, con el ardor de su marido, aún tímido y respetuoso después de tantos años. Pero ahora que había caído en la infidelidad acudía una y otra vez a visitar a su amante, sin sentirse ni colmada ni desilusionada, simplemente por un cierto sentido del deber y por la inercia de la costumbre. Irene era una de esas mujeres, que abundan entre las casquivanas e incluso entre las *cocottes*, cuya mentalidad burguesa es tan fuerte que introducen incluso en el adulterio un orden, en la licencia una cierta domesticidad, e intentan convertir con máscara paciente el sentimiento

más extraordinario en una cosa cotidiana. Al cabo de unas pocas semanas ya había encajado metódicamente a este joven, su amante, en su vida; le asignó, como a sus suegros, un día a la semana, sin renunciar por esta nueva relación a nada de su antiguo orden de vida, sino más bien añadiéndole algo nuevo. Pronto el amante no influyó para nada en el cómodo mecanismo de su existencia, se convirtió en un incremento de felicidad moderada, como un tercer hijo o un automóvil, y pronto la aventura le pareció tan banal como el placer permitido.

La primera vez, pues, que se vio ante la perspectiva de pagar la aventura con su verdadero precio, el peligro, empezó a calcular mezquinamente su valor. Mimada por el destino, consentida por su familia, casi sin deseos gracias a su favorable situación económica, la primera incomodidad resultó ya excesiva a su sensibilidad. Se negó inmediatamente a dar algo de su despreocupación psicológica y decidió, sin pensarlo mucho, sacrificar al amante a su confortabilidad.

La respuesta de éste, una carta de desconcierto y nerviosos balbuceos, que un mensajero trajo la misma tarde, una carta que aturdida imploraba, se dolía y hacía reproches, la hizo flaquear en su decisión de terminar la relación, porque aquella ansia adulaba su vanidad y la fascinaba por su desesperación extática. Su amante le pedía con palabras urgentes que le concediera una última entrevista, para aclarar al menos su culpa, si es que de verdad la había ofendido involuntariamente con algo, y ahora a ella le atrajo el nuevo juego de hacerse la ofendida y aumentar así con la evasiva inmotivada su valor ante él. Se sentía ahora en el centro de un torbellino y, como a todas las personas frías, le producía placer estar rodeada de pasiones sin ella misma participar de ellas. Le citó en una confitería, en la que, como recordó de pronto, había tenido de adolescente una entrevista con un actor, una entrevista que en su respetabilidad e inocuidad ahora le parecía infantil. Era curioso, sonrió para sí misma, que en su vida floreciera ahora de nuevo el romanticismo, agostado durante todos esos años de su matrimonio. Y casi se alegró interiormente del encuentro brusco del día anterior con esa mujer, en el que había sentido por primera vez desde hacía tiempo una emoción verdadera con tanta fuerza y tanto estímulo, que sus nervios por lo general ligeramente apáticos aún temblaban subterráneamente.

Esta vez escogió un vestido oscuro, discreto, y otro sombrero, para en un hipotético encuentro confundir la memoria de aquella mujer. Ya tenía preparado un velo para pasar todavía más desapercibida, pero un impulso desafiante la indujo a no utilizarlo. Ella, una mujer considerada y respetada, ¿no iba a atreverse a salir a la calle por miedo a una mujerzuela a la que ni siquiera conocía? Y al miedo ante el peligro se unió un extraño y atractivo incentivo, un placer arriesgado y picante, parecido al que procura el acariciar con los dedos el filo de un puñal o asomarse a la boca de un revólver, en cuyo cañón oscuro está comprimida la muerte. En este escalofrío de la aventura había algo extraño a su vida protegida, hacia lo que se sentía atraída con espíritu juguetón, una sensación que tensaba ahora maravillosamente sus nervios y enviaba chispas eléctricas por su sangre.

Un fugaz sentimiento de temor la rozó en el primer segundo al salir a la calle, un espasmo nervioso de frío hormigueante, como cuando introducimos tanteando la punta del pie en el agua antes de entregarnos a las olas. Pero este frío la atravesó sólo un instante, luego la invadió de repente una rara alegría vital: el placer de caminar tan ligera, fuerte y elástica, con un paso tenso y alado que no era habitual en ella. Casi lamentó que la confitería estuviera tan cerca, pues una extraña voluntad la impelía rítmicamente en pos de la atracción misteriosa y magnética de la aventura. Pero el tiempo que había asignado a la

entrevista era breve, y una agradable seguridad en la sangre le decía que su amante ya la esperaba. Allí estaba sentado en una esquina cuando ella entró, y se levantó con una agitación que ella registró con placer y, al mismo tiempo, disgusto. Tuvo que llamarle al orden para que bajara la voz. La recibió con un torbellino de preguntas y reproches, fruto de su alteración interior. Sin siquiera insinuar el verdadero motivo de sus ausencias, Irene jugó con alusiones que por su imprecisión atizaron aún más la pasión de su interlocutor. Esta vez permaneció inasequible a sus deseos e incluso fue reticente con promesas, porque notó cómo este misterioso e inesperado negar y retirar le excitaba... Y cuando después de media hora de conversación inflamada le dejó, sin haberle concedido la menor muestra de afecto y tampoco habérsela prometido, se sintió arder con un sentimiento muy curioso como sólo lo había conocido de adolescente. Era como si muy abajo, en el fondo, ardiera una llama diminuta y efervescente, a la espera de que el viento avivara el fuego para que éste la envolviera por completo. Irene recogió con alacridad cada mirada que le vino al encuentro en la calle al pasar, y el éxito inesperado de tantas de estas seducciones masculinas despertó su curiosidad por el propio rostro hasta el punto de inducirla a hacer un alto delante del espejo del escaparate de una tienda de flores para admirar en el marco de las rosas rojas y las violetas relucientes de rocío su propia belleza. Resplandeciente se contempló, ligera y joven. una boca entreabierta con sensualidad le sonrió su satisfacción desde el otro lado y alada sintió sus miembros al seguir su camino; un deseo de liberación física, de danza y desenfreno soltó el pausado ritmo acostumbrado de sus pasos y con disgusto escuchó desde la iglesia de San Miguel, ante la que pasó velozmente, la hora que la llamaba a casa, a su mundo estrecho y ordenado. Desde los días de la adolescencia no se había sentido tan etérea, tan animada en todos los sentidos; ni los primeros días de matrimonio ni los abrazos de su amante habían espoleado de este modo con chispas su cuerpo, y la idea de malgastar toda esta valiosa levedad, esta dulce obsesión de la sangre en horas ordenadas le pareció insoportable. Fatigada, siguió su camino. Delante de la casa hizo de nuevo una pausa, indecisa, para aspirar una vez más con pecho ensanchado el aire fogoso, la confusión del momento, para sentir hasta el fondo de su corazón esa ola en retirada de la aventura.

Entonces alguien tocó su hombro. Ella se volvió.

—¿Qué... qué quiere otra vez? —balbució mortalmente asustada cuando vio el rostro odiado, y se asustó todavía más al oírse pronunciar esas palabras fatales. ¿No se había propuesto no reconocer a esta mujer si la volvía a encontrar, y negarlo todo, y presentarle cara a la chantajista? Ahora era demasiado tarde.

—Hace media hora que la espero, señora Wagner.

Irene se estremeció al oír su nombre. La mujer conocía su nombre, su domicilio. Ahora todo estaba perdido, y ella irremisiblemente en manos de su enemiga. Irene tenía palabras entre los labios, palabras cuidadosamente preparadas y calculadas, pero su lengua estaba paralizada y sin fuerza para articular un tono.

—Hace media hora que la espero, señora Wagner. —La mujer repitió amenazadoramente, como un reproche, sus palabras.

—¿Qué quiere usted... qué quiere usted de mí?

—Ya lo sabe usted, señora Wagner. —Irene volvió a estremecerse al oír su nombre —. Sabe usted muy bien por qué estoy aquí.

—No he vuelto a verle... Déjeme ahora... nunca volveré a verle... nunca.

La mujer esperó, impasible, hasta que Irene no pudo continuar hablando debido a su agitación. Entonces dijo secamente como a un subalterno:

—¡No me mienta! La he seguido hasta la confitería. —Y cuando vio a Irene

retroceder, añadió con sorna—: No tengo empleo. Me han echado de la tienda por falta de trabajo, como dicen, y por los malos tiempos. Hay que aprovecharlo para darse un paseíto... como hacen las damas decentes.

Lo dijo con una maldad fría que a Irene se le clavó en el corazón. Se sintió indefensa frente a la brutalidad desnuda de esta animosidad, y el temor de que la mujer empezara otra vez a gritar o pasara su marido y todo terminara mal se apoderó de ella como un remolino. Precipitadamente metió la mano en el manguito, abrió con violencia un bolso de plata y sacó todo el dinero que cayó entre sus dedos. Con repugnancia lo depositó en la mano que, segura del botín, se adelantaba lentamente con descaro.

Pero esta vez la mano desvergonzada no se cerró sumisamente nada más sentir el dinero, como la última vez, sino que quedó suspendida en el aire abierta como una garra.

—Ande, ¡deme también el bolso de plata, para que no pierda el dinero! —dijo la boca con mueca sarcástica y risa silenciosa y gutural.

Irene la miró a los ojos, pero sólo durante un segundo. Esa burla descarada y plebeya era insoportable. Como un dolor ardiente sintió la repugnancia traspasar todo su cuerpo. ¡Huir, huir, para no ver esa cara! Con la cabeza vuelta y un gesto rápido le entregó su valioso bolso, luego echó a correr escaleras arriba, perseguida por el pánico.

Su marido aún no estaba en casa y pudo tirarse sobre el sofá. Permaneció inmóvil, como si hubiera recibido un martillazo; por sus dedos corría un descontrolado temblor que sacudía el brazo hasta el hombro, pero nada en su cuerpo era capaz de defenderse contra esta fuerza invasora del terror desatado. Sólo cuando oyó fuera la voz de su marido recuperó con un esfuerzo extremo la compostura y se arrastró a la habitación contigua con movimientos automáticos y sentidos inanimados.

Ahora el horror estaba instalado en la casa y no se movía de las habitaciones. Durante las muchas horas vacías, que una y otra vez, oleada tras oleada, traían a su memoria las imágenes de aquel espantoso recuerdo, comprendió lo desesperado de su situación. La mujer conocía —no comprendía cómo podía haber ocurrido— su nombre, su domicilio y, como sus primeros intentos habían obtenido considerable éxito, no dejaría de emplear cualquier medio para utilizar sus conocimientos en un chantaje permanente. Durante años y años pesaría sobre su vida como una pesadilla, imposible de eludir por cualquier método, aun el más desesperado, porque aunque disfrutaba de una posición acomodada y era la esposa de un hombre rico, Irene no podía sin poner en antecedentes a su marido reunir una cantidad de dinero tan importante que la liberara para siempre de esa mujer. Además, los pactos y las promesas de personas tan ruines y tramposas carecían por completo de valor, como sabía por los relatos ocasionales de su marido y sus procesos. La catástrofe podría posponerse un mes, quizá dos, calculó, entonces el edificio artificial de su paz hogareña se vendría abajo, y la certeza de que arrastraría en su caída a la chantajista no ofrecía más que un escaso consuelo. Pues, qué significaban seis meses de prisión para aquella mujer desastrada y seguramente ya condenada otras veces, comparado con la existencia que ella misma perdería y que era para ella la única posible, como presentía espantada. Comenzar una nueva vida, deshonorada y manchada, le pareció a Irene —que hasta ahora siempre se había dejado mimar por la vida y nunca había participado en la construcción de su destino— inconcebible, y luego, sus hijos estaban allí, su marido, su hogar, todas esas cosas que ahora, que iba a perderlas, se revelaban como parte y esencia de su vida interior. Todo lo que hasta ahora sólo había rozado con el vestido, le pareció, de pronto, horriblemente necesario, y la idea de que una vagabunda desconocida, que la acechaba en cualquier lugar de la calle, tuviera el poder de hacer saltar con una sola palabra

ese tejido cálido le parecía a veces increíble, incluso fantástico.

La catástrofe era inevitable, ahora lo sentía con pavorosa certeza, imposible la escapatoria. Pero ¿qué... qué iba a suceder? De la mañana a la noche no hacía más que darle vueltas a la pregunta. Un día su marido recibiría una carta, ya le veía entrar en la habitación, pálido, con mirada sombría, cogerla del brazo, preguntar... ¿Y luego... qué pasaría? ¿Qué haría él? Aquí las imágenes se apagaban repentinamente en la oscuridad de una angustia confusa y cruel. El camino terminaba abruptamente y sus conjeturas caían vertiginosamente al vacío. En este cavilar obsesivo comprendió, sin embargo, una cosa: lo mal que conocía a su marido, lo poco que podía calcular de antemano sus decisiones. Se había casado con él siguiendo el consejo de sus padres, sin resistencia y con una agradable simpatía, no defraudada en los años siguientes, y había vivido a su lado ocho años de confortable y equilibrada felicidad, tenía hijos de él, un hogar e innumerables horas de compañía física, pero ahora que se preguntaba sobre su posible comportamiento comprendió lo ajeno y desconocido que seguía siendo para ella. Descubrió en retrospectivas febriles, con las que recorría los últimos años como con fantasmales focos, que nunca se había interesado por su verdadero ser y que tras tantos años ni siquiera sabía si era duro o blando, severo o cariñoso. Con un sentimiento de culpa fatalmente tardío, despertado por esta grave angustia vital, tenía que confesar que sólo conocía la capa superficial y social del ser de su marido, y que nunca había conocido su núcleo interior, del que en esa hora trágica, debía emanar la decisión. Sin querer empezó a buscar pequeños rasgos y matices, a recordar cómo él había opinado en una conversación sobre cuestiones parecidas, y para su sorpresa dolida descubrió que él casi nunca había hablado con ella de sus opiniones personales, y que ella, por otro lado, nunca se había dirigido a él con cuestiones de parecido contenido íntimo. Ahora empezó a medir toda la vida de su marido por rasgos sueltos, que pudieran aclararle su carácter. Su miedo golpeaba con tímido martillo en los recuerdos más insignificantes para que le abrieran la cámara secreta de ese corazón.

Ahora acechaba cualquiera de sus expresiones y esperaba impaciente su llegada. Su saludo apenas la afectaba pero sus gestos —en cómo le besaba la mano o acariciaba el pelo con los dedos— le parecían guardar una ternura que aunque rehuía discretamente las manifestaciones exageradas sugería una profunda devoción. Su marido siempre era comedido cuando hablaba con ella, nunca impaciente o irritado, y en todo su comportamiento de una amabilidad relajada, aunque, como su inquietud empezó a sospechar, no muy diferente de la que empleaba con los criados y casi igual a la que adoptaba con los niños, que se expresaba con formas vivaces, unas veces alegres, otras apasionadas. También ese día preguntó exhaustivamente por los asuntos de la casa, como para darle ocasión a ella para exponer ante él sus intereses, mientras él ocultaba los suyos, y por primera vez descubrió ahora que le observaba cuánto la protegía, con qué cuidado procuraba adaptarse a sus conversaciones cotidianas... cuya banalidad inocua descubrió con repentino espanto. De sí mismo no daba nada en palabras, y la curiosidad de Irene, ávida de ser calmada, quedó insatisfecha.

Como la palabra no le descubría, indagó en su rostro, ahora que estaba sentado en su sillón leyendo un libro y bien iluminado por la luz eléctrica. Se sumergió en el rostro de su marido como si fuera el de un extraño, intentando descifrar en los rasgos familiares y, de pronto, extraños el carácter que ocho años de convivencia habían ocultado a su indiferencia. La frente era despejada y noble, como formada por un esfuerzo interior, fuerte y espiritual; la boca, sin embargo, era severa y sin complacencia. Todo era tensión en los

rasgos muy masculinos, energía y fuerza: asombrada de encontrar en ellos belleza, y con cierta admiración, contempló esa gravedad retenida, esa evidente austeridad de su ser, que ella hasta ahora, en su manera superficial, había sentido sencillamente como poco divertida y hubiera cambiado muy a gusto por una locuacidad amena. Los ojos, sin embargo, en los que debía de estar encerrado el verdadero misterio, estaban bajados hacia el libro y sustraídos a su escrutinio. Así ella tenía que limitarse a estudiar fija e inquisitivamente su perfil, como si esa línea bien definida significara una única palabra de absolución o de condena; ese perfil extraño, cuya dureza la asustaba, en cuya energía, sin embargo, reconoció por primera vez una inusitada belleza. De pronto sintió que le gustaba mirarle, con placer y orgullo. Algo difícil de precisar le desgarró dolorosamente el pecho con el despertar de este sentimiento, una sensación oscura de pesar por algo perdido, una tensión casi sensual, que no recordaba haber sentido nunca ante la personalidad física de su marido. Entonces él alzó los ojos del libro. Apresuradamente ella se retiró hacia la oscuridad, para no despertar su sospecha con la pregunta ardiente de sus miradas.

Llevaba tres días sin abandonar la casa. Y ya notaba con contrariedad que su presencia continuada llamaba la atención de los demás, porque en general era raro en ella que pasara muchas horas o días enteros en sus habitaciones. Poco doméstica, libre de las pequeñas preocupaciones de la casa gracias a su independencia económica, aburrída de sí misma, la casa no era para ella más que un lugar de reposo momentáneo, y la calle, el teatro, las reuniones sociales con sus variados encuentros y el constante flujo de cambios externos, su lugar preferido, porque en él disfrutar no exigía ningún esfuerzo interior y los sentidos recibían múltiples impulsos mientras que el sentimiento permanecía aletargado. Irene pertenecía con toda su manera de pensar a esa comunidad elegante de la burguesía vienesa cuyo orden del día parece consistir, según una convención tácita, en que todos los miembros de esta hermandad secreta se reúnen constantemente a las mismas horas con los mismos intereses, y convierten poco a poco esta observación, perpetuamente comparativa, en el sentido de su vida. Obligada a centrarse en sí misma y aislada, una vida acostumbrada, hasta este extremo, a una sociabilidad distendida pierde por completo el eje, los sentidos privados de su alimento familiar a base de sensaciones nimias, pero imprescindibles, se rebelan y la soledad degenera pronto en una autoflagelación nerviosa. Irene sentía que el tiempo le pesaba infinitamente, y las horas sin su habitual programación perdían todo sentido. Como encerrada entre las paredes de una prisión, paseaba de un lado a otro en sus habitaciones; la calle, el mundo, que eran su verdadera vida, le estaban vedados, allí estaba como el ángel armado de flamígera espada la chantajista con su amenaza.

Los primeros en notar aquel cambio fueron sus hijos, Sobre todo el niño mayor, que expresó con dolorosa claridad su asombro por ver a su madre tanto tiempo en casa, mientras que los criados sólo cuchicheaban e intercambiaban impresiones con la institutriz. En vano se esforzó Irene en justificar su llamativa presencia con las más variadas, en parte muy ingeniosamente urdidas, necesidades, porque precisamente lo artificial de sus explicaciones le revelaba lo innecesaria que se había vuelto en su propio círculo de acción por su indiferencia durante tantos años. Siempre que intentaba intervenir chocaba con la resistencia de intereses ajenos, que rechazaban sus repentinos esfuerzos como una pretenciosa injerencia en derechos consuetudinarios. El espacio estaba ocupado; ella misma, gracias a su larga inactividad, no era más que un cuerpo extraño en el organismo de su propia casa. Lógicamente no sabía qué hacer consigo misma y con el tiempo a su disposición, incluso el acercamiento a los niños fue un fracaso, ya que éstos barruntaban en

su interés repentinamente activo un control de nueva introducción, e Irene sintió cómo se ruborizaba avergonzada cuando en uno de esos intentos de supervisión el niño de siete años le preguntó descarado por qué no salía más a pasear. Siempre que quería echar una mano, interfería en un orden, y cuando demostraba interés, despertaba recelo. Le faltaba la habilidad para hacer menos visible lo constante de su presencia a través de una reserva prudente y quedándose tranquilamente en una habitación con un libro o una labor; la angustia interior, que como todo sentimiento más o menos fuerte se convertía en ella en nerviosismo, la empujaba de una habitación a otra. A cada llamada del teléfono, a cada timbrazo en la puerta, se sobrecogía, y más de una vez se sorprendió asomándose a la calle detrás de los visillos, hambrienta de gente o, al menos, de su vista, ansiosa de libertad y, sin embargo, llena de miedo de descubrir entre los rostros que pasaban mirando hacia arriba ese temido, que la perseguía hasta en sus sueños. Notaba cómo su existencia sosegada se disolvía de pronto y se esfumaba, y de esa inconsistencia deducía ya el presentimiento de toda una vida destruida. Esos tres días en la prisión de las habitaciones le parecieron más largos que los ocho años de matrimonio.

Pero para esa tercera noche había aceptado, ya hacía semanas, una invitación con su marido, que era imposible anular ahora de repente, sin motivos serios. Y además, los barrotes invisibles del horror, erigidos ahora alrededor de su vida, tenían que ser rotos alguna vez si no quería perecer. Ella necesitaba gente, unas pocas horas de descanso de sí misma, de esta soledad suicida de la angustia. Y por otro lado, ¿dónde estaba más protegida que en casa ajena, con amigos, dónde más segura de aquella persecución invisible que acechaba sus pasos? Se estremeció un solo segundo, el breve segundo de abandonar la casa y, por primera vez desde aquel encuentro, pisar la calle, donde podía espiarla desde cualquier esquina esa mujer. Automáticamente cogió el brazo de su marido, cerró los ojos y dio los pasos desde la acera al automóvil que los esperaba, pero entonces cuando se vio surcar velozmente resguardada al lado de su marido por las calles nocturnas y solitarias de la ciudad, la pesadez interna la abandonó, y cuando subió la escalera de la casa anfitriona se supo a buen recaudo. Durante unas horas podía ahora ser como había sido durante los largos años anteriores: despreocupada y alegre, con la alegría consciente y multiplicada del que sale de nuevo de los muros de la prisión a la luz del sol. Allí se alzaba un dique contra toda persecución, el odio no tenía acceso, sólo había seres que la querían, respetaban y admiraban; seres engalanados, desinteresados, iluminados por la llama rojiza de la frivolidad, un corro placentero que por fin la incluía a ella también. Porque nada más entrar sintió en las miradas de los demás que ella era bella, y su belleza aumentó por esa sensación consciente y largo tiempo echada de menos. ¡Qué bien le hacía después de tantos días de silencio, en los que había sentido el arado afilado de ese único pensamiento revolver estérilmente su cerebro, hasta que todo en ella era herida y dolor, qué placer oír de nuevo palabras lisonjeras, que entraban chispeantes como electricidad bajo la piel y reanimaban la sangre! Se quedó inmóvil con mirada fija, algo agitaba inquieto su pecho y quería salir a la superficie. De repente supo que era la risa enclaustrada que deseaba liberarse. Explotó como el corcho de una botella de champán, dio volteretas en pequeñas coloraturas arrulladoras, Irene reía, se avergonzaba de vez en cuando de su júbilo de bacante, pero en seguida volvía a reír. De sus nervios relajados brotaba electricidad, todos sus sentidos estaban fuertes, sanos y estimulados, por primera vez desde hacía días comió de nuevo con verdadera hambre y bebió como si hubiera estado a punto de morir de sed.

Su alma reseca, sedienta de seres humanos, extraía vida y placer de lo que la rodeaba. En el salón contiguo sonaba música que penetró profundamente bajo su piel

ardiente. Comenzó el baile y sin saber cómo se encontró en pleno tumulto. Bailó como nunca había bailado en su vida. El torbellino que giraba la liberaba de todo peso, el ritmo penetraba en los miembros y alentaba el cuerpo con movimiento fogoso. Cuando la música paraba, Irene sentía el silencio como algo doloroso, la serpiente del desasosiego se enroscaba en sus miembros escalofriados, y como quien entra en un baño, en agua refrescante, calmante y sustentadora, se lanzaba de nuevo al torbellino. Hasta ese momento siempre había sido una bailarina mediocre, demasiado comedida, demasiado ponderada, demasiado dura y prudente en los movimientos, pero esta embriaguez del contento liberado eliminó todas las trabas físicas. Una cinta acerada de pudor y reserva, que solía retener sus pasiones más fuertes, se partió e Irene se sintió a la deriva, en una disolución total y gozosa. A su alrededor sentía brazos, manos, roce y retirada, aliento de palabras, risa cosquilleante, música, que picaba dentro en la sangre, todo su cuerpo estaba tenso, tanto que la ropa le quemaba y de buena gana se hubiera arrancado inconscientemente todas las prendas para desnuda absorber esta embriaguez hasta el fondo.

—Irene, ¿qué te pasa? —Ella se volvió, tambaleándose y con ojos risueños, aún acalorada del abrazo de su pareja. La mirada extrañada y fija de su marido entró fría y dura en su corazón. Se estremeció. ¿Había estado demasiado animada? Su exaltación ¿la había descubierto?

—¿A qué... te refieres, Fritz? —balbuceó, sorprendida por la dureza de su mirada que parecía penetrar más y más en ella y que ya creía sentir dentro muy cerca del corazón. Hubiera deseado gritar bajo la escrutadora determinación de esos ojos.

—Es muy raro —murmuró él por fin. Su voz tenía un tono amortiguado de desconcierto.

Ella no se atrevió a preguntar qué quería decir con esas palabras. Pero sintió correr un escalofrío por sus miembros cuando vio, ahora que él se volvía, sus hombros, anchos, duros y grandes, concentrados nervudamente en una nuca de hierro. Como los de un homicida le pasó por la cabeza, una idea alocada y ya ahuyentada. En ese momento, como si le viera por primera vez, a su propio marido, comprendió llena de espanto que era fuerte y peligroso.

La música comenzó de nuevo. Un caballero se acercó a ella, mecánicamente tomó su brazo. Pero ahora todo era pesado y la cálida melodía ya no era capaz de poner en movimiento sus piernas rígidas. Una pesadez sorda se extendía desde su corazón hasta los pies, cada paso le dolía.

Y tuvo que pedirle a su pareja que la excusara. Involuntariamente se volvió al retirarse para ver si su marido estaba cerca. Y se sobrecogió. Estaba exactamente detrás de ella, como si la esperara, y nuevamente su mirada chocó frontalmente con la suya. ¿Qué quería de ella? ¿Cuánto sabía ya? Atemorizada recogió el vestido, como si debiera proteger su pecho desnudo de él. Su silencio era tan taciturno como su mirada.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó temerosa.

—Sí.

Su voz sonó dura y poco amable. Sus pasos se dirigieron a la salida. De nuevo ella vio su nuca ancha y amenazadora. Le echaron encima de los hombros su abrigo de piel, pero sintió frío. En el coche fueron en silencio, el uno al lado del otro. Ella no se atrevió a pronunciar una palabra. Intuía que se avecinaba otro peligro. Ahora estaba asediada por los dos lados.

Esa noche tuvo un sueño inquietante. Sonaba una música extraña, desconocida; la sala era luminosa y de techos altos, ella entraba, muchos invitados y colores mezclaban sus

colores; entonces un joven, al que creyó conocer sin reconocerle por completo, se acercó a ella, la cogió del brazo y ella bailó con él. Se sintió a gusto, mecida, una única ola de música la levantó hasta perder el contacto con el suelo, y así bailó a través de muchas salas, en las que, arriba del todo, las arañas doradas, como estrellas, contenían pequeñas llamas luminosas, y muchos espejos en las paredes le enviaban su propia sonrisa y la llevaban lejos en infinitos reflejos. La danza se fue acelerando, la música se hizo más fogosa. Ella notó cómo el joven la estrechaba más y más contra su cuerpo, hundía la mano en su brazo desnudo obligándola a gemir de doloroso placer, y cuando sumergió sus ojos en los suyos creyó reconocerle. Le pareció que era un actor, al que de joven había amado extáticamente; ya iba a pronunciar alborozada su nombre cuando él selló su grito ahogado con un beso fogoso. Y así, con los labios fundidos, un solo cuerpo ardientemente entrelazado, volaron como llevados por un viento de felicidad por las salas. Las paredes pasaron raudas, el techo se perdió en la altura y ella sintió el momento infinitamente leve y con los miembros desleídos. De pronto, alguien tocó su hombro. Hizo un alto y con ella paró la música, las luces se apagaron, las paredes se acercaron negras y su pareja había desaparecido.

—¡Suéltalo, ladrona! —gritó la horrible mujer, porque era ella, con una voz que retumbó contra las paredes, y rodeó su muñeca con dedos helados. Irene retrocedió y se oyó gritar, un alarido de terror histérico y estridente, y ambas lucharon, pero la mujer era más fuerte, le arrancó el collar de perlas y medio vestido, de modo que su pecho y sus brazos quedaron descubiertos bajo los jirones colgantes. De pronto se encontró rodeada de gente, de todas las salas acudían invitados con alboroto creciente y la miraban en su desnudez entre burlas, y la mujer chillaba estentóreamente:

—¡Ella me lo ha robado, la adúltera, la mujerzuela!

Irene no sabía dónde esconderse, adonde dirigir la mirada, porque los invitados se iban acercando, máscaras curiosas y jadeantes manosearon su desnudez y, cuando su mirada desfallecida buscaba ayuda, descubrió de repente en el marco oscuro de la puerta a su marido, inmóvil, la mano derecha escondida detrás de la espalda. Ella gritó y huyó ante él, corrió a través de muchas habitaciones, con la masa ávida pisándole los talones, notó cómo el vestido se le caía del cuerpo, apenas podía sujetarlo. Entonces se abrió delante de ella una puerta, angustiada se lanzó escaleras abajo para salvarse, pero abajo ya esperaba la horrible mujer con su falda de lana y sus manos como garras. Irene saltó hacia un lado y corrió como loca hacia lo desconocido, pero la otra salió en su persecución, y así ambas recorrieron en la noche largas calles silenciosas, mientras que las farolas se inclinaban burlonas hacia ellas. Irene oía a su espalda el estrépito de los zuecos de madera de la mujer, pero siempre que llegaba a una esquina la mujer aparecía nuevamente allí, y luego otra vez en la próxima, acechaba detrás de todos los edificios, a la derecha y a la izquierda. Siempre había llegado ya, espantosamente multiplicada, imposible de dejar atrás, siempre se adelantaba y extendía la mano para agarrar a su víctima que sentía ya flaquear sus rodillas. Por fin llegó a su casa, se lanzó sobre la puerta, pero cuando la abrió violentamente vio allí a su marido, que con un cuchillo en la mano la miraba con ojos escrutadores.

—¿Dónde has estado? —preguntó sombríamente.

—En ningún sitio —se oyó decir a sí misma, a su lado estalló una risotada destemplada.

—¡Yo lo he visto todo, yo lo he visto! —chilló con una mueca la mujer, que de nuevo estaba a su lado, riéndose estrepitosamente. Entonces su marido levantó el cuchillo.

—¡Socorro! —gritó Irene—. ¡Socorro!

Miró a su alrededor, y sus ojos asustados encontraron los de su marido. ¿Qué... qué

era aquello? Se encontraba en su habitación, la luz brillaba tenuemente, estaba en casa, en su cama, sólo había soñado. Pero ¿por qué estaba allí su marido al borde de la cama observándola como a una enferma? ¿Quién había encendido la luz, por qué estaba tan serio, tan inmóvil? Sintió un espasmo de terror. Sin querer buscó sus manos: no, no sostenían un cuchillo. Poco a poco se desvaneció el aturdimiento del sueño y el relampagueo de sus imágenes. Debía de haber soñado y gritado en el sueño, y le había despertado. ¿Por qué, sin embargo, la miraba tan serio, tan intensa, tan implacablemente serio?

Intentó sonreír.

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Por qué me miras así? Creo que he tenido una pesadilla.

—Sí, has gritado. Lo he oído desde la habitación contigua.

¿Qué he gritado, qué he revelado, pensó aterrada, qué sabe ya? Apenas se atrevió a mirarlo. Pero él la observaba muy serio con una extraña calma.

—¿Qué te sucede, Irene? Algo te pasa. Estás completamente cambiada desde hace unos días, como si tuvieras fiebre, estás nerviosa, distraída y pides auxilio en sueños.

Ella intentó de nuevo una sonrisa.

—No —insistió él—. No debes ocultarme nada. ¿Acaso tienes alguna preocupación, o te inquieta algo? Todos han notado en casa que has cambiado. Has de confiar en mí, Irene.

Imperceptiblemente se acercó a ella, y ella sintió cómo sus dedos acariciaban tranquilizadores su brazo desnudo, en sus ojos había una extraña luz. Tuvo de pronto el deseo de guarecerse en su cuerpo fuerte, de aferrarse a él y confesarle todo, y no dejarle hasta que la hubiera perdonado, en este instante mismo en el que la había visto sufrir.

Pero la lámpara brillaba tenuemente, iluminando su rostro y sintió vergüenza. Temía las palabras.

—No te preocupes, Fritz —dijo con un amago de sonrisa, mientras su cuerpo temblaba hasta los mismos dedos de los pies—. Estoy un poco nerviosa. Ya se me pasará.

La mano, que ya tenía entre las suyas, se retiró apresuradamente. Ella se estremeció al verle ahora, pálido en la luz vidriosa, y la frente oscurecida por las pesadas sombras de negros pensamientos. Lentamente se irguió.

—No sé, creí que tenías algo que decirme todos estos días. Algo que sólo nos afecta a ti y a mí. Ahora estamos solos, Irene.

Ella, tumbada, no se movió, como hipnotizada por esa mirada grave y velada. Qué bien podría arreglarse ahora todo, bastaría con que ella pronunciara una palabra, una pequeña palabra: perdóname y él no preguntaría por qué. Pero ¿por qué estaba encendida la luz, esa luz brillante, descarada, atenta? A oscuras la hubiera podido pronunciar, estaba segura. La luz, sin embargo, le quitó la fuerza.

—Entonces ¿nada? ¿No tienes nada que decirme?

¡La tentación era terrible, y qué suave era su voz! Nunca le había oído hablar así. ¡Pero la luz, la lámpara, esa luz amarilla y ávida!

Intentó dominarse.

—¿Qué ideas se te ocurren! —Rió y se asustó del falsete de su propia voz—. ¿Porque no duermo bien, voy a tener secretos? ¿O quizá aventuras?

Le sobrecogió lo artificiales e hipócritas que sonaron sus palabras, le dio miedo de sí misma hasta el fondo de su ser, y sin poder evitarlo apartó la mirada.

—Bueno... que duermas bien.

Lo dijo con brevedad, casi cortante. Con una voz completamente diferente, como una amenaza o una broma malvada y peligrosa. Entonces apagó la luz. Ella vio desaparecer

en la puerta su sombra blanca, silenciosa, pálida, un fantasma nocturno, y cuando la puerta se cerró sintió como si cayera la tapa de un ataúd. El mundo entero estaba muerto y hueco, sólo dentro, en su cuerpo rígido, latía su corazón, agitado y ruidoso contra su pecho, dolor y dolor cada latido.

Al día siguiente cuando estaban juntos en la mesa —los niños acababan de pelearse y habían sido obligados a callar con dificultad—, la doncella trajo una carta. Para la señora, el mensajero esperaba respuesta. Asombrada vio que era una letra desconocida y abrió rápidamente el sobre, para palidecer ya a la primera línea. Se levantó de un salto y se asustó todavía más cuando reconoció en la sorpresa general de los demás lo revelador e irreflexivo de su reacción.

La carta era breve. Tres líneas: «Por favor, entregue al portador de ésta cien coronas». Ni firma, ni fecha en la letra claramente desfigurada, ¡sólo esta orden horriblemente contundente! Irene corrió a su habitación para coger el dinero, pero no encontró la llave de su secreter, febrilmente tiró de todos los cajones hasta que por fin dio con ella. Temblando dobló los billetes, los metió en un sobre y se los entregó ella misma al mensajero que esperaba en la puerta. Hizo todo como una autómatas, como bajo hipnosis, sin pensar en la posibilidad de recapacitar. Luego —apenas había estado fuera dos minutos — regresó al comedor.

Todos estaban callados. Irene se sentó con un gesto tímido de desagrado y ya quería buscar una disculpa cualquiera cuando descubrió con espanto —su mano se puso a temblar con tanta fuerza que tuvo que dejar en la mesa el vaso que sostenía— que, cegada por el rayo de la excitación, había dejado la carta abierta junto a su plato. Un pequeño movimiento y su marido la hubiera podido atraer hacia sí, una mirada seguramente hubiera bastado para leer las líneas de letras grandes y torpes. Se quedó muda. Con un gesto furtivo dobló el papel, pero ahora, al meterlo en el bolsillo captó, levantando los ojos, una mirada poderosa de su marido, una mirada insistente, severa y dolorosa, que nunca había visto en él. Desde hacía unos días le transmitía con esa mirada repentinos mensajes de desconfianza, que la conmocionaban en lo más íntimo y a los que no sabía responder. Con una mirada de ésas había cogido su brazo en el baile, era la misma que había relucido como un cuchillo la noche anterior en su sueño.

¿Era una certeza o un deseo de saber, lo que hacía esa mirada tan cortante, tan afilada, tan acerada, tan dolorosa?

Y mientras luchaba por encontrar una palabra, la asaltó un recuerdo olvidado hacía tiempo: su marido había contado una vez haberse encontrado como abogado frente a un juez instructor cuya estratagema consistía en releer durante el interrogatorio los documentos con mirada miope, para en las preguntas verdaderamente decisivas alzar la mirada fulminantemente y clavarla como un puñal en el sobresalto repentino del acusado, que bajo ese rayo cegador de atención concentrada perdía la calma y renunciaba desmoralizado a la mentira hasta ese momento sostenida con tenacidad. ¿Acaso su marido estaba ensayándose en este arte peligroso y ella era la víctima? Sintió un escalofrío, tanto más cuanto sabía cuán grande era la pasión psicológica, que más allá de las necesidades jurídicas, le ataba a su profesión. El investigar, explorar, descubrir un crimen le podía obsesionar como a otros los juegos de azar o el erotismo, y en esos días de persecución psicológica su ser estaba como abrasado interiormente. Un nerviosismo ardiente, que le obligaba a rebuscar por la noche en olvidados veredictos, se enmascaraba hacia fuera en impenetrabilidad férrea, comía y bebía poco, pero fumaba sin parar, guardando las palabras, por así decir, para la hora ante el tribunal. Ella le había visto allí una vez defendiendo una

causa y no había repetido la experiencia, tan impresionada había quedado por la pasión sombría, por el fuego casi maléfico de su discurso y por el rictus taciturno y áspero de su rostro, que ahora creía reencontrar de pronto en la mirada fija bajo las cejas fruncidas amenazadoramente.

Todos estos recuerdos perdidos se acumularon en un segundo e impidieron las palabras que querían formarse sobre sus labios. Irene guardaba silencio, y cuanto más comprendía lo peligroso que era su silencio y que estaba perdiendo la última posibilidad verosímil de una explicación más se ofuscaba. No se atrevía ya a levantar los ojos, pero manteniéndolos bajos se asustó cuando vio las manos de su marido, tan sosegado y moderado, pasear como pequeños animales salvajes por la mesa. Afortunadamente la comida terminó pronto, los niños se levantaron y corrieron a la otra habitación con sus voces claras y alegres, cuya euforia la institutriz en vano intentaba atenuar. También su marido se levantó de la mesa y fue con pasos pesados y sin volver la vista atrás a la habitación contigua.

A solas, Irene sacó la funesta carta. Releyó las líneas: «Por favor, entregue al portador de ésta inmediatamente cien coronas». Entonces su furia la rompió en mil pedazos y ya se disponía a recoger los restos para tirarlos a la papelera cuando recapacitó, e inclinándose sobre la estufa tiró el papel sobre la brasa avivada. La llama blanca que con avidez repentina devoró la amenaza, la tranquilizó.

En ese momento oyó en la puerta los pasos de su marido que volvía. Se enderezó a toda prisa, la cara enrojecida por el aliento del fuego y el verse sorprendida. La puerta de la estufa aún estaba significativamente abierta, con torpeza intentó tajarla con el cuerpo. Su marido se acercó a la mesa, encendió una cerilla para su cigarro y ahora que la llama estaba cerca de su rostro, ella creyó ver vibrar un temblor alrededor de las aletas de su nariz, lo que en él siempre significaba irritación. Con calma miró hacia ella:

—Sólo quisiera informarte de que no estás obligada a enseñarme tus cartas. Si deseas tener secretos ante mí eres completamente libre de hacerlo.

Ella guardó silencio sin atreverse a mirarle. Él esperó un momento, luego expulsó el humo de su cigarro con vehemencia como si viniera del fondo de su pecho y abandonó la habitación con pasos cansados.

Irene no quería pensar en nada, sólo deseaba vivir, aturdirse, ocupar su corazón con tareas vacías y triviales. No soportaba la casa, necesitaba salir a la calle, lo sentía, entre la gente, para no volverse loca de miedo. Con esas cien coronas esperaba haber comprado a la chantajista unos pocos días de libertad, y decidió arriesgarse a dar un paseo, tanto más cuanto había muchas cosas que resolver y tenía que ocultar, sobre todo, en casa lo extraño de su comportamiento alterado. Ya había adquirido una manera especial de huir. Desde el portal se tiraba como desde un trampolín con los ojos cerrados a la corriente de la calle. Y una vez el duro asfalto bajo los pies, y el cálido fluir de los transeúntes a su alrededor, emprendía con una urgencia nerviosa, tan deprisa como una dama podía andar sin llamar la atención, una carrera hacia adelante, los ojos fijos en el suelo, con el temor comprensible de encontrar de nuevo esa peligrosa mirada. Si alguien la espiaba prefería no saberlo. A pesar de ello, notaba que no pensaba más que en eso y que se estremecía cuando alguien rozaba sin querer su cuerpo. Sus nervios sufrían dolorosamente a cada ruido, cada paso que se le acercaba, cada sombra que pasaba a su lado; sólo en el coche o en casa de amigos podía respirar libremente.

Un caballero la saludó. Alzando los ojos reconoció a un amigo de juventud de su familia, un simpático y locuaz vejete, al que solía evitar, porque tenía la manía de molestar

a su interlocutor durante horas con sus achaques físicos probablemente imaginarios. Pero ahora sintió haber respondido a su saludo sólo con un gesto de agradecimiento y no haber aprovechado su compañía, ya que un conocido hubiera sido una defensa ante una inesperada interpelación de la chantajista. Irene vaciló, quiso volver sobre sus pasos, cuando le pareció que alguien se le acercaba por detrás, e instintivamente, sin volverse, echó a correr. Sin embargo, con la intuición afilada cruelmente por el miedo, sentía en la espalda una aproximación acelerada y siguió corriendo cada vez más deprisa, a sabiendas de no poder escapar, en fin de cuentas, a la persecución. Sus hombros empezaron a temblar anticipando la mano que —sentía cada vez más cerca el paso— la tocaría inmediatamente, y cuanto más aceleraba su paso tanto más pesadas se volvían sus rodillas. Ahora sintió ya muy cerca a su perseguidor, y una voz a su espalda la llamó en voz baja, pero con intensidad —¡Irene!—, una voz que tuvo que recordar, pero que no era la temida, la espantosa mensajera de la desgracia. Aliviada se volvió: era su amante que, al parar ella de golpe, casi choca con ella. Su rostro pálido estaba marcado por todos los signos de la excitación y ahora, bajo la mirada desconcertada de Irene, también del sonrojo. Inseguro levantó la mano para saludarla y la dejó caer cuando ella no le ofreció la suya. Ella sólo le miraba despavorida, durante uno, dos segundos, tan inesperado era el encuentro con él. En todos estos días de angustia le había olvidado, a él precisamente. Ahora, al ver de cerca su rostro desencajado e inquisitivo, con esa expresión de vacío y desconcierto, que todo sentimiento vago graba en los ojos, la furia ascendió espumosa en una oleada desde su interior. Sus labios temblaron buscando una palabra, y la agitación de su rostro era tan evidente que él no pudo por más que balbucir asustado su nombre:

—Irene, ¿qué te pasa? —Y cuando vio su gesto de impaciencia, añadió completamente derrotado—: ¿Qué te he hecho?

Ella le miró fijamente con furia incontrolada.

—Que ¿qué me ha hecho usted? —Rió sarcástica—. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Sólo cosas buenas, sólo favores!

La mirada del músico reflejó estupor, y su boca se entreabrió de asombro, aumentando así lo bobalicón y ridículo de su aspecto.

—Pero Irene... ¡Irene!

—No arme escándalo, por favor —le increpó ella secamente—. Y no me haga comedias. Seguramente su amiguita no anda muy lejos, dispuesta a atacarme de nuevo...

—¿Quién? ¿Cómo dices?

De buena gana Irene le hubiera golpeado con el puño en la cara, en esa cara estúpida, petrificada y desencajada. Notó cómo su mano ya cogía con fuerza el paraguas. Nunca había despreciado y odiado tanto a otra persona.

—Pero Irene... Irene —balbuceó él cada vez más aturdido—. ¿Qué te he hecho? De pronto desapareces... Te espero día y noche... He pasado hoy todo el día delante de tu casa esperando para poder hablarte un minuto.

—Así que esperas... tú también.

La furia, sintió, la volvía incongruente. Poder pegarle en la cara ¡eso sí que la aliviaría! Pero se contuvo, le miró una vez más llena de ardiente repugnancia, sopesando, por así decir, si no debía escupirle a la cara con un insulto toda su ira acumulada, por fin se volvió y se sumergió sin mirar atrás en el barullo humano. Él se quedó inmóvil con su mano implorante extendida, sin saber qué hacer y consternado, hasta que la corriente de la calle le cogió y empujó como el río una hoja que se hunde, que se defiende dando bandazos y girando hasta que es arrastrada sin voluntad.

Que este hombre hubiera sido una vez su amante le pareció a Irene, de pronto, completamente inverosímil y sin sentido. No recordaba nada, ni el color de sus ojos, ni la forma de su rostro, no tenía conciencia física de ninguna de sus caricias, y de sus palabras no había retenido nada más que esa frase lamentosa, afeminada y sumisa: «Pero ¡Irene!» de su desesperación tartamudeante. Ni una sola vez en todos estos días había pensado en él, ni siquiera en sueños, a pesar de que era el origen de todos sus males. No significaba nada en su vida, ni tentación ni casi recuerdo. No comprendía que sus labios hubieran sentido su boca alguna vez, y sintió en su interior la fuerza para jurar que nunca le había pertenecido. ¿Qué la había empujado a sus brazos, qué locura tan terrible la había impulsado a una aventura, que su propio corazón no comprendía ya, y tampoco sus sentidos? No sabía nada de aquello, todo en aquel episodio le resultaba ajeno, ella misma se resultaba ajena a sí misma.

Pero ¿no había cambiado también todo en estos seis días, en esta semana de horror? La angustia corrosiva había disuelto, como aguafuerte, su vida y separado sus elementos. Las cosas de pronto tenían otro peso, los valores estaban alterados y las relaciones, confusas. Le parecía que hasta ahora había pasado a tientas por su vida con un sentimiento vago y con ojos medio cerrados, y que ahora todo brillaba desde dentro con una claridad terrible y bella. Delante de ella, al alcance de su aliento, había cosas en las que nunca había pensado y que constituían su verdadera vida, como ahora comprendía, y había otras que le habían parecido importantes y ahora se desvanecían como humo. Hasta ahora había vivido en una animada vida social, en la compañía ruidosa, locuaz de los círculos adinerados, y sólo para ella, en el fondo, pero ahora, encerrada desde hacía una semana en la prisión de su propio hogar, no notaba ninguna pérdida en renunciar a ella, sino sólo repugnancia ante esa actividad inane de los ociosos, e involuntariamente medía por este primer sentimiento fuerte que le era dado, la superficialidad de sus antiguas inclinaciones y la inmensa falta de amor eficaz. Como a un abismo se asomaba a su pasado. En ocho años de matrimonio nunca se había acercado a su marido, convencida de que su suerte era demasiado modesta, y había permanecido extraña a él y no menos a sus hijos. Entre ella y ellos se interponían personas asalariadas, institutrices y criados, para quitarle a ella todas las pequeñas preocupaciones, que ahora, desde que se había asomado un poco a la vida de sus hijos, empezaban a parecerle más atractivas que las miradas ardientes de los hombres y más gratas que un abrazo. Poco a poco su vida se fue transformando con un nuevo sentido, todo adquirió nuevos aspectos y le volvió, de pronto, un rostro grave y elocuente. Desde que conocía el peligro, y con el peligro un sentimiento verdadero, todas las cosas, incluso las más ajenas, empezaron de repente a serle afines. En todo se sentía a sí misma, y el mundo que antes era transparente como un cristal, se convertía en un espejo en la superficie oscura de su propia sombra. Hacia donde miraba, hacia donde escuchaba, estaba, de pronto, la realidad.

Estaba con los niños. La institutriz les leía el cuento de la princesa que podía visitar todas las habitaciones de su palacio menos una, que estaba cerrada con una llave de plata y que ella abre para su desgracia. ¿No era éste acaso su propio destino, que también a ella la había atraído sólo lo prohibido y que eso la había conducido a la catástrofe? De una profunda sabiduría le pareció el pequeño cuento que unas semanas antes hubiera despreciado como ingenuo. En el periódico se relataba la historia de un oficial al que un chantaje había llevado a ser un traidor. Irene sintió un escalofrío y comprendió. ¿No haría ella lo imposible para obtener dinero con el que asegurarse unos días de tranquilidad, una apariencia de felicidad? Cada línea que hablaba de suicidio, cada crimen, cada

desesperación se convertían en vivencia para ella. Todo le decía «yo», el cansado de la vida, el desesperado, la criada seducida y el niño abandonado, todo era como su propio destino. De pronto sintió la riqueza de la vida y supo que ya no podría ser pobre ni una hora en su destino, y ahora que todo se dirigía a su fin sintió un comienzo. ¿Y esta maravillosa pertenencia a todo el infinito universo podía ser destruida por los puños toscos de esa mujer depravada? ¿Por esa única falta había de ser destruido todo lo grande y hermoso de lo que se sentía ella, por primera vez, capaz?

¿Y por qué —ella se defendía ciega ante un destino que inconscientemente creía portador de un sentido— por qué había de merecer ella precisamente tan espantoso castigo por una falta tan nimia? Cuántas mujeres conocía, vanidosas, desvergonzadas, voluptuosas, que mantenían amantes con dinero y entre sus brazos se burlaban de sus maridos, mujeres que vivían en la mentira como en su propia casa, que se volvían más bellas en el disimulo, más fuertes bajo la persecución, más astutas en el peligro, mientras que ella se desmoronaba impotente al primer miedo, a la primera transgresión.

Pero ¿era de verdad culpable? En su fuero interno sentía que ese hombre, ese amante le era ajeno, que nunca le había entregado nada de su verdadera vida. Nada había recibido de él, nada de sí misma le había regalado a él. Todos estos episodios pasados y olvidados no eran su falta sino la de otra mujer, a la que ella misma no comprendía y a la que ya ni siquiera recordaba. ¿Podía castigarse una falta que ya estaba redimida por el tiempo?

De pronto se asustó. Sintió que este pensamiento no era suyo. ¿Quién lo había formulado? Alguien de su proximidad, hacía poco, unos días. Recapitó, y su emoción no disminuyó cuando recordó que había sido su marido el que despertara esta idea en su mente. De vuelta de un proceso, agitado y pálido, él, que solía ser tan lacónico, había dicho de pronto a ella y a unos amigos que estaban casualmente allí:

—Hoy han condenado a un inocente.

A las preguntas de ella y de los demás relató desde su agitación aún viva que habían condenado hacía un momento a un ladrón por un robo que había cometido hacía tres años, y según su parecer, injustamente, porque después de tres años el delito ya no era el suyo. Se castigaba a otra persona y se la castigaba por partida doble ya que había pasado esos tres años en la prisión de su propio miedo, en la eterna inquietud de ser descubierto.

Con horror recordó haberle contradicho en aquella ocasión. En su opinión ajena a la realidad el criminal siempre había sido exclusivamente un ser dañino para el bienestar burgués, que debía ser exterminado a cualquier precio. Ahora comprendió lo deplorables que habían sido sus argumentos, y qué humanos y justos los de su marido. Pero ¿comprendería él también en su caso que ella no había aunado a otro hombre sino la aventura? ¿Que él era también culpable por su excesiva bondad, por la blanda comodidad con la que había rodeado su vida? ¿Sería también justo como juez en causa propia?

Pero no le iba a estar dado entregarse a esperanzas amables. Ya al día siguiente llegó otra carta, un nuevo latigazo que sacudió su angustia extenuada. Esta vez le pedían doscientas coronas, que entregó sin protestar. Este aumento inesperado del chantaje, al que materialmente no podía hacer frente, le resultó espantoso, porque aunque su familia era acaudalada no estaba en condiciones de proporcionarse cantidades mayores sin llamar la atención. Además ¿qué solucionaba pagarlas? Sabía que mañana serían cuatrocientas coronas y pronto mil, cada vez más, cuanto más pagara, y por fin cuando sus medios se agotaran, la carta anónima y el final. Lo que compraba sólo era tiempo, un respiro, dos o tres días, quizá una semana de tregua, pero ¡qué tiempo tan terriblemente carente de valor,

llo de tormento y tensión! Desde hacía semanas dormía intranquila, con pesadillas que eran peor que la vigilia, le faltaba el aire, el movimiento libre, la tranquilidad, la ocupación. Era incapaz de leer, de hacer cualquier cosa, acosada diabólicamente por su angustia interior. Se sentía enferma. A veces tenía que sentarse inmediatamente, con tanta fuerza la asaltaba la taquicardia, una pesadez intranquila llenaba todos sus miembros con la savia espesa de una fatiga casi dolorosa, que sin embargo se negaba al sueño. Toda su existencia estaba minada por la angustia corrosiva, su cuerpo envenenado, y en el fondo de su ser deseaba que este malestar saliera a la superficie en un verdadero dolor, en una enfermedad clínica visible, por la que las gentes sienten compasión y piedad. Envidiaba a los enfermos en esta hora de sufrimiento subterráneo. Qué agradable sería estar en un sanatorio, en una cama blanca entre paredes blancas, rodeada de lástima y flores vendrían visitas, todos serían buenos con ella, y tras la nube del sufrimiento estaría, lejana como un gran sol, la salud recobrada. Cuando se tenían dolores, se podía uno quejar a gritos, ella, sin embargo, debía hacer constantemente la comedia de una animada lozanía, comedia para la que cada día y casi cada hora le proporcionaba nuevas y terribles situaciones. Con los nervios destrozados tenía que sonreír y parecer contenta, sin que nadie imaginara el esfuerzo infinito de esta alegría simulada, la fuerza heroica que derrochaba en esta diaria e inútil lucha consigo misma.

Sólo una persona entre todas las que la rodeaban parecía intuir, según quiso creer, algo de lo terrible que sucedía en su interior, y ésta únicamente porque la vigilaba. Irene notaba —y esta certeza la obligaba a una redoblada cautela— que su marido la observaba constantemente, igual que ella le observaba a él. Día y noche daban vueltas el uno alrededor del otro, para descubrir cada uno el secreto del otro y ocultar el propio tras la espalda. También su marido había cambiado en el último tiempo. La severidad amenazadora de los primeros días inquisitoriales había cedido a una clase especial de bondad y de preocupación, que le recordaba el tiempo de su noviazgo. La trataba como a una enferma, con un cuidado que la turbaba porque se sentía avergonzada por un amor tan inmerecido, y que, por otro lado, temía, ya que bien podía ser una estratagema para extraerle en un momento inesperado el secreto de entre las manos desprevenidas. Desde aquella noche en la que la había espiado durante su sueño, y desde aquel día en que él había visto la carta en sus manos, su suspicacia se había convertido en compasión, intentaba ganarse su confianza con una delicadeza, que a veces la calmaba e incitaba a ceder, para en el segundo siguiente entregarse de nuevo a la desconfianza. ¿Se trataba de una argucia, de la atracción seductora del juez instructor ante el acusado, de un puente traicionero de la sinceridad, que su confesión debía cruzar y que luego, una vez alzado el puente, la dejaría indefensa a su merced? ¿O también él tenía la sensación de que este intenso estado de observación mutua era insoportable, y su simpatía era tan grande que sufría en secreto con el sufrimiento de ella, cada día más evidente? Ella notaba con una extraña conmoción cómo él le ofrecía la palabra salvadora, cómo le facilitaba seductoramente la confesión; Irene comprendía su intención y agradecía dichosa su bondad. Pero también notaba que con el sentido avivado del afecto también crecía su vergüenza ante él y la obligaba a callar con más rigor que antes la desconfianza.

Una vez durante estos días él habló con ella con toda claridad, la mirada en la mirada. Ella había vuelto a casa y había oído desde el vestíbulo voces, la de su marido, cortante y enérgica, la palabrería quisquillosa de la institutriz, y entre ellas, llanto y sollozos. Su primera reacción fue de sobresalto. Siempre que escuchaba voces o percibía agitación en la casa, se alarmaba. La angustia era el sentimiento que respondía en ella a

todo lo que era inhabitual, la angustia ardiente de que la carta hubiera llegado ya, que el secreto se hubiera desvelado. Siempre que abría la puerta, su primera mirada inquisitiva se clavaba en los rostros preguntándoles si había ocurrido algo durante su ausencia, si la catástrofe no se había producido ya mientras ella estaba fuera. Esta vez sólo se trataba de cosas de niños, como constató enseguida aliviada, un pequeño juicio improvisado. Hacía unos días una tía había regalado al niño un juguete, un caballito policromado, hecho que despertó la envidia de la niña, que había recibido regalos menos valiosos. En vano, y con tanta avidez, había intentado hacer valer sus derechos que el niño le prohibía siquiera tocar su juguete, lo que primero provocó el enojo declarado de la niña y luego un silencio rencoroso, retraído y persistente. A la mañana siguiente, el caballito había desaparecido sin dejar rastro, y todos los esfuerzos del niño por encontrarlo fueron inútiles, hasta que por casualidad se encontró el objeto perdido en la estufa hecho pedazos, las partes de madera rotas, la piel de colores desgarrada y el interior, destripado. La sospecha recayó naturalmente en la niña; el chico había corrido llorando a su padre para denunciar a la malvada, que no podía evitar tener que dar explicaciones, y el interrogatorio acababa de empezar.

Irene sintió una envidia súbita. ¿Por qué los niños se dirigían con todos sus problemas a él y no a ella? Desde siempre confiaban todas sus disputas y quejas a su marido; hasta ahora le había agradado estar libre de estas pequeñas molestias, pero de repente las añoró porque sentía en ellas amor y confianza.

El pequeño juicio pronto estuvo decidido. La niña primero lo negó todo, aunque con los ojos bajos y un temblor delator en la voz. La institutriz dio testimonio en su contra, había oído cómo la niña encolerizada había amenazado con tirar el caballito por la ventana, lo que la pequeña intentó en vano negar. Hubo un pequeño tumulto de sollozos y desesperación. Irene miró a su marido; le pareció que instruía juicio no sobre la niña sino sobre el destino de ella, porque así se encontraría frente a él quizá ya mañana, con el mismo temblor y la misma voz quebrada. Su marido se mantuvo inflexible mientras la niña perseveró en la mentira, rompió su resistencia palabra a palabra, conservando siempre la calma cuando ella se cerraba. Por fin, cuando la negativa dejó paso a un silencio denso, él le habló con cariño, demostró la necesidad interior de la mala acción y prácticamente disculpó que, en un acceso de cólera, hubiera hecho algo tan feo, con el argumento de que en ese momento no había considerado que haría daño a su hermano.

Y explicó tan cálida y persuasivamente a la niña su acción como algo comprensible, pero condenable, que ésta estalló en lágrimas y empezó a llorar desesperadamente. Y pronto, en medio del torrente de lágrimas, balbuceó por fin la palabra con la que admitía su culpa.

Irene fue a abrazar a la pequeña deshecha en lágrimas, pero ésta la rechazó furiosa. También su marido la reprendió prohibiéndole esa compasión prematura, ya que no pensaba dejar sin castigo la falta, y, en efecto, dictó una pena leve pero de importancia manifiesta para la niña: no poder acudir al día siguiente a una fiesta, esperada con impaciencia desde hacía semanas. La niña escuchó llorando la sentencia; el niño celebró ruidosamente su victoria, pero su prematuro y odioso triunfalismo hizo que el castigo también recayera sobre él, por su alegría ante el mal ajeno se le prohibió, a su vez, ir a dicha fiesta de niños. Tristes, consolados por la pena compartida, los dos salieron de la habitación e Irene se quedó a solas con su marido.

Sintió de pronto que había llegado el momento de, en vez de por alusiones, hablar detrás de la máscara de una conversación sobre la falta de la niña y de su confesión de la

suya propia, y la invadió una sensación de alivio de poder, aunque fuera de forma velada, hacer una confesión e implorar piedad. Porque el hecho de que él admitiera con benevolencia su intervención a favor de la niña era un signo para ella, y sabía que entonces quizá se atrevería a interceder en su propia causa.

—Dime, Fritz, ¿de verdad no vas a dejar a los niños ir mañana a esa fiesta? Van a estar muy tristes, sobre todo la pequeña. Tampoco es tan grave lo que ha hecho. ¿Por qué castigarles con tanta severidad? ¿No te da pena, la pequeña?

Él la miró. Luego se sentó tranquilamente. Parecía dispuesto a discutir el tema más a fondo, y una intuición, agradable y alarmante a la vez, la hizo sospechar que sus palabras, una a una, estarían dirigidas a su caso; todo en ella esperó que terminara la pausa que él, sin duda con intención, alargó especialmente.

—¿Que si no me da pena, preguntas? Te responderé: hoy ya no. Ella se siente aliviada desde que la han castigado, aunque le parezca duro. Ayer era desdichada, cuando el pobre caballito estaba roto metido en la estufa, toda la casa buscándolo y ella día y noche en el temor de que lo encontrarían con toda seguridad. El miedo es peor que el castigo, porque éste es algo concreto y ya sea mayor o menor, siempre será mejor que la horrible incertidumbre, lo espantoso de la angustia infinita. En cuanto conoció su castigo se sintió aligerada. El llanto no debe confundirte: aunque sale ahora a la superficie ya estaba antes acumulado en el interior. Si no fuera una niña o si pudiéramos asomarnos a la profundidad de su ser, creo que veríamos que está contenta, a pesar del castigo y de las lágrimas y, sin duda, más alegre que ayer, cuando andaba por ahí aparentemente tranquila y nadie sospechaba de ella.

Irene levantó los ojos. Tenía la sensación de que cada palabra estaba dirigida a ella. Pero él no parecía pensar en ella y continuó, quizá interpretando mal la emoción de su mujer, en tono más enérgico:

—Es así, créeme. Lo sé por experiencia del tribunal y de las investigaciones. Los acusados sufren, sobre todo, por las ocultaciones, por el peligro de ser descubiertos, por la horrible obligación de tener que defender una mentira de mil pequeños ataques escondidos. Es espantoso ver un caso de estos en los que el juez ya tiene todo en sus manos, la culpa, la evidencia, incluso también la sentencia, y sólo falta la declaración de culpabilidad, que se halla atascada en el interior del acusado y no quiere salir, por mucho que el juez tire y tire. Da pena ver cómo el acusado se retuerce y obstina porque hay que arrancarle su «sí» como con un gancho de la carne que se resiste. A veces ya está en la punta de la lengua, empujando con una fuerza irresistible para salir, los acusados hacen esfuerzos denodados, casi pronuncian la palabra; entonces ese poder maléfico se apodera de ellos, ese incomprensible sentimiento de obstinación y miedo. y se la tragan otra vez. Y la lucha empieza de nuevo. Los jueces sufren a veces más que las víctimas. Y eso que los acusados siempre le ven como a un enemigo, que en realidad es su protector. Yo, como su defensor, debería aconsejar a mis clientes que no confesaran, ayudarlos a asegurar y fortalecer sus mentiras, pero en mi fuero interno no me atrevo en numerosas ocasiones, porque sufren más no confesando que con la confesión y su castigo. En realidad, sigo sin comprender que se cometa una acción con conciencia del peligro que comporta y que luego no se tenga el valor de admitir la culpa. Ese pequeño temor a la palabra me parece más lamentable que cualquier delito.

—¿Piensas... que es siempre... siempre el miedo... lo que frena a las personas? ¿No podría ser... la vergüenza... la vergüenza de declararse... de desnudarse delante de todo el mundo?

Sorprendido alzó la mirada. No estaba acostumbrado a que ella le respondiera. Pero la palabra le fascinó.

—Vergüenza, dices... eso no es más que otro miedo... aunque uno mejor... no ante el castigo sino... ya, comprendo...

Se puso en pie, extrañamente agitado y paseó de un lado al otro. La idea parecía haber despertado algo que ahora palpitaba y bullía violentamente. De pronto se detuvo.

—Admito... vergüenza ante los demás, ante los extraños... ante el populacho que devora el destino ajeno en los periódicos como si se tratara de un bocadillo... Pero por eso mismo debería uno confesarse a aquellos que están cerca... Recordarás a aquel pirómano al que defendí el año pasado... que me tomó un afecto tan extraordinario... me lo contó todo, pequeñas historias de su infancia... incluso cosas más íntimas... ¿Ves?, ese hombre había cometido el crimen sin duda alguna, y fue condenado... pero tampoco a mí me lo confesó... por miedo a que yo le delatara... no por vergüenza, pues confiaba en mí... yo era, creo, el único hacia el que había sentido cierta amistad en toda su vida... así que no se trataba de vergüenza ante los extraños... ¿qué era entonces, si podía confiar en mí?

—Quizá —dijo Irene, apartando la vista porque él la miraba con tanta intensidad y ella sintió temblar su voz—, quizá la vergüenza es insuperable... frente a los que... uno se siente más cerca.

Él hizo un alto como dominado por un impulso interior.

—Crees... crees... —y de repente su voz se volvió diferente, más blanda y oscura — crees que Helene... hubiera confesado su falta con menos dificultad a otra persona... por ejemplo a la institutriz... que ella...

—Estoy convencida de ello... la pequeña te ha opuesto tanta resistencia... porque... porque tu opinión es la que más le importa... porque... porque tú eres al que más quiere...

Él hizo de nuevo un alto.

—Quizá tienes razón... es más, estás en lo cierto... es curioso... nunca he pensado en esa posibilidad... y es tan sencillo... A lo mejor he sido demasiado severo, ya me conoces... en el fondo no es mi intención. Voy a verla ahora mismo... irá naturalmente a la fiesta... En realidad sólo quería castigar su terquedad, su resistencia y que... no tuviera confianza en mí... Pero tienes razón, no quiero que pienses que no sé perdonar... no quiero... Precisamente de ti no lo quiero, Irene.

La miró, y ella notó que se ruborizaba bajo su mirada. ¿Había hablado así intencionadamente, o era una casualidad, una casualidad fatal y peligrosa? Todavía sentía una espantosa indecisión.

—La sentencia está revocada. —Un cierto buen humor parecía haberse apoderado de él—. Helene es libre, y yo voy a comunicárselo en persona. ¿Estás ahora satisfecha conmigo? ¿O tienes algún deseo más? Ya ves... ya ves que hoy estoy de un humor generoso... quizá porque estoy contento por haber reconocido a tiempo una injusticia. Eso siempre es un alivio, Irene, *siempre*...

Ella creyó comprender lo que este subrayado significaba. Involuntariamente se acercó más a él, ya sentía la palabra brotar en su interior, y también él salió a su encuentro como si quisiera quitarle rápidamente de las manos lo que tan evidentemente la martirizaba. Entonces ella recibió su mirada, en la que había una avidez por la confesión, por algo de ser, una impaciencia ardiente, y de repente todo se desmoronó en ella. Su mano cayó cansada y se apartó de él. Era inútil, pensó, nunca podría pronunciar esa palabra liberadora que ardía en su interior y consumía su paz. La advertencia pasó como un trueno cercano, pero ella sabía que no podía escapar. Y en su deseo más secreto añoraba lo que había

temido hasta ahora, el rayo liberador: ser descubierta.

Más deprisa de lo que había imaginado, su deseo pareció cumplirse. El combate duraba ya catorce días e Irene se sentía al final de sus fuerzas. Hacía cuatro días que la mujer no aparecía, y la angustia había penetrado hasta tal punto en su cuerpo y formado una sola cosa con su sangre que a cada timbrado en la puerta saltaba de su sitio para ir a interceptar ella misma un mensaje de chantaje. En esta ansia había impaciencia, casi avidez, porque con cada uno de esos pagos compraba una tarde de calma, un par de horas con los niños, un paseo. Podía respirar por una tarde, salir a la calle y a casa de amigos; pero el sueño era sabio, no se dejaba engañar y distraer de su seguro conocimiento del peligro, permanentemente al acecho, con tan pobre consuelo y llenaba de noche su sangre con agotadoras pesadillas.

Al oír el timbre había salido de nuevo corriendo impulsivamente para abrir la puerta, aun a sabiendas de que esta impaciencia por adelantarse a los criados tenía que despertar sospechas y fácilmente invitar a conjeturas hostiles. Pero qué débiles se volvían estas pequeñas resistencias de la reflexión prudente, cuando al advertir el timbre del teléfono, un paso en la calle a su espalda o la llamada a la puerta todo su cuerpo saltaba como bajo un trallazo. El sonido del timbre acababa de sacarla de la habitación e impelido hacia la puerta; abrió, para en el primer momento mirar asombrada a una dama desconocida, y luego, retrocediendo aterrada, reconocer bajo el vestido nuevo y un elegante sombrero el rostro odioso de la chantajista.

—Ah, es usted misma, señora Wagner, cómo me alegro. Tengo algo importante que decirle.

Y sin esperar una respuesta de la asustada Irene, que se apoyaba con mano temblorosa en el picaporte, entró y dejó su sombrilla, un parasol estridente y rojo, sin duda una primera materialización de sus correrías chantajeadoras. La mujer se movía con una seguridad asombrosa, como si estuviera en su propia casa, y satisfecha, contemplando como con un sentimiento de placer la elegante decoración, se dirigió sin ser invitada hacia la puerta entreabierta del salón.

—Por aquí ¿verdad? —preguntó con soma contenida, y cuando la anonadada dueña de la casa, incapaz de pronunciar una palabra, intentó disuadirla, añadió tranquilizadora—: Podemos resolverlo rápidamente si le resulta incómodo.

Irene la siguió sin rechistar. La idea de saber en su propia casa a la chantajista, ese descaro que superaba sus más horribles temores, la aturdió. Era como si soñara, como si soñara todo aquello.

—Muy bonito, de verdad, muy bonito —dijo con admiración y evidente calma la mujer, al tiempo que tomaba asiento—. Ah, qué cómodo se está aquí. Y todos esos cuadros. Ahí se ve la miseria en la que una vive. Es precioso, señora Wagner, precioso.

Por fin, al ver a la malvada tan ufana en sus propios salones, la furia de la martirizada Irene estalló.

—¡Qué quiere, chantajista! Me persigue usted hasta mi propia casa. Pero no permitiré que me torture usted. ¡Yo...!

—No hable tan alto —la interrumpió la otra con ofensiva campechanía—. La puerta está abierta y podrían oírla los criados. A mí no me importa. Yo no niego nada, al fin y al cabo en la cárcel tampoco me va a ir peor de lo que me va con esta triste vida. Pero usted, señora Wagner, debería ser más prudente. Primero voy a cerrar la puerta, por si cree usted oportuno enfadarse. Pero se lo digo ya: los insultos no me impresionan.

La fuerza de Irene, respaldada un instante por la ira, se desmoronó impotente ante la

impasibilidad de la mujer. Como un niño que espera qué deberes le van a dictar, estaba allí, sumisa e inquieta.

—Bueno, señora Wagner, no me voy a andar por las ramas. No me va demasiado bien, ya lo sabe. Ya se lo he dicho.

Y ahora necesito dinero para pagar unos intereses. Hace tiempo que lo debo, y luego hay otras cosas. Quiero hacer un poco de orden. Por eso he venido a verla, para que me ayude con..., digamos, unas cuatrocientas coronas.

—No puedo —balbuceó Irene, sobrecogida ante la suma, que no poseía realmente en dinero contante y sonante—. Le he dado ya trescientas coronas este mes. ¿De dónde voy a sacarlas?

—Ya se las arreglará, piense un poco. Una mujer tan rica como usted puede obtener dinero, todo el que quiera. Pero tiene que querer. Así que piense, señora Wagner, y verá cómo puede.

—Pero es que no lo tengo, de verdad. Se lo daría de buena gana. Pero no tengo tanto. Podría darle algo... quizá cien coronas...

—He dicho que necesito cuatrocientas coronas. —Como ofendida por la oferta lanzó secamente las palabras.

—¡No las tengo! —gritó, desesperada, Irene. Su marido podía aparecer en cualquier momento—. Le juro que no las tengo...

—Pues intente usted conseguirlas...

—No puedo.

La mujer la miró de arriba abajo, como si la tasara.

—Bueno... por ejemplo ese anillo... si lo empeña se arreglaría todo. Claro que yo no entiendo de joyas... nunca he tenido joyas... pero creo que le darían cuatrocientas coronas por esa...

—¡La sortija! —gritó, espantada, Irene. Era su anillo de compromiso, el único que nunca se quitaba y al que una piedra muy valiosa y bella confería gran valor.

—Y ¿por qué no? Yo le envío el recibo del empeño y la puede usted recuperar cuando quiera. No se preocupe, no pretendo quedarme con ella. ¿Qué hace una pobre mujer como yo con una sortija tan elegante?

—¿Por qué me persigue usted? ¿Por qué me martiriza? No puedo... no puedo. Debe usted comprenderlo... He hecho lo que he podido. Debe comprenderlo. ¡Tenga compasión!

—Nadie ha tenido compasión conmigo. Casi me han dejado morir de hambre. ¿Por qué iba a tener yo, precisamente, compasión con una mujer tan rica?

Irene iba a responder con vehemencia. Entonces oyó —y se le heló la sangre— cómo fuera se cerraba una puerta.

Debía de ser su marido que volvía de la oficina. Sin pensarlo mucho se arrancó la sortija del dedo y se la ofreció a la mujer que la hizo desaparecer inmediatamente.

—No tema, ya me voy —dijo con gesto apaciguador, cuando vio el terror abismal en el rostro de Irene y su atención tensa dirigida hacia el vestíbulo, donde los pasos masculinos eran muy perceptibles. Abrió la puerta, saludó al marido de Irene que entraba en ese momento y que la miró brevemente, sin tomar aparentemente nota de ella, y desapareció.

—Una señora que me pedía una información —explicó Irene con la última fuerza que le quedaba, en cuanto la puerta se cerró detrás de la mujer. El peor momento había pasado. Su marido no respondió nada y pasó tranquilamente a la estancia donde la mesa ya estaba puesta.

Irene sintió como si el aire quemara sobre la parte de su dedo normalmente protegida por el cerco frío del anillo, y como si todos debieran fijarse en esa parte desnuda como en un estigma. Durante la comida estuvo escondiendo la mano todo el tiempo, y al hacerlo una curiosa irritación de la sensibilidad le decía que la mirada de su marido rozaba constantemente su mano y la seguía en todos sus movimientos. Con un esfuerzo intentó distraer su atención y mantener fluida la conversación con preguntas continuas. Hablaba y hablaba con él, con los niños, con la institutriz, una y otra vez avivaba la conversación con la llamita de la pregunta, pero se quedaba sin aliento y la conversación se apagaba. Intentó parecer alegre y arrastrar a los demás a sentirse alegres, hizo bromas con los niños, azuzándolos a pelearse, pero ellos no se pelearon y no se rieron: debía de haber algo falso en su alegría, pensó, algo que les extrañaba inconscientemente. Cuanto más se esforzaba, menos conseguía. Por fin se cansó y enmudeció.

También los otros callaron; Irene sólo oía el ligero entrechocar de los platos y, en su interior, las voces desbordantes de la angustia. De pronto su marido dijo:

—¿Dónde está hoy tu sortija?

Ella se estremeció. Algo en su interior dijo muy alto: ¡Se acabó! Pero su instinto aún se defendía. Concentrar todas las fuerzas, pensó. Para una frase, para una palabra. Hallar aún una mentira, una última mentira.

—La he mandado... a limpiar. —Y como fortalecida por la mentira añadió con decisión—: Pasado mañana la recogeré.

Pasado mañana. Ahora estaba comprometida, la mentira sería descubierta y ella también, si no lo conseguía. Ella misma se había dado un plazo, y un nuevo sentimiento, una especie de felicidad de saber tan cercano el desenlace, invadió su confuso miedo. Pasado mañana: ahora conocía el plazo y sintió cómo de esta certeza una calma extraña inundaba su angustia. En su interior empezó a crecer algo nuevo, una nueva fuerza, para la vida y para morir.

La conciencia de la decisión inminente, por fin establecida, empezó a desplegar una claridad inesperada en su interior. Como por arte de magia, el nerviosismo dio paso a una reflexión ordenada, la angustia, a una sensación desconocida para ella de calma cristalina, gracias a la cual veía de pronto las cosas de su vida transparentes y en su verdadero valor. Irene sopesó su vida y sintió que todavía pesaba mucho, si se le permitía conservarla y potenciarla en el nuevo y exaltado sentido que los días de angustia le habían enseñado; si podía comenzarla de nuevo sin mentiras, pura y segura, estaba dispuesta a hacerlo. Pero vivir como mujer divorciada y adúltera, manchada por el escándalo, no, para eso estaba demasiado cansada, y demasiado cansada para continuar el peligroso juego de una tranquilidad comprada y concedida bajo condiciones. En su opinión la resistencia ya no era posible, el desenlace estaba cerca, el descubrimiento podía venir de su marido, sus hijos o de ella misma. Era imposible huir ante un enemigo que parecía ubicuo. Y la confesión, la ayuda segura, le estaba vedada, como ahora sabía. Había un solo camino libre, y no tenía vuelta.

La vida aún la atraía. Era uno de esos días de primavera elementales, como los que a veces surgen intempestivamente del regazo cerrado del invierno, un día con un cielo infinitamente azul, cuya amplitud gloriosa se sentía como un suspiro de alivio después de tantas horas sombrías de invierno.

Los niños entraron en la habitación con vestidos claros que llevaban por primera vez en este año, y ella tuvo que dominarse para no recibir con lágrimas su júbilo impetuoso. En cuanto la risa de los niños con su eco doloroso se disolvió, Irene se puso manos a la obra

para llevar a cabo sus resoluciones. Primero intentaría recuperar la sortija, pues, ya se decidiera su destino de un modo o de otro, no quería que cayera una sospecha sobre su recuerdo, que nadie poseyera una prueba visible de su culpa. Nadie, y menos sus hijos, debía imaginar jamás el terrible secreto que ella les había escamoteado; debía parecer un accidente, del que nadie era responsable.

Fue primero a la casa de empeños, para empeñar una joya de familia que casi nunca llevaba, y así procurarse suficiente dinero para comprar a la mujer el anillo delator. Más segura emocionalmente en cuanto tuvo en el bolsillo la suma necesaria, se puso a pasear sin meta concreta, deseando en su fuero interno lo que hasta ahora más había temido: encontrar a la chantajista. El aire era suave y sobre los edificios brillaba el sol. Algo del movimiento impetuoso del viento, de las nubes blancas que surcaban presurosas el cielo, parecía haber entrado en el ritmo de las personas que caminaban con más ligereza y desenvoltura que en los hasta ahora tristes y nublados días de invierno. Y ella misma creía sentir algo de ello en su cuerpo. La idea de morir, que el día anterior había formado al vuelo y ya no había dejado escapar de la mano temblorosa, adquirió una dimensión monstruosa, desapareció de su mente. ¿Era posible que la palabra de una oscura mujer pudiera destruir todo esto, las casas con sus fachadas rutilantes, los coches veloces, los transeúntes risueños y, en su propio interior, la sensación clamorosa de la sangre? ¿Podía una palabra apagar la llama imperecedera con la que el universo entero ardía en su corazón palpitante?

Caminó y caminó, pero ya no con los ojos bajos sino indagando abiertamente, y casi con avidez, para descubrir a la tan buscada contrincante. La víctima buscaba al cazador, y como el animal perseguido más débil, cuando siente que no tiene escapatoria se vuelve con la decisión de la desesperación y se enfrenta dispuesta a todo al perseguidor, ahora ella deseaba verse cara a cara con su verdugo y luchar con esa última fuerza que el instinto de la vida concede a recordando la del día anterior. Un temor interior impreciso la retuvo de atarse por amor, de dejarse sostener por la simpatía. Él pareció percibir su resistencia y estar vagamente preocupado. Ella temió, a su vez, un nuevo acercamiento de él debido a esa preocupación y le dio las buenas noches muy pronto.

—Hasta mañana —contestó él. Entonces ella se retiró.

Mañana: ¡qué cerca y que lejos estaba! La noche insomne le pareció infinitamente larga y oscura. Poco a poco los ruidos de la calle se hicieron más raros, en los reflejos de la habitación vio que fuera habían apagado las luces. A veces, creyó sentir las respiraciones cercanas de las demás habitaciones, la vida de sus hijos, de su marido, y de toda la vida próxima y también lejana, casi ya borrada, pero también un silencio infinito, que no parecía venir de la naturaleza, de lo que la rodeaba, sino de dentro, de una fuente misteriosamente sonora. Se sentía enterrada en una eternidad de silencio y la oscuridad de cielos invisibles pesaba sobre su pecho. A veces las horas marcaban en la oscuridad un número, luego la noche se volvía negra e inanimada; por primera vez, sin embargo, creyó entender el sentido de esta oscuridad interminable y vacía. No pensaba ya en la despedida y la muerte, sino en cómo podría ir hacia ellas y ahorrar a los niños y a sí misma la vergüenza del escándalo. Reflexionó sobre los caminos de los que sabía que conducían a la muerte, imaginó todas las posibilidades de la autodestrucción, hasta que recordó con una especie de jubiloso escalofrío que durante una enfermedad dolorosa, acompañada de insomnio, el médico le había recetado morfina, y que entonces había tomado en gotas el veneno dulce y amargo de un pequeño frasco, cuyo contenido bastaba, como entonces le dijeron, para sumirle a uno suavemente en un sueño mortal. ¡Oh, no más persecuciones, poder descansar, descansar hasta la eternidad, no sentir más el martillo de la angustia en el corazón! La idea de este

suave sueño atrajo infinitamente a la insomne; ya creyó sentir el sabor amargo en los labios y la blanda ofuscación de los sentidos. Apresuradamente se levantó y encendió la luz. El frasquito, que encontró pronto, estaba sólo medio lleno y temió que no fuera suficiente. Febrilmente rebuscó en todos los cajones, hasta que por fin dio con la receta que permitía la preparación de cantidades mayores. Sonriente la dobló como si se tratara de un billete de banco valioso. Ahora tenía la muerte en su mano. Con espasmos fríos pero tranquilizada iba a meterse de nuevo en la cama, cuando al pasar delante del espejo iluminado vio su silueta venir a su encuentro desde el oscuro marco, fantasmal, pálida, con ojos hundidos y envuelta en el camión blanco como en un sudario. Horrorizada apagó la luz, se refugió temblando de frío en la cama abandonada y permaneció despierta hasta rayar el día.

Por la mañana quemó sus papeles, puso orden en numerosos asuntos pequeños, y evitó en la medida de lo posible ver a los niños y, en general, todo lo que amaba. Su objetivo era mantener alejada la vida, para que no se pegara a ella ahora con deseo y persuasión, y le hiciera aún más difícil la decisión tomada con un inútil aplazamiento. Entonces volvió a salir a la calle, para tentar por última vez al destino y encontrar a la chantajista. Rastreó intranquila las calles, pero ya sin aquel sentimiento exaltado de expectación. Algo en ella estaba ya cansado y dudaba de poder seguir luchando. Anduvo y anduvo como por un sentido del deber durante dos horas. La mujer no aparecía por ninguna parte. Ya no le dolía. Casi no deseaba ese encuentro, tan desanimada se sentía. Miraba los rostros de los transeúntes y todos le parecían extraños, todos muertos y de alguna manera fosilizados. Todo era ya lejano e irrecuperable, ya no le pertenecía.

Sólo una vez se estremeció. Le pareció como si al mirar atrás hubiera descubierto, de repente, en el otro lado de la calle, la mirada de su marido entre la gente, esa mirada inquietante, dura y penetrante, que conocía en él desde hacía poco tiempo. Impaciente, quiso cerciorarse, pero la silueta desapareció rápidamente detrás de un coche que pasaba, y ella se tranquilizó pensando que a esa hora él solía estar ocupado en el juzgado. En su excitación inquisitiva perdió la noción del tiempo y llegó tarde a la comida. Pero tampoco él había llegado a casa, como era su costumbre, sino que llegó dos minutos más tarde y, según le pareció a ella, un poco agitado.

Irene contaba ahora las horas hasta la noche y le sorprendió cuántas faltaban todavía pensó lo raro que eso era, el poco tiempo que se necesitaba para la despedida, el escaso valor que todo parecía tener, cuando uno sabía que no lo podía llevar consigo. La invadió una especie de somnolencia. Mecánicamente caminó calle abajo, sin objetivo concreto, sin pensar y sin mirar. En un cruce un cochero retuvo en el último momento a sus caballos, ella vio muy cerca la lanza del coche. El cochero blasfemó furioso, pero ella apenas se volvió: hubiera sido salvación o prórroga. Un accidente le hubiera ahorrado la decisión. Fatigada, continuó su camino: era agradable no pensar en nada, notar únicamente en el interior un oscuro sentimiento del final, una niebla que descendía dulcemente y lo envolvía todo.

Al levantar casualmente la vista para mirar el nombre de la calle, se estremeció: en su absorto caminar había llegado por azar hasta casi la casa de su antiguo amante. ¿Era un signo? Él podía, quizá, prestarle ayuda, él debía de conocer las señas de esa mujer. Irene tembló casi de alegría. ¿Cómo no había pensado en algo tan sencillo? De repente, sus miembros se animaron, la esperanza dio alas a los pensamientos indolentes que bullían ahora revueltos. Él la acompañaría a ver a esa mujer para terminar definitivamente con el asunto. Él la amenazaría para que dejara de hacerle chantaje, quizá bastaba con determinada suma para alejarla de la ciudad. Le dio lástima haber tratado al pobre muchacho tan mal la última vez, pero estaba segura de que él la ayudaría. Qué extraño que

este auxilio llegara ahora, en el último momento.

Apresuradamente subió la escalera y llamó al timbre. Nadie salió a abrir. Aguzó el oído: le pareció haber oído pasos cautelosos detrás de la puerta. Volvió a llamar. Silencio, de nuevo. Y un ligero movimiento desde dentro. Entonces Irene perdió la paciencia: llamó sin interrupción; le iba la vida en ello.

Por fin algo se movió detrás de la puerta, la cerradura chirrió y se entreabrió una rendija.

—Soy yo —exclamó ella.

Como con susto abrió él ahora la puerta.

—Eres tú... Es usted... señora... —balbuceó, visiblemente azarado—. No estaba... Perdone... no esperaba su visita... perdóneme que me presente así. —Y señaló las mangas de su camisa. Ésta estaba medio abierta, y no llevaba cuello.

—Tengo que hablarle urgentemente... Debe usted ayudarme —dijo ella, nerviosa, porque él la dejaba en la escalera como a una pordiosera—. ¿No va a dejarme entrar y escucharme un minuto? —añadió, irritada.

—Por favor —murmuró él, aturdido y con una mirada huidiza— ahora no... ahora no puedo recibirla.

—Tiene usted que escucharme. Es culpa suya, es su deber ayudarme... Debe usted recuperar la sortija... O déme, al menos, las señas... Esa mujer me persigue continuamente y ahora ha desaparecido... Es su deber, ¿me oye? Es su deber.

Él la miró desconcertado. Y ella se dio cuenta de que había proferido las palabras sin coherencia alguna.

—Ah, claro... Usted no sabe nada... Pues bien, su amante, la anterior, me vio salir un día de aquí y desde entonces me persigue y me chantajea... me está matando lentamente... Ahora me ha quitado la sortija y debo recuperarla. Esta noche es el último plazo, esta noche... ¿Quiere usted ayudarme?

—Pero... pero yo...

—¿Quiere o no quiere?

—Es que no conozco a esa mujer. No sé a quién se refiere. Nunca me he relacionado con chantajistas. —Lo dijo casi con vehemencia.

—Ah... No la conoce. Y ella lo afirma así, por las buenas. Sabe mi nombre y mis señas. Quizá tampoco es verdad que me hace chantaje, quizá lo estoy soñando.

Irene soltó una carchada estridente. Él se sintió incómodo. Durante un instante le pasó por la cabeza la idea de que pudiera estar loca, tanto refulgían sus ojos. Su manera de actuar era incongruente, sus palabras carecían de sentido. Asustado miró a su alrededor.

—Por favor, tranquilícese... señora... Le aseguro que se equivoca. Es imposible... debe de ser... no, no lo entiendo. No conozco mujeres de esa clase. Las dos relaciones que he mantenido en mi, como usted sabe, corta estancia no son de esa índole... no quiero dar nombres, pero... pero es ridículo... le aseguro que debe de tratarse de una equivocación.

—Entonces, ¿no quiere ayudarme?

—Naturalmente que sí... es decir, si puedo.

—Acompáñeme. Vayamos juntos a verla...

—A ver ¿a quién?... ¿A quién quiere ver? —De nuevo temió estar loca cuando le cogió del brazo.

—A ella... ¿Viene o no viene?

—Desde luego... desde luego. —Su sospecha se vio confirmada por la avidez con la que ella insistía— Desde luego... desde luego.

—Pues, vamos... ¡Me va la vida en ello!

Él hizo un esfuerzo por no sonreír. Por fin se puso serio.

—Perdone, señora... en este momento no me es posible... tengo una lección de piano... no puedo interrumpirla.

—Vaya, vaya... —ella se rió en su cara descaradamente—, así da usted clases de piano... en mangas de camisa... ¡Es usted un mentiroso!

Y, de pronto, inspirada por una idea, intentó entrar en el piso. Él la quiso retener.

—Aquí, pues, está la chantajista, ¿en su casa? Al final va a resultar que trabajáis juntos. Quizá repartís lo que me habéis extorsionado. Pero la voy a atrapar. Ahora ya no tengo miedo de nada.

Irene gritaba. Él la sujetó, pero ella se debatió, logró liberarse y se lanzó sobre la puerta del dormitorio.

Una persona, que había escuchado en la puerta, retrocedió sorprendida. Irene miró aturdida a una dama desconocida, un tanto desarreglada, que apartó rápidamente la cara. Su amante había seguido a Irene a la que consideraba desequilibrada para sujetarla y evitar una desgracia, pero ella salía ya de la habitación.

—Perdone —murmuró. Se sentía muy confusa. No entendía nada, sólo sentía asco, un asco infinito, y cansancio—. Perdone —repitió, cuando vio que él la seguía inquieto con la mirada—. Mañana... mañana comprenderá usted todo... es decir, yo... yo tampoco entiendo nada.

Le hablaba como a un extraño. Nada le recordaba que una vez había pertenecido a ese hombre, apenas sentía ya el propio cuerpo. Todo era todavía más confuso que antes, ella sólo sabía que en alguna parte debía de haber una mentira. Pero estaba demasiado cansada para pensar, demasiado cansada para investigar. Con los ojos cerrados descendió la escalera como un condenado al patíbulo.

La calle estaba oscura cuando salió a ella. Quizá, pensó, la mujer espera en la otra acera, quizá aún hay salvación en el último minuto. Sintió como si tuviera que juntar las manos y rezar a un dios olvidado. ¡Oh, poder comprar aún unos meses, los pocos meses hasta el verano y vivir allí en paz, fuera del alcance de la chantajista, vivir entre praderas y campos, sólo un verano más, pero vivirlo tan a fondo que significara más que toda una vida humana. Ansiosa escudriñó la calle ya oscurecida. Enfrente, en un portal, creyó ver una silueta al acecho, pero al acercarse ésta se retiró al fondo del vestíbulo. Un instante imaginó que tenía un parecido con su marido. Por segunda vez en ese día tenía la angustiada sensación de sentir repentinamente su presencia y su mirada en la calle. Se detuvo para cerciorarse. Pero la silueta había desaparecido en la sombra. Siguió su camino, inquieta, con una extraña sensación de tensión en la nuca como si una mirada la quemara. Se volvió otra vez. Pero no había nadie a la vista.

La farmacia no quedaba lejos. Entró con un leve escalofrío. El farmacéutico cogió la receta y se dispuso a prepararla. Irene estudió detalladamente todo en ese minuto: la brillante balanza, las delicadas pesas, las pequeñas etiquetas y, arriba en los estantes, las filas de esencias con nombres latinos raros que ella inconscientemente deletreó uno a uno con la mirada. Oyó el tictac del reloj, olió el aroma característico, ese aroma espeso y dulzón de las medicinas, y de pronto recordó que de niña siempre pedía a su madre que la dejara hacer los recados en la farmacia, porque amaba ese aroma y el aspecto exótico de los innumerables recipientes relucientes. Recordó también acongojada que había olvidado despedirse de su madre y la pobre mujer le dio una pena inmensa. Qué susto se llevaría, pensó con zozobra, pero el farmacéutico ya pasaba las gotas transparentes de un recipiente

panzudo a un frasquito azul. Con mirada fija, Irene observó cómo la muerte pasaba de ese recipiente al más pequeño, desde el cual pronto entraría en sus venas, y una sensación de frío corrió por su cuerpo. Casi inconsciente, en una especie de estado de hipnosis, observaba los dedos del farmacéutico, que ahora colocaba el tapón sobre el frasco relleno y sellaba con papel la peligrosa abertura. Todos sus sentidos estaban fascinados y paralizados ante la terrible idea.

—Dos coronas, por favor —dijo el farmacéutico. Irene despertó de su inmovilidad y miró a su alrededor, sorprendida. Luego abrió mecánicamente su bolso para sacar el dinero. Todo le parecía un sueño, miró las monedas, sin reconocerlas enseguida, y se confundió sin querer al contarlas.

En ese momento sintió que alguien apartaba con brusquedad su brazo y oyó caer dinero sobre la bandeja de cristal. Una mano apareció a su lado y se apoderó de la botellita.

Automáticamente se volvió. Y su mirada se heló. Era su marido, el que allí estaba con labios apretados. Su rostro estaba lívido, y en su frente brillaba sudor húmedo.

Irene creyó desvanecerse y tuvo que apoyarse en el mostrador. De golpe comprendió que había sido él la persona que había visto en la calle y que hacía un rato la había esperado en aquel portal; algo en ella le había reconocido instintivamente ya en ese momento y tomaba conciencia de ello confusamente en este segundo.

—Ven —dijo él con voz sorda y ahogada. Ella le miró fijamente y se sorprendió en su interior, en un mundo callado y profundo de su conciencia, de obedecerle. Y sus pasos le siguieron sin que ella misma lo supiera.

Cruzaron la calle el uno junto al otro. Sin mirarse. Él llevaba el frasquito en la mano. Una vez hizo un alto para pasarse la mano por la frente mojada. Involuntariamente ella demoró su paso, sin proponérselo, sin saber lo que hacía.

Pero no se atrevió a mirar hacia él. Ninguno pronunció una palabra, el ruido de la calle fluctuaba entre ellos.

En la escalera él la dejó ir delante. E inmediatamente sus pasos vacilaron, porque él no estaba a su lado. Irene paró y tomó aire. Él sujetó su brazo. Al contacto con él, ella se estremeció y subió los últimos peldaños más deprisa.

Entró en la habitación. Él la siguió. Las paredes brillaban oscuras, los objetos apenas se distinguían. Seguían sin articular palabra. Él arrancó el papel del envoltorio, abrió el frasco y derramó su contenido. Luego lo tiró con fuerza a un rincón. Ella se estremeció al oír el ruido del cristal.

Guardaron silencio. Ella notaba cómo él se dominaba, lo sentía, sin mirarle. Por fin se acercó a ella. Más y más cerca. Ella percibía su respiración pesada y veía con su mirada fija y nublada surgir deslumbrante de la oscuridad de la habitación el brillo de sus ojos. Esperó oír cómo se desataba su cólera y previó la dureza de su mano que ya la sujetaba. El corazón de Irene estaba paralizado, sólo los nervios vibraban como cuerdas tensadas; todo en ella esperaba el castigo, y ella casi ansiaba su furia. Pero él seguía callado, y con enorme asombro vio que se acercaba a ella con dulzura.

—Irene —dijo, y su voz era increíblemente bondadosa—. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir atormentándonos?

Entonces rompió en ella, convulsamente, con un empuje sobrehumano, como un solo grito animal sin sentido, un sollozo suspendido y retenido durante todas esas semanas. Una mano furiosa parecía agarrarla y sacudirla desde dentro con violencia, se tambaleó como si hubiera bebido, y habría caído al suelo si él no la hubiera sujetado.

—Irene —intentó calmarla—, Irene, Irene —pronunciando su nombre con voz cada

vez más suave y tranquilizadora, como si fuera capaz de sosegar el desesperado tumulto de los nervios alterados con el tono más y más tierno de la palabra. Pero sólo recibió sollozos por respuesta, violentos ataques, oleadas de dolor que conmocionaban todo el cuerpo. Él condujo y llevó en brazos al sofá el cuerpo sacudido por espasmos y lo recostó allí. Pero los sollozos no se agotaron. El ataque de lágrimas le sacudía el cuerpo como descargas eléctricas, oleadas de espasmos y frío parecían correr por el cuerpo martirizado. Tensados al máximo durante semanas, los nervios se habían roto y el dolor desencadenado sacudía el cuerpo insensible.

Conmocionado, él sostenía el cuerpo crispado de su mujer, tomó sus manos frías, besó primero tranquilizadamente luego con vehemencia, con terror y pasión, su vestido, su nuca, pero los espasmos cruzaban como una grieta la silueta encogida, y desde su interior brotaba, por fin liberada, la oleada imparable de sollozos. Pasó la mano por el rostro de Irene, que estaba fresco, bañado en lágrimas, y notó las venas palpitantes en las sienes. Un temor indecible le invadió. Se arrodilló para hablarle más cerca de su rostro.

—Irene —dijo sin dejar de acariciarla—, ¿por qué lloras? Ahora... ahora ya ha pasado todo... ¿Por qué te atormentas? No debes temer nada... Ella no vendrá nunca más... nunca más.

El cuerpo de ella se tensó de nuevo, él la sujetó con ambas manos. Al sentir esa desesperación, que desgarraba el cuerpo martirizado, él tuvo miedo, como si la hubiera matado. La besó una y otra vez, murmurando palabras confusas de arrepentimiento.

—No... nunca más... te lo juro... Cómo iba a imaginar que ibas a asustarte de esta manera... sólo quería llamarte... recordarte tu deber... sólo para que le dejaras... para siempre... y volvieras con nosotros... No tenía opción cuando me enteré por casualidad... no podía decírtelo directamente... pensé... siempre pensé que volverías... por eso envié a esa pobre mujer para que te acosara... es un pobre diablo, una actriz que han echado a la calle... no lo hizo a gusto, pero yo insistí... Ahora comprendo que fue un error... pero deseaba recuperarte... siempre te mostré que estoy dispuesto... que no quiero más que perdonarte, pero tú no me has comprendido... no pretendía empujarte a estos extremos... He sufrido terriblemente viendo lo que ocurría... te he observado a cada paso... pero tenía que obligarte, por los niños, ¿sabes?, sólo por los niños... ahora todo ha pasado... todo volverá a ser como antes...

Ella oía vagamente, desde una infinita distancia, palabras que sonaban cercanas, pero no las entendía. En su interior reinaba un fragor que se superponía a todo, un tumulto de los sentidos, en el que se desvanecía cualquier sentimiento. Sentía roce sobre su piel, besos y caricias, y las lágrimas propias, ya frías, pero dentro la sangre estaba llena de sonidos, de un retumbar sordo y atronador, que crecía con violencia y ahora resonaba como campanas enloquecidas. Entonces perdió la claridad de las cosas. Despertando confusamente de su desvanecimiento sintió que la desvestían, vio, como a través de muchas nubes, el rostro de su marido, bondadoso y preocupado. Luego cayó en una oscuridad profunda, en un sueño negro y sin pesadillas, largo tiempo echado de menos.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente ya había claridad en la habitación. Y claridad sintió en sí misma, despejada y como limpiada por una tormenta sintió su propia sangre. Intentó recordar lo que había sucedido, pero todo aún le parecía un sueño. Irreal, ligera y liberada, como cuando en sueños se vuela por los espacios, le pareció esta sensación palpitante, y para cerciorarse de la realidad de la experiencia se palpó intrigada las propias manos.

De pronto se sobrecogió: en su dedo relucía la sortija. Despertó por completo al

instante. Las palabras confusas, escuchadas y no escuchadas a través del desvanecimiento, la sensación oscura y premonitoria de días anteriores, que no se había atrevido a convertirse en idea y sospecha, ambas cosas se fundieron ahora en una claridad coherente. Ahora comprendía todo: las preguntas de su marido, la sorpresa de su amante, todos los personajes se abrían y ella veía la espantosa red en la que había estado atrapada. Sintió amargura y vergüenza, de nuevo comenzaron a temblar sus nervios y casi sintió haberse despertado de ese sueño sin pesadillas y sin angustia.

Entonces se oyeron risas en la habitación contigua. Los niños se habían levantado y armaban ruido como pájaros que despiertan al día joven. Claramente distinguió la voz de su hijo y por primera vez descubrió asombrada cuánto se parecía a la de su padre. Una sonrisa asomó a sus labios y quedó allí suspendida. Con ojos cerrados siguió echada para disfrutar profundamente todo lo que era su vida y ahora también su felicidad. Dentro sentía todavía un ligero dolor, pero era un dolor prometedor, ardiente pero leve, como esas heridas que queman antes de cicatrizar para siempre.

LA COLECCIÓN INVISIBLE

Un episodio de la inflación alemana

Dos estaciones después de Dresde subió a nuestro compartimiento un señor ya mayor, saludó cortésmente y, levantando los ojos, inclinó expresamente la cabeza en mi dirección, como si fuera un buen amigo. En el primer momento no fui capaz de recordarle; pero cuando me dijo su nombre, con una ligera sonrisa, me acordé inmediatamente: era uno de los anticuarios más prestigiosos de Berlín, en cuya tienda yo había admirado y comprado, más de una vez, antes de la guerra, libros antiguos y autógrafos. Primero hablamos de cosas sin importancia. De pronto dijo inesperadamente:

Tengo que contarle de dónde vengo. Porque este episodio es lo más curioso que me ha sucedido, a mí, viejo marchante en arte, en los treinta y siete años de mi carrera. Seguramente sabe usted lo que pasa ahora en el comercio del arte, desde que el valor del dinero se volatiliza como el gas: los nuevos ricos han descubierto su afición por las Vírgenes góticas, los incunables y los viejos grabados y cuadros; nada es bastante para ellos, incluso hay que defenderse de que no le vacíen a uno la casa y la habitación. Si por ellos fuera, me comprarían los gemelos de la manga y la lámpara del escritorio. Cada vez es más difícil encontrar nueva mercancía (perdone que utilice esta expresión para estos objetos que normalmente son algo sagrado para nosotros) pero esta casta despreciable ha acabado acostumbrándonos, incluso a nosotros, a considerar un maravilloso incunable veneciano como un simple envoltorio para cierta suma de dólares y un dibujo autógrafo de Guercino, como encarnación de un par de billetes de cien francos. Ante la impertinencia grosera de estos nuevos compradores furibundos no hay resistencia que valga. Y así me encontré, una vez más, totalmente desvalijado y de buena gana hubiera bajado las persianas, tan avergonzado me sentía de ver languidecer en nuestra venerable tienda, que mi padre había heredado de su abuelo, únicamente unas lamentables baratijas, que en otros tiempos ningún chamarilero callejero del norte hubiera cargado sobre su carro.

En este apuro se me ocurrió revisar nuestros viejos libros de cuentas para dar con alguno de nuestros antiguos clientes al que poder sacar sutilmente alguna lámina repetida. Una vieja lista de clientes es siempre una espaciosa de campo de cadáveres, sobre todo en estos tiempos, y la verdad es que no me dio muchas ideas: la mayoría de nuestros antiguos compradores se habían visto obligados, hacía tiempo, a vender sus posesiones en subastas, o habían fallecido, y de los pocos que todavía vivían nada se podía esperar. Pero entonces encontré todo un manojito de cartas de nuestro, sin duda, más antiguo cliente, al que había olvidado únicamente porque desde el comienzo de la guerra, en 1914, no se había dirigido a nosotros con algún encargo o pregunta. La correspondencia se remontaba —¡y, verdaderamente, no es una exageración!— a casi sesenta años; este cliente había comprado ya a mi padre y a mi abuelo; a pesar de ello, no podía yo recordar que, en los treinta y siete años de mi actividad personal, hubiera pisado jamás nuestra tienda. Todo parecía indicar que debía de ser un personaje excéntrico, anticuado y original, uno de esos olvidados alemanes salidos de un cuadro de Menzel o de Spitzweg, como se encuentran aún hoy, aquí y allá, en pequeñas ciudades de provincia, como raros ejemplares únicos. Sus cartas eran obras de caligrafía, muy bien escritas, las cantidades subrayadas con regla y tinta roja, también repetía siempre dos veces la cifra, para que no se produjera ninguna equivocación: esto y la utilización exclusiva de guardas sueltas y sobres económicos revelaban la

parquedad y el fanático afán de ahorro de un provinciano inveterado. Estos curiosos documentos estaban firmados invariablemente, además de con su nombre, con el complicado título de Consejero de Bosques y Economía jubilado, Teniente retirado, condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. Como veterano de los años setenta debía de llevar a cuestas, si aún vivía, sus buenos ochenta años. Pero este original y absurdo personaje ahorrativo demostraba como coleccionista de láminas antiguas una extraordinaria sabiduría, un excelente criterio y un gusto refinadísimo: estudiando con calma sus encargos de casi sesenta años, los primeros de los cuales estaban contabilizados en monedas de plata, me di cuenta de que este pequeño provinciano había acumulado a la chita callando, en los tiempos en los que aún podían adquirirse por un tálero varias docenas de las más bellas xilografías alemanas, una colección de grabados en cobre que podía presentarse con mucha honra junto a las ruidosamente famosas de los nuevos ricos. Porque ya sólo lo que nos había comprado a nosotros a base de pequeñas cantidades en marcos y pfenniges a lo largo de medio siglo tendría hoy un enorme valor, y además era de suponer que había comprado con no menos talento en subastas y a otros anticuarios. Desde luego, no habíamos recibido ningún encargo suyo desde 1914, pero yo estaba demasiado enterado de lo que sucedía en el comercio del arte para que me hubiera pasado inadvertida la venta en conjunto de una colección de tal calibre; por lo tanto, este extraño personaje debía de vivir todavía o la colección se hallaba en manos de sus herederos.

El asunto me interesaba, y al día siguiente, es decir, ayer por la noche, cogí el tren directamente a una de las ciudades de provincia más insufribles que hay en Sajonia; y paseando desde la pequeña estación por la calle principal, pensé que era prácticamente imposible que allí, en medio de estas casas banales con su morralla pequeño burguesa, viviera en cualquiera de estos hogares un hombre que poseyera las más extraordinarias estampas de Rembrandt junto a grabados de Durero y Mantegna en impecable redondez. Para mi asombro me contestaron en la oficina de correos a mi pregunta de si vivía aquí un Consejero de Bosques y Economía de ese nombre, que efectivamente el viejo caballero aún vivía, y con cierta aprensión, lo admito, me puse en camino antes de mediodía para visitarle.

No tuve dificultad en encontrar su vivienda. Se hallaba en el segundo piso de una de esas austeras casas de provincia, levantadas apresuradamente en los años sesenta por algún avisgado constructor. La primera planta estaba habitada por un honrado sastre; a la izquierda relucía en el segundo piso la placa de un funcionario de correos, a la derecha, por fin, el letrero de porcelana con el nombre del Consejero de Bosques y Economía. A mi tímida llamada respondió inmediatamente una anciana de pelo blanco con una pulcra cofia negra. Le entregué mi tarjeta y pregunté si podía ver al Consejero forestal. Sorprendida y con cierta desconfianza me miró primero a mí luego la tarjeta: en esta pequeña ciudad perdida, en esta casa añeja, una visita era un acontecimiento. Sin embargo, me rogó amablemente que esperara, cogió la tarjeta y entró en la habitación, oí cómo hablaba bajito y luego una voz masculina sonora y expansiva:

—¡Ah! El señor R. de Berlín, de la conocida casa de anticuarios, que pase... que pase... ¡con mucho gusto!

Y la viejecita volvió con pasos cortos y me invitó a pasar al cuarto de estar.

Me quité el abrigo y entré. En el centro de la modesta habitación estaba muy derecho un hombre viejo pero aún recio con abundante bigote, vestido con una chaqueta de casa con cordones, de aire militar, que me ofreció cordialmente ambas manos. Pero a este gesto abierto de bienvenida, inconfundiblemente afable y espontáneo, contradecía una

extraña rigidez en su actitud. No dio siquiera un paso hacia mí, y yo tuve que acercarme — un poco extrañado— hasta él para estrechar su mano. Cuando fui a cogerla noté en la posición horizontal inmóvil de esas manos que no buscaban las mías sino que las esperaban. Y al momento comprendí: este hombre era ciego.

Siempre, ya de niño, me resultó incómodo tratar con un ciego; no podía evitar cierta turbación y timidez al sentir a una persona como totalmente viva y, al mismo tiempo, saber que ella no me sentía a mí como yo la sentía a ella. También en esta ocasión tuve que superar un primer escalofrío cuando vi esos ojos muertos, dirigidos fijamente al vacío, bajo las espesas cejas desordenadas y blancas. Pero el ciego no me dio mucho tiempo para la extrañeza, pues en cuanto mi mano tocó la suya la sacudió con fuerza, repitiendo su saludo con su manera efusiva, cordialmente expansiva.

—¡Una visita insólita! —exclamó dirigiéndome una amplia sonrisa—. De veras, es un milagro que uno de estos importantes caballeros de Berlín se pierda y llegue hasta nuestro villorrio... Pero es cosa de andar con cuidado cuando uno de los señores marchantes coge el tren... Aquí decimos que hay que cerrar los bolsos y las puertas cuando vienen los gitanos... Sí, ya me imagino por qué viene usted a verme... Los negocios van mal en nuestra pobre y arruinada Alemania, no hay ya compradores, y entonces los caballeros importantes se acuerdan de sus viejos clientes y visitan a sus feligreses... Me temo que en mi caso no va a tener suerte; nosotros, los pobres pensionistas, ya nos damos por satisfechos cuando tenemos nuestro pedazo de pan en la mesa. Ya no podemos participar, con esos precios tan disparatados que imponéis hoy... estamos fuera de juego para siempre.

Me apresuré a aclarar que me había entendido mal, que no había venido a venderle nada, dije que me había encontrado casualmente en la vecindad y no había querido desaprovechar la ocasión para visitarle, siendo como era cliente de muchos años de nuestra casa y uno de los coleccionistas más destacados de Alemania. Apenas pronuncié las palabras «uno de los coleccionistas más destacados de Alemania» se produjo un cambio extraño en el rostro del anciano. Seguía muy derecho e inmóvil en medio de la habitación, pero una expresión de repentina claridad y de orgullo interior animó su figura, se volvió hacia donde suponía a su esposa, como si quisiera decir: «Ya lo oyes», y con una voz llena de alegría, sin huella de ese tono recio y militar que acababa de utilizar, sino más bien con dulzura y afecto me dijo:

—No sabe cómo agradezco su amabilidad... No permitiré que haya hecho su viaje en vano. Va a ver usted algo que no se ve todos los días, tampoco en su arrogante Berlín..., unas piezas como no pueden verse más bellas en la Albertina o en el maldito París... Sí, cuando se colecciona durante sesenta años se consiguen bastantes cosas, que no suelen estar precisamente tiradas en la calle. Luisa, ¡dame la llave del armario!

Ahora, sin embargo, sucedió algo inesperado. La viejecita, que estaba a su lado y que había asistido con una amabilidad sonriente y levemente atenta a nuestra conversación, levantó, de pronto, ambas manos con un gesto implorante e hizo con la cabeza un gesto abrupto de negativa, señal que de momento no comprendí. Entonces se acercó a su marido y le colocó suavemente las manos sobre los hombros.

—Pero Herwarth —le regañó—, no has preguntado al caballero si tiene ahora tiempo de ver la colección, ya es casi mediodía. Después de comer tienes que descansar una hora, el médico así lo exige expresamente. ¿No sería mejor que mostrases al caballero todas las cosas después de comer, y después tomamos juntos el café? Entonces también estará ya en casa Annemarie, que lo entiende todo mejor y puede ayudarte.

Y de nuevo, nada más pronunciar estas palabras, repitió aquel gesto implorante, por encima de su distraído esposo, por así decir. Ahora la comprendí. Ella quería que yo rechazara la inspección inmediata de la colección, así que inventé rápidamente una cita para comer. Dije que sería un placer y un honor para mí poder admirar su colección, pero que no me era posible antes de las tres, hora a la que me presentaría gustoso.

Enfadado como un niño al que le quitan su juguete preferido, el anciano se volvió hacia mí.

—Naturalmente —gruñó—, los señores de Berlín nunca tienen tiempo para nada. Pero esta vez tendrá usted que tomarse tiempo, porque no son tres o cuatro piezas, sino veintisiete carpetas, cada una para un artista diferente, y ninguna de ellas está medio llena. Bien, a las tres; pero sea puntual, si no, no acabaremos.

De nuevo me ofreció la mano en el vacío.

—Ya verá, será un placer para usted... o un disgusto. Y cuanto más disgusto se lleve usted, más me alegraré yo. Así somos los coleccionistas: ¡todo para nosotros y nada para los demás! —Y de nuevo me apretó con fuerza la mano.

La viejecita me acompañó a la puerta. Ya le había notado, desde hacía un rato, cierta incomodidad, una expresión de temor azarado. Ahora, ya casi en la puerta, balbuceó con voz muy queda:

—¿Le importaría... le importaría a usted que le recogiera mi hija Annemarie, antes de venir a nuestra casa? Es mejor... por diversas razones... Sin duda, va a comer en el hotel, ¿verdad?

—Sí, estoy de acuerdo, será un placer.

Y, en efecto, una hora más tarde, cuando acababa de terminar el almuerzo en el pequeño comedor del hotel de la Plaza del Mercado, entró una señorita ya entrada en años, vestida con sencillez, con mirada inquisitiva. Fui hacia ella, me presenté y me declaré dispuesto a acompañarla al momento para ver la colección. Pero, con un repentino rubor y con la misma turbación que había mostrado su madre, me preguntó si no podía hablar conmigo antes unas palabras. Enseguida vi que le costaba trabajo. Cada vez que intentaba hablar se le subía ese rubor violento hasta la frente, y la mano se enredaba en el vestido. Por fin empezó, con titubeos y confusión constantemente renovada:

—Mi madre me ha enviado a verle... me ha contado lo sucedido... y quisiéramos pedirle un gran favor... antes de que vaya a ver a mi padre... queremos explicarle... Mi padre deseará, naturalmente, mostrarle su colección, y la colección... la colección... ya no está completa... faltan varias piezas... en realidad, muchas...

Nuevamente tuvo que tomar aire, entonces me miró y dijo apresuradamente:

—Tengo que ser franca con usted... Usted conoce los tiempos que corren, y comprenderá todo... Mi padre perdió por completo la vista al estallar la guerra. Ya antes, su vista fallaba a menudo, la desilusión se la arrebató definitivamente; porque él pretendía, a pesar de sus setenta y seis años, ir al frente a Francia, y como al principio el ejército no avanzaba como en 1870, se llevó un gran disgusto, y a partir de ahí su vista declinó rápidamente. En realidad, aparte de ese achaque, él está muy fuerte, hasta hace poco podía caminar durante horas, incluso iba a su adorada caza. Ahora ya no puede dar sus caminatas y su única alegría es la colección, que mira cada día... es decir, no la ve, no ve ya nada, pero cada tarde saca todas las carpetas para, al menos, tocar las láminas, una detrás de otra, siempre en el mismo orden que sabe de memoria desde hace lustros... Ya no le interesa más que eso, y yo tengo que leerle lo que dicen los periódicos sobre las subastas, y cuanto más altos los precios que oye, más feliz es... porque... esto es lo terrible, mi padre no sabe

ya nada de los precios y de nuestra época... no sabe que hemos perdido todo y que de su pensión no se puede vivir más que dos días al mes... A esto se añade que el marido de mi hermana cayó en el frente y la dejó sola con cuatro niños pequeños... Pero mi padre no tiene idea de todas nuestras dificultades materiales. Primero, ahorramos, aún más que antes, pero era inútil. Entonces empezamos a vender, sin tocar, naturalmente, su amada colección... Vendimos las pocas joyas que teníamos, pero, ¡Dios mío!, qué era aquello, si desde hacía sesenta años mi padre había gastado cada pfennig que podía ahorrar en sus láminas exclusivamente. Y un buen día no quedaba nada para vender... no sabíamos qué hacer... y entonces... entonces mi madre y yo vendimos una pieza. Mi padre nunca lo hubiera permitido, no sabe lo mal que están las cosas, no se hace una idea de lo difícil que es encontrar en el mercado negro algo de comer, tampoco sabe que hemos perdido la guerra, que se han tenido que entregar Alsacia y Lorena; no le leemos en el periódico todas estas cosas para que nose agite.

»Fue una pieza muy valiosa, la que vendimos, un grabado de Rembrandt. El anticuario nos ofreció por él muchos, muchos miles de marcos, y pensamos que nos sostendrían durante años. Pero usted sabe cómo se derrite el dinero... Pusimos el resto en el banco, y a los dos meses se había gastado todo. Tuvimos que vender otra pieza, y otra, y el anticuario siempre nos mandaba el dinero con tanto retraso que ya había perdido su valor cuando llegaba. Intentamos ir a las subastas, pero también allí nos estafaron, a pesar de los precios millonarios... Cuando los millones llegaban a nuestras manos eran ya papel sin valor. Así, poco a poco, fue desapareciendo lo mejor de la colección, exceptuando algunas piezas extraordinarias, sólo para asegurar la vida más elemental y desnuda, y mi padre sin saberlo.

»Por eso mi madre se asustó tanto cuando usted apareció hoy... pues si él le enseña sus carpetas hubiera quedado todo al descubierto... porque le hemos colocado en los viejos *passe-partouts*, que conoce uno a uno al simple tacto, reproducciones o láminas parecidas en lugar de los originales vendidos. Tocarlas y contarlas (guarda en la memoria el orden exacto) le produce la misma alegría que, en su día, mirarlas con los ojos abiertos. En esta pequeña ciudad no hay nadie al que mi padre juzgara nunca lo suficientemente digno como para mostrarle sus tesoros... y ama cada lámina con un amor tan fanático que creo que se le rompería el corazón si supiera que todo se ha evaporado entre sus manos. Es usted el primero en los últimos años, desde que murió el antiguo director de la colección de grabados de Dresde, al que él cree enseñar su colección. Por eso le ruego que...

Y de pronto la ajada señorita alzó las manos y sus ojos relucieron húmedos.

—...por eso le rogamos... que no nos haga desgraciados, a él y a nosotras... No le destruya esta última ilusión, ayúdenos a hacerle creer que todas las láminas que le va a describir aún están ahí... Si sospechara algo, no podría soportarlo. Quizá hemos actuado mal con él, pero no podíamos hacer otra cosa: había que vivir... y las vidas humanas, cuatro niños huérfanos como los de mi hermana, son más importantes que unos grabados... Hasta hoy no le hemos arrebatado con ello su placer; él es feliz de poder hojear todas las tardes sus carpetas durante tres horas, de hablar con cada pieza como con una persona. Y hoy... hoy sería quizá el día más feliz de su vida, ya que espera desde hace muchos años la ocasión de poder enseñar sus favoritos a un experto; por favor... ¡le pido de rodillas que no le destruya esa alegría!

Lo había dicho todo de una manera tan conmovedora que mis palabras no son capaces de expresarlo. ¡Dios mío! Como comerciante he visto muchas de esas personas miserablemente despojadas, deleznablemente estafadas por la inflación, a las que les han

birlado por un bocado posesiones familiares antiquísimas y del máximo valor; pero aquí el destino había creado un caso singular que me conmovía especialmente. Como es lógico, prometí a mi interlocutora guardar silencio y hacer lo que estuviera en mis fuerzas.

Fuimos juntos hasta la casa; en el camino me enteré con indignación de la ruindad de las cantidades con las que habían engañado a estas pobres e ignorantes mujeres, y eso me confirmó en mi decisión de ayudarlas hasta el final. Subimos la escalera y nada más abrir la puerta oímos desde la habitación la voz regocijada y afable del anciano:

—¡Adelante, adelante! —con el fino oído de los ciegos debía de haber percibido nuestro paso en la escalera.

—Herwarth no ha podido dormir hoy de impaciencia por enseñarle sus tesoros —dijo sonriendo la viejecita. Una sola mirada de su hija la había tranquilizado sobre mis intenciones. Sobre la mesa estaban expuestas y a la espera las carpetas apiladas, y apenas el ciego sintió mi mano me cogió del brazo sin más palabras de bienvenida y me hizo sentar en el sillón.

—Bien, ahora vamos a empezar; hay mucho que ver, y los caballeros de Berlín no tienen nunca tiempo. Esta primera carpeta es del maestro Durero y, como podrá usted comprobar, está bastante completa... y una pieza es más bella que la otra. Ya lo verá usted mismo, por ejemplo, ¡aquí tenemos el caballo grande! —dijo mostrándome la primera lámina de la carpeta.

Y así extrajo de la carpeta con esa solicitud delicada con la que se manipula normalmente algo frágil, con puntas de los dedos que tocan con extremo cuidado, un *passe-partout* en el que estaba enmarcada una lámina de papel amarillento y vacío, y sostuvo el papelote desprovisto de valor con gran entusiasmo. Lo contempló durante unos minutos sin verlo, desde luego; mantuvo extasiado con dedos separados la lámina vacía a la altura de los ojos, su rostro expresaba mágicamente el gesto atento de alguien que ve. Y en sus ojos fijos, de pupilas muertas, relució de repente —¿era un reflejo del papel o un fulgor procedente del interior?— una claridad espejeante, una luz omnisciente.

—¿Qué me dice? —exclamó orgulloso—. ¿Ha visto alguna vez una estampa más bella? Con qué precisión, con qué claridad surge cada detalle. He comparado esta lámina con el ejemplar de Dresde, pero resulta, en comparación, difuso y pobre. ¡Y, hay que ver el linaje que tiene! Mire. —Volvió la lámina y con la uña mostró en el reverso exactamente las posiciones en el papel vacío, de modo que automáticamente me fijé en si los signos estaban de verdad allí—. Aquí está el sello de la colección Nagler, aquí el de Remy y Esdaile; nunca imaginaron, estos ilustres antecesores propietarios, que su lámina llegaría un día a esta pequeña habitación.

Un escalofrío me recorrió la espalda al oír al iluso anciano describir con tanto fervor una página completamente en blanco, y era espeluznante ver cómo mostraba con la uña y con precisión milimétrica los signos invisibles de los coleccionistas que ya sólo existían en su fantasía. Sentí la garganta atenazada de espanto, no supe qué decir; pero cuando confundido alcé la mirada hacia las dos mujeres me encontré de nuevo con las manos alzadas y el gesto implorante de la temblorosa y agitada anciana. Entonces me decidí y comencé mi actuación.

—¡Increíble! —balbuceé por fin—. Un ejemplar magnífico.

Inmediatamente su rostro se iluminó de orgullo.

—No es nada todavía —dijo con voz triunfante—, ya verá la «Melancolía» o la «Pasión», un ejemplar iluminado, que raramente se presenta con la misma calidad. Mire, mire —y, de nuevo, sus dedos pasaron delicadamente sobre una escena imaginaria— esta

frescura, este tono cálido y granuloso. Berlín se volvería loco con todos sus señores marchantes y doctores museales.

Y así prosiguió este triunfo deslumbrante y locuaz, durante más de dos horas. No, no puedo describirle lo terrible que fue contemplar con él esos cien o doscientos papelotes en blanco y reproducciones baratas, que, sin embargo, en la memoria de este trágico iluso eran tan increíblemente reales que celebraba y describía, sin fallo y en orden impecable, cada uno de ellos con los detalles más precisos: la colección invisible, que ya debía de estar dispersada en todas las direcciones, era para este ciego, para este hombre, conmovedoramente engañado, todavía una realidad tangible y la vehemencia de su visión era tan poderosa que hasta yo empecé a creer en ella. Sólo una vez el aterrador peligro de un despertar interrumpió la seguridad sonámbula de su entusiasmo vidente: ante la «Antíope» de Rembrandt (una prueba que, en efecto, debía de haber tenido un valor inconmensurable) acababa de ensalzar la precisión del grabado y, en ese trance, su dedo nervioso y clarividente, había seguido con cariño la huella de la plancha sin que los nervios táctiles aguzados encontraran esa impresión sobre la lámina desconocida. Una especie de sombra pasó sobre su frente, su voz tropezó.

—Es... es la «Antíope», ¿verdad? —murmuró, un poco azarado, a lo que yo respondí inmediatamente quitándole de las manos la lámina enmarcada y describiendo con entusiasmo la obra, que conocía a la perfección, en todos sus detalles. El rostro aturdido del ciego se despejó. Y cuantos más elogios hacía yo, tanto más florecía en este hombre enjuto y reseco una cordialidad jovial, una efusividad íntegra y risueña.

—Por fin, por fin uno que os dice lo que valen mis láminas. Siempre me habéis reñido con falta de fe por meter todo el dinero en la colección; es cierto, en sesenta años ni cerveza, ni vino, ni tabaco, ningún viaje, ninguna visita al teatro, ningún libro, siempre ahorrando y ahorrando para estas obras. Pero ya veréis cuando yo ya no esté: seréis ricas, las más ricas de la ciudad, y tan ricas como los más ricos de Dresde, entonces me agradeceréis mi locura. Pero mientras yo viva no saldrá ni una lámina de esta casa; primero tienen que sacarme a mí, luego mi colección.

Y al decirlo su mano acarició cariñosamente, como si fuera algo vivo, las carpetas hacía tiempo vacías. Era horrible y, al mismo tiempo, entemecedor para mí, porque en todos los años de la guerra no había visto una expresión tan absoluta, tan pura, de beatitud en un rostro alemán. Junto a él estaban las mujeres, misteriosamente parecidas a las figuras femeninas de esa estampa del maestro alemán que, venidas a visitar el sepulcro del Salvador, se quedan pasmadas ante la tumba abierta y vacía, con una expresión de temor sumiso y, al mismo tiempo, de éxtasis piadoso y de fe en el milagro. Así como en ese grabado las discípulas estaban iluminadas por la intuición celestial del Salvador, así estas dos envejecidas, agotadas y pobres mujeres estaban iluminadas por la infantil dicha del anciano, deshechas medio en risas, medio en lágrimas; un espectáculo como nunca he visto otro más sobrecogedor. El anciano no se cansaba de mis palabras de elogio, amontonaba y volvía, una y otra vez, las carpetas bebiendo sediento cada palabra: para mí fue un descanso cuando por fin las engañosas carpetas fueron retiradas a un lado y él tuvo que dejar libre la mesa para el café. Pero ¡qué era mi suspiro contrito de alivio comparado con la alegría tumultuosa, con la euforia de este hombre rejuvenecido treinta años! Relató mil anécdotas de sus compras y expediciones, se levantó a tientas, rechazando la ayuda, para enseñarme otra y otra lámina: estaba animado y embriagado como si hubiera bebido vino. Cuando, por fin, dije que tenía que marcharme, casi se estremeció asustado, hizo pucheros como un niño voluntarioso y, enfadado, dio un golpe en el suelo con el pie, exclamando que yo aún no

había visto ni la mitad de la colección. Las mujeres tuvieron que emplearse a fondo para convencerle en su disgusto tozudo de que no debía retenerme más, ya que perdería el tren.

Cuando por fin se avino a razones, después de una resistencia denodada, y llegó el momento de la despedida, su voz se volvió suave. Cogió mis dos manos y sus dedos las acariciaron con toda la expresividad de un ciego hasta las muñecas, como si quisieran saber más de mí y decirme con amor más de lo que son capaces las palabras.

—Me ha dado usted una gran alegría con su visita —dijo con una emoción removida desde dentro que nunca olvidaré—. Ha sido para mí una verdadera satisfacción volver a mirar por fin, por fin, por fin, mis amadas láminas con un entendido. Pero ya verá que no ha venido en vano a ver a este pobre ciego. Le prometo aquí delante de mi mujer como testigo que incluiré en mi testamento una cláusula encargando a su venerable casa la subasta de mi colección. Usted ha de tener el honor de administrar este tesoro —y aquí dejó descansar la mano sobre las desvalijadas carpetas— hasta el día en que se disperse por el mundo. Prométame únicamente que hará un bonito catálogo: será mi lápida, no necesito otra mejor.

Miré a la mujer y a la hija, de pie y muy juntas, mientras que de vez en cuando un temblor pasaba de la una a la otra, como si fueran un solo cuerpo que se estremece con emoción compartida. Yo mismo tuve una sensación de gran solemnidad cuando el conmovedor iluso me encargó la administración de su colección, invisible y dispersada hacía tiempo, como si se tratara de un tesoro. Emocionado, le prometí lo que nunca podría cumplir; de nuevo se encendió una luz en las pupilas muertas, sentí cómo su cordialidad intentaba desde dentro captarme físicamente: lo sentí en la ternura, en la presión afectuosa de sus dedos, que se entrelazaban con los míos en un gesto de agradecimiento y promesa.

Las mujeres me acompañaron hasta la puerta. No se atrevían a hablar, porque el fino oído del anciano hubiera percibido cada palabra, pero ¡qué cálidas entre lágrimas, qué desbordantes de gratitud relucían las miradas que me dirigían! Completamente aturdido descendí a tientas la escalera. En el fondo estaba avergonzado: como el ángel del cuento había entrado en la habitación de una pobre gente, había hecho que un ciego viera durante una hora, simplemente prestándome a un piadoso engaño y mintiendo descaradamente, yo que en realidad había venido como un ruin comerciante a arrancarle astutamente un par de piezas valiosas. Lo que me llevaba, sin embargo, era más que eso: había podido sentir de nuevo un entusiasmo puro y vivo en un tiempo sórdido y triste, una especie de éxtasis traspasado por el espíritu y centrado por completo en el arte que nuestros hombres de hoy parecen haber olvidado hace tiempo. Y sentí devoción (no puedo decirlo de otra manera), aunque al mismo tiempo me avergonzaba, sin saber bien por qué.

Ya estaba en la calle cuando arriba se abrió estrepitosamente una ventana y oí llamar mi nombre; en efecto, el viejo no se había dejado quitar el placer de seguirme con sus ojos ciegos en la dirección en la que me suponía. Se asomó tanto que las dos mujeres tuvieron que sujetarle con cuidado, y agitando su pañuelo gritó:

—¡Que tenga buen viaje! —con la voz alegre y fresca de un chico. No olvidaré esa imagen: el rostro feliz del anciano de pelo blanco allá arriba en la ventana, flotando sobre los seres malhumorados, apresurados y atareados de la calle, suavemente alejado de nuestro mundo real y repugnante por la nube blanca de un delirio benigno. Y tuve que pensar una vez más en la vieja y certera frase (creo que es de Goethe): «Los coleccionistas son gente dichosa».

CONFUSIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

Anotaciones privadas del Consejero Privado R. v. D.

La intención de mis alumnos y colegas de la facultad ha sido buena: aquí está, ceremoniosamente presentado y con encuadernación lujosa, el primer ejemplar de ese homenaje que los filólogos me han dedicado en mi sesenta cumpleaños y para celebrar los treinta años de mi actividad docente en la universidad. Ha resultado una verdadera biografía; no hay ensayo menor, discurso laudatorio o nimia reseña en algún docto anuario que la diligencia bibliográfica no haya arrancado a su tumba de papel —toda mi carrera pulcra y nítida, escalón a escalón, como una escalera bien barrida, reconstruida hasta el momento actual—; verdaderamente sería un desagradecido si no me alegrara de esta conmovedora meticulosidad. Lo que yo mismo creí dilapidado y perdido reaparece en este volumen unido y ordenado: no, no debo negar que a mi avanzada edad contemplo estas páginas con el mismo orgullo que antaño contemplé como estudiante aquel certificado de mis profesores que por primera vez me reconocía capacidad y voluntad para las ciencias.

Sin embargo, cuando terminé de hojear las doscientas páginas afanosamente compiladas y de enfrentarme hasta la saciedad con mi imagen intelectual, tuve que sonreír. ¿Era aquello realmente mi vida, ascendía de veras en espirales tan confortablemente determinadas, desde la primera hora hasta hoy, como el biógrafo se lo construía aquí a base de papel? Sentía lo mismo que sentí cuando escuché por primera vez mi voz en un gramófono: no la reconocí en el primer momento; pues si era, en efecto, mi voz, sólo era la que los otros perciben y no la que yo mismo oigo, por así decir, a través de mi sangre y en el interior de mi ser. Y así, yo, que había empleado mi vida en representar a otros hombres desde la perspectiva de su obra y hacer visible el contexto espiritual de su mundo, me di cuenta una vez más en mi propia experiencia hasta qué punto permanece impenetrable en cada destino el núcleo esencial, la célula plástica, de la que brota todo crecimiento. Vivimos miríadas de segundos, y siempre será un segundo, un solo segundo, el que ponga en movimiento todo nuestro mundo interior, el segundo (que describe Stendhal) en el que la flor interior, alimentada ya con todos los extractos, se precipita fulminantemente en una cristalización; un segundo mágico, parecido al de la concepción y como ella escondido en la cálida intimidad de la propia vida, invisible, intocable, insensible, únicamente misterio vivido. Ninguna álgebra del espíritu puede calcularlo, ninguna alquimia de la intuición descifrarlo, y raras veces lo capta el propio sentimiento.

De ese íntimo secreto de mi evolución espiritual no sabe nada este libro: por eso sonreía yo. Todo en él es verídico...

sólo falta lo esencial. Me describe, pero no me expresa. Habla de mí, pero no me revela. Doscientos nombres abarca el cuidadosamente compilado registro, pero falta ese nombre del que partió el impulso creativo, el del hombre que determinó mi destino y que ahora me traslada con redoblada fuerza a mi juventud. De todo se habla menos de él, que me dio el habla y con cuyo aliento me expreso; y de pronto siento este cobarde silencio como una culpa. Durante toda una vida he dibujado retratos de otras personas, he despertado personajes de otros siglos a nuestros sentimientos actuales, y nunca he recordado al ser que precisamente me es más presente; así pues, quiero dar a la sombra amada de beber de la propia sangre, como en los días de Homero, para que vuelva a hablar conmigo y que esté junto a mí, en mi vejez, él que ya ha desaparecido. Añadiré una página

discreta a las públicas, una confesión del sentimiento al libro erudito, y me contaré a mí mismo, en homenaje a él, la verdad de mi juventud.

Antes de comenzar hojeo una vez más ese libro que pretende representar mi vida. Y de nuevo tengo que sonreír. Porque ¿cómo van a llegar al verdadero núcleo de mi ser si escogen una entrada equivocada? ¡Y ya su primer paso es una equivocación! Un compañero de colegio que me quiere bien y que hoy es también Consejero Privado cuenta que ya en el instituto me distinguía de todos los demás estudiantes un amor apasionado por las humanidades. ¡Mal recordado, querido Consejero Privado! Para mí las humanidades eran una obligación mal tolerada, cumplida entre rechinar de dientes y grandes esfuerzos. Precisamente porque, como hijo de director de instituto, había visto en aquella pequeña ciudad del norte de Alemania desde la más tierna infancia practicar la cultura como un medio de ganarse la vida y odiaba desde niño la filología; ya sabemos que la naturaleza, siguiendo su objetivo místico de salvaguardar la facultad creativa, implanta en el niño el aguijón y el desprecio contra la inclinación del padre. No desea un heredar cómodo y sin fuerza, una simple continuación o transmisión de una generación a otra: siempre provoca primero la contradicción entre los de la misma estirpe y admite al descendiente en el sendero de los antepasados sólo después de un rodeo laborioso y fructífero. Bastaba con que mi padre santificara la ciencia para que mi deseo de imponerme la viera como un mero malabarismo con los conceptos; como él ponía de ejemplo a los clásicos, a mí me parecían pedantes y por eso odiosos. Rodeado de libros, despreciaba los libros; empujado siempre por mi padre hacia lo espiritual, me sublevaba contra cualquier forma de cultura transmitida por escrito; así no puede extrañar que llegara con dificultades hasta el final del bachillerato y rechazara con violencia la continuación de los estudios. Yo quería ser militar, marino o ingeniero; en el fondo, no me animaba una verdadera inclinación a ninguna de estas profesiones. Únicamente la aversión hacia el aspecto árido y didáctico de la ciencia me incitaba a exigir algo práctico-activo en lugar de lo académico. Pero mi padre, con su veneración fanática de todo lo universitario, se empeñó en mi formación académica, y sólo conseguí imponer una modificación, en el sentido de que pude escoger la filología inglesa en vez de la clásica (acepté esta solución ambigua con el cálculo secreto de que con el conocimiento de esta lengua marina podría escapar más fácilmente hacia la carrera naval, tan ardientemente anhelada).

Por eso nada es más inexacto en este *curriculum vitae* que afirmar amablemente que en mi primer semestre de estudios en Berlín y gracias a la tutela de profesores mercedisimos, adquirí las bases de la ciencia filológica; ¡qué sabía entonces mi amor por la libertad en plena efervescencia de seminarios y profesores! En la primera y fugaz visita al aula, el aire estancado y el discurso monótono, sermoneador y, al mismo tiempo, petulante, me produjeron tal cansancio que tuve que hacer esfuerzos para no reclinar la cabeza adormilada sobre el pupitre; aquello era una repetición del colegio al que creía haber escapado felizmente, el aula escolar rediviva con su cátedra elevada y su pedantería pomposa: me parecía que entre los labios finos del Consejero Privado salía arena, tan inanes, tan monótonas fluían las palabras del manoseado cuaderno de notas al aire fétido. La sospecha del colegial, de haber caído en un depósito de cadáveres del espíritu, donde manos indiferentes manipulan material muerto anatomizándolo, se renovó espantada en este almacén de un alejandrino hacía tiempo anquilosado, y ¡cómo se intensificó este instinto defensivo cuando salí de la clase dificultosamente soportada a las calles de la ciudad, de aquel Berlín de entonces, que sorprendido ante su propio crecimiento, restallando de una virilidad desarrollada con inusitada prisa, irradiaba electricidad de todas

las piedras y calles e imponía irresistiblemente a todos un ritmo de agitado pulso, que con su avidez avasalladora era muy parecido a la borrachera de mi propia, recién descubierta virilidad! Ambos, la ciudad y yo, repentinamente proyectados desde un marco pequeño burgués protestante, ordenado y limitado, entregados prematuramente a una nueva vorágine de poder y posibilidades... ambos, la ciudad y yo, jovenzuelo impetuoso, vibrábamos de intranquilidad e impaciencia como una dinamo. Nunca he comprendido tan bien y amado tanto Berlín como entonces, porque igual que en esta cálida y exuberante colmena humana, cada célula en mí pugnaba por una rápida expansión; ¡la impaciencia de toda juventud vigorosa dónde hubiera podido descargarse mejor que en el regazo de esta ardiente mujer gigantesca, en esta ciudad impaciente y desbordante de fuerzas! Con violencia me atrajo a sí, yo me entregué a ella, descendí a sus venas, mi curiosidad recorrió excitada todo su cuerpo de piedra y, sin embargo, cálido. Desde la mañana a la noche paseaba por sus calles, iba hasta los lagos, investigaba sus escondrijos; fue una verdadera obsesión con la que me lancé a lo aventurero y vital de la exploración, en vez de prestar atención al estudio. Pero este exceso no obedecía más que a una característica de mi naturaleza: ya desde niño, incapaz de simultanear varias cosas, me volvía ciego para cualquier otra ocupación; siempre y en cualquier situación tenía este ímpetu monomaniaco, y aún hoy en mi trabajo suelo empecinarme con tanto fanatismo en un problema, que no lo dejo hasta que siento el último residuo de su médula entre los dientes.

El sentimiento de la libertad, como digo, se convirtió en Berlín en una locura tan indomable, que no soportaba la restricción pasajera de una clase, y tampoco la limitación de mi propia habitación: todo lo que no trajera consigo la aventura me parecía una pérdida de tiempo. Y el joven de provincia inexperto, recién liberado del dogal, hacía esforzados méritos por parecer muy hombre: me inscribí en una asociación de estudiantes, procuraba dar a mi disposición más bien tímida un acento arrogante, pendenciero y disipado. Con sólo ocho días en la ciudad jugaba ya a ser metropolitano y cosmopolita, aprendí con inusitada rapidez a hacer el vago y a fanfarronear en los cafés como un verdadero *miles gloriosas*. A este capítulo del alardear masculino pertenecían naturalmente también las mujeres —o más bien: las hembras, como decíamos con nuestra fatuidad estudiantil—, y en eso me favoreció ser un muchacho muy bien parecido. Alto, delgado, el bronceado del mar aún fresco en las mejillas, ágil como un gimnasta en cada movimiento, me resultó fácil imponerme frente a los amarillentos empleadillos, resecos como arenques de estar encerrados, que los domingos pululaban al igual que nosotros en busca de botín en los bailongos de Halensee y Hundekehle (situados entonces fuera de la ciudad). Una vez fue una criada de Mecklenburgo, rubia como la paja y de piel blanca como la leche, a la que acalorado por el baile arrastré hasta mi habitación de estudiante poco antes de que marchara a su casa de permiso; otra vez, una pequeña judía inquieta y nerviosa de Posen que vendía medias en los almacenes Tietze, botín de poco valor, generalmente, cobrado sin dificultad y traspasado rápidamente a los compañeros de estudio. Pero esa inesperada facilidad de la conquista representaba una embriagadora sorpresa para el ayer aún tímido colegial; los éxitos fáciles exacerbaban mi intrepidez, y acabé contemplando la calle exclusivamente como coto de caza para estas aventuras completamente fútiles, meramente deportivas. Una vez, siguiendo a una muchacha, llegué a Unter den Linden y pasé —por pura casualidad— delante de la universidad, y me eché a reír al pensar que hacía tiempo que no pisaba aquel respetable lugar. Por frivolidad entré en el edificio con un amigo de talante parecido al mío; entreabrimos la puerta, vimos (nos pareció un espectáculo ridículo) ciento cincuenta espaldas encorvadas sobre los pupitres, escribiendo y, por así decir, repitiendo la letanía

que salmodiaba un anciano de blancas barbas. Y me faltó tiempo para volver a cerrar la puerta, dejar que siguiera corriendo el riachuelo de aquella menesterosa retórica sobre los hombros de los diligentes y salí con insolentes zancadas al paseo soleado en compañía de mi amigo. A veces pienso que ningún joven ha perdido el tiempo de manera tan tonta como yo en aquellos meses. No leí ningún libro y estoy seguro de no haber dicho una palabra sensata o haber tenido un verdadero pensamiento. Por instinto evitaba las reuniones cultivadas, para poder sentir con el cuerpo recién despertado más intensamente la pimienta de lo nuevo y hasta entonces prohibido. Es posible que este embriagarse con la propia savia, este destrozarse uno a sí mismo tan inane forme parte de la esencia de toda juventud repentinamente liberada... pero mi especial obsesión daba un giro un tanto peligroso hacia aquel tipo de disipación y hacía muy probable que malograra mis estudios o que, al menos, me perdiera en la sordidez del sentimiento, si no hubiera sido porque el azar frenó de pronto la caída interior.

La casualidad —hoy la defino así, tan agradecido como feliz— consistió en que mi padre fue llamado inesperadamente para presentarse un día en Berlín, en el ministerio, para asistir a una conferencia de directores de instituto. Como pedagogo profesional aprovechó la ocasión para, sin anunciar su llegada, proceder a un examen de mi comportamiento y sorprenderme descuidado. El ataque por sorpresa fue todo un éxito. Como casi siempre, tenía en mi habitación barata de estudiante, situada en el norte de la ciudad —la entrada se efectuaba a través de la cocina de la patrona, separada por una cortina—, a una muchacha de visita muy particular cuando golpearon audiblemente a la puerta. Pensando que sería un compañero gruñí malhumorado:

—No estoy para nadie.

Pero al cabo de una pausa se repitieron los golpes, una, dos y, por fin, con evidente impaciencia, tres veces. Furioso, me puse el pantalón para increpar al visitante impertinente, y así, con la camisa a medio abrochar, con los tirantes colgando y los pies descalzos, abrí de un tirón la puerta para inmediatamente, como si me hubieran dado un puñetazo en la sien, reconocer en la oscuridad del vestíbulo la silueta de mi padre. En la sombra no percibí de su rostro más que las lentes que brillaban en el reflejo de la luz. Pero la silueta bastó para que la ya preparada palabra grosera se me quedara atravesada en la garganta como una afilada espina: durante un instante me quedé como atontado. Entonces —¡qué espantoso momento!— tuve que pedirle abochornado que esperara unos minutos en la cocina hasta que hubiera ordenado mi habitación. Como digo, no vi su rostro, pero noté que había comprendido. Lo noté en su silencio, en la manera reservada con la que sin darme la mano y con gesto disgustado apartó la cortina y entró en la cocina. Y allí, delante de un homo oliendo a café recalentado y a zanahorias, tuvo el anciano que esperar de pie diez minutos, tan humillantes para él como para mí, hasta que conseguí que la chica se vistiera y saliera de la casa ante el que escuchaba sin desearlo. Debí de oír sus pasos precipitados, y notar cómo los pliegues de la cortina se agitaban en la corriente de la huida femenina, pero todavía no podía sacar al anciano de su indigno escondrijo: antes tenía que ser eliminado el evidente desorden de la cama. Por fin me presenté ante él..., nunca en toda mi vida había estado tan avergonzado.

Mi padre guardó la compostura en esta difícil hora, aún hoy le doy las gracias por ello. Porque siempre que quiero recordar al ya desaparecido, me niego a verle desde la perspectiva del colegial, que se permitía despreciarle como máquina de corregir, como pedante constantemente crítico y obsesionado con la exactitud, y tomo su imagen de este su momento más humano, cuando el anciano, profundamente disgustado pero dominándose,

me siguió sin decir una palabra a mi caldeada habitación. Llevaba en la mano los guantes y el sombrero, fue a dejarlos automáticamente en cualquier lugar, pero entonces tuvo un gesto de desagrado, como si le repugnara tocar con cualquier parte de su persona aquella suciedad. Le ofrecí un sillón; él no respondió, un único gesto despectivo rechazó todo trato con los objetos de la habitación.

Al cabo de unos instantes helados en los que permaneció de pie y apartado de mí, se quitó por fin las gafas y las limpió escrupulosamente, lo que en él, como yo bien sabía, significaba desconcierto; tampoco se me escapó cómo el anciano al volvérselas a poner se pasó la mano por los ojos. Se avergonzaba por mí, y yo estaba avergonzado ante él; ninguno de los dos era capaz de hablar. En mi fuero interno temía que iniciara un sermón, un discurso retórico en ese tono gutural que desde los tiempos del colegio yo odiaba y escarnecía en él. Pero —y hoy todavía se lo agradezco— el anciano guardó silencio y evitó mirarme. Por fin fue a la precaria estantería donde estaban mis libros de estudio, los hojeó; el primer vistazo le convenció de que estaban sin tocar, incluso las páginas sin abrir.

—¡Tus cuadernos de clase!

Esta orden fue su primera frase. Temblando se los di, consciente de que los apuntes sólo abarcaban una clase. Él leyó por encima las dos páginas con un gesto rápido, y dejó los cuadernos sobre la mesa sin dar el menor signo de irritación. Entonces acercó una silla, se sentó, me miró gravemente, pero sin reproche, y preguntó:

—Bien, ¿qué piensas de todo esto? ¿Qué va a suceder ahora?

Esta tranquila pregunta me hizo polvo. Dentro de mí todo estaba contraído: si me hubiera reñido, habría saltado arrogante; si me hubiera amonestado melodramático, me habría burlado de él. Pero esta pregunta ecuánime rompió las articulaciones a mi oposición: su rigor exigía rigor; su forzada calma, respeto y disposición interna. No me atrevo apenas a recordar lo que contesté, así como tampoco soy capaz de fijar con la pluma toda la conversación que siguió: hay repentinas conmociones, una especie de revulsión interior, que contada después parecería con toda probabilidad sentimental, ciertas palabras que son verdaderas una sola vez, entre dos personas, y brotando de un tumulto inesperado de los sentimientos. Fue la única conversación verdadera que tuve con mi padre en toda mi vida, y no tuve inconveniente en humillarme voluntariamente: puse toda la decisión en sus manos. Pero él sólo me ofreció el consejo de que abandonara Berlín y estudiara el siguiente semestre en una universidad más pequeña, estaba seguro, dijo casi consolándome, de que a partir de ahora recuperaría con afán lo hasta ahora perdido. Su confianza me conmovió; en ese instante comprendí lo injusto que había sido durante toda mi juventud con aquel anciano parapetado detrás de un formalismo frío. Me tuve que morder vehementemente los labios para forzar a las lágrimas a no brotar ardiendo de mis ojos. También él debió de sentir algo parecido porque me tendió la mano, sostuvo la mía durante un momento temblando y salió precipitadamente de allí. No me atreví a seguirle, y me quedé intranquilo y confundido, limpiándome con el pañuelo la sangre de los labios: con tanta fuerza había clavado en ellos los dientes para dominar mis sentimientos.

Ésta fue la primera conmoción que sufrí a mis diecinueve años, y tiró por el suelo, sin el soplo de una palabra fuerte, todo el fantástico castillo de naipes de hombría, ínfulas estudiantiles y egolatría. Me sentía lo suficientemente seguro para renunciar, gracias a la voluntad desafiada, a todas las diversiones menores, me invadió la impaciencia de probar en lo espiritual la fuerza dilapidada, un ansia de rigor, objetividad, dominio y severidad. En ese tiempo me consagré al estudio como a un servicio monacal, ignorando, desde luego, la sublime exaltación que me esperaba en la ciencia, y sin saber que también en ese mundo

superior del espíritu la aventura y el peligro siempre esperan al apasionado.

La pequeña ciudad de provincia, que de acuerdo con mi padre escogí para el siguiente semestre, se hallaba en Alemania central. Su gran prestigio académico estaba en flagrante contradicción con el reducido montoncito de casas que rodeaba el edificio de la universidad. No me costó mucho encontrar preguntando el camino desde la estación, donde dejé de momento mi equipaje, hasta el Alma mater, y también dentro del edificio de amplias dimensiones, al estilo antiguo, percibí en seguida con qué rapidez se cerraba aquí el círculo interior comparado con el palomar de Berlín. En dos horas me había matriculado y visitado a la mayoría de los profesores, con excepción de mi catedrático, el profesor de filología inglesa, al que no encontré inmediatamente, aunque me dijeron que estaría por la tarde hacia las cuatro en el seminario.

Movido por esa impaciencia de no perder ni una hora, tan apasionado ahora en acometer la ciencia como antes en eludirla, me presenté —tras un rápido recorrido por la pequeña ciudad que comparada con Berlín estaba sumida en un sueño narcótico— a las cuatro en punto en el lugar indicado. El bedel me mostró la puerta del seminario. Di unos golpecitos. Y como me pareció oír una voz del interior abrí la puerta.

Pero había oído mal. Nadie me había invitado a entrar, y el sonido impreciso que yo había percibido correspondía a la voz elevada en una enérgica disertación del profesor, que por lo visto daba un discurso improvisado al grupo de aproximadamente dos docenas de estudiantes que le rodeaba en un apretado círculo. Confundido por haber entrado sin permiso, debido a mi error de percepción, quise retirarme silenciosamente, pero temí llamar la atención de ese modo, ya que hasta el momento ninguno de los oyentes me había observado. Me quedé, pues, cerca de la puerta, y escuché forzado por las circunstancias.

La lección parecía haber surgido espontáneamente de un coloquio o una discusión, eso al menos indicaba la agrupación distendida y casual del profesor y sus alumnos: él no estaba sentado en un sillón distanciado, impartiendo la lección, sino en una mesa, con una pierna colgando por encima del borde, de manera casi campechana. A su alrededor se apiñaban los jóvenes en actitudes naturales, cuyo original relajamiento probablemente se había fijado en inmovilidad plástica gracias al atento escuchar. Era evidente que habían estado conversando en grupo cuando el profesor se sentó en la mesa, y desde la posición elevada los atrajo hacia sí, manejando la palabra como si fuera un lazo, y los inmovilizó en el sitio. Bastaron unos minutos para que yo mismo, olvidando lo intempestivo de mi presencia, sintiera magnéticamente la fuerza fascinante de su discurso; sin poder evitarlo me acerqué más, para ver por encima de la palabra el gesto curiosamente envolvente y sintetizador de sus manos, que a veces, cuando una palabra destacaba dominadora, se abrían como alas, ascendían gesticulantes, para de nuevo descender poco a poco musicalmente con el gesto tranquilizador de un director de orquesta. Y el parlamento adquiría más y más fogosidad, mientras que el inspirado orador se alzaba rítmicamente del duro tablero como de la grupa de un caballo al galope y se lanzaba sin aliento en ese vuelo del pensamiento acelerado y traspasado de imágenes. Nunca había oído hablar a un hombre con tanto entusiasmo y con tanto arrebató genuino; por primera vez me hallé ante lo que los latinos llaman *raptus*, el impulso que lleva a un ser humano más allá de sí mismo: no hablaban unos labios apasionados para sí mismos, ni tampoco para los demás, de ellos brotaba el fuego de un hombre que arde desde dentro.

Nunca había vivido nada parecido, el discurso como éxtasis, la pasión de la palabra como acontecimiento elemental, y este fenómeno desconocido me conmocionó. Sin saber qué me movía, atraído hipnóticamente por una fuerza que era más fuerte que la curiosidad,

con esos pasos sin músculos que tienen los sonámbulos, me sentí impelido hacia el estrecho círculo de oyentes: sin darme cuenta me encontré de pronto dentro, a diez pulgadas del orador y en medio de los demás, que también estaban demasiado sobrecogidos como para advertir mi presencia o cualquier otra cosa. Me integré en el discurso, arrebatado por su corriente, ignorando su origen: alguno de los estudiantes debía de haber ensalzado a Shakespeare como un fenómeno meteórico, pero al hombre que estaba sentado allá arriba le seducía mostrar que Shakespeare no era más que la máxima expresión, la manifestación anímica de toda una generación, expresión sensual de una época crecida en la pasión. Con un solo trazo presentó aquella inefable hora de Inglaterra, aquel único segundo de éxtasis, como el que surge imparables en la vida de cada pueblo y en la vida de cada hombre, concentrando todas las energías en un poderoso empuje hacia la eternidad. De repente la tierra era más grande, un continente había sido descubierto, mientras que el poder más antiguo del mundo, el papado, amenazaba con desmoronarse: más allá de los mares, que ahora les pertenecían, desde que la armada española había sucumbido a los vientos y a las olas, apuntaban nuevas posibilidades, el mundo se ha ampliado, e instintivamente el alma se tensa para igualarse a él; también ella quiere ser grande y llegar a los extremos en el bien y en el mal; desea descubrir, dominar, como los conquistadores, y necesita una nueva lengua, una nueva fuerza. Y como por ensalmo aparecen los hablantes de esa lengua, los poetas, cincuenta, cien en un siglo, agrestes e indómitos personajes, que no cultivan como los poetas cortesanos que les anteceden su jardincillo arcádico y ponen en verso una selecta mitología; ellos toman al asalto el teatro e instalan su santuario en el tinglado de tablas donde antaño bramaban las fieras y se celebraban sangrientos juegos, y el aliento caliente de la sangre aún perdura en sus obras, sus dramas son ese *circus maximus* en el que las fieras salvajes de los sentimientos se desgarran mutuamente. Con furia leonina se desfoga el furor de estos corazones apasionados, cada uno pretende sobrepasar al otro en fuerza y exceso, en la representación todo está permitido, todo admitido: incesto, asesinato, delito, crimen, el tumulto desmedido de todo lo humano celebra su ardiente orgía; como antaño de sus jaulas las fieras hambrientas, así salen ahora rugiendo y peligrosas las enloquecidas pasiones a la arena de las tablas. Una explosión, como de un petardo, que dura cincuenta años, una hemorragia, una eyaculación, un fenómeno único de fiereza que rodea entre sus garras el mundo y lo destroza: apenas se distingue la voz individual, la figura individual en esta orgía de fuerza. Uno se enciende en el otro, cada cual aprende y roba del otro, todos luchan por superar y vencer a los demás, y sin embargo todos son gladiadores espirituales de una única fiesta, esclavos liberados de sus cadenas, empujados por el genio del momento. Éste los saca de oscuros y míseros cuartuchos arrabaleros y de palacios, Ben Jonson, el nieto de un albañil; Marlowe, el hijo de un zapatero; Philipp Sidney, el estadista rico e ilustrado, el torbellino incandescente los reúne; hoy son celebrados, mañana mueren de mala manera. Kyd, Heywood, en la mayor de las miserias, caen muertos de hambre en King Street como Spenser, todos de existencias poco burguesas, pendencieros, proxenetes, comediantes, estafadores, pero todos poetas, poetas, poetas. Shakespeare es sólo su centro: *the very age and body of the time*, pero no hay tiempo para analizarle individualmente, con tanta fuerza avanza este tumulto, con tanta exuberancia brota obra tras obra, pasión sobre pasión. Y de pronto, vibrante como surgió, esta máxima erupción de la humanidad se desmorona, el drama ha terminado, Inglaterra está agotada, y durante los siguientes cien años el gris neblinoso y húmedo del Támesis domina también el espíritu: en una sola acometida toda una estirpe ha conquistado todas las cimas y todos los abismos de la pasión, ha entregado ardentamente el alma rebosante y arrebatada; ahora el país está postrado,

fatigado, exhausto; un puritanismo pedantesco cierra los teatros y pone así coto al discurso apasionado. La Biblia toma de nuevo la palabra, la divina palabra, donde la más humana ha hecho la confesión más fogosa de todos los tiempos y donde una estirpe, única y ardiente, ha vivido una sola vez para miles de seres humanos.

Y con un giro inesperado, el fuego nutrido del discurso se volvió hacia nosotros:

—¿Comprendéis ahora por qué no empiezo mis clases, en orden cronológico, en los principios, en el Rey Arturo y Chaucer, sino contra todas las reglas en los isabelinos? ¿Y comprendéis que exija sobre todo conocimiento de éstos, familiaridad con esta máxima vitalidad? Porque no hay comprensión filológica sin vivencia, ni palabra simplemente gramatical sin conocimiento de los valores, y vosotros, jóvenes estudiosos, habéis de ver un país y una lengua que queréis conquistar primero en su más alta forma estética, en la forma potente de su juventud y su extremo apasionamiento. Primero habéis de oír esa lengua en boca de los poetas, que la crean y la consuman, debéis haber sentido una vez la poesía cálida y viva junto al corazón antes de que empecemos a anatomizarla. Por eso empiezo siempre con los dioses, porque Inglaterra es Isabel, es Shakespeare y los shakespearianos, todo lo anterior es preparación, todo lo posterior, exhausta persecución del propio salto intrépido hacia la eternidad; pero aquí está, sentidlo vosotros mismos, que sois jóvenes, la juventud más viva de nuestro mundo. Siempre se reconoce cada fenómeno, a cada hombre, en su forma ígnea, en su arrebató. Porque todo espíritu brota de la sangre, todo pensamiento, de la pasión, toda pasión, del entusiasmo, por eso ¡primero Shakespeare y los suyos, que os hacen verdaderamente jóvenes a vosotros, los jóvenes! ¡Primero el entusiasmo, luego el estudio; primero aquél, el más insigne, el más excelso, ese maravilloso repertorio del mundo, antes del estudio de la palabra!

»Y por hoy nada más... ¡hasta mañana!

Con un gesto abrupto de conclusión la mano se alzó y cortó dominante, mientras él se levantaba de un salto de la mesa. Como sacudido se disolvió el grupo densamente apretado de estudiantes, sillones y mesas fueron desplazados y empujados, veinte gargantas enmudecidas empezaron a la vez a hablar, a carraspear, a respirar hondo. Ahora se percibía bien lo magnética que había sido la fascinación, que había hecho enmudecer aquellos labios vivos. Tanto más caluroso y desinhibido era ahora el alboroto en el espacio reducido, algunos se acercaron al profesor para expresarle su agradecimiento o decirle alguna palabra, mientras que los otros intercambiaban con mejillas encendidas sus impresiones; ninguno estaba tranquilo, indiferente a la tensión eléctrica, cuyo contacto acababa de interrumpirse bruscamente y cuyo aliento y fuego, sin embargo, parecían crepitar todavía en el aire condensado.

Yo mismo estaba paralizado: como si me hubieran dado en pleno corazón. Apasionado como era yo mismo, capaz de comprender con un golpe anticipador de todos los sentidos, me vi por primera vez subyugado por un profesor, por un ser humano; sentí una fuerza superior, ante la cual sería deber y placer postrarse. Mi pulso era vivo, lo noté, mi respiración acelerada, y ese ritmo urgente se imprimía hasta el interior de mi cuerpo tironeando impaciente de cada articulación. Por fin cedí a mis impulsos y me abrí lentamente camino hasta la primera fila, para ver el rostro de ese hombre, porque —¡cosa rara!— mientras había hablado yo no había visto sus rasgos, hasta tal punto se habían disuelto e integrado en el discurso. Tampoco entonces pude percibir en un primer momento más que vagamente un perfil impreciso: él se hallaba en la luz incierta de la ventana, vuelto hacia un estudiante, la mano colocada con confianza sobre su hombro. Pero incluso aquel gesto ligero poseía una intimidad y una gracia que nunca hubiera creído posible en un

educador.

Entretanto algunos estudiantes habían reparado en mí; y para no pasar por un intruso atrevido, me acerqué unos pasos más al profesor y esperé a que hubiera terminado su entrevista. Así conseguí por fin ver su rostro: una cabeza de romano, la frente marmórea abombada y reluciente, enmarcada en las sienes por la onda de pelo blanco y espeso echado hacia atrás; una superestructura intelectual, imponente en su bizarría... que ya debajo de las profundas ojeras, sin embargo, se volvía blanda, casi femenina, por la suave redondez de la barbilla, los labios inquietos, en tomo a los que, ya en forma de una sonrisa, ya en forma de un trazo intranquilo, vibraban los nervios. Lo que en la parte superior sujetaba la frente con belleza viril, lo disolvía la plástica más maleable de lo camal en unas mejillas algo flácidas y en una boca inconstante; a primera vista imponente y dominante, su rostro de cerca daba la impresión de estar controlado con dificultad. También la expresión de su cuerpo tenía una ambigüedad parecida. Su mano izquierda descansaba relajada sobre la mesa o al menos parecía descansar, porque constantemente vibraban pequeños y temblorosos trinos sobre sus nudillos, y los dedos finos, demasiado delicados, demasiado blandos para una mano masculina, dibujaban impacientes figuras invisibles en el tablero de madera vacío, mientras que sus ojos protegidos por pesados párpados se inclinaban atentamente a la conversación. Debía de estar inquieto o quizá la excitación aún actuaba en los nervios agitados; en todo caso el descontrol alterado de la mano contradecía el gesto atento y expectante de su rostro, que, fatigado y a pesar de ello interesado, parecía inmerso en el diálogo con el estudiante.

Por fin me llegó el turno, me acerqué, dije mi nombre y expuse mi propósito, e inmediatamente la estrella del ojo en la pupila casi azul brillante dirigió su rayo luminoso hacia mí. Durante dos, tres segundos interminables aquella luz paseó por mi cara desde el mentón hasta el pelo: me ruboricé, sin duda, bajo la contemplación levemente inquisitorial, porque él salió al encuentro de mi turbación con una rápida sonrisa.

—Así que quiere usted inscribirse en mi curso; tendremos que hablar aún sobre ello con más detalle. Disculpe que no lo haga ahora mismo. Tengo que resolver aún unos asuntos; espéreme usted abajo, delante de la puerta, puede acompañarme a casa.

Me tendió la mano, su delicada y fina mano, que se amoldó a mis dedos con más facilidad que un guante, y se volvió amablemente al siguiente.

Esperé delante de la puerta diez minutos con el corazón en la boca. ¿Qué decir, cuando me preguntara por mis estudios; cómo confesarle que lo literario nunca había ocupado mis horas de trabajo o de ocio? ¿No me despreciaría, incluso, no me excluiría de antemano del círculo ardiente que hoy me había rodeado con su magia? Pero apenas apareció, acercándose rápidamente con una sonrisa benévola, su rostro me liberó de mi ofuscación, sí, sin que me empujara a ello, le confesé (incapaz de ocultarme ante él) que había desaprovechado mi primer semestre. De nuevo me envolvió esa mirada cálida y comprensiva.

—La pausa también es parte de la música —sonrió animándome y, para no avergonzarme más en mi ignorancia, me preguntó por cosas personales, por mi lugar de origen, y dónde pensaba alojarme allí. Cuando le dije que aún no había encontrado una habitación, me ofreció su ayuda y me aconsejó que preguntara primero en su casa, ya que una señora mayor y medio sorda alquilaba una pequeña y simpática habitación, que hasta ahora había sido del agrado de los discípulos suyos que la habían ocupado. Y de todo lo demás ya se encargaría él mismo: si de verdad tenía la intención de tomarme en serio el estudio, consideraría su obligación más querida ayudarme en todo lo posible. De nuevo me tendió la mano al llegar a su casa y me invitó a visitarle allí la tarde siguiente para discutir

juntos un plan de estudios. Mi agradecimiento ante la bondad inesperada de este hombre era tan grande que sólo rocé con respeto su mano, me quité torpemente el sombrero y olvidé darle las gracias con una palabra.

Naturalmente alquilé en seguida la habitación en la misma casa. La hubiera tomado aun no gustándome, simplemente por gratitud y el deseo ingenuo de estar físicamente más cerca de ese persuasivo profesor que en una hora me había dado más que todos los demás. Pero el cuartito era encantador: en la buhardilla, encima de la vivienda de mi profesor, un poco oscura debido a la cornisa de madera, ofrecía una amplia vista sobre los tejados vecinos y la torre de la iglesia; en la lejanía se divisaba el campo verde y encima las nubes, que me recordaban mi tierra. Una viejecita sorda como una tapia cuidaba con conmovedora solicitud maternal a sus jóvenes huéspedes; en dos minutos me puse de acuerdo con ella, y una hora más tarde ya subía mi maleta dando tumbos por la quejumbrosa escalera de madera.

Aquella tarde ya no volví a salir, incluso me olvidé de comer y de fumar. Al deshacer la maleta había sacado el volumen de Shakespeare, guardado por casualidad, impaciente por leerlo de nuevo (por primera vez desde hacía años); mi curiosidad estaba apasionadamente espoleada por aquella conferencia y leí la palabra poética como nunca la había leído. ¿Es posible explicar tal metamorfosis? De repente, se me abrió un mundo en el texto escrito, las palabras venían ágiles a mi encuentro como si me buscaran desde hacía siglos; el verso corría como una onda de fuego, arrastrándome consigo, hasta las mismas venas, haciéndome sentir esa extraña ligereza en las sienes como cuando volamos en sueños. Me estremecí, temblé, sentí la sangre más caliente correr por mi cuerpo, creí tener fiebre; nunca había sentido nada parecido, y ¡sólo había escuchado un discurso apasionado! Pero ese discurso me debía de haber producido gran impresión, porque cuando repetía en voz alta un verso notaba cómo mi voz imitaba inconscientemente la suya, las frases adoptaban el mismo ritmo acelerado, y mis manos sentían el deseo de extenderse envolventes como las suyas; como por arte de magia había traspasado en una hora el muro que me separaba hasta entonces del mundo intelectual, y descubría, apasionado como era, una nueva pasión que me ha sido fiel hasta hoy: el placer de disfrutar de todo lo terreno en la palabra inspirada. Por casualidad había dado con *Coriolano* y sentí como un vértigo al descubrir en mí todos los elementos de este romano extraño entre los extraños: orgullo, soberbia, cólera, sarcasmo, burla, toda la sal, todo el plomo, todo el oro, todos los metales del sentimiento. ¡Qué insólito placer el de, de pronto, intuirlo y comprenderlo mágicamente! Estuve leyendo y leyendo hasta que los ojos me ardieron; cuando miré el reloj, señalaba las tres y media. Casi asustado por el nuevo poder que durante seis horas había excitado y, al mismo tiempo, aturdido mis sentidos apagué la luz. Pero en mi interior las imágenes seguían relumbrando y relampagueando, apenas pude dormir de deseo y expectación del día siguiente, que me ampliaría y entregaría por completo el mundo tan seductoramente abierto.

La mañana siguiente, sin embargo, trajo una decepción. Impaciente me había presentado entre los primeros ante el aula donde mi profesor (así le llamaré en adelante) daba su curso sobre fonética inglesa. Ya cuando le vi entrar me asusté: ¿era éste el mismo personaje del día anterior, o había sido sólo mi desbordada fantasía y memoria la que le había transfigurado en un Coriolano que empuña en el foro la palabra como un rayo, heroicamente audaz, contundente y dominador? El que aquí entraba con paso quedo y lento era un hombre viejo y cansado. Como si alguien hubiera retirado de su rostro un reluciente cristal mate percibí desde la primera fila de pupitres sus rasgos casi mórbidamente

fatigados, surcados por arrugas y hendiduras profundas; sombras azuladas ahondaban cauces a través del flácido gris de las mejillas. Párpados, excesivamente pesados caían sobre los ojos del lector, tampoco la boca con los labios demasiado pálidos y finos confería metal a la palabra: ¿dónde había ido a parar su alegría, su exultación autoinflamada? Hasta su voz me pareció desconocida, como templada por el tema gramatical caminaba rígida por la arena seca y crujiente con paso monótonamente fatigoso.

Me invadió el desasosiego. Aquél no era el hombre al que yo esperaba desde primera hora: ¿qué había sido de su rostro, que ayer me había parecido astralmente iluminado? Aquí un profesor consumido desarrollaba prosaicamente su tema; una y otra vez yo prestaba atención a su palabra con redoblada angustia, para ver si retomaba el tono del día anterior, la vibración cálida que había rozado como una mano melódica mi sentimiento y lo había exaltado hasta la pasión. Con creciente inquietud mi mirada se alzaba hacia él, estudiando el rostro desconocido llena de desilusión: el rostro era, innegablemente, el mismo, pero como si estuviera vacío, carente de fuerzas creativas, fatigado, viejo, la máscara apergaminada de un anciano. Pero ¿era eso posible? ¿Podía uno ser tan joven en un momento y tan poco joven en el siguiente? ¿Había agitaciones del espíritu tan violentas que podían conformar con la palabra también el rostro y rejuvenecerlo decenios enteros?

La cuestión me atormentaba. Sentía arder en mi interior la sed de saber más de ese hombre ambivalente. Y siguiendo una inspiración momentánea, nada más hubo abandonado la cátedra pasando delante de nosotros sin mirarnos, fui corriendo a la biblioteca y pedí sus obras. Quizá mi admirado profesor estaba hoy cansado y su entusiasmo mitigado por algún malestar del cuerpo; aquí, sin embargo, en la forana definitiva de lo formulado debía de hallarse la entrada y la clave de esa personalidad que tan extrañamente me afectaba. El empleado trajo los libros: me sorprendió lo pocos que eran. ¿En veinte años este hombre ya maduro no había, pues, publicado más que aquella exigua hilera de aislados volúmenes, prólogos, introducciones, una discusión sobre la autenticidad del Pericles shakespeariano, una comparación entre Hölderlin y Shelley (escrita en un momento, eso sí, en que ni el uno ni el otro eran valorados como un genio por sus respectivos pueblos) y algunas nimiedades filológicas? Claro que en todos estos escritos se anunciaba en preparación una obra en dos tomos: *El Teatro del Globo, su historia, su estudio, sus autores dramáticos*; sin embargo, a pesar de que el primer anuncio quedaba ya veinte años atrás, el bibliotecario confirmó, ante mi consulta insistente, que la obra no había salido todavía. Un tanto desalentado y con mitigado entusiasmo hojeé los escritos, anhelando recuperar a través de sus páginas la voz sonora, ese brío del ritmo. Pero el paso de estos textos era de una gravedad constante, en ningún momento vibraba el ritmo de ese discurso arrollador que saltaba sobre sí mismo como una ola sobre otra. ¡Qué lástima!, suspiró algo en mí. Me hubiera dado de bofetadas, tanto temblaba de furia y desconfianza contra el sentimiento que le había entregado demasiado aprisa y con excesiva credulidad.

Pero por la tarde, en el seminario, le reconocí de nuevo. Esta vez no habló el primero. Siguiendo el ejemplo de los *colleges* ingleses, dos docenas de estudiantes, divididos en oradores y oponentes, participaban en la discusión; el tema, extraído de su amado Shakespeare, planteaba si *Tmilo* y *Cressida* (su obra predilecta) tenían como personajes un carácter paródico, y si la obra misma era una pieza satírica o una tragedia oculta tras la burla. Pronto se encendió, animada por su hábil mano, una agitación eléctrica en el simple diálogo intelectual; contra la afirmación vaga surgió el argumento contundente, las intervenciones extemporáneas azuzaron cortantes y punzantes la discusión

hasta el acaloramiento, y los jóvenes casi se echaron furiosamente los unos sobre los otros. Entonces, cuando las chispas volaban, intervino, rebajó la tensión, reconduciendo la discusión con destreza al tema para darle, al mismo tiempo, con un imperceptible giro hacia lo intemporal un peso intelectual reforzado; y así le vi de pronto, en medio de este mar de llamas, dialéctico, regocijado y emocionado, estimulando y reteniendo a la vez el combate de gallos de las opiniones, señor de esta encrespada ola de entusiasmo juvenil, y, al mismo tiempo, cubierto por ella. Apoyado en la mesa, los brazos cruzados sobre el pecho, miraba de uno a otro, sonriendo a éste, animando al otro a la contradicción con un gesto velado, sus ojos brillaban como ayer: yo notaba que tenía que controlarse para no arrebatárselos a todos la palabra de los labios con un zarpazo. Pero se dominaba con cierto esfuerzo, yo lo veía en sus manos, que se apretaban sobre el pecho con más fuerza que una duela, lo adivinaba en las comisuras inquietas de sus labios, que a duras penas frenaban las palabras a punto de saltar. Y de pronto no pudo más, se tiró de cabeza como un nadador a la discusión; con un gesto poderoso de la mano extendida cortó el alboroto como con una batuta: inmediatamente callaron todos, y entonces él resumió con su manera envolvente todos los argumentos. Mientras hablaba apareció su rostro del día anterior, las arrugas se alisaron bajo el trepidar de los nervios, cuello y figura se irguieron con ademán gallardo y dominador, y desde su actitud agazapada y atenta se lanzó al debate como a una caudalosa corriente. La improvisación le arrastró; ahora comprendí que sereno y a solas consigo mismo, en una clase habitual o en su habitación de trabajo solitaria, le faltaba ese material inflamable que aquí, en el círculo de nuestra atención apretada y sin aliento, pulverizaba la pared interior; él necesitaba, ¡y cómo lo intuía yo!, nuestro entusiasmo para el suyo, nuestra receptividad para su derroche, nuestra juventud para su ser joven en la exaltación. Así como un timbalista se embriaga con el ritmo cada vez más frenético de sus manos enloquecidas, así su discurso se volvía mejor, más llameante, más coloreado de palabras ardientes, y cuanto más profundamente callábamos (en la habitación se notaba literalmente nuestra respiración contenida) tanto más alto, más tensa y más himnica volaba su disertación. Y en esos minutos le pertenecíamos sin excepción, inmersos en aquel torrente y embriagados por él.

Y de nuevo, cuando terminó con una cita del discurso de Goethe sobre Shakespeare, nuestra emoción se interrumpió súbitamente. Y como el día anterior se apoyó agotado en la mesa, el rostro exangüe, pero aún surcado por pequeños trinos y escalas de los nervios, y en los ojos brillaba extrañamente el placer continuado del desahogo, como en una mujer que acaba de arrancarse de un abrazo avasallador. Me sentí tímido para hablar ahora con él; pero por casualidad su mirada recayó sobre mí. Sin duda percibió mi gratitud emocionada porque me dirigió una sonrisa amable y, ligeramente inclinado hacia mí, la mano rodeando mi hombro, me recordó que fuera a visitarle esa tarde, como habíamos acordado.

Puntualmente a las siete me presenté en su casa; ¡con qué turbación cruzó el jovenzuelo ese umbral por primera vez! Porque nada es más apasionado que la admiración de un joven, nada más pusilánime, nada más femenino que su timidez inquieta. Me condujeron a su estudio, una habitación en penumbra, en la que de momento sólo vi a través de cristales relucientes los lomos multicolores de muchos libros. Sobre el escritorio estaba colgada *La Escuela de Atenas* de Rafael, un cuadro que (como más tarde me explicó) amaba especialmente, porque en él se funden en perfecta síntesis todas las formas de la docencia, todas las formas del espíritu. Yo lo veía por primera vez: espontáneamente creí descubrir en el rostro peculiar de Sócrates un parecido con la frente de mi profesor. Visto de espaldas brillaba algo con la blancura del mármol: el busto del Ganimedes parisino

en una bonita reducción, a su lado el San Sebastián de un primitivo alemán, la belleza trágica junto a la hedonista, sin duda colocadas así intencionadamente. Con el corazón agitado esperé, con la respiración contenida como todos los objetos de arte que me rodeaban con noble silencio; de ellos emanaba una belleza espiritual para mí nueva, que nunca había imaginado y que aún no entendía, aunque estuviera ya preparado a sentirla fraternalmente. Pero tuve poco tiempo para la contemplación, pues ya entró el esperado y vino a mi encuentro; de nuevo me llamó la atención esa mirada suavemente envolvente, que ardía con un fuego secreto y que para mi asombro despertaba en mí lo más recóndito. En seguida le hablé con total franqueza, como a un amigo, y cuando me preguntó por mis estudios en Berlín afloró inusitadamente a mis labios —me asusté en el mismo momento— aquella historia de la visita de mi padre, y ante el aún extraño renové aquella promesa secreta de entregarme con máxima dedicación al estudio. Él me contempló conmovido.

—No sólo con dedicación, hijo mío —dijo entonces sobre todo con pasión. El que no está apasionado será, en el mejor de los casos, un estudioso (a las cosas hay que llegar desde dentro, siempre, siempre desde la pasión).

Su voz se hizo más y más cálida, la habitación más y más oscura. Me habló mucho de su propia juventud, de cómo también él había empezado en el atolondramiento y había descubierto su vocación más tarde: que tuviera ánimo y que él me apoyaría en todo lo que pudiera; que me dirigiera a él sin temor para todos los asuntos y cuestiones. Nunca me habían hablado con tanto interés, con tanta comprensión para las cosas de mi vida; temblaba de gratitud y agradecí la oscuridad porque ocultaba mis ojos húmedos.

Podría haber pasado así horas, sin pensar en el tiempo, pero se oyeron unos suaves golpes. La puerta se abrió y una figura esbelta entró, como una sombra. Mi profesor se puso en pie y la presentó:

—Mi mujer.

La sombra esbelta se acercó imprecisa, puso su fina mano en la mía y dijo luego volviéndose hada él:

—La cena está servida.

—Sí, sí, ya lo sé —contestó él, apurado y un poco irritado (así me pareció entonces). En su voz se había introducido, de pronto, algo frío, y cuando se encendió la luz eléctrica fue de nuevo el hombre envejecido del aula prosaica el que me despidió con gesto cansino.

Pasé las dos semanas siguientes en un furor apasionado de leer y estudiar. Apenas abandonaba mi habitación, tomaba las comidas de pie para no perder tiempo y estudiaba sin parar, sin hacer una pausa, casi sin dormir. Me ocurría como a aquel príncipe del cuento oriental que abriendo uno tras otro el precinto de la puerta de habitaciones cerradas encuentra en cada una más joyas y piedras preciosas amontonadas que en la anterior e investiga, cada vez más impaciente, toda la serie de aposentos, impaciente por llegar al último. Así exactamente me precipitaba yo de un libro al otro, embriagado por todos pero sin ser satisfecho por ninguno: mi carácter indómito había pasado al terreno intelectual. Me había invadido una primera intuición de la amplitud sin caminos del mundo espiritual, tan seductora para mí como la amplitud aventurera de las ciudades, pero al mismo tiempo también el miedo adolescente de no poder dominarla: así me privaba de sueño, de diversión, de conversación, de toda clase de distracción, sólo por aprovechar el tiempo, por primera vez juzgado valioso. Pero lo que en realidad aguijoneaba hasta ese extremo mi diligencia era la vanidad de responder a las expectativas de mi profesor, de no decepcionar su confianza, de obtener una sonrisa de confirmación, de ser intuido por él como yo le

intuía a él. La ocasión más trivial me servía de prueba; constantemente espoleaba mis sentidos anquilosados, pero ya curiosamente reanimados, para impresionarle, para sorprenderle: si en su clase citaba a un escritor cuya obra me era desconocida, me lanzaba por la tarde en su busca, para al día siguiente poder exhibir ufano mis conocimientos en la discusión. Un deseo suyo expresado de pasada, apenas oído por los demás, se convertía en una orden para mí: bastaba una observación casualmente hecha contra la manía inveterada de fumar de los estudiantes para que yo apagara inmediatamente mi cigarrillo y renunciara en un arranque a la denostada costumbre. Su palabra era para mí como la del evangelista, gracia y ley, constantemente al acecho, mi atención tensada captaba ávida cualquiera de las observaciones que esparcía sin darles mayor importancia. Yo recogía meticulosamente cada palabra, cada gesto, y en casa los examinaba y guardaba apasionadamente con todos los sentidos; y así como le sentía a él como único maestro, sentía en mi apasionamiento intolerante como enemigos a todos los compañeros, a los que la voluntad celosa se proponía vencer y superar nuevamente cada día.

Ya sea que notara lo mucho que significaba para mí, ya sea que apreciara la impulsividad de mi carácter, en cualquier caso mi profesor pronto empezó a distinguirme especialmente con evidente interés. Me daba consejos sobre mis lecturas, daba prioridad innecesaria al novato en las discusiones en grupo, y con frecuencia tenía permiso para visitarle al atardecer para conversar a solas. En esos casos él solía coger un libro de la estantería y con aquella voz sonora, que en la agitación ascendía una escala, más clara y más brillante, me leía poemas y tragedias o aclaraba aspectos dudosos; en estas dos primeras semanas de frenesí aprendí más de la esencia del arte que en todos mis diecinueve años. En esta hora siempre demasiado breve estábamos siempre solos. Hacia las ocho sonaban unos golpecitos en la puerta: su mujer anunciaba la cena. Pero nunca entraba en la habitación, sin duda obedeciendo a una orden de no interrumpir nuestra conversación.

Así pasaron catorce días llenos hasta rebosar, días calurosos de principio de verano, cuando una mañana la energía de trabajar saltó en mí como un muelle de acero excesivamente tensado. Mi profesor ya me había advertido que no exagerara, que de vez en cuando me tomara un día de descanso y saliera al aire libre. Ahora se cumplía su predicción: desperté abotargado de un sueño abotargado, las letras se pusieron a vibrar como cabezas de alfileres en cuanto intenté ponerme a leer. Fiel como un esclavo a la menor palabra de mi profesor, decidí obedecerle inmediatamente e introducir una jornada libre de recreo entre las jornadas ávidas de conocimiento. Salí por la mañana muy temprano, visité la ciudad, en parte antigua, y subí para hacer trabajar al cuerpo los cientos de peldaños de la torre de la iglesia para desde la altura descubrir en el entorno verde un pequeño lago. Habiendo nacido en la costa norte de Alemania, era un gran aficionado al deporte de la natación, y precisamente allí arriba en la torre, hasta donde los prados diseminados en el paisaje enviaban su fulgor, me asaltó como traído por el viento patrio, un violento deseo de lanzarme al amado elemento. Y una vez que hube encontrado después de comer el establecimiento de baños y me hube desfogado en el agua, mi cuerpo volvió a sentirse bien, los músculos de mis brazos, después de semanas, se estiraron con flexibilidad y fuerza, el sol y el viento sobre mi piel desnuda me reconvirtieron en media hora en el impetuoso muchacho de antes, que se peleaba encorajinado con los compañeros y arriesgaba su vida por una locura; resoplando furiosamente y desperezándome a gusto se me olvidaron los libros y la ciencia. Con esa característica intensidad mía, entregado a la pasión tan añorada, había retozado durante dos horas en el elemento reencontrado, me había tirado por lo menos treinta veces desde el trampolín para desfogar en la caída el

exceso de fuerza, había cruzado dos veces a nado el lago y mis energías aún no estaban agotadas. Resoplando y con todos los músculos en tensión, miré a mi alrededor en busca de alguna nueva prueba, impaciente por hacer algo fuerte, atrevido y arriesgado.

Entonces resonó al otro lado, en los baños de señoras, el trampolín, sentí como una trepidación que se comunicaba al mismísimo armazón de madera el impulso del fuerte despegue. Y describiendo en la curva del salto un medio arco acerado como un alfanje, un esbelto cuerpo femenino salió propulsado hacia arriba y de cabeza hacia el agua. Durante un segundo el salto abrió con un chasquido un remolino de espuma blanca, luego la bella figura volvió a la superficie dirigiéndose con brazadas vigorosas a la isla del lago. «¡A por ella! ¡Démosle alcance!» El espíritu competitivo se apoderó de mis músculos, con un salto me tiré al agua y con los hombros echados hacia adelante seguí con un ritmo endiablado su rastro. Pero consciente de mi persecución y, según parecía, también dispuesta al desafío, la perseguida aprovechó bien su ventaja y pasó con destreza diagonalmente ante la isla, para regresar rápidamente a su punto de partida. Presintiendo sus propósitos me tiré hacia la derecha y braceé con tanta fuerza que mi mano extendida casi entraba en su estela, no nos separaba ya más que un palmo; entonces la perseguida, con vivaz astucia, se sumergió de pronto y reapareció un poco más tarde justo detrás de la barrera de la sección de señoras, que impedía continuar de la persecución. Chorreando, la vencedora ascendió la escalera: tuvo que detenerse un momento con la mano sobre el pecho, al parecer le faltaba el aliento; pero luego se volvió y cuando me vio detenido en la barrera divisoria sonrió triunfalmente hacia mí mostrando los blancos dientes. No pude distinguir bien su rostro recortado contra el fuerte sol, y bajo el gorro de baño sólo brillaba la risa burlona y luminosa hacia el vencido.

Sentí rabia pero también regocijo: por primera vez desde Berlín recibía esa mirada de reconocimiento de una mujer; quizá presagiaba una aventura. Con tres brazadas nadé hasta los baños de caballeros, me puse rápidamente la ropa sobre la piel aún mojada, con la intención de llegar a tiempo cuando ella saliera. Tuve que esperar diez minutos, entonces apareció —inconfundible por sus formas escuetas de muchacho— mi juguetona contrincante con paso ligero, que aceleró con el propósito evidente de imposibilitarme un acercamiento. Caminaba con la misma agilidad muscular con la que había nadado hacia unos momentos, todas las articulaciones obedecían robustas a este cuerpo fino, quizá demasiado fino, de efebo: me costó un verdadero esfuerzo dar alcance a la fugitiva sin llamar la atención. Por fin lo conseguí; en una vuelta del camino me adelanté hábilmente, me quité el sombrero a la manera estudiantil con un amplio gesto y pregunté antes siquiera de haber visto bien su cara si podía acompañarla. Ella me dirigió una mirada de soslayo burlona, y sin aminorar la apresurada marcha, me contestó con ironía provocadora:

—Si no voy demasiado deprisa para usted ¿por qué no! Tengo mucha prisa.

Animado por su naturalidad me puse un poco impertinente, hice una docena de preguntas curiosas, y casi todas tontas, a las que ella sin embargo respondió con tanta amabilidad y con tan asombrosa libertad, que mis planes se vieron más confundidos que avanzados. Porque mi código de acercamiento berlinés se basaba más bien en la resistencia y la burla contrarias y no en una explicación tan franca a paso ligero; así tuve por segunda vez la sensación de enfrentarme torpemente con una contrincante superior.

Pero aún me esperaba algo peor. Porque cuando multiplicando mis impertinencias indiscretas le pregunté dónde vivía, dos traviosos ojos marrón avellana me miraron atentamente y destellaron, sin disimular la risa:

—Muy cerca de donde usted vive.

Sorprendido la miré. Ella se cercioró de reojo de que la flecha envenenada había dado en su objetivo. Y, en efecto, la tenía clavada en la garganta. De pronto se me olvidó el atrevido tono berlinés; inseguro, incluso sofocado, le pregunté balbuceando si mi compañía le resultaba molesta.

—En absoluto —sonrió ella de nuevo—, aún nos quedan dos calles y podemos caminar juntos tranquilamente.

En ese momento la sangre me zumbó en las sienes, apenas si pude seguir caminando, pero qué iba a hacer, separarme de ella hubiera sido aún más ofensivo: no me quedó otro remedio que ir con ella hasta la casa en la que yo vivía. Allí se detuvo de pronto, me ofreció la mano y dijo con toda sencillez:

—Gracias por acompañarme. Esta tarde vendrá usted a las seis a ver a mi marido.

Debí de ponerme colorado de vergüenza. Pero antes de que pudiera disculparme ella subió corriendo la escalera y yo me quedé allí, considerando horrorizado las estúpidas palabras que insensatamente me había permitido. La había invitado, imbécil de mí, a una excursión dominguera como si fuera una modistilla; había alabado de forma grosera su cuerpo, y había jugado la carta sentimental del estudiante solitario; pensé que iba a vomitar de vergüenza, tanto me ahogaba la repugnancia. Y ahora ella iría riéndose, rebosando picardía a confiar mis simplezas a su marido, cuya opinión pesaba para mí más que la de cualquier otra persona, y ante el cual iba a pasar por ridículo, algo que me parecía más espantoso que ser flagelado desnudo en la plaza pública.

Horas terribles hasta el atardecer: intenté imaginar mil veces cómo me recibiría él con su fina sonrisa irónica. ¡Oh!, ya sabía yo que dominaba el arte de la palabra sardónica y que era capaz de afilar al rojo vivo el aguijón de una broma hasta hacer brotar sangre. Un condenado a muerte no hubiera ascendido al cadalso más aterrado que yo al subir la escalera aquella tarde, y nada más entrar en su estudio, dominando dificultosamente un nudo en la garganta, mi confusión creció porque tuve la impresión de percibir el rumor de un vestido femenino en el cuarto de al lado. Sin duda, estaba allí la muy osada, escuchando, dispuesta a deleitarse en mi apuro y a participar en el escarmiento del aventurado jovencito. Por fin apareció mi profesor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó solícito—. Está usted hoy un poco pálido.

Murmuré cualquier cosa, esperando el golpe fatal. Pero la temida ejecución no tuvo lugar; como siempre, habló de asuntos científicos: ni una palabra, por más que la calibrara angustiado, escondía alusión o ironía. Y —primero asombrado, luego feliz— descubrí que ella había guardado silencio.

A las ocho llamaron como siempre a la puerta. Me despedí: llevaba el corazón otra vez equilibrado en el pecho. Cuando salí por la puerta, ella pasaba por allí: la saludé y su mirada me sonrió levemente. Y con la sangre corriendo desalada interpreté este perdón como una promesa de seguir callando.

A partir de aquella hora comenzó para mí una nueva forma de atención; hasta ahora mi admiración de muchacho devoto había visto al idolatrado profesor como un genio de otro mundo hasta tal punto, que había olvidado por completo tener en cuenta su vida privada y terrenal. Con la manera exagerada característica de cualquier enamoramiento verdadero había abstraído su existencia de todas las acciones cotidianas de nuestro mundo metódicamente ordenado. Y tan poco como el enamorado primerizo se atreve a desnudar en pensamientos a la muchacha amada y a mirarla con la misma naturalidad con la que mira a los demás miles de seres que llevan faldas, tan poco me atrevía yo a echar una mirada indiscreta a su vida privada: le sentía exclusivamente en estado sublimado, libre de todo lo

material y vulgar, como mensajero de la palabra, como envoltura del espíritu creador. Ahora que esta aventura tragicómica ponía en mi camino inesperadamente a su mujer, no pude evitar observar más de cerca su existencia familiar y doméstica; una curiosidad inquieta y vigilante despertó en mí, en el fondo, contra mi voluntad. Y nada más comenzar en mí esta mirada escrutadora ya se complicó, pues la vida de este hombre en el marco de su propia casa era extraña y de un misterio casi angustioso. Ya la primera vez que fui invitado a comer después de aquel encuentro y le vi a él no solo sino en compañía de su mujer, me vino una curiosa sospecha de una insólita y abigarrada existencia en común y cuanto más me adentré en el círculo íntimo de la casa, tanto más turbadora se volvió esta sensación. No que entre ellos se hubiera manifestado en palabra o gesto una tensión o una desavenencia: al contrario, era la nada, la no existencia de cualquier tensión negativa o positiva entre ellos, la que los envolvía de manera tan enigmática y los hacía opacos, una calma absoluta, pesada y sofocante del sentimiento, que volvía la atmósfera más agobiante que la tormenta de una disputa o el relampaguear de un rencor oculto. Externamente nada revelaba irritación o tensión; sólo la distancia desde dentro se hacía sentir con fuerza creciente. Porque en sus raras conversaciones pregunta y respuesta les rozaban fugazmente con la punta de los dedos, por así decir; ellos nunca se enzarzaban cordialmente, mano con mano, e incluso conmigo, en las comidas, el diálogo de él era seco y reservado. Y a veces, la conversación se congelaba, en tanto no volvíamos al trabajo, en un único y sólido bloque de silencio que por fin nadie se atrevía a romper y cuyo peso helado me seguía oprimiendo el alma horas después.

Me aterraba sobre todo su absoluta soledad. Este hombre abierto, expansivo por naturaleza, no tenía ningún amigo, sus alumnos eran su única compañía y su único consuelo. Con los colegas de la universidad no le unía otra relación que la de la corrección amable, nunca asistía a reuniones; a menudo no abandonaba la casa más que para dar los veinte pasos hasta la universidad. En silencio enterraba todo en sí mismo, sin confiarse ni a los seres humanos ni a la escritura. Y ahora comprendí lo eruptivo, lo fanático y desbordante de sus discursos en el círculo de los estudiantes: ahí se abría camino la comunicación después de acumularse durante días; todos los pensamientos que llevaba dentro en silencio, salían con esa ingobernabilidad, que el jinete describe en los caballos atinadamente como «fuego de la cuadra», del recinto del silencio, desbocados a esa carrera de las palabras.

En casa hablaba raras veces, casi nunca con su mujer. Y con un temeroso, casi avergonzado asombro comprendí, incluso yo, el joven inexperto, que allí flotaba entre dos seres una sombra, una sombra fluctuante, siempre presente, de material intangible, que sin embargo separaba a uno del otro totalmente, y por primera vez intuí cuánto misterio oculta un matrimonio hacia el exterior. Como si en el umbral de la habitación de él hubiera grabado un signo maléfico, su mujer nunca osaba entrar sin estar expresamente invitada a ello: así se evidenciaba su exclusión total del mundo espiritual de su marido. Y mi profesor nunca toleraba que se hablara delante de ella de sus planes y trabajos; me resultaba especialmente penoso cómo él interrumpía con un corte abrupto la frase apasionadamente alada cuando ella entraba. Había en ello algo casi ofensivo y abiertamente despreciativo que carecía incluso de la simulación cortés, abierta y destempladamente rechazaba la participación de su mujer; ella, sin embargo, no parecía percibir la nota ofensiva o ya estaba acostumbrada a ella. Con su cara de chico travieso, ligera y ágil, jugando con sus músculos y audaz, subía y bajaba volando la escalera, tenía siempre algo que hacer y, sin embargo, disponía siempre de tiempo: iba al teatro, no faltaba a ninguna de sus actividades

deportivas, aunque para los libros, para la casa, para todo lo íntimo, tranquilo y reflexivo esta mujer de alrededor de treinta y cinco años no tenía ningún sentido. Parecía sentirse bien sólo cuando —siempre tarareando una canción, risueña y siempre dispuesta a un intercambio de palabras ingeniosas— podía dar rienda a sus piernas en la danza, la natación, la carrera o cualquier otra acción energética; conmigo nunca hablaba en serio, siempre me tomaba el pelo como a un chico y, en el mejor de los casos, me aceptaba como un compañero para arriesgadas pruebas de fuerza. Y esta manera de ser suya, resuelta y despierta, se hallaba en un contraste tan turbador con la forma de vida retraída, asequible sólo a lo espiritual de mi profesor, que me preguntaba con siempre renovado asombro qué pudo haber reunido en su día a estas dos naturalezas tan opuestas. Este curioso contraste me favorecía, sin duda: cuando entablaba una conversación con ella después de trabajar intensamente era como si me quitaran un casco oprimente de la cabeza; las cosas volvían a ser claras y a tener colores cotidianos después del acaloramiento extático; la sociabilidad alegre de la vida reclamaba juguetona sus derechos y, lo que casi había olvidado en la exigente presencia de él, la risa, descargaba benéficamente la excesiva presión del intelecto. Entre ella y yo se estableció una especie de camaradería juvenil, precisamente porque siempre charlábamos de trivialidades o íbamos juntos al teatro, nuestra relación estaba desprovista de toda tensión. Una sola cosa perturbaba la total despreocupación de nuestras conversaciones, confundíendome cada vez: la pronunciación del nombre de su marido. En esas ocasiones ella oponía consecuentemente a mi curiosidad inquisitiva un silencio irritado o, si yo hablaba de él con fervor, una sonrisa extrañamente velada. Pero sus labios permanecían sellados: de manera diferente, pero igualmente decidida, excluía a ese hombre de su vida como él la excluía a ella de la suya. Y sin embargo, el mismo techo confidencial los cubría desde hacía ya quince años.

Cuanto más impenetrable el misterio, tanto más fuerte la seducción para mi apasionada impaciencia. Aquí había una sombra, un velo, lo sentía flotar extrañamente cercano en la corriente de cada palabra; más de una vez creí tenerlo en la mano, pero este desconcertante tejido se me escapaba para al próximo instante envolverme de nuevo, sin nunca convertirse en palabra manifiesta o forma tangible. Nada, sin embargo, es más incitante e interesante para un joven que el juego excitante de las suposiciones vagas; a la fantasía que deambula ociosa se le revela de pronto su objetivo cinegético y ya arde en la voluptuosidad de la persecución cazadora. Al muchacho atolondrado que yo era le crecieron en esos días sentidos completamente nuevos: una fina membrana para escuchar, que captaba traidora cada tono de voz, una mirada escrutadora llena de desconfianza y agudeza, una curiosidad que revolvía e investigaba en la oscuridad; los nervios se tendían elásticos hasta doler, siempre desasosegados por la interferencia de una intuición y no llegando nunca a una claridad del sentimiento.

Pero no quiero denostar a mi curiosidad, al acecho y reteniendo la respiración, pues era pura. Lo que movilizaba hasta ese extremo todos mis sentidos no debía su inflamación a un impúdico afán de observar, que gusta de descubrir un rasgo de humanidad imperfecta en un personaje superior; al contrario, estaba teñida de un secreto temor, de una compasión desconcertada y titubeante, que con incierta preocupación intuía un sufrimiento en estos seres silenciosos. Porque cuanto más me aproximaba a su vida, más intensamente me inquietaba la sombra ya plásticamente grabada sobre el rostro de mi querido profesor, aquella noble, por noblemente dominada, melancolía, que nunca se rebajaba al mal humor desabrido o a la cólera irresponsable; si en un principio él me había atraído, a mí el desconocido, por la luminosidad de erupción volcánica de su palabra, ahora conmovía aún

más profundamente al amigo su silencio, la nube de tristeza sobre su frente. Nada conmueve más a un espíritu joven que la noble melancolía masculina: el pensador de Miguel Ángel absorbo en el propio abismo, la boca amargamente plegada de Beethoven, estas máscaras trágicas del dolor universal impresionan más el sentir aún no formado que la melodía cristalina de Mozart y la luz triunfante en tomo a las figuras de Leonardo. Siendo ella misma bella, la juventud no necesita la aureola: en el exceso de fuerzas vitales tiende a lo trágico, y gustosamente permite a la tristeza beber a grandes tragos de su sangre aún inexperta: por eso también la eterna predisposición de la juventud al peligro y su mano ofrecida fraternalmente a todo sufrimiento en el espíritu.

Y aquí veía yo por primera vez el rostro de uno de estos verdaderos titanes del sufrimiento. Hijo de gente sencilla, crecido bajo la protección del desahogo burgués, no conocía yo la dificultad más que en la ridícula máscara de lo cotidiano, disfrazada de mezquindad, en el vestido amarillo de la envidia, ruidosa con el tintineo del dinero, pero la preocupación de este rostro procedía, como en seguida comprendí, de un elemento sagrado. Esa oscuridad nacía de otras oscuridades, un cruel punzón había grabado desde dentro arrugas y surcos en mejillas prematuramente ajadas. A veces, cuando entraba en la habitación de mi profesor (siempre con el respeto de un niño que se acerca a una casa en la que habitan demonios) y su abstracción no había oído mis golpes, y yo me encontraba de pronto con vergüenza y consternación delante del ensimismado, entonces me parecía que allí estaba Wagner, su envoltorio físico, en el traje de Fausto, mientras que el espíritu vagaba por riscos enigmáticos en pavorosas noches de Walpurgis. En esos momentos sus sentidos estaban completamente cerrados, no oía ni los pasos que se aproximaban ni el saludo tímido. Cuando por fin se enderezaba bruscamente, recuperando el sentido, intentaba con palabras atropelladas disimular su aturdimiento: caminaba por la habitación de un lado al otro, esforzándose en apartar de sí con preguntas mi mirada inquisitiva. Pero la sombra oscurecía aún durante largo tiempo su frente, y sólo la conversación incipiente conseguía disipar esos nubarrones acumulados desde dentro.

Él debió de notar alguna vez cuánto me emocionaba su estado, quizá en mis ojos, en mis manos intranquilas, quizá intuyó que en mis labios flotaba invisible una súplica de confianza, o quizá reconoció en mi actitud entregada el deseo secreto de recibir y tomar sobre mí su dolor. Sin duda, algo debió de notar, porque a veces interrumpía inesperadamente la conversación animada y me miraba emocionado, sí, esa mirada curiosamente cálida, oscurecida por su propia riqueza, me envolvía de pies a cabeza. Entonces solía coger mi mano, la sostenía inquieto durante largo rato, y yo siempre esperaba: ahora, ahora, ahora me hablará. Pero en lugar de esa declaración surgía casi siempre un gesto brusco, a veces incluso una palabra fría, intencionadamente parca o irónica. Él, que vivía el entusiasmo, que lo había fomentado y despertado en mí, me lo censuraba de pronto como si fuera un error en una tarea mal redactada y, cuanto más entregado me veía, ansioso de su confianza, tanto más irritado me atacaba con palabras heladas como: «Eso no lo entiende usted» o «Deje usted esas exageraciones», palabras que me desconcertaban y llevaban a la desesperación. Cómo sufrí con este hombre tormentoso y extremista, tan pronto ardiente, tan pronto frío, que inconscientemente me emocionaba, para, a renglón seguido, sumergirme en hielo, que con su apasionamiento agujoneaba el mío, para inmediatamente blandir el látigo de un comentario irónico; sí, yo tenía la cruel sensación de que cuanto más intentaba acercarme a él, con mayor dureza, incluso con mayor angustia me rechazaba. Nadie debía acercarse a él, a su secreto.

Porque un secreto, cada vez estaba más claro, un secreto habitaba extraño y

siniestro en su profundidad mágicamente atrayente. Yo percibía algo silenciado en su mirada curiosamente huidiza, que avanzaba ardiente y se retiraba tímida cuando uno se entregaba agradecido a ella; lo percibía en el amargo rictus de los labios de su mujer, en la reserva extrañamente fría de las gentes en la ciudad, que reaccionaban casi indignadas cuando se le elogiaba... lo percibía en cien incongruencias y repentinas ofuscaciones. ¡Y qué tormento creerse uno ya admitido al círculo íntimo de una vida como ésta y, en realidad, andar en ella a ciegas y en círculo, como en un laberinto, desconociendo el camino hacia su origen y su corazón!

Lo más inexplicable, lo más irritante para mí, eran sus escapadas. Un día, cuando fui a su clase, me encontré allí una nota anunciando que la clase estaba suspendida durante dos días. Los estudiantes no parecían extrañados, pero yo, que había estado con él el día anterior, corrí a casa temiendo que hubiera caído enfermo. Su mujer sonrió secamente cuando mi entrada sin aliento reveló ese temor.

—Ocurre con frecuencia —dijo con frialdad insólita—; usted aún no lo ha vivido.

En efecto, los compañeros me contaron que nuestro profesor desaparecía a menudo de esta manera inesperada, disculpándose a veces telegráficamente; una vez un estudiante lo encontró a las cuatro de la madrugada en una calle de Berlín, otro en un café de otra ciudad. Desaparecía disparado como el corcho que salta de una botella, y volvía, nadie sabía dónde había estado. Estas explosiones repentinas me afectaban como una enfermedad: esos dos días anduve por ahí ensimismado, intranquilo y nervioso. El estudio me parecía sin sentido y vacío sin su acostumbrada presencia, me consumía en sospechas confusas y celosas, incluso sentía algo como odio y furia contra su cerrazón, que me excluyera así de su verdadera vida, a mí que lo adoraba ardientemente, como si fuera un mendigo en el frío. En vano me decía que no tenía derecho como joven y como discípulo a exigir explicaciones, ya que su bondad me concedía cien veces más confianza de lo que un profesor universitario estaba obligado a dar por su función. Pero la razón no tenía poder sobre la pasión encendida: diez veces al día fui, torpe de mí, a preguntar si ya había regresado, hasta que acabé notando cierta irritación en la negativa cada vez más abrupta de su mujer. Me pasé en vela media noche esperando oír sus pisadas de vuelta a casa, espíe inquieto la puerta toda la mañana sin atreverme ya a preguntar. Y cuando por fin entró inesperadamente en mi habitación, al tercer día, di un grito: mi susto debió de ser mayúsculo, al menos eso es lo que reflejó su sorpresa perpleja, que atropelladamente ensartó una serie de preguntas sin importancia. Su mirada eludió la mía. Por primera vez nuestra conversación se movía en círculo, una palabra tropezaba con la otra y, al evitar los dos a toda costa aludir a su ausencia, cerrábamos con lo inexpresado el camino a toda explicación. Cuando me dejó, la curiosidad retenida se desató como una llamarada... que devoró mi sueño y mi vigilia.

Varias semanas duró esta lucha por la aclaración y la comprensión más íntima; obstinadamente me empeñaba en descubrir el núcleo incandescente que presentía volcánico bajo el silencio pétreo. Por fin, en un momento feliz, conseguí penetrar en su mundo interior. Una vez más había estado en su habitación hasta el anochecer; entonces él sacó de un cajón cerrado con llave unos sonetos de Shakespeare, leyó primero en su propia traducción algunos de estos concisos poemas que parecen fundidos en bronce y luego interpretó su escritura cifrada, aparentemente impenetrable, con tal magia que en mi dicha me invadió la tristeza de que todo lo que este ser desbordante me regalaba se perdiera en la palabra precedera y fugaz. Ahí me vino —¿de dónde la saqué?— la valentía de preguntarle por qué no había terminado su gran obra sobre «La historia del Teatro del

Globo», pero nada más atreverme a hablar comprendí aterrado que había tocado sin querer una herida secreta y, a todas luces, dolorosa. Él se levantó, me volvió la espalda y se sumió en un largo mutismo. La habitación se llenó de penumbra y silencio. Por fin se acercó a mí, me miró gravemente y sus labios se estremecieron antes de abrirse con dificultad y proferir su dolorosa confesión:

—No puedo trabajar en nada grande. Eso pasó; sólo la juventud tiene esos intrépidos proyectos. Ahora me falta esa tenacidad. Me he convertido, ¿para qué negarlo?, en un hombre de momentos breves, no tengo aguante. Antes poseía más energías, ahora han desaparecido. Sólo soy capaz de hablar: ahí me siento a veces inspirado, algo me lleva más allá de mí mismo. Pero trabajar sin moverme, siempre solo, siempre solo, me resulta imposible.

Su gesto resignado me conmocionó. Y movido por la más íntima convicción le supliqué que sujetara por fin con mano firme lo que nos regalaba con mano ligera día a día, que no se limitara a dar sino que guardara sus propias ideas dándoles forma.

—No soy capaz de escribir —repitió cansado—, no tengo la concentración necesaria.

—¡Pues dicte usted! —Y entusiasmado por la idea le pedí casi de rodillas—: Dícteme a mí. Inténtelo, al menos. Quizá sólo el comienzo... y ya no podrá volverse atrás. Intente dictar, se lo ruego, ¡hágalo por mí!

Alzó los ojos, primero sorprendido y luego pensativo. La idea pareció interesarle de alguna manera.

—¿Por usted? —repitió—. ¿Cree de verdad que alguien podría alegrarse de que yo, viejo como soy, emprendiera algo nuevo?

Comprendí que aquí apuntaba ya tímidamente el consentimiento, lo noté en su mirada que hacía un momento aún había estado nublada y dirigida hacia dentro, pero que ahora, aclarada por una cálida esperanza, se aventuraba a salir al frente iluminándose en ella.

—¿Usted cree, de verdad? —repitió; noté la disposición interna animando como una corriente su voluntad, y por fin, la decisión—: Pues bien ¡intentémoslo! La juventud siempre tiene razón. El que cede a su ímpetu es sabio.

Mi alegría desbordante, mi triunfo pareció darle vida: animado fue de un lado al otro de la habitación, con entusiasmo casi juvenil, y acordamos: para empezar, lo intentaríamos diariamente durante una hora, todas las noches a las nueve, inmediatamente después de la cena. Y la noche siguiente comenzamos a trabajar.

¡Cómo describiré esas horas! Las esperaba impaciente todo el día. Ya por la tarde una inquietud densa, que destrozaba mis nervios, pesaba eléctrica sobre mis impacientes sentidos hasta que por fin llegaba la noche. Nada más terminar la cena nos dirigíamos a su estudio, yo me sentaba delante del escritorio, de espaldas a él, mientras él paseaba por la habitación con pasos intranquilos, hasta que su ritmo interior se concentraba y de la primera palabra saltaba el preludio. Porque este singular personaje lo concebía todo desde la musicalidad del sentimiento: necesitaba siempre un estímulo, para poner en movimiento sus ideas. Generalmente era una imagen, una metáfora audaz, una situación plástica que, acalorándose espontáneamente con el rápido desarrollo, ampliaba a escena dramática. Algo de la grandiosidad natural de toda creación relampagueaba entonces en el torrente luminoso de estas improvisaciones; recuerdo frases que parecían estrofas de un poema en versos yámbicos, y otras que como una catarata se derramaban en enumeraciones genialmente apretadas como la lista de naves de Homero y los himnos bárbaros de Walt Whitman. Por

primera vez tuve, joven inexperto, la oportunidad de asomarme al secreto de la creación: vi cómo la idea, aún incolora, mero fuego puro y líquido, fluía del caldero de la excitación impulsiva como el metal fundido de una campana y encontraba, poco a poco, su forma mientras se enfriaba, y cómo esta forma se redondeaba y revelaba poderosa hasta que resonaba en ella con claridad la palabra, y —al igual que el badajo da el sonido a la campana— concedía la lengua de los hombres a lo intuido poéticamente. Y así como cada párrafo nacía del ritmo, cada exposición de la imagen dramáticamente tratada, así la obra entera, concebida a lo grande, nacía de manera muy poco filológica de un himno, un himno al mar como la forma terrenalmente sensible y visible de la eternidad, meciéndose de lejanía a lejanía, alzándose a las alturas y ocultando abismos, jugando con sinsentido inteligente con el destino terrenal, con las frágiles barcas de los hombres: a esta imagen del mar correspondía en una comparación grandiosa una presentación de lo trágico como fuerza elemental que avasalladora y destructiva domina nuestra sangre. Aquí la ola imaginativa se dirigía a un país en particular: aparecía Inglaterra, la isla eternamente rodeada por el inquieto elemento, que abarca peligrosamente todos los bordes de la tierra, todas las latitudes y zonas del globo terráqueo. Allí, en Inglaterra, el mar da forma al estado: hasta la vitrea cápsula del ojo, gris, azul, penetra la mirada fría y clara del elemento; cada individuo es allí hombre de mar y, al mismo tiempo, isla, como su país, y debido a las tempestades y el peligro están presentes pasiones fuertes y tempestuosas, como si fueran aire, en este linaje que en cientos de años de viajes vikingos puso a prueba incansablemente sus fuerzas. Por fin reina la paz sobre el país rodeado de agua; pero sus habitantes acostumbrados a los temporales siguen queriendo el mar, la dura caída de los acontecimientos con su peligro cotidiano, y así recrean la tensión excitante en el juego sangriento. Primero se construye el escenario de tablas para la pelea de animales. Osos se desangran, combates de gallos preludian bestialmente el placer del horror; pero pronto el sentido más refinado exige la emoción más pura y revulsiva del combate humano-heroico. Y a partir de los escenarios sagrados, de los misterios eclesiásticos, surge ese otro gran teatro del hombre, el retomo de todos aquellos aventureros y viajes, ahora en el mar interior del corazón; nueva inmensidad, otro océano con maremotos de la pasión y oleadas del espíritu, cuya travesía trepidante y cuyo difícil dominio constituyen el nuevo placer de esta estirpe tardía, pero todavía fuerte, anglosajona: surge el drama de la nación inglesa, el drama isabelino.

Y la palabra creadora de imágenes se elevó resonante cuando mi profesor se lanzó a la descripción de este comienzo bárbaro y primitivo. Su voz, que al principio corría susurrante, tensó músculos y cuerdas sonoras, se convirtió en avión de brillos metálicos que asciende cada vez más libre y más alto; la habitación era demasiado estrecha, demasiado juntas las paredes dispuestas a dar la respuesta, tanto espacio necesitaba su voz. Sentí la tempestad desatada en torno a mí, los labios clamorosos del mar gritaban poderosos su palabra atronadora; inclinado sobre el escritorio me parecía que estaba de nuevo en mi tierra, en las dunas, y que el fragor de miles de olas y de viento espumoso venía respirando a mi encuentro. Toda la conmoción que acompaña dolorosa el nacimiento tanto de un hombre como el de una palabra irrumpió entonces por primera vez en mi alma asombrada, asustada pero ya colmada.

Cuando mi profesor daba por terminado el dictado, en el que la poderosa inspiración magnífica arrebatada la palabra a la intención científica, y el pensar se convertía en poesía, yo me levantaba tambaleándome. Un cansancio ardiente me embargaba, pesado y fuerte, una extenuación muy poco parecida a la suya, que era agotamiento, un ya estar descargado,

mientras que yo, transido, aún vibraba de aquella riqueza recibida. Los dos necesitábamos todavía una conversación más tranquila, para poder encontrar el sueño o el reposo: generalmente yo le leía otra vez lo escrito; y es curioso, a medida que los signos se convertían en palabras, brotaba, hablaba y respiraba de mi voz otra voz, como si un ser desconocido me hubiera cambiado el lenguaje en la boca. Y por fin me di cuenta: al repetir imitaba y escandía yo su entonación con tanta unción, tan igual, que era como si él hablara a través de mí y no yo mismo... hasta ese extremo era yo ya resonancia de su ser. Eco de su palabra. De todo esto hace ya cuarenta años; y sin embargo, aún hoy, cuando en medio de un discurso la palabra se me escapa y empieza a vibrar, siento de pronto sobrecogido que no hablo yo mismo, sino que otra persona se expresa a través de mi boca. Reconozco entonces la voz de un muerto querido, un muerto que sólo respira ya por mis labios: siempre que el entusiasmo se apodera de mí, yo soy él. Y sé que aquellas horas me moldearon.

El trabajo creció, y creció a mi alrededor como un bosque, cerrando paulatinamente la vista al mundo exterior; yo sólo vivía en el interior, en la penumbra de la casa, en el ramaje sonoro, cada vez más denso, de la obra en expansión, en la presencia de ese hombre envolvente y cálido.

Exceptuando las pocas clases de la universidad, todo mi día le pertenecía. Comía en su mesa, por la noche y durante el día los mensajes subían y bajaban por la escalera desde su casa a la mía: yo tenía la llave de su puerta y él, la mía, de tal manera que podía encontrarme a cualquier hora sin tener que llamar a gritos a mi vieja patrona medio sorda. Pero cuanto más me entregaba a esta nueva relación, tanto más me alejaba del mundo exterior: con el calor de aquella esfera íntima también compartía la exclusión fría de su existencia marginada. Mis colegas exhibían unánimemente una cierta frialdad, un cierto menosprecio hacia mí: ignoro si era debido a un pacto secreto o simplemente a celos irritados por mis evidentes prerrogativas; en cualquier caso, me aislaban del trato con ellos, y en los debates del seminario ni me hablaban ni me saludaban, como si se hubieran puesto de acuerdo. Incluso los profesores no disimulaban su hostilidad; una vez, cuando fui a pedir una información de poca importancia al catedrático de filología románica, éste me replicó irónico:

—Usted, como íntimo del profesor..., debía estar al corriente.

En vano intenté explicarme una tan inmerecida falta de respeto. Pero las palabras y las miradas evitaban dar cualquier explicación. Desde que vivía con esta pareja de solitarios me había convertido yo mismo también en solitario.

El aislamiento social no me hubiera preocupado en absoluto, dado que mi atención estaba dedicada por completo a lo espiritual; pero los nervios empezaron a fallar bajo la constante tensión. No se puede vivir impunemente durante semanas en el permanente exceso intelectual, además yo había cambiado de estilo de vida quizá excesivamente deprisa, había pasado de un extremo al otro con demasiada vehemencia para no poner en peligro ese equilibrio de la naturaleza, asignado en secreto a cada uno. Porque mientras que en Berlín el despreocupado vagabundeo relajaba agradablemente mis músculos y las aventuras con mujeres liberaban lúdicamente la inquietud acumulada, aquí una atmósfera densa pesaba tan incesantemente sobre los sentidos exacerbados que sólo se manifestaban con sacudidas y con agujones cargados de electricidad; perdí el sueño profundo y sano, a pesar de o quizá porque solía copiar hasta la madrugada, por puro gusto, el dictado de cada velada (febril de impaciencia vanidosa por presentar a mi querido profesor las páginas lo antes posible). La universidad, la lectura atropellada me incitaban a una mayor

disponibilidad, y no menos me conmocionaba el tipo de conversación que mantenía con mi profesor, ya que cada nervio se tensaba de manera espartana por no dejarme nunca aparecer ante él como apático. El ofendido cuerpo no tardó mucho en vengarse por estos excesos. Sufrí varios desmayos breves, signos de alarma de la naturaleza en peligro, que yo desoía enloquecido; pero los estados de cansancio hipnóticos se multiplicaron, cada expresión del sentimiento se volvió vehemente, y los nervios afilados volvieron sus puntas hacia dentro, destrozando el sueño e incitando a pensamientos caóticos hasta ahora controlados.

La primera en darse cuenta del riesgo evidente de mi estado fue la mujer de mi profesor. Más de una vez yo había sentido ya sobre mí su mirada preocupada, con frecuencia introducía intencionadamente en nuestras conversaciones recomendaciones, como por ejemplo que no pretendiera conquistar el mundo en un semestre. Por fin se expresó claramente.

—¡Ya está bien! —me espetó un domingo cuando yo, desdeñando el sol radiante, me dedicaba a empollar la gramática, y me arrancó el libro de las manos—, ¿Cómo un ser joven y vital puede dejarse esclavizar hasta tal punto por la ambición? No tome usted siempre a mi marido como ejemplo: él es viejo y usted es joven, tiene que vivir de otra manera.

Cuando hablaba de él, salía a relucir siempre ese subtexto de desprecio que a mí, devoto como era, me sublevaba indefectiblemente. Con tesón, yo lo notaba, incluso con una especie de celos equivocados, ella intentaba apartarme de él y frenar mis exageraciones con sus comentarios irónicos; si por la noche se nos hacía demasiado tarde dictando, ella golpeaba enérgicamente en la puerta y nos obligaba a interrumpir el trabajo, haciendo caso omiso de la protesta furiosa de su marido.

—Le va a destrozar los nervios, le destruirá —me dijo una vez con amargura cuando me encontré postrado—. ¡En qué lo ha convertido en unas semanas! ¡No puedo quedarme quieta mirando cómo se maltrata usted a sí mismo! Además... —Enmudeció y no terminó la frase. Pero sus labios le temblaban de ira contenida.

Y realmente mi profesor no me facilitaba las cosas: cuanto más apasionadamente le servía, tanto menos parecía valorar mi admiración servicial. Raras veces me daba las gracias; si por la mañana le traía el trabajo dictado por la noche me decía con impaciencia seca:

—No corría tanta prisa.

Si mi afán ambicioso se excedía en un favor no solicitado, sus labios se apretaban de pronto en plena conversación y una palabra irónica me disuadía de mi empeño. Claro que cuando me veía retirarme humillado y confundido, su mirada cálida y envolvente en seguida intentaba suavizar mi desesperación, pero ¡qué pocas veces sucedía esto, qué pocas! Y ese contraste de frío y de calor, esa manera de ser unas veces próxima y exaltante, otras repelente y desagradable, confundía por completo mi sentimiento desquiciado, que deseaba... no, nunca logré definir exactamente lo que en realidad deseaba, lo que anhelaba, exigía, perseguía, qué signo de su afecto esperaba mi entusiástica entrega. Porque cuando una pasión, incluso pura, se dirige hacia una mujer, inconscientemente tiende a la consumación física; la naturaleza le ha asignado la imagen de la máxima unión en la posesión del cuerpo. La pasión del espíritu, sin embargo, de hombre a hombre, ¿cómo, siendo imposible de consumir, va a pretender la consumación total? Insatisfecha merodea alrededor de la figura admirada, elevándose a nuevos extremos extáticos y nunca calmada por la última rendición. Fluye constantemente y no puede nunca agotarse, eternamente insatisfecha, como siempre el espíritu. Así su cercanía nunca era lo suficientemente cercana

para mí, su presencia nunca lo suficientemente manifiesta y satisfactoria en nuestras largas disquisiciones; incluso cuando confiado se desprendía de toda reserva, yo sabía que el próximo instante podía cercenar con gesto cortante esta concordia íntima. Una y otra vez el inconstante confundía mi sentimiento, y no exagero cuando digo que en mi irritación estuve más de una vez a punto de cometer una locura, sólo porque él había apartado con mano ligera y gesto displicente un libro que yo le había recomendado, o porque por la noche, cuando nos unía una conversación profunda y yo respiraba totalmente traspasado en sus pensamientos, él se levantaba de pronto —hacía un momento aun había apoyado afectuosamente su mano en mi hombro— y decía abruptamente:

—Bueno, márchese ahora. Ya es tarde. Buenas noches.

Tonterías de este tipo bastaban para desorientarme durante horas y días. Quizá mi sentimiento exacerbado y constantemente propenso a la agitación veía ofensas donde no estaban en absoluto calculadas; pero ¿de qué sirve toda autoconsolación ulterior ante la turbación del sentimiento íntimo? La situación se repetía a diario: yo sufría ardientemente en su proximidad y tiritaba de frío lejos de él, siempre decepcionado por su reserva, sin hallar paz en ningún signo, confundido por cualquier contingencia.

Y es curioso: siempre que mi sensibilidad se sentía ofendida por él, me refugiaba en su mujer. Quizá era el deseo inconsciente de encontrar allí a un ser humano que también sufría bajo este distanciamiento sin palabras, quizá simple necesidad de hablar con alguien y de encontrar en él si no ayuda, al menos comprensión; sea como fuere, yo me refugiaba en ella como en un aliado celestial. Ella solía curarme mi excesiva sensibilidad con sus bromas o me recordaba alzando los hombros fríamente que ya debía estar acostumbrado a esas rarezas. A veces, sin embargo, cuando mi repentina desesperación le tiraba a la cara, de golpe, un paquete de reproches, lágrimas balbuceantes y palabras agarrotadas, me miraba con extraña gravedad, con una mirada casi maravillada, pero no decía nada; únicamente alrededor de sus labios relampagueaba la emoción contenida, y yo notaba que necesitaba toda su fuerza para no proferir palabras iracundas o desatinadas. También ella tenía algo que decirme, no me cabía duda; también ella escondía un secreto, quizá el mismo que él; pero mientras que él me rechazaba en defensa abrupta en cuanto mi palabra se acercaba demasiado a él, ella casi siempre interrumpía con una broma o una improvisada payasada nuestra conversación.

Una sola vez estuve a punto de arrancarle la palabra. Por la mañana, cuando le llevé el dictado, no había podido evitar contar entusiasmado a mi profesor cuánto me había conmovido precisamente esa descripción (se trataba del retrato de Marlowe). Y animado por mi euforia añadí admirativo que nadie era capaz de escribir un retrato tan magistral; apartándose disgustado se mordió los labios, tiró la página sobre la mesa y gruñó desdeñoso:

—¡No diga tonterías! Qué sabe usted de obras magistrales. Esta frase desabrida (máscara rápidamente utilizada, sin duda, para esconder una timidez impaciente) bastó para destrozarme el día. Por la tarde, durante un rato a solas con su mujer, la asalté en una especie de ataque histérico, la cogí de las manos:

—¡Dígame por qué su marido me odia tanto! ¿Por qué me desprecia? ¿Qué le he hecho, por qué le irrita tanto todo lo que digo? ¿Qué puedo hacer? ¡Ayúdeme! ¿Por qué no me soporta? ¡Dígamelo, se lo ruego!

Entonces, arrastrados por esta explosión emocional, me miraron unos ojos desorbitados.

—¿No soportarle? —Y una carcajada brotó destemplada entre sus dientes, una

carcajada que terminó con un remate tan maligno y agudo que involuntariamente me eché hacia atrás—. ¿No soportarle? —repitió y me miró furiosa a los ojos turbados.

Entonces se acercó a mí —sus miradas se fueron suavizando, poco a poco, hasta ser casi compasivas— y de pronto me pasó la mano (por primera vez) por el pelo.

—Es usted un niño, de verdad, un niño un poco tonto que no nota nada, no ve nada y no sabe nada. Pero es mejor así, si no estaría aún mucho más intranquilo.

Y con un movimiento brusco me dio la espalda.

En vano intenté calmarme: como inmovilizado en el saco negro de una interminable pesadilla buscaba una explicación, intentaba despertar de la confusión misteriosa de estos sentimientos encontrados.

Así pasaron cuatro meses, semanas de la autopotenciación y la transformación más inesperadas. El semestre iba hacia su fin; con temor contemplaba yo las vacaciones que se avecinaban, pues amaba mi purgatorio y la domesticidad sobria y prosaica de mi casa se me antojaba como un exilio y un exilio. Ya hacía planes en secreto para sugerir a mis padres que me retenían aquí importantes trabajos, ya mezclaba hábilmente la mentira y la disculpa para prolongar la duración de esta destructora situación. Pero en otras esferas ya me habían sido señalados el tiempo y la hora. Y esa hora estaba invisible sobre mí, como la campanada de mediodía se oculta en el metal, para llamar inesperadamente y con gravedad a los ociosos al trabajo o a la despedida.

¡Qué bien empezó aquel fatal atardecer, qué traidoramente bien! Había cenado con mis dos amigos; las ventanas estaban abiertas, y a través de su marco ya oscuro entró poco a poco el cielo del anochecer adornado con nubes blancas: un brillo suave y claro emanaba esencialmente del progreso majestuoso de su reflejo, había que sentirlo hasta el fondo del propio ser. Ella y yo habíamos conversado con más naturalidad, cordialidad e interés que otras veces. Mi profesor acompañaba nuestro diálogo en silencio; pero su mutismo dominaba con las alas plegadas, por así decir, nuestra conversación. Disimuladamente le miré de soslayo: había algo extrañamente luminoso en su manera, una intranquilidad libre de angustia, como aquellas nubes veraniegas. De vez en cuando alzaba el vaso de vino y lo contemplaba contra la luz, disfrutando del color; y cuando mi mirada acompañó regocijada ese gesto, él sonrió levemente y giró el vaso hacia mí, en forma de saludo. Pocas veces había visto yo tan diáfano su rostro, sus movimientos tan plenos y templados: estaba sentado con satisfacción casi solemne, como si escuchara música procedente de la calle o atendiera a una conversación invisible. Sus labios, generalmente agitados por diminutas olas, estaban relajados y blandos como una fruta sin cáscara, y la frente, que ahora volvía delicadamente hacia la ventana, absorbía como un reflejo aquella luz tenue y me parecía más bella que nunca. Era maravilloso verle tan satisfecho: ¿era el fulgor del límpido anochecer veraniego, penetraba algo benigno en él procedente de la dulzura del aire matizado, o le saludaba con su luz un consuelo desde su interior? No lo sé. Pero acostumbrado a leer en su rostro como en un libro abierto yo sentía que un dios más apacible le había alisado hoy las arrugas y los surcos del corazón.

Y también fue solemne el gesto con el que se levantó y me invitó con un característico ademán de la cabeza a seguirle a su estudio: me precedió con paso mesurado, él que solía moverse con premura. Aun volvió a coger una botella de vino sin descorchar del armario —algo insólito— y la llevó al estudio. Su mujer notó, al igual que yo, algo excepcional en su manera de actuar; asombrada alzó la mirada de su tarea de costura y observó con silencio curioso la desacostumbrada actitud ceremoniosa de su marido mientras nos dirigíamos a nuestro trabajo.

La habitación, como siempre completamente oscurecida, nos esperaba con penumbra familiar; sólo la lámpara describía un círculo dorado en tomo al blanco expectante de las páginas amontonadas. Yo me senté en mi sitio de costumbre y repetí las últimas frases del manuscrito; él siempre necesitaba para su sintonía interior el ritmo como un diapason para permitir fluir la palabra. Pero en vez de empezar a dictar inmediatamente después de la última frase, hoy la continuación se hizo esperar. El silencio se instaló en la habitación, ya reverberaba de las paredes sobre nosotros en forma de presión. Mi profesor parecía no estar todavía preparado, pues yo oía a mi espalda su paso nervioso ir de un lado al otro.

—¡Léamelo otra vez! —es extraño, cómo vibró de pronto intranquila la voz. Repetí los últimos párrafos: ahora él comenzó a hablar en seguida después de mi última palabra, dictando de golpe, más deprisa y con mayor concentración que de costumbre. Con cinco frases estaba construida la escena; lo que había descrito hasta el momento eran las premisas culturales del drama, un fresco de la época, un esquema histórico. Con decisión se centró ahora en el teatro mismo, que abandonando sus principios errantes en carrmatos se establece y construye una sede, con privilegios y derechos, primero el Teatro de la Rosa, luego el Fortuna, tinglados de tablas para comedias igualmente toscas; pero correspondiendo al perímetro en expansión del arte de hacer comedias, los artesanos construyen una nueva sede de madera: en la orilla del Támesis, clavada en el barro húmedo y barato, surge la rústica construcción con la primitiva torre de seis lados, el teatro del Globo, sobre cuyo escenario aparece Shakespeare, el maestro. Allí está su teatro, como escupido por el mar, un extraño barco, con la bandera roja de los piratas en su mástil, firmemente anclado en el lodo. En el patio se agolpa ruidoso como en un puerto el pueblo llano, desde las galerías la gente elegante sonríe voluble y charla con los actores. Impacientes exigen que comience el espectáculo. Patalean y alborotan, golpean con la empuñadura de la espada contra las tablas hasta que se ilumina el proscenio gracias a unas velas vacilantes allí colocadas, y aparecen figuras con trajes fantasiosos para representar una comedia aparentemente improvisada. Y entonces —recuerdo aún hoy sus palabras— «surge de pronto una tempestad de palabras, ese mar infinito para la pasión, que desde este límite de madera lanza su ola sangrienta hacia todos los tiempos y todas las zonas del corazón humano, inagotable, incommensurable, alegre y trágico, rico en variedad y la imagen misma del hombre: el teatro de Inglaterra, el drama de Shakespeare».

Con estas palabras enfáticas se cortó abruptamente el discurso. Siguió un prolongado y profundo silencio. Inquieto me volví: mi profesor estaba en esa postura exhausta que yo conocía, la mano sujetándose con fuerza en la mesa. Pero esta vez su rigidez tenía algo inquietante. Me levanté de un salto pensando que le había pasado algo, y pregunté angustiado si quería que suspendiera el trabajo. Él me miró, con la respiración entrecortada, sin apartar los ojos de mí, fijamente. Pero por fin las estrellas de sus ojos resurgieron brillantes y azules; con labios relajados se acercó a mí.

—Y bien, ¿no ha notado usted nada? —Me miró intensamente.

—¿Qué había de notar? —balbucí inseguro. El respiró profundamente, sonrió un poco; por primera vez desde hacía meses sentí esa mirada envolvente, blanda y afectuosa:

—La primera parte está terminada.

Con dificultad reprimí un grito de alegría, tan ardiente me traspasó la sorpresa. Cómo había podido pasarlo por alto, estaba tan claro, toda la construcción maravillosamente erigida, nivel a nivel desde el fundamento del pasado hasta el umbral de la creación: ahora podían aparecer Marlowe, Ben Jonson, Shakespeare y cruzarlo

triunfantes. La obra celebraba su primer aniversario: anhelante conté las páginas. Ciento setenta páginas, de escritura apretada, formaban esta primera parte, la más difícil; porque lo que venía ahora era creación libre y hasta ese momento la descripción se había sujetado férreamente al testimonio histórico. No cabía duda, mi maestro llevaría a cabo su obra, ¡nuestra obra!

¿Armé un escándalo, bailé de alegría, de orgullo y de felicidad? No lo sé. Pero mi entusiasmo debió de expresarse con inusitada euforia, pues su mirada me acompañaba risueña, mientras yo releía las últimas palabras, o contaba nervioso las páginas, las tocaba, sopesaba y acariciaba enamorado, imaginando con precipitado cálculo cuándo podríamos tener terminada toda la obra. Su orgullo acumulado, profundamente oculto, se veía reflejado en mi alegría: conmovido me contemplaba sonriendo. Por fin se acercó a mí con las dos manos extendidas y cogió las mías; inmóvil me miró a los ojos. Poco a poco sus pupilas, que generalmente sólo tenían un intermitente fuego de color, se llenaron de ese azul claro y animado, que de todos los elementos sólo la profundidad del agua y la profundidad del sentimiento humano son capaces de poseer. Y ese luminoso azul brotaba de las estrellas de los ojos, avanzaba y me inundaba; yo sentía cómo esa ola cálida penetraba dulce hasta el núcleo de mi ser, derramándose allí y ensanchando mi sentimiento en un raro placer: todo mi pecho se expandió de repente bajo esta fuerza intensa y dilatadora, y sentí nacer en mí un grandioso mediodía itálico.

—Sé que nunca hubiera empezado este trabajo sin usted —su voz sobrevoló este resplandor— nunca lo olvidaré. Usted ha dado a mi cansancio el impulso salvador, y lo que queda de mi vida desparramada y perdida usted lo ha salvado, ¡usted solo! Nadie ha hecho tanto por mí, nadie me ha ayudado tan fielmente. Y por eso no digo que debo agradecerse a usted, sino que debo agradecerle a *ti*. Ven, ¡pasemos un rato fraternal!

Me condujo suavemente a la mesa y cogió la botella ya preparada. También había dos copas allí: mi profesor pensaba dedicarme este trago simbólico como muestra evidente de su agradecimiento. Yo temblaba de contento, pues nada confunde más violentamente nuestro sentimiento íntimo que la repentina realización de un deseo ardiente. El signo evidente de su confianza, ese signo que yo añoraba inconscientemente, sú gratitud había encontrado el más hermoso: el fraternal tú, ofrecido por encima del abismo de los años y siete veces valioso por tan difícil lejanía. Ya tintineaba la botella, la aún muda bautizadora, dispuesta a sosegar para siempre en la fe mi temeroso sentimiento; ya sentía yo en mi interior el mismo tono vibrante y claro... cuando un pequeño obstáculo vino a retardar el momento solemne: la botella estaba aún cerrada y no había un sacacorchos a mano. Él hizo ademán de ir a buscarlo, pero adelantándome a su propósito salí impaciente al comedor; no en vano deseaba la llegada de ese instante del apaciguamiento definitivo de mi corazón como la más evidente confirmación de su afecto.

Al precipitarme impetuoso por la puerta al pasillo iluminado tropecé en la oscuridad con algo blando que cedió con precipitación: era la mujer de mi profesor que había estado escuchando en la puerta. Pero es curioso, a pesar de haber chocado con ella con toda la fuerza, ella retrocedió en silencio y también yo, incapaz de un movimiento, callé asustado. La situación duró un momento; los dos mudos, avergonzados el uno ante el otro, ella sorprendida mientras escuchaba, yo paralizado por el descubrimiento inusitado. Entonces sonaron pasos ligeros en la oscuridad, la luz se encendió y la vi pálida y desafiante apoyada con la espalda contra el armario; su mirada me envolvió grave, y su actitud inmóvil tenía algo oscuro, acusador y amenazante. No dijo ni una palabra.

Mis manos temblaban cuando, después de buscar durante un buen rato nervioso y

medio a ciegas, di con el sacacorchos; tuve que pasar dos veces delante de ella, y cada vez, al levantar la vista, me encontré con esa mirada fija, que brillaba dura y oscura como madera pulida. Nada en ella revelaba apuro por haber sido descubierta en trance de escuchar a escondidas ante la puerta; al contrario, sus ojos retadores y decididos me enviaban ahora una amenaza incomprensible, y su gesto provocador demostraba que estaba dispuesta a no abandonar esa posición inconveniente y a continuar vigilando y a la escucha. Y esta superioridad de la voluntad me desconcertó, inconscientemente me encogí bajo esa firme mirada de advertencia clavada en mí. Cuando por fin regresé con paso incierto a la habitación, donde mi profesor ya sostenía impaciente la botella en las manos, mi alegría desmedida de hacía un momento se había congelado en un temor extraño.

Él, sin embargo, con qué despreocupación me esperaba, qué despejada me recibió su mirada: siempre había soñado yo con verle una vez así, ¡la frente apesadumbrada libre de la nube! Pero ahora que por primera vez resplandecía en paz y se volvía amistosa hacia mí, me faltaban las palabras; toda la alegría se desvaneció como a través de poros secretos. Confusamente, incluso avergonzado, le oí otra vez darme las gracias, ahora utilizando el tú confianzudo; las copas chocaron con sonido cristalino. Rodeándome con brazo amigable me condujo a los sillones, nos sentamos el uno frente al otro, su mano reposaba entre las mías: por primera vez le sentí abierto y libre en el sentimiento. Pero yo no era capaz de decir una palabra; automáticamente rozaba con la mirada la puerta, en el temor de que ella siguiera allí escuchando. Ella escucha, pensaba continuamente, ella escucha cada palabra que él me dice, cada palabra que yo pronuncio: ¿por qué hoy, por qué precisamente hoy? Y cuando él me dijo, de pronto, envolviéndome con esa mirada cálida:

—Quisiera hablarte hoy de mí, de mi propia juventud —me aparté de él con un gesto disuasivo de la mano tan atemorizado que él alzó sorprendido la mirada.

—Hoy no, por favor —balbuceé—, hoy no, perdóneme.

La idea de que pudiera desnudarse ante un testigo, cuya presencia yo tenía que ocultarle, me resultaba insoportable.

Mi profesor me miró inseguro.

—¿Qué te sucede? —preguntó, ligeramente molesto.

—Estoy cansado... perdóneme... todo esto me ha conmocionado... creo que —y me puse en pie— creo que es mejor que me vaya.

Involuntariamente mi mirada se dirigió, sin mirarle, hacia la puerta donde debía suponer todavía oculta tras la madera aquella curiosidad hostil haciendo celosa guardia.

También él se levantó pesadamente del sillón. Una sombra voló sobre su rostro repentinamente fatigado.

—De verdad quieres irte ya, ¿precisamente hoy? —Retuvo mi mano; un extraño peso tiraba de ella. De pronto la dejó caer como una piedra.

—¡Qué lástima! —exclamó decepcionado— me habría alegrado tanto de hablar contigo por fin con toda franqueza. ¡Lástima! —Por un instante el profundo suspiro revoloteó como una mariposa oscura por la habitación. Yo estaba lleno de vergüenza y un miedo inexplicable y desorientado; inseguro me retiré y cerré con cuidado la puerta.

Me arrastré trabajosamente hasta mi cuarto y me tiré sobre la cama. Pero no podía dormir. Jamás había notado con tanta fuerza que mi mundo estaba suspendido sobre el suyo, separado únicamente por una delgada pared, por las oscuras vigas aislantes. Y ahora, gracias a mis sentidos afilados, los sentí mágicamente a los dos despiertos abajo; veía sin ver, oía sin oír, cómo él paseaba ahora intranquilo en su habitación, mientras ella estaba en otro cuarto en silencio o vagaba escuchando por la casa. Yo notaba sus ojos abiertos, y su

vigilia me afectaba terriblemente: como una pesadilla toda la casa silenciosa con sus sombras pesaba sobre mí.

Me quité la manta. Mis manos ardían. ¿Adonde había ido a parar? Había sentido muy cerca el misterio, su aliento caliente ya en el rostro, y ahora estaba otra vez lejos, aunque su sombra, su sombra silenciosa y opaca erraba por la casa murmurando, le notaba peligroso, al acecho como un gato sobre patas sigilosas, siempre presente, atacando y retirándose, rozándonos y perturbándonos con su piel eléctrica, cálido y, sin embargo, fantasmal. Y en la oscuridad sentía la mirada envolvente de mi profesor, blanda como su mano ofrecida, y aquella otra, acerada, amenazadora y asustada de su mujer. ¿Qué tenía yo que ver con su secreto? ¿Por qué me colocaban ambos en el centro de su pasión con los ojos vendados? ¿Por qué me empujaban a su disputa incomprensible y me cargaban los sentidos con sus respectivos fardos ardientes de ira y odio?

La frente me seguía ardiendo. Me levanté violentamente y abrí con fuerza la ventana. Fuera la ciudad dormía pacíficamente bajo unas nubes de verano; aún brillaban ventanas a la luz de una lámpara, pero a los que allí trasnochaban les unía pacífica conversación, les distraía un libro o música ligera. Y donde detrás de los marcos blancos de las ventanas reinaba ya la oscuridad, sin duda, alentaba sueño sosegado. Sobre todos estos tejados tranquilos flotaba, como la luna entre neblina plateada, una serena placidez, un silencio relajado, venido dulcemente de lejos, y las once campanadas del reloj del campanario cayeron sobre todos ellos sin violencia, en oídos casualmente atentos o soñando. Únicamente yo sentía en la casa insomnio, malévolas asechanzas de pensamientos extraños. Un sentido interior se afanaba febril por comprender ese confuso murmullo.

De pronto me sobresalté. ¿No sonaban pasos en la escalera? Me erguí para escuchar. En efecto, alguien subía como ciego, tanteando, por la escalera, con paso sigiloso, titubeante, incierto: yo conocía ya ese crujir y trepidar de la madera desgastada. Ese paso sólo podía venir a mi habitación, porque allí arriba en la buhardilla no vivía nadie más excepto la vieja medio sorda que dormía hacía rato y nunca recibía visitas. ¿Sería mi profesor? No, no era su paso rápido y abrupto; este paso vacilaba y titubeaba cobarde en cada peldaño —¡ahora, otra vez!—, sólo un ladrón, un delincuente se acercaría así, no un amigo. Mis oídos estaban tan atentos que me zumbaban. Y de pronto sentí como un escalofrío helado a lo largo de mis piernas desnudas.

Entonces chirrió levemente la cerradura: el siniestro visitante debía de estar ya delante de la puerta. Una ligera corriente de aire en los dedos de los pies me indicó que alguien había abierto la puerta exterior, sin embargo, la llave sólo la tenía él, mi profesor. Pero si era él, ¿por qué tan pusilánime, tan extraño? ¿Estaba quizá preocupado y quería ver si yo estaba bien? Y por qué esperaba ahora ese tenebroso visitante en el vestíbulo, porque de pronto el paso sigiloso de ladrón se había detenido. Yo estaba paralizado también de pavor. Pensé que iba a gritar, pero tenía la garganta atenazada y pegajosa. Quise abrir la puerta; los pies se me quedaron clavados en el suelo. Sólo había una delgada pared entre nosotros, entre mi misterioso visitante y yo, pero ni él ni yo dimos un paso el uno hacia el otro.

Entonces la campana de la torre marcó la hora: sólo un toque, las doce y cuarto, que rompió mi inmovilidad. Con fuerza abrí la puerta.

Y, en efecto, allí estaba mi profesor, con la vela en la mano. La corriente de la puerta bruscamente abierta hizo saltar la llama azulada, y detrás de él danzaba sobre la pared, gigantesca e independizada de su inmovilidad rígida, la sombra como un borracho. Pero también él hizo un movimiento al verme; se encogió como un hombre que despertado

bruscamente por una corriente atrae hacia sí automáticamente la manta con un escalofrío. Luego retrocedió, la vela tembló goteando en su mano.

Con un susto mortal apenas si pude balbucir:

—¿Qué le sucede?

Él me miró sin hablar, también él tenía dificultad con las palabras. Por fin dejó la vela sobre la cómoda, inmediatamente se sosegó la sombra chinesca que revoloteaba como un murciélago por el espacio. Por fin murmuró:

—Quería... quería...

De nuevo le falló la voz. De pie y con los ojos bajos parecía un ladrón sorprendido con las manos en la masa. Esta angustia, esta inmovilidad, yo en camión, tiritando de frío; él encogido y confuso de vergüenza.

De pronto la débil silueta se enderezó. Dio un paso hacia mí: una sonrisa malévola de fauno, una sonrisa que sólo destellaba peligrosamente en los ojos, mientras que los labios se apretaban con ahínco, una mueca como una máscara exótica me sonrió fijamente durante un momento... luego surgió puntiaguda como la lengua bífida de una serpiente la voz:

—Quería decirle únicamente... que es mejor dejar de tutearnos... No es lo apropiado entre un discípulo y su maestro ¿comprende? Hay que mantener distancia... distancia... distancia.

Y me miró con tanto odio, con tanta maldad deseosa de ofender y abofetear, que involuntariamente su mano se cerró en un puño. Yo retrocedí tambaleándome. ¿Se había vuelto loco? ¿Había bebido? Allí estaba, con el puño apretado, como si fuera a abalanzarse sobre mí o fuera a pegarme en la cara.

El horror sólo duró un segundo, entonces esa mirada agresiva se desmoronó en sí misma. Él dio media vuelta, murmuró algo parecido a una disculpa y cogió la vela. Como un diablo negro y servicial la sombra agazapada en el suelo saltó y le precedió danzando por la puerta. Y entonces salió él, antes de que yo tuviera la presencia de ánimo de decir una palabra. La puerta se cerró con estrépito, la escalera crujió pesada y torturada bajo sus pasos precipitados.

Nunca podré olvidar esa noche; la ira fría alternaba alocadamente con una desesperación ardiente y perpleja. Los pensamientos se me entrecruzaban luminosos como cohetes. ¿Por qué me atormenta, se preguntaba cien veces mi desgarrada congoja, por qué me odia tanto que es capaz de subir expresamente de noche a mi habitación sólo para lanzarme brutalmente a la cara tales ofensas? ¿Qué le había hecho yo, qué debía hacer? ¿Cómo recuperar su amistad sin saber cómo le había ofendido? Me tiré ardiendo sobre la cama, me volví a levantar, me refugié debajo de la manta, pero siempre tenía delante esa imagen fantasmal: mi profesor con gesto furtivo y confundido en mi presencia, y a su espalda, enigmática y extraña, esa enorme sombra danzando sobre la pared.

Cuando me desperté a la mañana siguiente tras un breve y exhausto letargo, me dije que todo había sido un sueño. Pero en la cómoda aún eran visibles, redondas y amarillas, las manchas de estearina de la vela. Y mi horrorizada memoria situaba una y otra vez en medio de la habitación luminosa al visitante furtivo de la noche pasada.

No salí en toda la mañana. La idea de encontrarle me espantaba. Intenté escribir, leer, pero era imposible. Mis nervios estaban extenuados, en cualquier momento podían explotar en convulsiones, sollozos o gritos; ¿acaso no veía yo mis dedos temblar como hojas en un árbol, incapaz de ordenarles que se sosegaran, y mis rodillas titubear como si me hubieran cortado los tendones? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Me lo preguntaba hasta el

agotamiento; la sangre me vibraba ya en las sienes y azul bajo la mirada. Pero todo menos salir o bajar, todo menos enfrentarse de pronto a él, sin estar más seguro, sin tener de nuevo fuerza en los nervios. Me eché otra vez en la cama, hambriento, sin haberme lavado, trastornado, y de nuevo mis sentidos intentaron traspasar mentalmente las delgadas paredes: ¿dónde estaba él ahora, qué hacía, estaba despierto como yo, desesperado como yo?

Llegó mediodía y yo seguía en el lecho de fuego de mi confusión cuando oí por fin pasos en la escalera. Todos los nervios dieron la alarma: pero este paso era ligero, despreocupado, subía los peldaños de dos en dos con ágil salto; una mano golpeó en la puerta. Me puse en pie sin abrirla.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Por qué no baja usted a comer? —preguntó un poco irritada la voz de la mujer de mi profesor—. ¿Está usted enfermo?

—No, no —balbucí confundido—, ya bajo, ya bajo.

Y no me quedó otro remedio que vestirme deprisa y bajar. Pero tuve que sujetarme a la barandilla de la escalera, tan flojas sentía las piernas.

Entré en el comedor. Ante uno de los dos cubiertos la mujer de mi profesor esperaba y me saludó con leve reproche por haberla obligado a avisarme. El lugar de su marido estaba vacío. Sentí la sangre subírseme a la cabeza. ¿Qué significaba esta inesperada ausencia? ¿Temía acaso el encuentro más que yo? ¿Se avergonzaba o no deseaba, a partir de ese día, compartir conmigo la mesa? Por fin me decidí a preguntar si el profesor no venía.

Me miró asombrada:

—¿No sabe usted que salió de viaje esta mañana?

—¿De viaje? —balbucí—, ¿adonde?

Su rostro se tensó inmediatamente:

—Mi marido no se ha dignado decírmelo, probablemente una de sus habituales escapadas.

De pronto se volvió hacia mí impetuosa e inquisitiva:

—¿Cómo no lo sabe usted? Anoche subió expresamente a su habitación; pensé que era para despedirse... Es extraño, muy extraño... que tampoco le haya dicho nada a usted.

—¿A mí? —Sólo pude proferir un grito. Y ese grito, para vergüenza mía, arrastró consigo todo lo que en las horas pasadas se había acumulado tan peligrosamente. Se me escapó un sollozo, un aullido furioso; vomité un torrente gutural de palabras atropelladas y de gritos como una única masa apelotonada de desesperación total, lloré, no, me retorcí, expulsé por la boca convulsa en sollozos histéricos todo el sufrimiento almacenado. Mis puños golpearon enloquecidos sobre la mesa, como si fuera un niño irascible y furioso; con la cara cubierta de lágrimas me desahugué de lo que desde hacía semanas pendía sobre mí como una tormenta. Y, aunque sentí alivio en ese desbordamiento descontrolado, también sentí vergüenza infinita de descubrirme de tal manera ante ella.

—¿Qué le sucede?, ¡por Dios!

Ella se había levantado, alarmada. Pero en seguida corrió hacia mí y me condujo desde la mesa al sofá.

—¡Échese, tranquilícese!

Me acarició las manos, me pasó la mano por el pelo, mientras que mi cuerpo tembloroso aún se estremecía bajo los embates que ya amainaban.

—No se atormente usted, Roland..., no permita que le atormenten. Yo ya conozco todo esto, lo veía venir. —Siguió acariciándome el pelo. Pero de pronto, su voz se volvió

dura—: Yo sé hasta qué punto es capaz de confundirle a uno, lo sé mejor que nadie. Pero créame, quise avisarle cuando vi que confiaba totalmente en él, él, que carece de todo control. No le conoce, y sigue sin conocerle incluso ahora. O quizá ha comenzado hoy a comprender algo... mejor para usted, y para él.

Con afecto permaneció inclinada sobre mí, yo sentía como saliendo de una profundidad cristalina sus palabras y la caricia calmante de sus manos tranquilizadoras. Me hacía bien, por fin, sentir de nuevo un poco de compasión y también sentir tiernamente cercana, casi maternal, una mano de mujer. Quizá me había faltado durante demasiado tiempo, y ahora que a través del velo de mi pena recibía el afecto de una mujer cariñosamente afanada por mí, me invadió un bienestar profundo en medio del dolor. Si embargo, ¡cómo me avergonzaba, cómo, de este traicionero arrebató, de esta desesperación reveladora! Y contra mi voluntad me alcé con dificultad y, en una avalancha de gritos y reproches entrecortados, volví a enumerar todo lo que me había hecho aquel hombre: cómo me había rechazado y perseguido, y nuevamente atraído, cómo me había tratado con dureza, sin motivo, sin razón; un verdugo al que me sentía, sin embargo, atado por el afecto, al que odiaba con amor y amaba con odio. Me alteré de nuevo de tal modo que ella tuvo que tranquilizarme otra vez. Sus suaves manos me empujaron contra el sofá del que me había levantado exasperado. Por fin me tranquilicé un poco. Ella guardaba silencio, curiosamente pensativa: sentí que ella lo comprendía todo, quizá mejor que yo...

Durante unos minutos nos unió ese silencio. Entonces ella se puso en pie.

—Bien, durante un buen rato ha sido usted un niño, sea de nuevo un hombre. Venga aquí a la mesa y coma. No ha sucedido nada trágico..., sólo un malentendido que se aclarará. —Y cuando yo hice un gesto escéptico añadió vehemente—: Se aclarará, porque no permitiré que le sigan acosando y confundiendo. Eso tiene que acabar, él debe aprender a dominarse por fin. Usted es demasiado bueno para sus juegos aventureros. Hablaré con él, confíe en mí. Pero ahora siéntese a comer.

Aturdido y sin voluntad me dejé llevar a la mesa. Ella se puso a hablar con precipitación y un cierto nerviosismo de cosas triviales, y yo le agradecí que pasara por alto mi descontrolado estallido y casi lo hubiera olvidado. Mañana era domingo, dijo, pensaba ir de excursión con el docente W. y su prometida a un lago cercano, por qué no me unía a ellos, para distraerme y liberarme de los libros. Pensaba ella que mi malestar revelaba sobre todo exceso de trabajo y sobreexcitación de los nervios; una vez en el agua o caminando, mi cuerpo volvería a encontrar su equilibrio.

Le prometí ir con ellos. Todo menos estar solo, todo menos mi habitación y esos pensamientos dando vueltas en la oscuridad.

—¡No se quede tampoco esta tarde en casa! ¡Salga a pasear, desfóguese, distraígase! —insistió.

Es curioso —pensé— cómo ella adivina mis sentimientos más recónditos, cómo sabe siempre, a pesar de ser una persona extraña a mí, lo que me conviene, mientras que él, el sabio, no me entiende y me destruye.

Le prometí hacer lo que me recomendaba. Y alzando la mirada con gratitud descubrí un nuevo rostro: el gesto burlón y audaz, que le confería un aire de muchacho travieso y ligero, se había disuelto en una mirada dulce y compasiva; nunca la había visto tan seria.

¿Por qué él nunca me mira con esa bondad? —se preguntaba en mí, apesadumbrado, un confuso sentimiento—.

¿Por qué no ha posado él manos tan propicias, tan tiernas sobre mi pelo, sobre las

mías? Agradecido besé su mano que ella me sustrajo inquieta, casi violenta.

—No se atormente —repitió una vez más, y su voz se volvió a acercarse.

De nuevo apareció un gesto duro en sus labios; irguiéndose bruscamente profirió en voz baja:

—Créame, no lo merece.

Y estas palabras, apenas perceptibles, despertaron el dolor en el corazón ya casi sosegado.

Lo que hice aquella tarde y aquella noche es tan infantil y absurdo que durante años me ha dado vergüenza siquiera pensar en ello; una censura interior borró precipitadamente incluso el menor recuerdo de aquel momento. Bien, hoy no me avergüenzo ya de aquellas absurdas tonterías; al contrario, hoy entiendo muy bien al fogoso y apasionado joven que pretendía superar a la fuerza su propia inseguridad emocional.

Me veo como desde el final de un túnel inmensamente largo, como a través de un telescopio: veo al joven exaltado y desesperado que sube a su habitación y no sabe qué emprender en contra de sí mismo. Y que de repente se pone la chaqueta, adopta una actitud firme, saca de sí mismo gestos de enérgica decisión y sale con pasos resueltos a la calle. Sí, soy ese muchacho, me reconozco, comprendo cada pensamiento de ese pobre chico angustiado de entonces, recuerdo que me di un estirón, incluso delante del espejo, y me dije:

—¡Me importa tres pitos! ¡Que se vaya al diablo! ¡No pienso sufrir por ese viejo loco! ¡Ella tiene razón: hay que alegrarse, divertirse un día! ¡Adelante!

En serio, así salí entonces a la calle. Fue un arranque para liberarme... y luego una huida, un único y cobarde deseo de escapar a la evidencia de que esa energía jovial no era tan jovial y que el bloque de hielo seguía inmóvil encima de mi corazón. Aún recuerdo cómo iba por la calle, con el pesado bastón en la mano, fijando la mirada en cada estudiante que pasaba; tenía el peligroso deseo de empezar una pelea con quien fuera, de desfogar la ira que me embargaba sin escape posible golpeando al primero que se cruzara en mi camino. Pero afortunadamente nadie me consideró digno de su atención. Así me dirigí a aquel café en el que solían reunirse mis compañeros del seminario, dispuesto a sentarme a su mesa sin ser invitado y a interpretar la menor alusión como un pretexto para el enfrentamiento. Pero, una vez más, mi predisposición pendenciera cayó en el vacío; el hermoso día había animado a la mayoría a ir de excursión, y los dos o tres estudiantes que había allí reunidos me saludaron educadamente y no ofrecieron a mi febril irritación la menor oportunidad. Fastidiado los dejé pronto y fui a un local de evidente mala nota de las afueras donde a los sonos de una ramplona orquesta femenina la escoria de los habitantes de la pequeña ciudad sedientos de diversión se apretaban bulliciosos entre el humo y la cerveza. Bebí precipitadamente dos, tres vasos, invité a mi mesa a una mujerzuela casquivana y a su amiga, otra mujer de mal vivir, reseca y maquillada, y disfruté morbosamente comportándome de la manera más inconveniente. Todos me conocían en la pequeña ciudad, todos sabían que era alumno del profesor; mis acompañantes se daban a conocer inconfundibles por su atuendo y su comportamiento... así me daba yo el dudoso y estúpido gusto de comprometerme y comprometerle a él (como insensatamente creía); que vean —pensé— que él me importa poco, que no me interesa lo que pueda opinar; y ante todo el mundo hacía la corte a aquella mujer pechugona de la manera más soez y desvergonzada. Era como una borrachera de maldad rabiosa y pronto una borrachera real, porque bebimos de todo sin tino: vino, aguardiente, cerveza, y estábamos tan desmandados que cayeron sillas al suelo y los vecinos se apartaron disimuladamente. Pero yo no estaba

apurado, al contrario; que se entere de lo poco que me importa, bramaba yo, pobre imbécil, ¡no estoy triste, no estoy disgustado... al contrario!

—¡Más vino, que traigan más vino! —chillaba dando con el puño en la mesa y haciendo temblar los vasos. Por fin me fui con mis dos acompañantes, una cogida a mi brazo derecho y la otra al izquierdo, a la calle principal donde la hora habitual del paseo, las nueve, reunía a estudiantes y muchachas, ciudadanos y militares en un agradable callejeo: como un trébol zafio y vacilante los tres íbamos armando tal escándalo por la calzada que por fin un guardia se nos acercó enfadado y nos mandó enérgicamente callar. Me resulta imposible describir con exactitud lo que luego sucedió; un vapor azul y alcohólico me nubla el recuerdo, sólo sé que asqueado de las dos mujeres borrachas y apenas en mis cabales les di dinero, tomé aun café y coñac en algún lugar, y solté una filípica contra el profesor delante de la universidad, para regocijo de los chicos agolpados. Entonces, animado por el oscuro instinto de ensuciarme todavía más e insultarle a él —¡presunción loca de una cólera confusa y apasionada!—, se me ocurrió ir a una casa pública, pero no encontré el camino y, por fin, regresé dando traspiés y malhumorado a casa. Abrir el portal fue hartamente difícil para mi mano torpe; con gran esfuerzo me arrastré escaleras arriba.

Pero entonces, delante de su puerta, la densa borrachera se esfumó como si hubiera metido la cabeza en agua helada. Repentinamente sobrio miré espantado al rostro desencajado de mi propia e impotente locura. La vergüenza me anonadó. Y callado, encogido como un perro apaleado, para que nadie me oyera, subí sigilosamente a mi habitación.

Dormí como un muerto; cuando me desperté el sol inundaba el suelo y ascendía hasta el borde de la cama; me levanté de un salto. En la cabeza dolorida surgió fragmentario el recuerdo de la noche pasada; pero rechacé la vergüenza, no quería volver a sentir vergüenza. Era su culpa —me dije hipócritamente—, exclusivamente la culpa de mi profesor si yo me dedicaba a la mala vida. Para tranquilizarme pensé que lo del día anterior no había sido más que una juerga estudiantil, permitida sin duda al que desde hacía semanas y semanas no conocía otra cosa que trabajo y más trabajo; pero mi justificación no me convenció, y bastante atribulado bajé en actitud contrita a ver a la mujer de mi profesor, recordando mi promesa del día anterior de ir con ella de excursión.

Extraño: nada más tocar el picaporte de su puerta sentí presente a mi profesor, y con ello también el dolor ardiente, insensato e intenso, esa desesperación rabiosa. Llamé discretamente a la puerta; su mujer me salió a abrir con una mirada extrañamente dulce.

—¡Qué cosas hace usted, Roland! —dijo con más compasión que reproche—. ¿Por qué se atormenta usted así?

Me quedé de piedra: así que ella ya había oído hablar de mi estúpida correría. Pero en seguida calmó mi sofoco:

—Hoy vamos a ser razonables. A las diez vendrán el docente W. y su prometida, entonces saldremos al campo y remaremos y nadaremos hasta olvidar todas las tonterías.

Aún me permití preguntar innecesariamente si el profesor había vuelto a casa. Ella me miró sin contestar, yo sabía bien que la pregunta era impertinente.

A las diez en punto se presentó el docente, un joven físico que, como judío, estaba bastante aislado en la comunidad académica y era prácticamente el único que trataba con nosotros, los marginados; le acompañaba su prometida, quizá más bien su amante, una muchacha que no dejaba de reír, algo simple y tarambana, pero por eso mismo la compañía adecuada para una excursión improvisada. Cogimos el tren y fuimos comiendo, charlando y riendo ininterrumpidamente hasta un pequeño lago cercano. Las semanas de atosigante

seriedad me habían desacostumbrado hasta tal punto de la jovialidad coloquial que esa hora me emborrachó como vino espumoso. Verdaderamente, con su alegría infantil y desenfadada consiguieron apartar mis pensamientos del oscuro y viscoso panal alrededor del cual revoloteaban zumbando constantemente y, cuando nada más pisar la naturaleza sentí de nuevo mis músculos en una improvisada carrera con la muchacha, volví a ser el chico activo y despreocupado de siempre.

En el lago alquilamos dos barcas de remos, la mujer de mi profesor llevaba el timón de la mía, mientras que el docente y su amiga compartían los remos. Nada más despegar del embarcadero se apoderó de nosotros el afán competitivo deportivo de adelantamos los unos a los otros; yo estaba en desventaja porque mientras ellos remaban a dúo yo tenía que enfrentarme a ellos en solitario; pero quitándome la chaqueta me puse manos a la obra, como experto en esta materia deportiva que era, con tal energía que con fuertes golpes de remo conseguí mantenerme por delante de la barca vecina. Entre ambas embarcaciones iban y venían sin parar voces de ánimo y bromas, uno provocaba al otro y, sin tener en cuenta el intenso calor de julio, indiferentes al sudor que nos inundaba ignominiosamente, peleamos los unos contra los otros como indómitos galeotes de nuestro afán deportivo. Por fin nuestro objetivo estuvo a la vista: una pequeña lengua de tierra con bosque; redoblamos furiosamente nuestro esfuerzo y, para regocijo de mi compañera de viaje, también inflamada por el juego competitivo, nuestra quilla fue la primera en rozar la arena de la playa. Desembarqué acalorado, embriagado por el sol desacostumbrado, por la sangre alborotada y sonora, por la alegría del triunfo: el corazón agitado se me salía del pecho, la ropa se me pegaba sudorosa al cuerpo. El docente se hallaba en situación parecida, pero en vez de recibir elogios, los tenaces contendientes fuimos ampliamente ridiculizados por las insolentes mujeres que se rieron de nuestros resoplidos y lamentable aspecto. Por fin nos concedieron una tregua para refrescarnos; entre bromas se improvisaron dos secciones, un baño para caballeros y otro para damas, a la derecha y a la izquierda de los arbustos. Nos pusimos rápidamente los trajes de baño, detrás de los arbustos centellearon ropa blanca y brazos desnudos, y ya las dos mujeres retozaban plácidamente en el agua mientras nosotros nos disponíamos a hacer lo mismo. El docente, menos cansado que yo, que había ganado contra dos, se tiró en seguida al agua detrás de ellas; yo, sin embargo, que había remado con quizá excesivo ímpetu y aún sentía el corazón golpear vehemente contra las costillas, me eché tranquilamente en la sombra y dejé pasar con placer las nubes sobre mí, disfrutando voluptuosamente el torbellino dulce y zumbante del cansancio en la sangre acelerada.

A los pocos minutos surgieron gritos impacientes desde el agua:

—¡Roland, vamos! ¡Concurso de natación! ¡Competición! ¡Premios de buceo!

No me moví; me parecía que podía quedarme así mil años, la piel ardiendo suavemente bajo el sol que se infiltraba y, al mismo tiempo, refrescada por la caricia de la brisa delicada. Pero de nuevo volaron hacia mí las risas y la voz del docente:

—¡Está en huelga! ¡Le hemos dado una buena paliza! ¡Vamos, vaya a buscar a ese vago!

Y en efecto, oí un chapoteo cercano y ya cerca de mí, la voz de ella:

—¡Vamos, Roland, concurso de natación! ¡Tenemos que demostrarles lo que valemos!

No contesté, me divertía que me buscara.

—¿Dónde está usted? —La arena crujió bajo sus pisadas, oí pies desnudos correr buscando por la playa, y de pronto estaba delante de mí, el traje de baño mojado pegado al

cuerpo esbelto de muchacho.

—Aquí está. ¡Oh, qué indolente! No sea perezoso, los otros ya están casi en la isla.

Tumbado boca arriba me desperaré remolón:

—Aquí se está mejor. Ya les seguiré más tarde.

—¡No quiere moverse! —gritó ella hacia el agua haciendo bocina con las manos.

—¡Al agua con ese fanfarrón! —resonó desde lejos la voz del docente, pero yo sólo bostecé desganado. Entonces ella, bromeando pero también un poco irritada, rompió una rama del arbusto.

—¡Vamos! —repitió enérgica y me rozó el brazo con un varazo juguetón. Di un salto: me había dado fuerte, una línea fina como de sangre se dibujaba roja sobre mi brazo.

—Ahora sí que no voy —dije en broma y también un poco enfadado. Entonces ella, de verdad encolerizada, ordenó: —¡Venga usted, ahora mismo! —Y cuando yo, testarudo, no me moví me propinó, esta vez con más fuerza, otro violento y quemante varazo. Me levanté enfurecido para arrancarle la vara; ella retrocedió, pero la cogí del brazo. En la lucha por la vara nuestros cuerpos medio desnudos se acercaron. Y cuando cogí su brazo y le retorcí la muñeca para obligarla a dejar caer la vara, y ella se echó bruscamente hacia atrás para evitarme, algo sonó..., el pasador que sujetaba su traje de baño en el hombro se había roto, la parte izquierda cayó dejando al aire su pecho, el capullo de su seno me desafió rojo y rígido. No pude evitar mirar, sólo durante un segundo, pero me turbó: temblando y azorado dejé caer la mano que sujetaba. Ella se volvió ruborizándose para arreglar provisionalmente el pasador roto con una horquilla del pelo. Me quedé sin saber qué decir. También ella guardó silencio. Y a partir de ese momento se estableció entre nosotros una inquietud atenazadora y ahogada.

—¡Hola, hola! ¿Dónde estáis? —Desde la pequeña isla llegaban a nosotros las voces.

—Ya vamos —contesté atropelladamente y me tiré de un salto al agua, contento de escapar a una nueva confusión. Un par de brazadas bajo el agua, el placer emocionante de autopropulsarse, la transparencia y frescura del elemento insensible, y ya el peligroso hormigueo y el hervor de la sangre habían sido barridos por un placer más fuerte y luminoso. Pronto me uní a los otros dos, reté al endeble docente a una serie de carreras, en las que gané, y regresamos a la playa donde la rezagada ya nos esperaba vestida y preparamos entre risas una merienda al aire libre con lo que habíamos traído en unas cestas. Pero por más que el buen humor reinaba entre los cuatro, ella y yo evitábamos dirigimos la palabra: hablábamos y reíamos, por así decir, pasándonos por alto mutuamente. Y cuando nuestras miradas se encontraban huían precipitadamente con inexpresada consonancia de sentimientos: la tensión del reciente incidente aún no se había disipado y cada uno sentía el recuerdo del otro con ruborizado desasosiego.

La tarde pasó deprisa con una nueva sesión de remo, pero el acaloramiento de la pasión deportiva iba cediendo a un agradable cansancio: el vino, el calor, el sol absorbido se fueron filtrando en la sangre y le dieron un fluir más rojo. El docente y su amiga empezaron a permitirse pequeñas confianzas, que nosotros dos teníamos que tolerar con cierto rubor; mientras ellos se acercaban cada vez más el uno al otro, nosotros guardábamos con tanto más empeño las distancias; pero la condición de pareja se manifestaba claramente en que los dos tórtolos preferían quedarse atrás por el camino del bosque, sin duda para besarse más a gusto, y durante esos momentos de soledad a dos una cierta timidez entorpecía nuestra conversación. Al final los cuatro estábamos contentos de tomar de nuevo el tren, ellos con la expectativa de una noche amorosa, nosotros por escapar, por fin, a una

incómoda situación.

El docente y su amiga nos acompañaron hasta nuestra casa. Subimos solos las escaleras; nada más entrar sentí atormentadora la admonición nostálgicamente confusa de la presencia de mi profesor.

¡Ojalá hubiera vuelto ya!, pensé impaciente. Y ella como si me hubiera leído en los labios el reprimido suspiro dijo:

—Veamos si ya ha regresado.

Entramos. El piso estaba en silencio. En la habitación del profesor todo estaba sin alterar: inconscientemente mi sentimiento excitado dibujó su apesadumbrada y trágica figura en el sillón vacío. Pero las páginas en blanco estaban sin tocar, esperando como yo. Y entonces me invadió de nuevo la desolación: ¿por qué había huido?, ¿por qué me dejaba solo? La ira celosa me atenazó furiosa la garganta, de nuevo brotó espeso en mí ese deseo estúpido y caótico de hacer algo malo y odioso contra él.

La mujer me había seguido.

—Se quedará a cenar aquí, ¿verdad? Hoy no debe usted estar solo.

¿Cómo sabía ella que me daba miedo mi habitación vacía, el crujir de la escalera, el recuerdo insistente? Siempre intuía en mí cada pensamiento inexpresado, cada deseo malévolo.

Me asaltó un extraño temor, temor de mí mismo y del torbellino de odio en mi interior, quise rechazar su invitación. Pero fui cobarde y no me atreví a decir que no.

Siempre he rechazado el adulterio, no por una ética estricta o por puritanismo y moral, no tanto porque significa una usurpación en la oscuridad, la posesión de un cuerpo extraño, sino porque cada mujer en esos momentos traiciona el último secreto de su marido; es una Dalila, que roba al engañado su secreto más humano y se lo entrega a un extraño, el secreto de su fuerza y de su debilidad. No es que me parezca una traición que las mujeres se entreguen ellas mismas, sino que en esas ocasiones para justificarse alzan el lienzo protector de la intimidad de su marido y ofrecen, por así decir, al desprevenido durante el sueño a una curiosidad ajena, a la carcajada burlona y gozosa.

No es, pues, que yo entonces, confundido por una desesperación ciega, encontrara refugio en los brazos, primero sólo compasivos, luego tiernos de su mujer —un sentimiento dio paso al otro con celeridad fatal—, no es esto lo que todavía hoy considero la baja más lamentable de mi vida (porque sucedió sin voluntad, ambos caímos inconscientes en el abismo ardiente), sino que sobre la almohada caliente me dejé detallar intimidades que le concernían a él, que le permití a su encendida mujer que me revelara secretos de su matrimonio. ¿Por qué toleré sin protestar que ella me contara que desde hacía años él la rehuía camalmente y le permití oscuras alusiones? ¿Por qué no la mandé enérgicamente callar sobre ese secreto del sexo de su marido? Pero yo ansiaba tanto conocer su secreto, necesitaba hasta tal punto saber que era culpable frente a mí, frente a ella, frente a todos, que acepté embriagado este exasperado testimonio de su deserción marital; ¡era tan parecido a mi propio sentimiento de abandono! Así sucedió que los dos hicimos, por turbulento odio compartido, lo que podía pasar por un acto amoroso: pero mientras nuestros cuerpos se buscaban e interpenetraban, los dos no hacíamos otra cosa que hablar, una y otra vez, de él. A veces sus palabras me hacían daño, y me daba vergüenza estar atrapado por lo que aborrecía. Sin embargo, el cuerpo ya no me obedecía, salvaje se regodeaba en su propio placer. Y con un escalofrío yo besaba los labios que traicionaban al ser que yo más quería.

A la mañana siguiente subí a mi habitación con la lengua amarga de repugnancia y bochorno. En el momento en que el calor de su cuerpo ya no me turbaba los sentidos

comprendí la realidad estridente y lo infame de mi traición. Nunca más —enseguida lo supe — podría presentarme ante los ojos de mi profesor, nunca más podría aceptar su mano: no le había robado su mejor tesoro a él sino a mí mismo.

Ahora sólo había una salvación: huir. Febrilmente metí en la maleta todas mis cosas, ordené mis libros, pagué a mi patrona: él no debía encontrarme ya allí, también yo desaparecería, sin motivo y misteriosamente, como él había desaparecido para mí.

Pero en medio de esta actividad afanosa las manos se me paralizaron repentinamente. Había oído el crujir de la escalera de madera, un paso subía precipitadamente los peldaños... el paso suyo.

Debí de ponerme pálido como un muerto. Porque nada más entrar reaccionó asustado:

—Muchacho, ¿qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

Di un paso atrás. Le evité cuando quiso acercarse extendiendo una mano auxiliadora.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado—, ¿te ha sucedido algo? ¿O quizá aún estás enfadado conmigo?

Obstinadamente permanecí vuelto hacia la ventana. No podía mirarle. Su voz cálida y compasiva abría en mí algo parecido a una herida: a punto de desvanecerme sentí que un chorro incandescente de vergüenza brotaba en mi interior, caliente, muy caliente, ardiente y quemante.

También él estaba sorprendido, confundido. Y de pronto —su voz se hizo pequeña y tímida— murmuró una extraña pregunta:

—¿Te ha dicho alguien... algo... algo sobre mí?

Sin volverme hice un gesto negativo. Algún pensamiento alarmado parecía dominarle porque repitió insistentemente:

—Dímelo... confíésalo... ¿ha dicho alguien algo sobre mí? Cualquiera persona, no pregunto quién.

Volví a negarlo. Él estaba desconcertado. Entonces se dio cuenta de que mi maleta estaba hecha, mis libros apilados y que su venida había interrumpido mis últimos preparativos de viaje. Agitado se acercó.

—¿Quieres marcharte, Roland? Lo veo... Dime la verdad.

Me sobrepuse, por fin.

—Debo irme... perdóneme... pero no puedo hablar sobre ello... ya le escribiré. — Con la garganta atenazada no fui capaz de decir nada más, y en cada palabra me dejé el corazón.

Él se quedó lívido. Luego adoptó esa característica actitud fatigada.

—Quizá sea mejor así, Roland... sin duda, es mejor así... para ti y para todos. Pero antes de que te vayas quiero hablar una vez más contigo. Ven a las siete, a nuestra hora acostumbrada... Celebraremos la despedida, como hombres... Nada de huir ante ti mismo, nada de cartas... sería infantil e indigno de nosotros... y, además, lo que quiero decirte no necesita una pluma... Vendrás, ¿verdad?

Me limité a inclinar afirmativamente la cabeza. Mi mirada no se atrevía a apartarse de la ventana. Pero yo ya no veía nada de la claridad de la mañana, un velo espeso y oscuro había descendido entre el mundo y yo.

A las siete entré por última vez en la habitación amada: un atardecer anticipado entraba por las cortinas, desde la profundidad relucía tenuemente la piedra fluida de las figuras de mármol, y los libros dormitaban negros detrás de los reflejos nacarados de las

vitricas. Espacio secreto de mis recuerdos, donde la palabra se me había revelado mágica, y donde había vivido como en ningún otro lugar la vorágine y el éxtasis del espíritu... siempre te veo en esta hora de la despedida, y siempre veo a la venerada figura como ahora, despegándose lentamente del respaldo del sillón y viniendo a mi encuentro como una sombra: su frente abombada reluce como una lámpara de alabastro en la oscuridad, y encima ondea como humo el pelo blanco del anciano. Ahora surge desde abajo una mano, trabajosamente extendida, que busca la mía, ahora veo sus ojos graves puestos en mí, y ya siento mi brazo rodeado suavemente y que él me conduce a su sillón.

—Siéntate, Roland, y hablemos claro. Somos hombres y debemos ser francos. No quiero obligarte, pero ¿no sería mejor que la última hora creara total claridad entre nosotros? Dime, pues, ¿por qué quieres marcharte? ¿Estás enfadado conmigo por aquella estúpida ofensa?

Dije que no con un gesto. ¡Era insoportable que él, el engañado y traicionado, pretendiera cargar con la culpa!

—¿Te he ofendido consciente o inconscientemente alguna vez? En ocasiones soy raro, lo sé. Y te he provocado y atormentado contra mi propia voluntad. Nunca te he agradecido lo suficiente tu ayuda; lo sé, lo sé, siempre lo he sabido, incluso en los momentos en los que te hacía daño. ¿Es éste el motivo?, dímelo Roland, porque desearía que nos separáramos honestamente.

De nuevo sacudí la cabeza: era incapaz de hablar. Su voz era segura, ahora empezó a desorientarse ligeramente.

—O... te pregunto otra vez... ¿te ha revelado alguien algo sobre mí... algo que tú consideras bajo... o repugnante... algo que te hace despreciarme?

—¡No, no, no! —La protesta se me escapó como un sollozo: ¡despreciarle yo, a él! Su voz se volvió ahora impaciente.

—Entonces, ¿qué puede ser?, ¿qué otra cosa puede ser? ¿Estás harto del trabajo? ¿O quizá te llama algo? ¿Una mujer... se trata de una mujer?

Guardé silencio. Y éste era tan diferente que lo interpretó como una afirmación. Se acercó más y susurró en voz muy baja, pero sin apasionamiento y sin ira.

—¿Es una mujer? ¿*Mi propia* mujer?

Seguí callado. Y él comprendió. Un temblor recorrió mi cuerpo: ahora, ahora, ahora estallarí, se echaría sobre mí, me pegaría, me castigaría... y... yo casi lo deseaba, que me azotara, a mí, el ladrón, el traidor, que me echara a latigazos de su casa deshonrada como a un perro sarnoso. Pero incomprensiblemente él permaneció impassible... y como con alivio murmuró para sí mismo, pensativo:

—Debía de habérmelo imaginado.

Paseó dos veces por la habitación de arriba abajo. Luego se quedó parado delante de mí y dijo casi con desprecio: —Y eso... ¿te lo tomas tan a pecho? ¿No te ha dicho ella que es libre de hacer y tomar lo que le venga en gana, que yo no tengo ningún derecho sobre ella? Ningún derecho a prohibirle nada, y tampoco el más mínimo deseo de ello... ¿Por qué ella habría de dominarse, para quién, y precisamente contigo? Tú eres joven, eres claro y bello... estabas muy cerca de nosotros... Cómo no iba a quererte, a ti que eres joven y bello, cómo no iba a quererte... Yo...

De pronto su voz empezó a temblar. Se acercó a mí, tanto que sentí su respiración. De nuevo noté el abrazo cálido de su mirada, de nuevo esa extraña luz, como... como en aquellos raros e insólitos momentos entre él y yo. Se acercó todavía más.

Y entonces murmuró muy bajo, sus labios apenas se movieron:

—Yo... yo también te quiero.

¿Me sobresalté? ¿Me retiré sin querer? Algún gesto de sorpresa debió de escapársele a mi cuerpo porque él retrocedió tambaleándose como un rechazado. Una sombra oscureció su rostro.

—¿Me desprecias ahora? —preguntó en voz muy baja—. ¿Te repugno?

¿Por qué no encontré entonces una palabra adecuada? ¿Por qué me quedé callado, sin amor, acobardado, aturdido, en vez de ir hacia el amigo y quitarle la equivocada preocupación? Pero en mí se agitaban revueltos todos los recuerdos; como si una clave hubiera resuelto de golpe el lenguaje de aquellos mensajes ininteligibles, ahora comprendí todo con terrible claridad, su aproximación cariñosa y su abrupta defensa; comprendí desolado aquella visita nocturna y su obstinada huida ante mi apasionamiento entusiasta e insistente. Amor, siempre lo había percibido en él, tierno y tímido, unas veces impetuoso, otras reprimido con fuerza: yo había amado ese amor y lo había disfrutado en cada uno de sus rayos que caían casualmente sobre mí; pero ahora que el amor, la palabra, venía de boca masculina con tono sensual y tierno, sentí retumbar en las sienes un terror dulce y al mismo tiempo terrible. Y por más que ardía en docilidad y compasión hacia él, no encontré, confuso, tembloroso y acosado muchacho, palabra para su pasión inesperadamente revelada.

Permaneció sentado, abatido, contemplando fijamente mi silencio.

—Tan espantoso es para ti, tan espantoso —murmuró—, tampoco tú... tampoco tú me lo perdonas, tú ante el que he callado hasta casi ahogarme... ante el que me he ocultado como ante nadie... Pero es mejor así, ahora lo sabes, ya no me abrume... Porque era ya demasiado peso para mí... ¡oh, demasiado!... es mejor un final que este silencio y este fingimiento.

Cuánta tristeza, cuánta ternura y cuánto pudor contenían esas palabras; el tono palpitante penetró hasta el fondo de mi ser. Me avergoncé de callar con tanta frialdad, con tan helada insensibilidad ante el hombre del que había recibido más que de ningún otro y que se humillaba tan inútilmente ante mí. El alma me ardía de ganas de decirle una palabra consoladora, pero los labios, temblorosos, no me obedecían.

Y tan aturdido, tan lamentablemente pequeño y encogido me retorció en el sillón que él me animó, casi impaciente:

—No te quedes así, Roland, tan horriblemente callado... Reacciona... ¿De verdad te resulta tan inaceptable? ¿Te avergüenzas hasta ese punto de mí? Ahora ya ha pasado todo, te he dicho todo... al menos deja que nos despedamos decorosamente, como corresponde a dos hombres, a dos amigos.

Pero yo seguía sin serenarme. Entonces él puso su mano en mi brazo:

—Vamos, Roland, siéntate a mi lado... Estoy mejor desde que lo sabes, desde que por fin reina la claridad entre nosotros... Al principio temía que descubrieras todo lo que te aprecio... luego tuve la esperanza de que tú mismo lo comprendieras, sólo para ahorrarme esta confesión... Pero ahora ya está, soy libre... ahora puedo hablarte como nunca he hablado a nadie. Porque tú has estado más cerca de mí que nadie en todos estos años... te he amado como a nadie... Como nadie, muchacho, has despertado lo más profundo de mi ser... Por eso, en la despedida, has de saber de mí más que ningún otro, porque en todas estas horas he percibido tan claramente tu callada pregunta... Tú solo has de conocer toda mi vida. ¿Quieres que te la cuente?

En mis miradas, en mis miradas confundidas y conmovidas, leyó mi sí.

—Acércate... aquí, junto a mí... No puedo decir estas cosas en voz muy alta.

Me incliné hacia él... con devoción, tendría que decir. Pero apenas estuve sentado frente a él, todo oídos, él se levantó de nuevo.

—No, así no puede ser... No debes mirarme... porque si no... si no no puedo hablar. —Y con un movimiento rápido apagó la luz.

La oscuridad nos envolvió. Yo sentía su proximidad, lo notaba en su respiración que se agitaba en el espacio invisible pesada y trabajosa. Y de pronto se alzó entre nosotros una voz que me contó la vida de mi profesor.

Desde aquella tarde en la que este hombre idolatrado me abrió su destino como una concha dura, desde aquella tarde hace cuarenta años, sigue pareciéndome pueril y banal lo que nuestros escritores y poetas escriben en libros como si fuera extraordinario, lo que los dramas enmascaran como trágico sobre los escenarios. ¿Es comodidad, cobardía o miopía la que les induce a dibujar sólo el borde superior iluminado de la vida, donde los sentimientos se explayan abierta y regularmente, mientras que abajo, en los sótanos, en las cavidades de las raíces y en las cloacas del corazón pululan brillando fosforescentes las verdaderas y peligrosas fieras de la pasión, apareándose y destrozándose en la oscuridad en todas las formas fantásticas de la relación? ¿Les asusta el aliento tórrido y devorador de los instintos demoníacos, el vapor de la sangre ardiente, temen ensuciarse las delicadas manos con las pústulas, o acaso su mirada acostumbrada a uña luz suave no encuentra el camino de estos escalones escurridizos, peligrosos y cubiertos de podredumbre? Y sin embargo, para el sabio ningún placer iguala al que proporciona lo oculto, ningún escalofrío es tan poderoso como el que emana del peligro, y ningún sufrimiento es tan sagrado como el que no se expresa por pudor.

Aquí, sin embargo, se me revelaba un hombre en su extrema desnudez, aquí un ser humano se desgarraba el pecho, anhelante por descubrir el corazón martirizado, envenenado, quemado y purulento. Una voluptuosidad desenfadada se liberaba, a la manera de los flagelantes, en esta confesión reprimida durante años y años. Sólo el que había pasado vergüenza toda una vida, se había encogido y ocultado, podía dar rienda suelta con tan avasalladora vehemencia a la implacabilidad de una confesión de este tipo. Un hombre se arrancaba aquí la vida del pecho, trozo a trozo, y en esta hora yo, que aún era un muchacho, me asomé por primera vez a las profundidades inimaginables del sentimiento terrenal.

Al principio, su voz flotaba incorpórea en el espacio, confuso humo de la excitación, esbozo incierto de un proceso secreto, y sin embargo, precisamente en este dificultoso dominio de la pasión se veía venir su violencia posterior, así como en determinados compases retenidos, que anteceden a un ritmo agitado, se presiente en los nervios el furioso.

Entonces empezaron a surgir llameantes las imágenes, sacadas del fondo entre convulsiones por la tempestad interna de la pasión y lentamente iluminadas. Vi primero un niño, tímido y retraído, que no se atreve a hablar con los compañeros, pero al que un deseo confuso, físico y perentorio, le empuja apasionadamente hacia el muchacho más bello del colegio. Pero éste le ahuyenta con un rechazo furioso cuando se acerca a él con excesiva solicitud, otro se burla de él con una palabra de cruel claridad, y aún hay algo peor: ambos revelan a los demás esta inclinación desviada. E inmediatamente un frente unánime y secreto de burla y humillación excluye al aturdido como a un apestado del círculo de su alegre compañía. El camino diario al colegio se convierte en un vía crucis, y las noches en un infierno de autorreproches para el joven estigmatizado: el excluido siente su desviado deseo, hasta ese momento sólo materializado en sueños, como una locura y un vicio

deshonroso.

La voz narradora vacila insegura: durante un instante parece querer esfumarse en la oscuridad. Pero un suspiro la expulsa al exterior nuevamente, y del humo oscuro surgen nuevas imágenes, alineadas como sombras fantasmales. El niño es ya estudiante en Berlín; por primera vez la ciudad subterránea procura satisfacción a su reprimida inclinación, pero ¡qué sucios de repugnancia, qué envenenados por el miedo son estos encuentros furtivos en esquinas oscuras, en la sombra de estaciones y puentes, qué pobres en su convulsivo placer y qué terribles por el peligro que comportan, terminando generalmente en chantaje y cada uno arrastrando semanas después una viscosa huella de caracol de helado miedo! Caminos infernales entre la sombra y la luz: mientras durante el día luminoso y diligente el elemento cristalino del espíritu purifica al estudioso, la noche empuja una y otra vez al apasionado a los arrabales, a la compañía de personajes dudosos, que huyen ante todo uniforme de policía, a tugurios infectos cuya puerta desconfiada sólo se abre ante una cierta sonrisa. Y la voluntad ha de controlarse férreamente para ocultar cuidadosamente esta duplicidad de la vida cotidiana, para esconder a la mirada ajena el secreto meduseo, exhibiendo impecable durante el día la compostura grave y digna de un docente, para por la noche explorar de incógnito los bajos fondos de esas aventuras furtivas, encerradas en la sombra de farolas titubeantes. Una y otra vez el martirizado intenta con el látigo del autodominio reducir a sus límites la pasión desbocada, una y otra vez el instinto le arrastra a lo oscuro y peligroso. Diez, doce, quince años de lucha agotadora contra la fuerza invisible y magnética de la inclinación incurable pasan como una única convulsión. Gozar sin placer, vergüenza atroz y poco a poco la mirada oscurecida, escondida cobarde en sí misma, del miedo a la propia pasión.

Por fin, ya tarde, pasados los treinta, un intento violento de situar el carro de la vida en el camino de la conformidad. En casa de un familiar conoce a su futura mujer, una muchacha que atraída vagamente por el secreto de su vida le demuestra verdadero afecto. Y por primera vez, el cuerpo andrógino y la manera de ser juvenil y resuelta de la muchacha consiguen engañar por breve tiempo su pasión. Una fugaz relación vence su resistencia contra lo femenino, por primera vez está dominado, y esperando dominar con esta relación también su inclinación desviada, impaciente por anclarse donde ha hallado por primera vez sujeción ante esa señal interna hacia el peligro, contrae matrimonio de prisa —después de una confesión voluntaria— con la joven. Ahora, piensa, queda cerrado el camino de retorno a zonas temibles. Durante unas pocas semanas vive despreocupado; pero pronto el nuevo estímulo demuestra ser ineficaz, el deseo primitivo, tozudamente imperioso. Y a partir de ese momento la decepcionante decepcionada sólo sirve de pantalla para ocultar ante la sociedad las inclinaciones reincidentes. Una vez más el camino conduce arriesgadamente al límite de la ley y de la sociedad hacia la oscuridad de los peligros.

Y una especial tortura se añade a la confusión íntima: se prepara para un cargo en el que esta tendencia es una maldición. Para el docente y poco después para el bien remunerado profesor el trato constante con los jóvenes es una obligación del cargo, la tentación le ofrece, una y otra vez, la nueva flor de la juventud al alcance de la mano, efebos de un gimnasio invisible en el mundo prusiano de los parágrafos. Y todos —¡nueva maldición, nuevo peligro!— le aman apasionadamente, sin reconocer el rostro de Eros tras la máscara del maestro; son felices cuando su mano (temblando en secreto) les roza jovialmente, malgastan su entusiasmo en alguien que ha de retenerse continuamente frente a ellos. ¡Torturas de Tántalo: ser duro contra el afecto insistente, constantemente en pugna interminable con la propia debilidad! Y siempre que estaba a punto de ceder a una tentación

emprendía la huida. Eran esas escapadas, cuyas desapariciones y reapariciones fulminantes tanto me confundieron en su día: ahora veía en el espantoso camino de esta huida ante sí mismo la huida al horror de los caminos tortuosos y los abismos. En esas ocasiones viajaba siempre a una gran ciudad, donde tenía gente de confianza en lugares apartados, personas de clase baja, cuyo trato degradaba, juventud prostituida en lugar de la juventud entregada con entusiasmo, pero necesitaba ese horror, ese lodazal, esa adversidad, ese venenoso picante de la desilusión para luego, en casa, en el círculo confiado de los estudiantes, estar de nuevo seguro de sus sentimientos. ¡Oh, qué encuentros..., qué personajes fantasmales y, sin embargo, terrenalmente malolientes me conjuraba su confesión! Porque este noble hombre del espíritu, al que la belleza de las formas era innata y necesaria como el respirar, este puro dominador de todos los sentimientos debía enfrentarse a las últimas humillaciones de la tierra en aquellas tabernas tenebrosas y mugrientas, que sólo admiten a los iniciados; él conocía las exigencias descaradas de los chicos callejeros, la familiaridad insinuante de los ayudantes de peluquería perfumados, la risita nerviosa de los travestidos con sus faldas de mujer, la codicia de dinero de los actores sin trabajo, la tosca caricia de los marineros que mastican tabaco... todas esas retorcidas, atemorizadas, trastornadas y fantásticas formas en las que el sexo descaminado se busca y reconoce en la franja más baja de las ciudades. Todas las humillaciones, la abyección y la violencia habían cruzado su camino en esos recorridos viscosos: le habían robado todo varias veces (porque era demasiado débil, demasiado noble para pelearse con un mozo de cuadra); sin reloj y sin abrigo había vuelto a casa, encima escardecido por el compañero borracho de un equívoco hotel de arrabal. Chantajistas se habían pegado a sus talones, uno le había perseguido paso a paso durante meses hasta la misma universidad, se había sentado insolente en la primera fila de pupitres y había mirado con sonrisa encanallada al profesor conocido en toda la ciudad que, temblando bajo ese guiño confianzudo, había terminado su clase con gran dificultad. Una vez —el corazón se me paró cuando me confesó también eso— había caído en manos de la policía en Berlín durante una redada en un bar de mala nota; con esa repugnante risa sardónica del subalterno que por una vez se siente superior a un intelectual, un grasiento agente de mejillas coloradas apuntó el nombre y la profesión del amedrentado, comunicándole por fin indulgente que por esta vez quedaba libre y sin cargos, pero que su nombre estaba desde ahora registrado en cierta lista. Y así como en el vestido de una persona que pasa mucho tiempo en habitaciones con olor a aguardiente barato ese olor queda impregnado indeleblemente, así debió de traspasar allí, en la ciudad, empezando en algún lugar imposible de establecer, un rumor difamador, porque igual que antaño en el colegio, ahora se helaban cada vez más ostensiblemente la conversación y el saludo entre los colegas, hasta que también allí ese espacio cristalino y transparente de extrañeza aisló de los demás al siempre solitario.

Y a pesar de su reclusión en la casa cerrada bajo siete llaves, se sentía espionado y reconocido.

Este corazón torturado y atemorizado nunca había obtenido el don de un amigo puro, de nobles convicciones, que hubiera sido la digna respuesta al avasallador afecto masculino: siempre se veía obligado a dividir sus sentimientos en un grado superior y un grado inferior, en la relación delicadamente anhelante con los jóvenes compañeros intelectuales de la universidad, y aquellos compinches conquistados en la oscuridad, que por la mañana recordaba sólo con un escalofrío. A aquel hombre ya maduro no le había sido dada nunca la experiencia del afecto puro, entrañable de un joven y, cansado por las decepciones, los nervios desgastados por esa caza espinosa en la selva, el resignado ya se

había dado por vencido... pero entonces surgió en su vida un joven, y se dirigió apasionado a él, el ya encanecido, se ofreció a sí mismo con su palabra y su ser, deseoso de sacrificarse, ardiendo de entusiasmo, al anonadado, que asustado se halló ante un milagro ya inesperado, sintiéndose indigno de un regalo tan puro y tan desinteresado. Una vez más había venido un mensajero de la juventud, de apuesta figura y sentimiento apasionado, ardiendo en fuego espiritual por él, atado a él afectuosamente por lazos de simpatía, anhelando su amor y sin idea de su peligro. La antorcha de Eros en el alma ingenua, valiente e inconsciente como Parsifal, el cándido, se acercó a la herida envenenada, sin saber nada del maleficio y que su venida ya traía consigo la curación... el tan esperado durante toda una vida entró en la casa en la última hora del crepúsculo, demasiado tarde.

Y con este personaje así descrito la voz salió de la oscuridad. Algo claro parecía transfigurarla, una profunda ternura vibrante le confería musicalidad, mientras esa boca de poderosa retórica hablaba de ese joven, tardíamente amado. Yo temblaba con ella de emoción y de felicidad partícipe, pero de pronto... un martillazo me paralizó el corazón. Pues ese joven ardiente del que hablaba mi profesor era... era... El rubor me inundó la mejillas... ¡era yo mismo! Me vi surgir de un espejo en llamas, envuelto en tal luz de amor insospechado que su resplandor me quemó. Sí, ése era yo; me fui reconociendo más y más, mi manera entusiasta e impulsiva, ese deseo fanático de estar a su lado, el éxtasis exigente, que no se contenta con lo espiritual, reconocí al muchacho atolondrado y vital que ignorando su poder despierta una vez más la semilla fecunda de la creación en el ofuscado, que enciende una vez más la antorcha de Eros, abandonada con cansancio, en su alma. Asombrado reconocí lo que yo, el tímido muchacho, había significado para él, que amaba mi exuberancia como la sorpresa más sagrada de su vejez; y al mismo tiempo reconocí con qué energía su voluntad me había mantenido a distancia: porque de mí, al que amaba limpiamente, no quería recibir burla o rechazo, ese estremecimiento de la corporeidad ofendida, ni entregar a los sentidos esa última gracia del destino hostil para un juego placentero. Por eso opuso tan obstinada resistencia a mis avances, repelió mi sentimiento desbordante con la brusca ducha de la ironía helada, dio a la palabra amiga de dulce fluir una dureza convencional, dominó la mano que se ceñía cariñosa; sólo por mí se obligó a esas rudezas que debían volverme a la razón y salvarle a él, y que durante semanas me afligieron el alma. Comprendí con espantosa claridad la confusión desoladora de aquella noche cuando él, sonámbulo de sus imperiosos sentidos, subió la desvencijada escalera para luego con aquella palabra ofensiva salvarse a sí mismo y a nuestra amistad. Y emocionado, consternado y agitado como bajo la fiebre, deshecho en compasión, comprendí cuánto había sufrido por mí, con qué heroísmo se había dominado por mi causa.

Esa voz en la oscuridad, esa voz en la oscuridad, ¡cómo la sentía entrar hasta el entramado más profundo de mi pecho! Había en ella un tono como no lo había percibido nunca, ni antes ni después; un tono desde profundidades que el destino medio nunca sondea. Un hombre sólo hablaba así a otro hombre una vez en su vida, para después callar eternamente, como se dice del cisne en la leyenda, que sólo moribundo puede elevar la áspera voz para cantar. Y recibí esa voz de impetuosa acometida, esa voz penetrante y ardiente, con fervor y dolor, como una mujer recibe al hombre...

Y de repente esa voz enmudeció, y entre nosotros sólo hubo oscuridad. Yo le sabía cerca. Sólo tenía que alzar la mano y extenderla para tocarle. Y sentí el poderoso deseo de consolar al que sufría.

Pero entonces éste hizo un movimiento. La luz se encendió. Una figura fatigada, envejecida y abatida se alzó del sillón... un hombre viejo y agotado avanzó lentamente

hacia mí.

—Adiós, Roland, ¡ni una palabra más entre nosotros! Te agradezco que hayas venido... y es bueno para los dos que te vayas... Adiós... ¡Deja que te bese al separarnos!

Como impelido por una fuerza mágica me acerqué vacilante a él. Aquella luz que normalmente parecía mitigada por un confuso humo ardía ahora abiertamente en sus ojos: llamas vivas saltaban de ellos. Me atrajo hacia sí, sus labios oprimieron sedientos los míos, con nervio, con un gesto brusco me estrechó entre sus brazos.

Fue un beso como nunca lo había recibido de una mujer, salvaje y desesperado como un grito de muerte. El estremecimiento convulso de su cuerpo pasó al mío. Vibré presa ambivalente de una emoción extraña y terrible, entregado con toda mi alma y, sin embargo, asustado por un rechazo contrariado del cuerpo acariciado por otro hombre; espantosa confusión del sentimiento, que hizo que sintiera unos segundos comprimidos como una eternidad aturdidora.

Por fin me soltó —fue un movimiento brusco como si un cuerpo se desgarrara violentamente—, se volvió con esfuerzo y se tiró en un sillón, dándome la espalda: durante unos minutos permaneció mirando fijamente al vacío. Pero la cabeza empezó a pesarle, se inclinó primero cansada y apagada, luego, como un peso excesivo cae al abismo después de un largo titubeo, la frente inclinada golpeó pesadamente sobre el escritorio con un sonido seco y sordo.

La compasión me embargó incontenible. Espontáneamente me acerqué. Pero entonces se enderezaron una vez más los hombros hundidos y volviéndose a mí, gimió amenazador desde la cueva de sus manos entrelazadas, ronco y ahogado:

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡No te acerques... por Dios... por nosotros dos... vete ahora... vete!

Comprendí. Y sobrecogido me retiré: como uno que huye abandoné la habitación amada.

No volví a verle jamás. Nunca recibí de él una carta o un mensaje. Su obra no llegó a aparecer; nadie sabe nada de él, excepto yo. Pero aún hoy, como en su día el inseguro muchacho, sé que a nadie tengo tanto que agradecer como a él, ni a mi padre ni mi madre antes de él, ni a mi mujer e hijos después de él.

MENDEL, EL DE LOS LIBROS

De nuevo en Viena a la vuelta de una visita en las provincias periféricas, me encontré de improviso bajo un chaparrón que con látigo húmedo empujó a los viandantes a portales y refugios, y también yo busqué apresuradamente un cobijo protector. Afortunadamente, en Viena hay en cada esquina un café así que me refugié en el que estaba enfrente, con el sombrero ya goteando y los hombros casi calados. Resultó ser por dentro un café de arrabal en el típico estilo tradicional, sin los aditamentos modernos de los cafés cantantes del centro de la ciudad, que imitan modelos de Alemania, un local al gusto vienés antiguo, burgués y lleno de gentes sencillas que consumían más periódicos que bollería. Ahora, al atardecer, el aire de por sí espeso estaba densamente poblado de anillos de humo azul; a pesar de ello, ese café con sus sofás de terciopelo, a todas luces nuevos, y su caja registradora de aluminio reluciente, daba una impresión de limpieza; en las prisas no me había molestado en leer fuera su nombre, ¿para qué? Y ahora estaba sentado allí al calor y miraba impaciente a través de los cristales azulados de agua, esperando que la molesta lluvia se dignara alejarse unos cuantos kilómetros.

Estaba allí sin nada que hacer, a punto de caer en esa pasividad perezosa que emana de manera narcotizante a todo genuino café vienés. Con ese sentimiento vacío me dediqué a mirar, una a una, a las personas a las que la luz artificial de este espacio lleno de humo pintaba una sombra gris poco saludable alrededor de los ojos, observé a la señorita de la caja que mecánicamente entregaba al camarero el azúcar y la cuchara para cada taza de café, leí medio dormido e inconsciente los absolutamente inanes carteles que adornaban las paredes, y esta especie de modorra me hizo incluso bien. Pero de repente me sentí sacudido en mi letargo, un movimiento empezó impreciso e inquieto en mi interior, como cuando comienza un pequeño dolor de dientes, del que no sabemos todavía si procede del lado derecho o del izquierdo, de la parte inferior o superior; sentía únicamente una tensión sorda, una intranquilidad espiritual. Entonces caí —no podría decir por qué— en que había estado allí hacía años y debía de estar unido por algún recuerdo a esas paredes, esas sillas, esas mesas y ese espacio extraño lleno de humo.

Pero cuanto más apremiaba a la voluntad para recuperar ese recuerdo, tanto más se escapaba éste, malévolo y escurridizo, reluciendo incierto como una medusa en el fondo de la conciencia, imposible de captar y de sujetar. En vano fijé la mirada en cada objeto de la decoración; había cosas, desde luego, que no conocía; por ejemplo, la caja con su mecanismo tintineante, y tampoco el revestimiento marrón de las paredes de falsa madera de palisandro, todo eso había sido añadido más tarde. Pero no cabía duda, yo había estado aquí hacía veinte años o más; aquí perduraba, escondido en lo invisible como el clavo en la madera, algo de mi propio yo ya periclitado. Con un esfuerzo envié y empujé todos mis sentidos hacia el espacio y, al mismo tiempo, hacia mi interior, pero, ¡maldita sea!, no logré alcanzar ese recuerdo perdido y ahogado en mí mismo.

Me puse de mal humor, como siempre que un fallo cualquiera le demuestra a uno la insuficiencia y la imperfección de las fuerzas intelectuales. Pero no renuncié a la posibilidad de dar con ese recuerdo, a pesar de todo. Sabía que sólo necesitaba un pequeño gancho al que agarrarme, pues mi memoria está hecha de una manera muy curiosa, mal y bien al mismo tiempo, por un lado tozuda y obstinada, por el otro increíblemente fidedigna. Hace desaparecer por completo lo más importante, ya sean sucesos o rostros, cosas leídas o

vividas, en sus oscuridades, y no devuelve nada de ese abismo sin ser forzada a ello, al simple requerimiento de la voluntad. Pero me basta con el apoyo más fugitivo: una tarjeta postal, unas líneas en el sobre de una carta, un periódico amarillento, e inmediatamente lo olvidado surge de la superficie que fluye oscura, como el pez en el anzuelo, completamente vivo y real. Entonces, recuerdo cada detalle de una persona, su boca y en ésta el hueco de ese diente, a la izquierda, cuando ríe, y el tono ronco de su risa y cómo el bigote se tuerce y cómo surge un rostro diferente, nuevo, de esa risa... veo todo eso inmediatamente como una visión total, y recuerdo, en una retrospectiva de muchos años, cada palabra que esa persona me relatara en su día. Necesito, eso sí, un impulso sensorial, una mínima ayuda de la realidad, para ver y sentir con los sentidos algo pasado. Así pues, cerré los ojos, para poder reflexionar concentradamente, para captar y dar forma a ese misterioso anzuelo. ¡Pero nada! ¡Nada de nada! ¡Perdido y olvidado! Y me enfurecí tanto contra el aparato de la memoria, inadecuado y obstinado, que llevo entre las sienes, que me hubiera dado con los puños en la frente, así como sacudimos una máquina tragaperras estropeada que retiene indebidamente lo que le exigimos. No, no podía seguir sentado tranquilamente, y fastidiado me levanté para despejarme. Pero, qué curioso... nada más dar unos pasos por el local empezó en mi mente ese primer clarear fosforescente, borroso y chispeante. A la derecha de la caja registradora, recordé, se pasaba a una habitación sin ventanas, iluminada con luz artificial. En efecto, así era. Ahí estaba, empapelada de diferente manera a la de entonces, pero de proporciones parecidas, una habitación cuadrangular, de contornos imprecisos, el salón de los juegos. Instintivamente miré a mi alrededor en busca de los objetos familiares con nervios vibrando de alegría (enseguida lo sabría todo, pensé). Dos mesas de billar ocupaban el centro como dos estanques verdes silenciosos, en las esquinas había mesas de juego, en una de las cuales dos funcionarios o catedráticos jugaban al ajedrez. Y en el rincón, junto a la estufa, donde se iba a la cabina de teléfonos, había una pequeña mesa cuadrada. En ese momento tuve una revelación. Inmediatamente, inmediatamente supe con una única, cálida y conmovida sacudida de dicha: ¡Dios mío, ésa era la mesa de Mendel, de Jakob Mendel; Mendel, el de los libros, y yo me encontraba, pasados veinte años, de nuevo en su cuartel general, en el Café Gluck en la parte alta de la Alserstrasse! Jakob Mendel, ¡cómo había podido olvidar, durante tanto tiempo, a este ser extrañísimo y originalísimo, a esta exótica maravilla universal, famoso en la universidad y en un círculo pequeño y devoto! ¡Cómo olvidarle, a él, el mago y corredor de libros, que pasaba aquí todos los días, de la mañana a la noche, un emblema del saber, gloria y honra del Café Gluck!

Y me bastó ese segundo con la mirada dirigida hacia dentro, detrás de los párpados, para que surgiera de la sangre aclarada por las imágenes su inconfundible silueta plástica. Le vi inmediatamente en carne y hueso, cómo estaba sentado allí, siempre en la mesita cuadrada de mármol grisáceo perennemente cubierta de libros y textos. Cómo estaba sentado impertérrito e infatigable, la mirada tras las lentes clavada hipnóticamente en un libro, cómo estaba sentado y en su lectura balanceaba el cuerpo y la calva mal pulida, moteada, canturreando y rezongando, una costumbre aprendida en el «cheder», el parvulario judío del Este. Allí en esa mesa, y sólo en ella, leía sus catálogos y libros, como le habían enseñado a leer en la escuela talmúdica, canturreando y balanceándose, en una cuna negra y oscilante. Porque así como un niño se duerme y olvida el mundo gracias a ese balanceo hipnótico, así, según la opinión de aquellos creyentes, el espíritu entra con más facilidad en la gracia del ensimismamiento con este vaivén y este mecerse del cuerpo ocioso. Y, en efecto, este Jakob Mendel no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor. A su lado gritaban y alborotaban los jugadores de billar, se afanaban los marcadores,

sonaba el teléfono; fregaban el suelo, encendían la estufa, él no notaba nada. Una vez un carbón al rojo vivo cayó de la estufa, el parqué empezó a chamuscarse y a humear a dos pasos de él, un cliente se percató del peligro gracias al olor infernal y se lanzó a apagar apresuradamente el fuego: él mismo, Jakob Mendel, sentado a dos palmos y ya tizado por el humo, no notó nada. Porque estaba leyendo, como otros rezan, como los jugadores juegan y los borrachos miran al vacío aturcidos, leía con un ensimismamiento tan conmovedor, que desde entonces la lectura de otras personas siempre me ha parecido profana. En Jakob Mendel, ese pequeño librero de viejo de Galitzia, vi por primera vez en mi juventud el gran misterio de la concentración absoluta, que hace al artista y al erudito, al verdadero sabio y al loco rematado, esas dicha y desdicha trágicas de la obsesión absoluta.

Un compañero de la universidad, algo mayor que yo, me condujo a Mendel. Entonces yo investigaba al, incluso hoy, poco conocido médico y magnetizador paracélsico Mesmer, con poca suerte, por cierto; pues las obras básicas eran insuficientes, y el bibliotecario, al que como incauto novato pedí información, me respondió con un gruñido antipático que los datos bibliográficos eran cosa mía y no suya. Entonces aquel compañero me citó por primera vez su nombre.

—Iré contigo a ver a Mendel —me prometió—, él sabe todo y lo consigue todo, es capaz de traerte el libro más esotérico del librero de viejo alemán más olvidado. Es el hombre más eficaz de Viena y, además, un original, un dinosaurio libresco prehistórico en vías de extinción.

Fuimos juntos al Café Gluck, y allí estaba, Mendel, el de los libros, con sus lentes, su barba descuidada, vestido de negro, meciéndose mientras leía como un arbusto oscuro en el viento. Nos acercamos, pero él no se inmutó. Sentado leía y mecía el torso sobre la mesa, como una pagoda, y a su espalda colgaba del gancho su abrigo cuarteado y negro, bien relleno de revistas y papelotes. Mi amigo tosió enérgicamente para anunciarnos. Pero Mendel, las gruesas lentes pegadas al libro, seguía sin darse cuenta. Entonces mi amigo golpeó con los nudillos sobre la mesa, tan fuerte y audible como se llama a una puerta; por fin Mendel alzó la vista, empujó las gafas enmarcadas en acero hacia la frente con rapidez mecánica, y bajo las cejas revueltas de un color gris ceniza nos salieron al encuentro dos ojos extraordinarios, pequeños, negros, despiertos, ojos rápidos, agudos e inquietos como una lengua de serpiente. Mi amigo me presentó y yo expuse mi asunto, quejándome — como me había aconsejado astutamente mi amigo— con énfasis exagerado del bibliotecario que no había querido darme información. Mendel se echó hacia atrás y escupió cuidadosamente. Entonces soltó una risa breve y dijo con fuerte acento oriental:

—Con que no ha querido ¿eh? ¡No ha podido, amigo mío! Es un *Parch*, un asno bataneado con pelo gris. Le conozco, para desgracia mía, desde hace veinte años, pero no ha aprendido nada desde entonces. ¡Cobrar su sueldo, es lo único que saben hacer! Deberían picar piedras, estos señores doctores, en vez de cuidar los libros.

Con esta vigorosa descarga afectiva el hielo quedó roto y un gesto de mano bonachón me invitó a sentarme a la mesa cuadrada de mármol, cubierta de notas borrosas, a ese altar aún desconocido para mí de las revelaciones bibliográficas. Expuse rápidamente mis deseos: las obras contemporáneas sobre magnetismo, así como todos los libros y polémicas posteriores en contra y a favor de Mesmer; en cuanto hube terminado, Mendel guiñó un segundo el ojo izquierdo, como un tirador antes de disparar. Pero este gesto de concentración extrema duró sólo un segundo; entonces enumeró sin titubear, como si leyera en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno con su lugar y fecha de publicación, y su precio aproximado. Me quedé de una pieza. Aunque iba preparado, no me

había esperado esto. Pero mi asombro pareció agradarle porque a renglón seguido ejecutó sobre el teclado de su memoria las más extraordinarias paráfrasis bibliotecarias de mi tema. ¿Me interesaban también los sonambulistas y los primeros experimentos con la hipnosis, Gassner, los conjuradores del diablo, la Christian Science y la Blavatsky? Los nombres se sucedieron sin parar, los títulos, las descripciones; ahora comprendía yo qué fenómeno extraordinario de la memoria había descubierto en Jakob Mendel, un verdadero diccionario, un catálogo universitario sobre dos piernas. Completamente aturdido contemplé este fenómeno bibliográfico, camuflado bajo la envoltura insignificante, incluso un poco cochambrosa, de un pequeño librero de viejo de Galitzia, que después de desgranar alrededor de ochenta nombres, sin prestar demasiada atención, pero en su fuero interno satisfecho de su baza jugada, limpiaba sus gafas con un pañuelo que quizá una vez fue blanco. Para disimular un poco mi sorpresa pregunté tímidamente qué libros de éstos podría proporcionarme.

—Bueno, veremos lo que se puede hacer —gruñó—. Vuelva usted mañana; Mendel le buscará entretanto alguna cosilla, y lo que no se encuentre se encontrará en otra parte. Cuando uno tiene *Sechel* también tiene suerte.

Le di las gracias cortésmente y, de tanta cortesía, cometí una grandísima tontería cuando le ofrecí apuntar en un papel la lista de los libros que quería. Inmediatamente sentí el codazo de aviso de mi amigo. ¡Demasiado tarde! Mendel ya me había lanzado una mirada —¡qué mirada!—, una mirada triunfal y, al mismo tiempo, ofendida, sarcástica y superior, una mirada sencillamente majestuosa, la mirada shakespeariana de Macbeth cuando Macduff propone al héroe invencible que se rinda sin combatir. Entonces soltó de nuevo una carcajada breve, la nuez considerable le bailó en la garganta de una manera extraña, probablemente había reprimido con dificultad una palabrota. Y hubiera tenido derecho a cualquier grosería imaginable, el bueno y probo de Mendel, el de los libros; pues sólo un extraño, un ignorante (un *Amhorez*, como él decía) podía proponerle a él, Jakob Mendel, algo tan ofensivo como apuntarle el título de un libro como a un aprendiz de librero o a un bedel de biblioteca, como si ese cerebro incomparable y diamantino hubiera jamás necesitado ayudas tan toscas. Más tarde comprendí lo mucho que debí de ofender su genio singular con este ofrecimiento cortés; porque Jakob Mendel, ese pequeño y encogido judío de Galitzia, completamente envuelto en su barba y, por si fuera poco, jorobado, era un titán de la memoria. Detrás de esa frente blancuzca, sucia, cubierta de musgo gris, se hallaban, en la compañía invisible de los espíritus, grabados como en planchas de acero todos los nombres y títulos jamás impresos en la portada de un libro. Mendel sabía, a la primera, exactamente el lugar de publicación, el autor, el precio, nuevo y de viejo, de todas las obras, las publicadas ayer como las que tenían doscientos años, y recordaba en cada libro con visión infalible tanto la encuademación como las ilustraciones y los facsímiles que lo acompañaban; veía cada obra, ya la hubiera tenido en sus manos, ya la hubiera visto una vez desde lejos en un escaparate o una biblioteca, con la misma claridad óptica con la que el artista creador ve la imagen interior de su obra, invisible todavía al mundo. Cuando, por ejemplo, en el catálogo de un anticuario de Regensburg se ofrecía por seis marcos un libro, Mendel recordaba inmediatamente que otro ejemplar de ese mismo libro había estado a la venta hacía dos años por cuatro coronas en una subasta de Viena, y también recordaba el nombre del comprador. Jakob Mendel nunca olvidaba un título o un número, conocía cada planta, cada hierba de infusión, cada estrella en el universo de los libros, eternamente oscilante y constantemente sacudido. Sabía de cada especialidad, más que los especialistas, dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios, conocía de memoria los fondos de la

mayoría de las editoriales mejor que los propietarios mismos, a pesar de sus fichas y ficheros, mientras que él no disponía más que de la magia del recuerdo, de esa memoria incomparable, sólo posible de explicar por cientos de ejemplos individuales. Naturalmente, esa memoria sólo se había podido formar y crear de manera tan demoníaca gracias al secreto eterno de toda perfección: la concentración. Aparte de los libros, este personaje original no sabía nada del mundo; pues todos los misterios de la existencia adquirirían realidad para él únicamente cuando quedaban plasmados en letras, cuando se reunían en un libro y quedaban, por así decir, esterilizadas. Pero tampoco esos libros los leía por su contenido: sólo su título, su precio, su aspecto externo, su portada atraían su pasión. Improductiva y no creativa hasta la médula, solamente un índice de cien mil títulos y nombres grabado en la corteza cerebral blanda de un mamífero, en vez de en un catálogo de libros, como es normal, la memoria específicamente anticuaría de Jakob Mendel no era, sin embargo, menos fabulosa en su perfección única que la de Napoleón para las fisonomías, la de Mezzofanti para las lenguas, la de Lasker para las aperturas de ajedrez o la de Busoni para la música. En un seminario o en una institución pública este cerebro hubiera enseñado y sorprendido a miles y miles de estudiantes y científicos, hubiera sido útil a la ciencia, una adquisición sin precio para esos tesoros públicos que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo superior le estaba vedado para siempre al pequeño librero de viejo sin instrucción de Galitzia, que no había visitado más que la escuela talmúdica; así sus fantásticas cualidades sólo se ejercían como ciencia oculta en la mesa de mármol del Café Gluck. Cuando se presente un día el gran psicólogo (esta obra aún le falta a nuestro mundo intelectual) que describa y exponga en sus variaciones las mutaciones, los géneros y las formas originales de la potencia mágica que llamamos memoria con la paciencia y el tesón con los que Bouffon ordenó y clasificó los géneros animales, tendrá que acordarse de Jakob Mendel, este genio de los precios y títulos, este maestro anónimo de la ciencia anticuaría.

Por su oficio y para los ignorantes, Jakob Mendel no era más que un pequeño comerciante de libros. Todos los domingos aparecían en el *Neue Freie Presse* y en el *Neue Wiener Tageblatt* los mismos anuncios estereotipados: «Compro libros viejos, pago los mejores precios, acudo inmediatamente, Mendel, Obere Alserstrasse» y luego un número de teléfono que, en realidad, era el del Café Gluck. Mendel inspeccionaba almacenes, acarreaaba cada semana con la ayuda de un viejo ordenanza, de barba imperial, nuevo botín a su cuartel general y lo volvía a sacar de allí, pues para ejercer regularmente el comercio de libros carecía de permiso. Tenía, pues, que limitarse al pequeño comercio, a una actividad poco lucrativa. Los estudiantes le vendían sus libros, pasaban por sus manos desde el curso superior hasta el primero, además conseguía obras buscadas con un recargo módico. Sus buenos consejos salían baratos. El dinero no tenía cabida en su mundo; nunca se le vio con otra indumentaria que su chaqueta desgastada, tomando por la mañana, por la tarde y por la noche su leche acompañada de dos panecillos, comiendo a mediodía una pequeñez que le traían del mesón de enfrente. No fumaba, no jugaba, incluso puede decirse que no vivía, sólo vivían sus dos ojos detrás de las gafas, alimentando con palabras, títulos y nombres el cerebro de este enigmático ser. Y la masa blanda y fructífera absorbía ávidamente esta riqueza como una pradera absorbe los miles y miles de gotas de la lluvia. Los seres humanos no le interesaban, y de todas las pasiones humanas conocía quizá la vanidad, sin duda una de las más humanas. Cuando alguien venía a pedirle una información, después de haberse cansado buscando en cien lugares, y él podía dársela al momento, le servía como satisfacción y placer, y también la conciencia de que en Viena y fuera de Viena vivían unas docenas de personas que respetaban sus conocimientos y los

necesitaban. En cada uno de esos amorfos conglomerados de millones de seres humanos que llamamos metrópolis, siempre hay en unos pocos puntos espejuelos incrustados que reflejan sobre una superficie diminuta un mismo universo, invisible para la mayoría, valioso sólo para el entendido, el hermano en esa pasión. Y los entendidos en libros conocían todos a Jakob Mendel. Así como cuando se necesitaba un parecer sobre una partitura se acudía a la Sociedad de Amigos de la Música para ver a Eusebius Mandyczewski, que campaba amablemente allí con su bonete gris en medio de sus papeles y notas y con la primera mirada atenta solucionaba los problemas más difíciles con una sonrisa, y así como aún hoy todo el que necesita información sobre el teatro y la cultura populares de Viena se dirige infaliblemente a Glossy, el patriarca omnisciente, así, con la misma naturalidad confiada, peregrinaban los bibliófilos vieneses ortodoxos al Café Gluck a ver a Jakob Mendel cuando tenían que resolver un problema especialmente difícil. Observar a Mendel durante una de estas consultas me deparaba, joven y curioso como era, un placer singular. Mientras que normalmente, cuando se le presentaba un libro de escaso interés, cerraba la tapa con gesto despreciativo y murmuraba: «Dos coronas», ante un ejemplar raro o único se retiraba un poco, con respeto, ponía debajo un papel, y, de pronto, saltaba a la vista que se avergonzaba de sus dedos sucios, con manchas de tinta y uñas negras. Entonces empezaba a hojear delicada y cuidadosamente, con un respeto inmenso, el valioso libro, página a página. En un momento así nadie podía molestarle, como tampoco a un verdadero creyente se le debe molestar en la oración, y en efecto esta contemplación, este manoseo, este olisqueo y este sopesar un objeto, todas estas acciones individuales tenían algo de ceremonial, de la secuencia regida por el culto de un acto religioso. La espalda encorvada se movía de aquí para allá; al mismo tiempo, Mendel refunfuñaba y murmuraba, se rascaba entre el pelo, profería extraños sonidos guturales, un «¡Ah!» alargado y casi asustado y un «¡Oh!» de admiración extasiada, y luego un rápido y alarmado «¡Ay!» o un «¡Lástima!» cuando resultaba que faltaba una página, o un grabado estaba estropeado por la carcoma. Por fin, sopesaba en la mano con mucha reverencia el tocho, olisqueaba el ladrillo informe con los ojos en blanco, no menos emocionado que una muchacha oliendo un nardo. Durante este ritual un poco prolijo el propietario, naturalmente, tenía que dominar su impaciencia. Una vez terminado el examen, Mendel daba gustoso, incluso entusiasmado, cualquier información, a la que seguían indefectiblemente ampulosas anécdotas y notables relatos sobre los precios de ejemplares parecidos. En esos momentos Mendel parecía volverse más agudo, más joven y más vivo, y una sola cosa podía entonces enfadarle sobremanera: cuando un novato pretendía ofrecerle dinero por esta valoración. En esos casos retrocedía ofendido, como un historiador de arte al que un turista americano quiere dar una propina por su explicación; porque poder sostener en las manos un libro valioso significaba para Mendel lo que para otro el encuentro con una mujer. Estos instantes eran sus noches de amor platónicas. Sobre él sólo tenía poder el libro, nunca el dinero. Por eso, grandes coleccionistas, entre ellos el fundador de la Universidad de Princeton, intentaban en vano ganarle para su biblioteca como consejero y comprador; Jakob Mendel rechazaba esas ofertas; no se le podía imaginar más que en el Café Gluck. Treinta y tres años atrás, cuando era un muchachito encorvado con barba aún blanda, negra y fina, y con rizos en la frente, llegó a Viena desde el este del país con intención de estudiar para rabino; pero pronto abandonó al duro dios único Jehová para entregarse al politeísmo rutilante y multiforme de los libros. Por aquel entonces dio con el Café Gluck, que poco a poco se convirtió en su taller, su cuartel general, su oficina de correos, su mundo. Así como el astrónomo solitario en su observatorio contempla cada

noche a través de la diminuta rendija del telescopio las miríadas de estrellas, así Jakob Mendel miraba desde su mesa cuadrada a través de sus gafas al otro universo de los libros, que también gira constantemente y se transforma, a ese mundo más allá del nuestro.

Como es lógico, gozaba de gran prestigio en el Café Gluck, cuya fama está unida para nosotros más a su invisible cátedra que al patronazgo del insigne músico, autor de *Akestey de Ifigenia*: Christoph Willibald Gluck. Mendel formaba parte del mobiliario del café como la vieja caja registradora de madera de cerezo, los dos billares muy remendados o la cafetera de cobre; su mesa era cuidada como un santuario. Pues sus numerosos clientes y necesitados de información eran generalmente instados amablemente por los camareros a hacer alguna consumición, de modo que la parte más importante de los ingresos de su ciencia caían en la amplia bolsa de cuero que el camarero Deubler llevaba a la cintura. A cambio de esto, Mendel gozaba de ciertos privilegios. Podía usar gratis el teléfono, le guardaban las cartas y le hacían todos los recados; la vieja y honrada mujer de los aseos le cepillaba el abrigo, le cosía los botones y le llevaba a lavar la ropa una vez por semana. Únicamente a él le traían la comida a mediodía del vecino mesón, y cada mañana el señor Standhartner, el dueño, se acercaba en persona a su mesa y le saludaba (sin que Jakob Mendel, absorto en sus libros, acusara, la mayoría de las veces, ese saludo). A las siete y media de la mañana entraba en el café y no lo abandonaba hasta que se apagaban las luces. Nunca hablaba con los demás parroquianos, no leía periódicos, no registraba los cambios, y cuando, una vez, el señor Standhartner le preguntó respetuosamente si no leía mejor ahora con la luz eléctrica que antes con la luz pálida y danzante de las lámparas de gas, Mendel dirigió una mirada asombrada a las bombillas: la mejora le había pasado inadvertida, a pesar del ruido y el martilleo de una instalación que había durado varios días. Sólo a través de los dos agujeros redondos de las gafas, por esas dos lentes relucientes y aspirantes, se filtraban los millones de negros infusorios de las letras en su cerebro; todos los demás sucesos pasaban ante él como un ruido vacío. En el fondo, había pasado más de treinta años, es decir, la parte despierta de su vida, en esa mesa cuadrada, leyendo, comparando y calculando, en un constantemente renovado ensueño perpetuo, sólo interrumpido por el sueño.

Por eso sentí una especie de escalofrío cuando vi dormitar en esa habitación la oracular mesa de mármol de Jakob Mendel, vacía como una lápida. Ahora, con más años, comprendía cuánto desaparece con cada persona de este calibre, por un lado porque todo lo original es cada día más valioso en este mundo nuestro irremediablemente más uniforme. Y luego: el joven inexperto en mí había amado profundamente, con una intuición insondable, a este Jakob Mendel. Gracias a él me acerqué por primera vez al gran secreto de que todo lo extraordinario e indomable de nuestra existencia se plasma únicamente por la concentración interior, por una sublime monomanía emparentada sagradamente con la locura. Que una vida pura en el espíritu, la total abstracción en una sola idea, podía producirse también hoy, un ensimismamiento no inferior al del yogui hindú o al del monje medieval en su celda, y producirse en un café con iluminación eléctrica y junto a una cabina telefónica; este ejemplo lo había recibido en mi juventud no de nuestros escritores coetáneos sino de ese pequeño y anónimo comerciante de libros viejos. Y, sin embargo, le había olvidado; claro que habían sido los años de la guerra y de una entrega a mi propia obra parecida a la suya. Pero ahora, ante esa mesa vacía, sentí una especie de vergüenza ante él y, al mismo tiempo, una renovada curiosidad.

Pues ¿dónde había ido a parar, qué le había sucedido? Llamé al camarero y pregunté. No, no conocía a un señor Mendel, en el café no circulaba un caballero de ese

nombre. Quizá el jefe de camareros supiera algo. Éste se acercó con su pesada tripa, dudó, reflexionó; no, tampoco él conocía a ese tal Mendel. ¿No me estaría refiriendo al señor Mandl, el de la mercería de la calle Floriani? Sentí un sabor amargo en los labios, el sabor de la fugacidad: ¿para qué vivimos si el viento que sigue a nuestro zapato ya borra nuestra última huella? Durante treinta, quizá cuarenta años un hombre había respirado, leído, pensado y hablado en esa habitación, y bastaba con que pasaran tres o cuatro años y viniera un nuevo faraón para que nada se recordara ya de José, ¡en el Café Gluck no sabían nada de Jakob Mendel, de Mendel, el de los libros! Indignado pregunté al jefe de camareros si podía hablar con el señor Standhartner o si había alguien del antiguo personal de servicio en el local. ¡Oh, el señor Standhartner!, Dios mío, había vendido hacía tiempo el café y había muerto, y el viejo jefe de camareros vivía ahora en su pequeña propiedad en Krems. No, no había nadie..., o sí, ¡sí que había! Naturalmente, la señora Sporschil, la mujer de los aseos (o vulgarmente la señora del chocolate). Aunque probablemente ella no recordaría a cada cliente. Yo pensé enseguida: a un Jakob Mendel no se le olvida, y pedí que la hicieran venir.

La señora Sporschil, con el pelo blanco y despeinado, vino de sus recónditos aposentos con pasos hidrónicos, secándose afanosamente las manos enrojecidas en un trapo: seguramente estaba limpiando su turbia garita o alguna ventana. De su actitud insegura deduje inmediatamente que se sentía incómoda de verse llamada a la parte noble del café bajo las bombillas. La gente del pueblo en Viena siempre teme un detective o la policía cuando alguien quiere hacerle preguntas. Por eso me miró con desconfianza, con una mirada de soslayo, una mirada muy cautelosa y sumisa. ¿Qué podía yo querer de ella que fuera bueno? Pero apenas pregunté por Jakob Mendel me miró con ojos directos, casi efusivos y sus hombros se encogieron impulsivamente.

—¡Dios mío, el pobre señor Mendel, que alguien piense aún en él! Sí, pobre señor Mendel. —Casi lloraba, estaba tan emocionada como suelen estarlo las personas mayores cuando se les recuerda su juventud o alguna buena historia compartida ya olvidada. Pregunté si aún vivía.

—Oh, Dios mío, el pobre señor Mendel, debe de hacer ya cinco o seis años, no, siete, que murió. Un caballero tan bondadoso, y si pienso cuánto tiempo le conocí, más de veinticinco años, él ya estaba aquí cuando yo entré. Fue una vergüenza cómo le dejaron morir.

Cada vez más agitada, quiso saber si yo era un familiar. Nadie se había preocupado nunca por él, nadie había preguntado por él... ¿acaso no sabía lo que le sucedió?

No, no sabía nada, le aseguré; que me contara lo que pasó, que me contara todo. La buena mujer me echó una mirada tímida y azarada, sin dejar de secarse las manos mojadas. Comprendí: le resultaba desagradable estar allí como la mujer de los aseos, con su delantal sucio y su pelo blanco despeinado, en pleno café, además miraba temerosa a un lado y a otro por si escuchaba algún camarero. Por eso propuse que fuéramos al salón de los juegos, al viejo lugar de Mendel, y que allí me contara todo. Emocionada asintió con un gesto, agradecida de que la comprendiera, y la anciana me precedió un poco vacilante. Los dos camareros nos siguieron con la mirada, un tanto asombrados intuían que había una relación, y también algunos clientes se sorprendieron ante nuestra desigual pareja. En el otro lado, en la mesa de Mendel, ella me contó el final de Jakob Mendel, de Mendel, el de los libros (algunos detalles me fueron completados más tarde por otro relato).

Pues sí, comenzó, Mendel siguió viniendo, día a día a las siete y media, después de que empezara la guerra, y, como siempre, había ocupado su sitio y había estudiado todo el

día, sí, todos habían tenido la impresión, y lo habían comentado a menudo, de que no se daba cuenta de que había guerra. Ya sabía yo, dijo, que nunca se asomaba a un periódico y nunca hablaba con nadie; y cuando los vendedores de periódicos armaban un follón con las tiradas especiales y todo el mundo se arremolinaba, él nunca se levantaba o escuchaba. Tampoco notó que faltaba Franz, el camarero (que cayó en Gorlice), ni se enteró de que el hijo del señor Standhartner había caído prisionero en Przemysl, y nunca dijo una palabra cuando empeoró la calidad del pan y le daban en vez de leche ese horrible sucedáneo de café de higos. Sólo una vez se asombró de que venían pocos estudiantes, eso fue todo.

—Señor, pobre hombre, no le alegraba ni preocupaba otra cosa que sus libros.

Pero un buen día sucedió la desgracia. A las once de la mañana, en pleno día, vino un policía con un agente secreto, que mostró su insignia en la solapa, y preguntó si un tal Jakob Mendel frecuentaba el café. Fueron enseguida a la mesa de Mendel y éste había creído en su candor que querían venderle libros o pedirle una información. Ellos le invitaron a que les siguiera, y se lo llevaron. Fue una verdadera vergüenza para la casa, todos rodearon al pobre señor Mendel, que estaba entre los dos agentes, las gafas entre el pelo, mirando del uno al otro, sin comprender bien lo que querían de él. Ella le había dicho sin miramientos al policía que debía de tratarse de un error, que un caballero como el señor Mendel no le hacía daño ni a una mosca; pero el agente secreto la mandó callar y no meterse en asuntos oficiales. Y entonces se lo llevaron, y no volvió al café durante mucho tiempo, casi dos años. Aún hoy ignoraba de lo que le acusaban.

—Pero estoy dispuesta a jurar —exclamó alterada— que el señor Mendel no podía haber hecho nada malo. Aquellos tipos se equivocaron, pongo la mano en el fuego. Fue un crimen contra ese pobre e inocente hombre, ¡un crimen!

Y tenía razón, la buena y enternecedora señora Sporschil. Nuestro amigo Jakob Mendel, en efecto, no había cometido ningún delito, sino (más tarde me enteré de todos los detalles) sólo una increíble, conmovedora e, incluso para aquellos tiempos delirantes, improbable tontería, que se explicaba sólo por el total ensimismamiento, la lejanía lunar de su insólita personalidad. Sucedió lo siguiente: en la oficina de censura militar, encargada de vigilar toda correspondencia con el extranjero, habían retenido un día una tarjeta postal escrita y firmada por un tal Jakob Mendel, franqueada debidamente para el extranjero pero —increíble caso— enviada a un país enemigo, una postal dirigida a Jean Labourdaire, librero, París, Quai de Grenelle, en la que este Jakob Mendel se lamentaba de no haber recibido los ocho últimos números del *Bulletin bibliographique de la France* mensual, a pesar de haber pagado por adelantado la suscripción anual. El empleado subalterno en funciones de la censura, un profesor de instituto, romanista por formación, al que le habían puesto el uniforme azul del *Landsturm* o milicia civil, se quedó estupefacto cuando este mensaje cayó en su mano. Una broma estúpida, pensó. Entre las dos mil cartas que inspeccionaba y analizaba todas las semanas en busca de datos dudosos y de giros sospechosos de espionaje, no había visto algo tan absurdo, que alguien enviara desde Austria una carta a Francia con tanta despreocupación, que echara tan campante al buzón una tarjeta al extranjero enemigo, como si las fronteras no estuvieran cosidas con alambre de espino desde 1914, y como si Francia, Alemania, Austria y Rusia no redujeran mutuamente, cada día que Dios ha creado, sus poblaciones masculinas en unos cuantos miles de hombres. De momento guardó la tarjeta en su cajón como si se tratara de una curiosidad, sin informar más sobre este absurdo. Pero al cabo de unas semanas apareció otra tarjeta del mismo Jakob Mendel dirigida a un tal John Aldridge, *bookseller*; Londres, Holbom Square, preguntando si no le podían enviar los últimos números del *Antiquarian*, y

firmada, una vez más, por el mismo extraño personaje Jakob Mendel, que con ingenuidad conmovedora añadía su dirección completa. Esta vez el profesor de instituto, embutido en su uniforme, se sintió algo alarmado. ¿Y si resultaba que esta torpe broma escondía algún enigmático sentido cifrado? Por si acaso, se levantó, juntó marcialmente los talones y presentó al comandante las dos tarjetas sobre su mesa. Éste encogió los hombros: ¡extraño caso! Primero avisó a la policía para que investigara si este Jakob Mendel existía realmente, y una hora más tarde Jakob Mendel era detenido y, todavía mareado por la sorpresa, conducido ante el comandante. Éste le enseñó las misteriosas tarjetas y le preguntó si reconocía ser su remitente. Irritado por el tono severo y, sobre todo, porque le habían molestado durante la lectura de un importante catálogo, Mendel respondió casi con grosería que naturalmente había escrito esas tarjetas. ¿O es que no tenía uno derecho a reclamar una suscripción que había pagado? El comandante se volvió en su sillón inclinándose hacia el teniente de la mesa vecina. Ambos se miraron en silencio: ¡un loco rematado! Luego el comandante pensó si era mejor amonestar duramente al simple y echarle a la calle, o tomarse el caso en serio. En esas situaciones ambiguas, en todas las oficinas deciden casi siempre hacer un informe. Un informe siempre está bien. Si no sirve para nada, no hace daño, y sólo se ha rellenado un pliego de papel más entre millones.

En este caso, sin embargo, hizo daño a un pobre y distraído personaje, pues ya a la tercera pregunta salió a relucir un hecho aciago. Le preguntaron primero su nombre: Jakob, en realidad, Jainkeff Mendel. Profesión: vendedor ambulante (carecía de licencia para vender libros, sólo tenía un permiso para la venta ambulante). La tercera pregunta produjo la catástrofe: el lugar de nacimiento. Jakob Mendel citó un pequeño lugar cerca de Petrikau. El comandante arqueó las cejas. Petrikau ¿no quedaba en la Polonia rusa, cerca de la frontera? ¡Sospechoso! ¡Muy sospechoso! Con más severidad preguntó cuándo había adquirido la nacionalidad austríaca. Las gafas de Mendel le miraron fijamente, oscuras y asombradas: no entendía bien. ¡Por todos los diablos! ¿Tenía o no sus papeles, sus documentos, y dónde estaban? Mendel respondió que no tenía otros papeles que su permiso de venta ambulante. El comandante arqueó aún más las cejas. Que le explicara de una vez qué pasaba con su nacionalidad. ¿Qué había sido su padre, austríaco o ruso? Con toda la tranquilidad del mundo Mendel contestó que, naturalmente, ruso. ¿Y él mismo? Ah, por no hacer el servicio militar había cruzado clandestinamente la frontera rusa hacía treinta y tres años, y vivía desde entonces en Viena. El comandante estaba cada vez más nervioso. ¿Cuándo había adquirido aquí la nacionalidad austríaca? ¿Para qué?, preguntó Mendel. Nunca se había preocupado de cosas de ese tipo. ¿Así que seguía siendo ciudadano ruso? Y Mendel, al que este estúpido interrogatorio aburría interiormente hacía un buen rato, contestó indiferente:

—En realidad, sí.

El comandante se echó hacia atrás con tal brusquedad que el sillón crujió. ¡Era posible! En Viena, en la capital de Austria, en plena guerra y a finales de 1915, después de Tarnow y la gran ofensiva, un ruso se paseaba tan tranquilo, escribía cartas a Francia e Inglaterra, y la policía no tomaba cartas en el asunto. Y los necios en las redacciones de los periódicos se sorprenden que Conrad von Hótzendorf no haya avanzado directamente hasta Varsovia, y en el Estado Mayor se maravillan cuando cada movimiento de tropas es comunicado a Rusia por espías. También el teniente se había levantado y acercado a la mesa: la conversación se transformó drásticamente en interrogatorio. ¿Por qué siendo extranjero no se había presentado inmediatamente? Mendel, ajeno a lo que se le avecinaba, contestó con su melódico tonillo judío:

—¿Para qué había de presentarme, de pronto?

En esta interrogación invertida el comandante vio una provocación y preguntó amenazante, si Mendel no había leído nunca las proclamas. ¡No! ¿Y tampoco leía los periódicos? ¡No!

Los dos oficiales miraron asombrados al ya sudoroso Jakob Mendel, como si la luna hubiera caído en medio de su oficina. Entonces se puso en marcha el teléfono, teclearon las máquinas de escribir, corrieron los asistentes y Jakob Mendel fue llevado a la prisión de la guarnición, para ser trasladado con la siguiente expedición a un campo de concentración. Cuando le ordenaron que siguiera a los dos soldados les miró indeciso. No comprendía lo que querían de él, pero en el fondo no temía nada. Al fin y al cabo, ¿qué daño podía querer hacerle el caballero del cuello dorado y la voz agresiva? En su mundo superior de los libros no había guerra, ni malentendidos, sino el eterno saber y desear saber más de números y palabras, de títulos y nombres. Dócilmente, pues, descendió la escalera entre los dos soldados. Cuando en la comisaria de policía le exigieron que entregara todos los libros que llevaba en los bolsos del abrigo y la cartera, en la que guardaba cientos de papeles importantes y señas de clientes, empezó a defenderse encorajinado. Hubo de ser reducido. Por desgracia, sus gafas cayeron al suelo en el tumulto, y éste, su mágico telescopio hacia el mundo del espíritu, se partió en mil pedazos. Dos días más tarde le enviaron con el traje de verano ligero a un campo de concentración de prisioneros civiles rusos cerca de Komorn.

Los padecimientos psicológicos que sufrió Jakob Mendel en esos dos años de campo de concentración, sin libros, sus queridos libros, sin dinero, entre los compañeros indiferentes, toscos, generalmente analfabetos, de este gigantesco tugurio humano, lo que pasó allí sufriendo, separado de su mundo superior y único de los libros, como un águila con las alas rotas de su elemento etéreo... sobre esto no hay testimonio alguno. Pero poco a poco el mundo, despertado de su locura, sabe que entre todas las crueldades y criminales despropósitos de esa guerra ninguna fue más estúpida, más innecesaria y, por eso, moralmente más condenable que la detención y confinamiento tras las alambradas de personas civiles inocentes, muy alejadas ya de la edad de servir en el ejército, que habían vivido durante muchos años en un país extraño como en su patria, y que por creer en la ley de la hospitalidad, respetada incluso por los tungusos y los araucanos, habían olvidado huir a tiempo... un crimen contra la civilización, cometido con igual sinsentido en Francia, Alemania e Inglaterra, en cada país de nuestra enloquecida Europa. Y quizá Jakob Mendel, como cientos de otros inocentes encerrados en ese redil, hubiera perdido el juicio o hubiera sucumbido entre horribles padecimientos a la disentería, a la pérdida de fuerzas o al desequilibrio psicológico, si no le hubiera devuelto a tiempo al mundo un golpe del azar, muy austríaco, por cierto. Después de su desaparición habían llegado a su buzón cartas de ilustres clientes; el conde Schönberg, antiguo gobernador de Estiria, fanático coleccionista de obras heráldicas, el antiguo decano de la Facultad de Teología, Siegenfeld, que trabajaba a la sazón en un comentario de las obras de san Agustín, el ya retirado y octogenario almirante de la flota Edler von Pisek, que seguía retocando sus memorias... todos ellos, sus fieles clientes, habían escrito repetidamente a Jakob Mendel al Café Gluck y de estas cartas le fueron enviadas algunas al desaparecido al campo de concentración. Allí cayeron en manos del casualmente benigno comandante del campo, que se asombró de los amigos tan egregios que tenía ese judío pequeño, medio ciego y sucio, que desde que le habían roto sus gafas (no tenía dinero para montarse unas nuevas) pasaba el día en un rincón como un topo, gris, sin vista y en silencio. Quien poseía tales amigos debía de ser algo especial. Así que

dio permiso a Mendel para que contestara a esas cartas y pidiera ayuda a sus protectores. Ésta no tardó en venir. Con la solidaridad característica de los coleccionistas, su excelencia y el decano movilizaron vigorosamente sus conexiones y su aval conjunto consiguió que en 1917 Mendel, el de los libros, después de más de dos años de confinamiento, obtuviera el permiso de volver a Viena, con la obligación, eso sí, de presentarse todos los días a la policía. Pudo volver al mundo libre, a su vieja, pequeña y estrecha buhardilla, pudo pasear nuevamente ante los escaparates de las librerías y, sobre todo, pudo regresar a su Café Gluck.

Esa vuelta de Mendel desde un submundo infernal al Café Gluck me la describió la buena de la señora Sporschil de primera mano.

—Un día (Jesús, María y José, no podía creer lo que veía!) se entreabre la puerta, ya sabe usted, de esa manera tímida, apenas una rendija, con la que él solía entrar, y ya estaba en el café, el pobre señor Mendel. Llevaba un capote militar deslucido, lleno de remiendos, y algo raro en la cabeza que alguna vez fue un sombrero, uno desechado. No llevaba cuello, y tenía un aspecto como la muerte, gris el rostro, y gris el pelo y tan delgado que daba pena verle. Pero él entra como si no hubiera pasado nada, no pregunta nada, no dice nada, va a su mesa, se quita el abrigo, aunque no como antes, tan veloz y ligero, sino respirando con dificultad. Y no traía ningún libro, como era su costumbre; se sienta, simplemente, y no dice nada, sólo mira fijamente la mesa con ojos vacíos y vagos. Poco a poco, sin embargo, cuando le trajimos todo el paquete de libros que habían llegado desde Alemania para él, empezó a leer. Pero ya no era el mismo.

No, no era el mismo, ya no era el *miraculum mundi*, el registro mágico de todos los libros; los que le vieron entonces, me contaron entristecidos lo mismo. Algo se había roto irremediablemente en su mirada habitualmente tranquila, que leía como si estuviera durmiendo; algo se había roto: el terrible cometa ensangrentado en su vertiginosa carrera debía de haber golpeado también destructivamente en la estrella aislada y pacífica, en la estrella alciónica de su mundo de los libros. Sus ojos, acostumbrados durante decenios a los signos delicados, silenciosos, de pies de insecto, de la escritura, habían visto cosas espantosas en aquel redil humano rodeado de alambradas, porque los párpados pesaban sobre las antaño rápidas pupilas de reflejos irónicos, y sus miradas, tan vivaces en el pasado, dormitaban con bordes enrojecidos bajo las gafas reparadas y sujetas dificultosamente con un fino bramante. Y más terrible todavía: en el fantástico edificio artístico de su memoria debía de haberse desmoronado algún pilar y producirse el desorden de todo el conjunto; pues nuestro cerebro, ese engranaje hecho de la más sutil materia, ese instrumento de precisión de exquisita mecánica de nuestro saber, está tan delicadamente afinado, que una venita obstruida, un nervio sacudido, una célula fatigada, una molécula así afectada ya bastan para hacer enmudecer la armonía esférica más maravillosa y más absoluta de un espíritu. Y en la memoria de Mendel, este teclado único del saber, las teclas se habían atascado a su vuelta. Cuando de vez en cuando alguien venía a pedirle información le miraba fijamente con cansancio y no comprendía ya bien, se equivocaba y olvidaba lo que le decían. Mendel ya no era Mendel, igual que el mundo ya no era el mundo. Ya no se mecía ensimismado cuando leía, sino que estaba sentado rígido, las gafas dirigidas mecánicamente sobre el libro, sin que se supiera si leía o si estaba ausente. Más de una vez, me contó la señora Sporschil, la cabeza se le cayó pesadamente sobre el libro, se dormía en pleno día, otras veces miraba durante horas fijamente la luz extraña y maloliente de la lámpara de acetileno, que en aquellos tiempos de escasez del carbón le habían puesto en la mesa. No, Mendel no era ya Mendel, no era ya un milagro del mundo, sino un inútil

paquete de barba y vestimenta que respiraba trabajosamente, tirado sin sentido en su antaño sillón de augur, ya no era la gloria del Café Gluck, sino su vergüenza, una mancha, maloliente, desagradable a la vista, un parásito incómodo e innecesario.

Eso pensó también el nuevo propietario, llamado Florian Gurtner, natural de Retz, que se había hecho rico vendiendo en el mercado negro harina y mantequilla en el año de penuria de 1919, y que había arrebatado al honrado Standhartner el Café Gluck por ochenta mil coronas en billetes, puestas sobre la mesa. Con sus fuertes manos de campesino se hizo cargo del negocio, reformó apresuradamente el café tradicional dándole un aire elegante, compró a tiempo por dinero malo nuevos sillones, añadió una entrada de mármol, y ya estaba en tratos para adquirir el local contiguo e instalar un salón de baile. En ese raudo proceso de embellecimiento le molestaba, naturalmente, ese parásito de Galitzia, que desde la mañana a la noche ocupaba todo el día una mesa él solo, limitándose a consumir en total dos tazas de café y cinco panecillos. Standhartner le había recomendado especialmente a su viejo cliente y había intentado explicarle el personaje tan importante e insigne que era este Jakob Mendel, en el traspaso se le había entregado, por así decir, con el inventario, como una servidumbre que pesaba sobre el negocio. Pero Florian Gurtner había adquirido con los nuevos muebles y la caja registradora de reluciente aluminio también la conciencia basta de la época acaparadora y sólo esperaba una ocasión propicia para barrer de su local, ahora elegante, este último vestigio molesto de sencillez arrabalera. Un pretexto pareció presentarse pronto; las cosas le iban mal a Jakob Mendel. Sus últimos billetes de banco ahorrados habían sido pulverizados en la trituradora de papel de la inflación, sus clientes se habían dispersado. Y para subir de nuevo escaleras como comprador y vendedor de libros viejos, y recoger mercancía por las casas, para eso le faltaban las fuerzas al fatigado personaje. Le iban mal las cosas, se notaba en cien pequeños detalles. Raras veces se hacía traer algo de comer del mesón de enfrente, y dejaba a deber, a veces hasta tres semanas, aun la más pequeña cuenta de café y pan. Ya entonces el jefe de camareros quiso ponerle en la calle. Pero la señora Sporschil se apiadó de él y le avaló.

Al mes siguiente, sin embargo, sucedió el desastre. El nuevo jefe de camareros había notado ya varias veces que no casaban del todo las cuentas del pan. Cada vez faltaban más panes de los servidos y cobrados. Su sospecha recayó enseguida, como era de esperar, sobre Mendel; pues el viejo ordenanza, ya renqueante, había venido ya varias veces a quejarse de que Mendel le debía su paga desde hacía medio año y que era imposible sacarle ni una perra. El jefe de camareros empezó a vigilar, y dos días después consiguió, escondido detrás de la mampara de la estufa, pillar a Jakob Mendel que sigilosamente se levantó de su mesa, fue al salón delantero, cogió rápidamente dos panes de un cestito y los devoró ávidamente. Al pagar aseguró no haber comido ningún panecillo. La desaparición estaba, pues, aclarada. El camarero informó de lo ocurrido al señor Gurtner, y éste, encantado de haber encontrado el pretexto tan anhelado, se encaró con Mendel delante de todo el mundo, le acusó de robo y, encima, alardeó de que no llamaría inmediatamente a la policía. Pero le ordenó irse al diablo para siempre. Temblando, Jakob Mendel no dijo nada, se levantó torpemente de su silla y se marchó.

—Una desgracia —dijo la señora Sporschil describiendo esa despedida—. Nunca lo olvidaré, cómo se puso en pie, con las gafas empujadas hacia la frente, blanco como una toalla. No se tomó el tiempo de ponerse el abrigo, eso que era enero, ya sabe usted, aquel año de frío. Y en su sobresalto dejó su libro sobre la mesa, me di cuenta y corrí a llevárselo. Pero él ya había salido por la puerta dando traspiés. No me atreví a seguirle a la calle porque el señor Gurtner se puso en la puerta y le persiguió con sus gritos, mientras la gente

se paraba y arremolinaba. Sí, fue un escándalo, ¡me avergoncé hasta el fondo del alma! Con el viejo señor Standhartner nunca hubiera pasado algo así, que le echen a uno por unos panecillos; con el viejo hubiera podido comer gratis toda su vida. Pero la gente de hoy no tiene corazón. Echar a uno que llevaba más de treinta años entrando en el café día a día... Lo que le digo, una vergüenza, y no quisiera tener que responder de ello ante Dios; no señor.

La buena mujer estaba toda excitada, y con la vehemente locuacidad de la edad repetía una y otra vez lo de la vergüenza y del señor Standhartner, que no hubiera sido capaz de cosa parecida. Por fin tuve que preguntarle qué sucedió con nuestro Mendel y si le volvió a ver. Entonces se concentró y se puso aún más agitada.

—Cada día cuando pasaba delante de su mesa, cada vez, puede usted creerme, se me partía el alma. Siempre me preguntaba dónde estará, el pobre señor Mendel, y si hubiera sabido dónde vivía hubiera ido a llevarle algo caliente; porque, ¿de dónde iba a sacar dinero para la calefacción y la comida? Y que yo sepa no tenía familia en este mundo. Pero por fin, como no oía nada de él, pensé que habría muerto y que no le vería más. Y me pregunté si no debería hacer que le cantaran una misa; porque era una buena persona y nos habíamos conocido durante más de veinticinco años.

Pero una mañana, a las siete y media, era febrero, limpiaba yo los dorados de las ventanas y de repente (creí que me daba algo) se abre la puerta y entra Mendel. Ya sabe usted que siempre entraba de lado y aturdido, pero esta vez era diferente. Enseguida me di cuenta de que le pasaba algo, tenía los ojos vidriosos y, ¡Dios mío!, qué aspecto, ¡sólo huesos y barba! Enseguida tuve una corazonada al verle así: pensé, éste no sabe ni dónde está, se mueve en pleno día como un sonámbulo, ha olvidado todo, lo de los panecillos y lo del señor Gurtner, y cómo le echaron de mala manera ¡éste no sabe siquiera quién es! A Dios gracias, el señor Gurtner aún no había venido, y el jefe de camareros estaba tomándose su café. Me acerqué rápidamente para pedirle que no se quedara, que no se dejara echar otra vez por aquel bruto (y echó una mirada furtiva a su alrededor y se corrigió inmediatamente), quiero decir, el señor Gurtner.

Así que le dije «Señor Mendel». Él me miró. Y en ese instante, Dios mío, fue horrible, debió de recordarlo todo; porque se estremeció y empezó a temblar, pero no sólo los dedos le temblaban, no, todo él tiritaba, hasta en los mismos hombros se veía, y se volvió, tropezando, hacia la puerta. Allí se desmoronó. Telefoneamos inmediatamente a la casa de socorro y vinieron a recogerle, febril como estaba. Por la noche murió, pulmonía avanzada, dijo el médico, y también que no sabía ya bien lo que hacía cuando vino por última vez al café. Algo le impulsó, como a un sonámbulo. Dios mío, cuando uno ha pasado treinta y seis años todos los días sentado en esa mesa, es como la casa de uno.

Hablamos aún mucho de él, las dos últimas personas que habían conocido a ese extraño ser, yo, al que de joven había transmitido, a pesar de su existencia diminuta como la de un microbio, la primera intuición de una vida totalmente entregada al espíritu; ella, la pobre, humillada mujer de los aseos, que nunca había leído un libro, que se sentía solidaria con este compañero de su pobre submundo, sólo porque durante veinticinco años le había cepillado el abrigo y cosido los botones. Y, sin embargo, nos entendimos maravillosamente bien sentados a su vieja y abandonada mesa en compañía de la sombra conjurada de común acuerdo; pues el recuerdo siempre une, y doblemente cada recuerdo en amor. De pronto, en plena conversación, exclamó:

—Jesús, qué olvidadiza soy... aún tengo el libro, el que dejó sobre la mesa aquel día. ¿Adonde podía habérselo llevado? Luego, cuando nadie vino a buscarlo, pensé que

podía quedármelo, como recuerdo. ¿Verdad que no tiene nada de malo?

Lo trajo apresuradamente de su garita en la parte trasera del local. Y me costó un pequeño esfuerzo no sonreír; pues al destino, siempre dispuesto a jugar y a veces irónico, le gusta mezclar con cierta malicia lo trágico con lo cómico. Era el segundo volumen de la *Bibliotheca Germanorum erotica et curiosa* de Hayn, el compendio de literatura galante conocido por todo coleccionista. Precisamente esta escabrosa lista —*habent sua fata libelli*— había pasado como último legado del mago desaparecido a estas desgastadas, enrojecidas e ignorantes manos, que seguramente no habían sostenido otro libro que el misal. Me costó mantener los labios controlados frente a la sonrisa que brotaba involuntariamente desde mi interior, y esta vacilación confundió a la buena mujer. ¿Se trataba, a lo mejor, de algo valioso, o pensaba yo que podía quedárselo?

Yo le estreché efusivamente la mano.

—Quédese tranquilamente con él, nuestro viejo amigo Mendel se hubiera alegrado de que, al menos, una de los miles de personas que le deben un libro aún se acuerda de él.

Y luego me marché y me sentí avergonzado ante esta buena y anciana mujer que de manera ingenua y, sin embargo, profundamente humana había sido fiel a ese muerto. Pues ella, la ignorante, había guardado, al menos, un libro para recordar mejor a su dueño; yo, por el contrario, había olvidado a Mendel, el de los libros, durante muchos años, precisamente yo, que debía saber que sólo se escriben libros para, más allá del propio aliento, comunicarse con otros seres humanos, y así defenderse de la otra cara implacable de la vida: la fugacidad y el olvido.

FIN